

INSPECTOR
JOHN REBUS

**IAN
RANKIN**

MUERTE HELADA

RBA

Título original: *Let It Bleed*

© John Rebus Limited, 1995.

© de la traducción: Efrén del Valle Peñamil, 2017.

© de esta edición digital: RBA Libros, S.A., 2017.

Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

www.rbalibros.com

REF.: ODBO083

ISBN: 9788490568460

Composición digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Todos los derechos reservados.

Índice

CITAS

INTRODUCCIÓN

MUERTE HELADA

UNO. PUENTES

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

DOS. JIRONES

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

TRES. ZUGZWANG

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

AGRADECIMIENTOS

NOTAS

La avaricia, el acicate de la industria.

DAVID HUME, «De la libertad civil»

Los lectores más sofisticados simplemente repetían el proverbio italiano «Se non è vero è ben trovato».

MURIEL SPARK, *La imagen pública*

Sin mujeres, la vida es un pub.

MARTIN AMIS, *Dinero*

INTRODUCCIÓN

Escuché por primera vez *Let It Bleed*, el disco de los Rolling Stones, cuando tenía solo diez u once años. No me gustó aquella música; a esa edad escuchaba a Marc Bolan y poco más. El aficionado a los Stones era el novio de mi hermana. Sin embargo, las letras me resultaron interesantes. Intuí que había algo «sucio» en ellas. Hacían alusión al sexo, al libertinaje, a la violencia y a las drogas. Había incluso una canción («Midnight Rambler») que parecía tratar sobre un asesino en serie real. Así que,

finalmente, acabé comprándome el disco.

No obstante, por aquel entonces tenía ya veintitantos y había escrito un par de libros. También trabajaba como periodista musical y crítico de equipos de alta fidelidad en Londres. *Let It Bleed*, con su fantástico sonido de estudio, pronto se convirtió en una constante en mi Linn Sondek y, en 1994, llegado el momento de escribir la séptima novela de John Rebus, me animé a tomar prestado el título del álbum.¹

Si bien el libro está ambientado en un invierno de Edimburgo, lo escribí en mi casa del sudeste de Francia, casi siempre bajo un calor sofocante (hacía mucho tiempo que había dejado el

empleo como crítico de equipos de música, pero todavía utilizaba el tocadiscos Linn). Ahora mismo, no sé a ciencia cierta si trabajar en el libro me proporcionó una especie de aire acondicionado interno, pero sí estoy seguro de que durante una ola de frío en Edimburgo quieres que la calefacción central funcione. De ahí el juego de palabras del título: lo que Rebus realmente necesita que sangre en el libro es un radiador.²

En los años noventa me convencí de que, para ganar una suma decente de dinero, tendría que trasladar mis aptitudes a la televisión. Ya había intentado escribir varios guiones para la consolidada serie policíaca *The Bill*. En

las reuniones con el equipo de producción, supe que cada uno de los guiones de *The Bill* debía contener exactamente tres escenarios y que la acción no podía versar sobre la vida privada de los policías ni mostrarlos fuera de servicio. Por alguna razón, era incapaz de ceñirme a la fórmula. Más o menos por la misma época, la televisión había mostrado cierto interés en Rebus. Asistí a más reuniones, en aquella ocasión con la BBC, e intenté escribir algunos guiones (adaptaciones e historias originales), aunque también tropecé con diversos obstáculos. Al final, empecé a plantear ideas no relacionadas con Rebus a mis contactos televisivos, pero fue en vano. No

obstante, todo ello podría explicar el comienzo trepidante de *Muerte helada*. Todavía es algo que me encantaría ver en la gran pantalla, al más puro estilo de Hollywood: una persecución automovilística nocturna en plena tormenta de nieve con el puente de Forth Road como testigo. Fantástico.

Muerte helada era una novela política, ya que se servía de políticas locales y nacionales en buena parte de la trama. En aquel momento, tenía a un agente real a mi lado, un seguidor de mis libros que había detectado varios errores de procedimiento en historias anteriores. Además, con algunas novelas publicadas en mi haber, era conocido en Edimburgo, de modo que podía abordar

a completos desconocidos (funcionarios del ayuntamiento, por ejemplo) para que me ayudaran en mis investigaciones. En mis viajes a la capital de Escocia para escribir *Muerte helada*, dormí en el sofá de un amigo, formulé numerosas preguntas en las oficinas de varios organismos del gobierno e invité a unas cuantas comidas y rondas. En ciertos aspectos, el nuevo libro sería un regreso al Edimburgo de mi segunda novela, *El escondite*. Ambas historias tratan sobre el rostro cambiante de la capital y sus intentos por conseguir crear nuevas oportunidades de empleo (a través de las nuevas tecnologías) sin perder su identidad. De hecho, en Edimburgo ya estaban produciéndose cambios

estructurales: existía un plan para que una destilería abriera un parque temático cerca del Palacio de Holyrood. A la postre, el lugar también albergaría Our Dynamic Earth y el Parlamento escocés, pero en aquel momento ya me embargaba un sentimiento de regocijo: ¡construir un parque temático sobre el alcohol! Bueno, ¿por qué no? Varios monumentos de la ciudad, entre ellos el Usher Hall, se habían edificado con dinero procedente de las dinastías que habían hecho su fortuna con el alcohol. De ahí el uso de una de mis citas favoritas de Martin Amis al principio del libro: «Sin mujeres, la vida es un pub».

Aunque en *Muerte helada* hay mucha

acción, también es, a mi juicio, un libro bastante conmovedor. Se nos brinda acceso a los pensamientos de Rebus como nunca antes había hecho. Sabemos por qué le gusta la música y por qué recurre tan a menudo a la botella. Se desvelan recuerdos de su infancia y eso nos permite modular nuestra idea de él como un ser tridimensional. El libro contiene algunas de mis escenas e imágenes favoritas (por ejemplo, la visita de Rebus a un constructor de muros de piedra a la antigua usanza, o su invitación a una cacería en Pertshire), y termina con algunos cabos sueltos. Esos cabos sueltos me parecieron de lo más realistas, pero irritaron a mis editores estadounidenses hasta tal extremo que

me pidieron que escribiera un capítulo adicional para su publicación en Estados Unidos. Finalmente lo hice, aunque tuve la sensación de que no aportaba nada a la suma del libro (motivo por el cual no se incluye aquí). Entretanto, regresan a la serie algunos viejos amigos (Sammy, la hija de Rebus, su ex amante Gill y la periodista Mairie Henderson), lo que, sumado al hecho de que Rebus haya vuelto a su antiguo piso tras echar a los estudiantes a los que se lo había alquilado, infunde a la novela una sensación de solidez y confortabilidad. En aquel tiempo, me sentía muy cómodo con mi capacidad para escribir una historia de crímenes decente y recrear el mundo de Rebus...

cosa que probablemente explique por qué me costó tanto esfuerzo que mi siguiente libro fuese tan distinto, lo cual me planteó toda una serie de nuevos retos.

Por el momento, sin embargo, era feliz. Conocía la mente de Rebus. Y él también era feliz, feliz con su adicción al alcohol, con sus cigarrillos y con su música.

«Después de una copa, le gustaba escuchar a los Stones. Las mujeres, las relaciones y los compañeros habían ido y venido, pero los Stones siempre habían estado allí. Puso el disco y se sirvió un último trago. El *riff* de guitarra, uno entre media docena en el incansable repertorio de Keith, daba

comienzo al disco. “No tengo gran cosa —pensó Rebus—, pero tengo esto...”».

En el disco *Let It Bleed*, hay una canción sobre el Estrangulador de Boston. Mick Jagger había escrito sobre un crimen real. Y lo que era bueno para Mick sin duda lo era también para mí, como demostraría mi siguiente novela.

IAN RANKIN,
mayo de 2005

MUERTE HELADA

UNO

PUENTES

Una noche de invierno, saliendo a todo gas de Edimburgo.

El coche que circulaba delante era perseguido por otros tres, ocupados por agentes de policía. Caía aguanieve en medio de la oscuridad, y el viento soplaba en horizontal. En el segundo coche de policía, el inspector John Rebus apretaba la mandíbula. Con una mano se agarraba con fuerza a la puerta, y con la otra sujetaba la parte delantera del asiento del copiloto. Tras el volante, el inspector jefe Frank Lauderdale

parecía haber rejuvenecido treinta años. Estaba claro que disfrutaba de la sensación de poder que le confería conducir a toda pastilla, un poco alocadamente, y se inclinaba hacia delante, casi pegándose al parabrisas.

—¡Los atraparemos! —gritó por enésima vez—. ¡Cogeremos a esos cabrones!

Rebus no pudo abrir la mandíbula lo suficiente para formar una respuesta. No es que Lauderdale fuese mal conductor... De acuerdo, lo era, pero es que además, con aquella lluvia... Cuando bordearon la segunda rotonda en la intersección de Barnton, Rebus notó que las ruedas traseras perdían adherencia en la resbaladiza superficie de la carretera.

Para empezar, los neumáticos no eran nuevos... Probablemente incluso fuesen recauchutados. La temperatura rondaba los cero grados y el aguanieve los esperaba traicioneramente. Habían salido de la ciudad, dejando atrás semáforos y cruces, y allí una persecución automovilística sería más segura... Pero Rebus estaba cada vez más nervioso.

En el coche de delante viajaban dos efectivos uniformados, jóvenes y sagaces, y en el otro vehículo un sargento y un agente. Rebus miró por el espejo retrovisor y vio unas luces. Miró también por la ventanilla... y no vio nada. Allí fuera estaba negro como la boca del lobo.

«No quiero morir en la oscuridad», pensó.

Una conversación telefónica del día anterior.

—Diez de los grandes y soltaremos a su hija.

El padre se pasó la lengua por los labios.

—¿Diez? Eso es mucho dinero.

—Para usted no.

—Espere, déjeme pensar... —El padre miró el cuaderno, donde John Rebus le estaba garabateando algo—. Necesito más tiempo —dijo a su interlocutor.

Rebus escuchaba por un pinganillo,

contemplando en silencio cómo la grabadora hacía girar la bobina.

—Esa actitud podría perjudicar a su hija.

—No... por favor.

—Entonces será mejor que consiga el dinero.

—¿La traerán con ustedes?

—No somos timadores, caballero. Estará allí si también lo está el dinero.

—¿Dónde?

—Llamaremos esta noche para darle los detalles. Una última cosa: nada de policía, ¿entendido? Cualquier rastro de ella, aunque sea una sirena lejana, y la próxima vez que vea a su hija será en el tanatorio de la cooperativa.

—¡Los atraparemos! —gritó
Lauderdale.

Rebus notó que por fin podía abrir la boca.

—De acuerdo, los atraparemos, pero ¿qué tal si aminoramos un poco?

Lauderdale lo miró y sonrió.

—¿Es que has perdido la botella, John? —dijo justo antes de dar un volantazo y adelantar a una furgoneta de transporte.

El hombre que había llamado parecía joven y de clase trabajadora. Había mencionado la cooperativa. Había utilizado la palabra «caballero». Sin duda era un muchacho de clase obrera, y quizá un tanto ingenuo. Aunque Rebus aún no las tenía todas consigo.

—La policía de Fife está esperando al otro lado del puente ¿verdad? — insistió, imponiéndose al rugido del motor.

Lauderdale machacó la palanca de cambio y redujo a tercera.

—Exacto —respondió.

—Entonces ¿qué prisa tenemos?

—No seas blando, John. ¡Ya son nuestros!

Rebus sabía a qué se refería su superior. Si no lo interceptaban antes, el coche al que perseguían cruzaría el puente de Forth Road y entraría en Fife, donde le esperaba un control de policía. La presa sería para Fife.

Lauderdale estaba ahora hablando por radio con el coche de enfrente. Con una

mano conducía ligeramente peor que con dos, y Rebus se balanceaba de lado a lado. Lauderdale dejó el receptor.

—¿Tú qué opinas? —preguntó—. ¿Saldrán en Queensferry?

—No lo sé —contestó Rebus.

—Esos novatos de ahí delante creen que los atraparemos en el peaje si deciden seguir hacia el puente.

Probablemente lo harían, empujados por el miedo y la adrenalina. Esa combinación solía cegar el instinto de supervivencia. Uno seguía adelante sin pensárselo dos veces. Lo único que deseaba era huir.

—Al menos podrías ponerte el cinturón —sugirió Rebus.

—Podría —dijo Lauderdale, pero no

lo hizo. Los pilotos de carreras no se preocupaban de esas nimiedades.

Se acercaron a la última salida, y el coche que iba delante la rebasó. Ya no tenía otra alternativa: iba directo al puente. La iluminación de la carretera volvió a intensificarse cuando se acercaron a las cabinas del peaje. Rebus se imaginó a los fugitivos deteniéndose a pagar, como todo el mundo. Bajarían la ventanilla, buscarían las monedas...

—Están aminorando.

La carretera se ensanchó y de repente tenía media docena de carriles. Ante ellos se extendía ahora la hilera de cabinas, y detrás de ellas el puente, que se curvaba ligeramente en el tramo central, donde los cables de acero

sostenían en vilo la calzada, de modo que ni siquiera en un día despejado podía verse el otro extremo al entrar en él.

—Definitivamente, están aminorando.

En aquel momento, solo unos metros separaban a los cuatro coches, y por primera vez Rebus distinguió claramente la parte trasera del vehículo al que perseguían. Era un Ford Cortina matrícula Y. La iluminación elevada le permitía ahora distinguir dos cabezas, conductor y pasajero, ambos varones.

—Puede que la chica esté en el maletero... —dijo poco convencido.

—Es posible —coincidió Lauderdale.

—Si no va en el coche con ellos, no pueden hacerle daño.

Lauderdale asintió, aunque no parecía estar escuchando. Volvió a coger la radio. Había muchas interferencias.

—Si llegan al puente —dijo— se acabó, callejón sin salida. No hay escapatoria, a menos que los de Fife la caguen.

—Entonces... ¿nos quedamos aquí? —propuso Rebus. Lauderdale se echó a reír—. Ya me figuraba que no.

Pero algo estaba sucediendo. De pronto, se encendieron unas luces rojas en la parte trasera del coche de los sospechosos. ¿Estaban frenando...? ¡No, ahora daban marcha atrás a gran velocidad! Impactaron fuertemente contra el primer coche de policía y salieron despedidos hacia el de

Lauderdale.

—¡Cabrones!

El coche fugitivo viró bruscamente, se dirigió hacia de una de las cabinas cerradas y golpeó la barrera sin llegar a partirla, aunque la dobló lo suficiente para pasar. Se oyó un chirrido de metal contra metal y desaparecieron. Rebus no podía creérselo.

—¡Van en contradirección!

Así era. Ya fuese accidental o planeado, el vehículo, que empezó a coger velocidad con las luces largas puestas, se dirigía ahora al norte por los carriles que discurrían hacia el sur. El coche patrulla que lideraba el convoy titubeó y, finalmente, se lanzó a seguirlos. Lauderdale parecía dispuesto

a hacer lo mismo, pero Rebus extendió una mano y agarró el volante con todas sus fuerzas para mantenerse en el carril dirección norte.

—¡Qué demonios haces! —le espetó Lauderdale, pisando a fondo el acelerador.

Era bien entrada la noche y apenas había tráfico. Aun así, el conductor del coche que iba en cabeza corría cierto riesgo.

—Solo deben de tener bloqueada esta calzada ¿no? —comentó Rebus—. Si esos lunáticos llegan al otro lado, acabaran escapando.

Lauderdale no dijo nada. Estaba mirando al otro lado de la mediana, tratando de mantener los otros dos

coches en su campo de visión. Cuando intentó coger la radio de nuevo, estuvo a punto de perder el control. El coche se balanceó hacia la derecha y después, con más fuerza, hacia la izquierda, y topó con las vallas metálicas. Rebus no quería pensar en el estuario del Forth, situado varios centenares de metros más abajo, pero lo hizo de todos modos. Había cruzado un par de veces el puente a pie, utilizando las aceras situadas a ambos lados de la carretera, y le resultó aterrador, ya que el omnipresente viento amenazaba con arrojarlo al precipicio. Notaba un hormigueo en los dedos de los pies, el miedo a las alturas...

En la otra calzada estaba sucediendo lo inevitable, y lo increíble estaba a

punto de comenzar. Un camión articulado, que circulaba a velocidad máxima tras alcanzar penosamente la cima de la elevación, vio unas luces donde no debía haberlas. El coche de los fugitivos ya había esquivado a dos coches y podría haberse desplazado al carril izquierdo para evitar al camión, pero al conductor le invadió el pánico. Cambió al carril rápido y sus manos permanecieron inmóviles mientras seguía pisando a fondo el acelerador. El camión impactó contra la valla y empezó a elevarse por encima de la mediana, que consistía en una red de cables de acero. El remolque quedó atorado y la cabina se separó de la caja e invadió los carriles en dirección norte, deslizándose

sobre un mar de chispas y agua justamente en la trayectoria del coche en el que viajaban Lauderdale y Rebus.

El inspector jefe pisó el freno con todas sus fuerzas, pero no había donde ir. La cabina se deslizaba hacia ellos en diagonal y ocupaba ambos carriles. No tenían escapatoria. Rebus dispuso de dos segundos para asimilarlo. Sintió que todo su cuerpo se contraía, intentando ocultarse en su escroto. Levantó las rodillas, apoyó los pies y las manos en el salpicadero y presionó la cabeza contra las piernas...

¡Bam!

Con los ojos bien cerrados, Rebus solo podía guiarse por los ruidos y su instinto. Algo lo golpeó en el pómulo y

pasó silbando. Oyó cristales rotos, como hielo quebrándose, y el sonido del metal sometido a tortura. La barriga le indicaba que estaban desplazándose hacia atrás. Se oyeron otros sonidos más lejanos. Más metal, más cristal.

La cabina articulada había perdido buena parte de su impulso al verse arrastrada por el asfalto, y el impacto con el coche la hizo frenar en seco. Rebus creyó que se partiría la columna. ¿Latigazo cervical lo llaman? Más bien parecía un ladrillazo en la nuca. El coche se detuvo, y lo primero en que reparó es en que le dolía la mandíbula. Miró hacia el asiento del conductor, pensando que Lauderdale le había propinado un puñetazo por alguna razón

ignota, pero vio que su superior ya no estaba allí.

Bueno, su trasero sí estaba allí, mirando a Rebus a la cara desde una posición poco halagüeña en el lugar que solía ocupar el parabrisas. Lauderdale tenía los pies atrapados en el volante. Había perdido un zapato y sus piernas descansaban encima del salpicadero. El resto de su cuerpo yacía sobre lo que quedaba del capó.

—¡Frank! —gritó—. ¡Frank!

Rebus sabía que no debía meter de nuevo a Lauderdale en el coche; sabía que no debía tocarlo siquiera. Intentó abrir la puerta, pero era un amasijo informe, así que se desabrochó el cinturón de seguridad y se deslizó por lo

que quedaba del capó. Su mano entró en contacto con algo metálico y sintió que se quemaba. Lanzó una maldición y apartó la mano, y vio que la había apoyado en una zona del motor que había quedado al descubierto.

Detrás de ellos, se detuvieron varios coches. El sargento y el agente fueron corriendo hacia él.

—Frank... —susurró Rebus.

Observó el rostro de Lauderdale, ensangrentado pero aún con vida. Sí, estaba convencido de que el inspector jefe seguía vivo. Aun así, había algo... No se movía, ni siquiera sabía con certeza si respiraba, pero detectaba algo, una energía invisible que no se había disipado. Todavía no.

—¿Se encuentra bien? —preguntó alguien.

—Ayúdenle —ordenó Rebus—. Llamen a una ambulancia y vayan a ver cómo está el conductor del camión.

Después, miró al otro lado del puente... y lo que vio lo dejó helado. Al principio no estaba seguro, no del todo, así que se encaramó a las vallas metálicas que separaban ambas calzadas.

El coche de los sospechosos había desaparecido. Había desaparecido del todo. Habían saltado el guardarraíl y cruzado la acera, y todavía les quedó velocidad suficiente para atravesar las últimas vallas, que separaban el paso para peatones del vacío que se

precipitaba hacia el estuario del Forth. El viento azotaba el rostro de Rebus y le arrojaba aguanieve a los ojos. Los entrecerró y miró de nuevo. Sí, el Cortina seguía allí, suspendido en el aire, con las ruedas delanteras al otro lado de la valla y las traseras y el maletero sobre la calzada. Pensó en lo que podía contener ese maletero.

—Dios mío... —dijo, y empezó a trepar a la mediana agarrándose a los gruesos cables de metal.

—¿Qué está haciendo? —gritó alguien—. ¡Vuelva!

Pero Rebus siguió caminando, apenas consciente del abismo que se abría a sus pies y del hueco que mediaba entre cada barra metálica y su vecina. Había más

espacio que hierro. El frío metal le resultó agradable. Todavía sentía que la palma de la mano le ardía. Pasó junto a lo que quedaba de la caja del camión, que descansaba sobre un lateral, la mitad sobre el asfalto y la otra mitad en la mediana. Había un rótulo en un costado: Transportes Byars. Por Dios, qué frío hacía. El viento, aquel maldito viento perenne... Sin embargo, notaba que estaba sudando. «Debería llevar abrigo —pensó—. Este frío acabará matándome».

Finalmente, saltó a la calzada, donde una hilera de coches se había detenido desordenadamente. Había cierta separación entre la carretera y el paso de viandantes; era una distancia corta,

pero invadida por el gélido aire. El Ford Cortina había retorcido las vallas, y Rebus se encaramó a ellas y dio un pequeño brinco hasta la calzada.

Los dos adolescentes del coche habían conseguido ya salir del vehículo.

Habían tenido que trepar por los asientos y deslizarse por la parte trasera. Las puertas delanteras solo los abocaban a una caída segura. Miraban a izquierda y derecha, atenazados por el pánico. Se oían sirenas al norte. La policía de Fife estaba en camino.

Rebus levantó las manos. Los dos agentes estaban detrás de él, pero los jóvenes no miraban a Rebus, solo veían a los policías de uniforme. Comprendían los mensajes sencillos. Comprendían

qué significaban aquellos atuendos. Miraron de nuevo a su alrededor, buscando una escapatoria que no estaba allí. De pronto, uno de ellos —de pelo rubio, alto y un poco mayor que su compañero— agarró al más joven de la mano y empezó a tirar de él hacia atrás.

—No hagáis ninguna tontería, muchachos —dijo uno de los agentes uniformados.

Pero eran meras palabras. Nadie las escuchaba. Ahora, los dos adolescentes estaban contra la valla, a unos tres metros del coche accidentado. Rebus avanzó lentamente, señalando con el dedo para dejarles claro que se dirigía hacia el vehículo. El impacto había hecho que el maletero se abriera un par

de centímetros. Rebus levantó el capó con cuidado y miró dentro.

No había nadie en su interior.

Al cerrarlo, el coche se balanceó sobre su punto de apoyo y volvió a estabilizarse. Rebus miró al mayor de los dos muchachos.

—¡Aquí hace un frío que pela! —gritó—. ¡Os meteremos en un coche!

En ese instante, las cosas parecieron sucederse a cámara lenta. El muchacho rubio meneó la cabeza, casi sonriendo, rodeó a su amigo en un extraño abrazo, y finalmente se apoyó en la valla, dejándose caer hacia atrás y llevándose a su compañero con él. No hubo resistencia. Sus zapatillas de deporte baratas se aferraron a la carretera un

segundo y después resbalaron, y las piernas dieron rápidos latigazos mientras se precipitaban al vacío en medio de la oscuridad.

Puede que fuera un suicidio, o tal vez un vuelo, pensó Rebus más tarde. Fuese lo que fuese, era una muerte segura. Cuando uno impacta en el agua desde aquella altura, es como si chocara contra el cemento. Una caída como aquella, en plena noche, y ni siquiera gritaron, no emitieron sonido alguno. Tampoco pudieron ver cómo el agua se alzaba para recibirlos.

Sin embargo, no cayeron al agua.

Una fragata de la Marina Real acababa de zarpar del puerto de Rosyth y se deslizaba hacia el mar, y ambos se

incrustaron en la cubierta metálica.

Lo cual, como dijo todo el mundo en la comisaría, ahorró a los buzos de la policía una ingrata inmersión a bajo cero.

Llevaron a Rebus a la Clínica Real.

Viajaba en la parte posterior de un coche patrulla. Frank Lauderdale estaba siendo trasladado en ambulancia. La fragata había sido contactada por radio desde Rosyth, pero la tripulación ya había encontrado a los cadáveres. Algunos incluso habían oído el golpe contra la cubierta. El barco regresaba a la base; estaba claro que las reparaciones llevarían cierto tiempo.

—Tengo la sensación de que me han golpeado con un martillo —le dijo

Rebus a la enfermera de urgencias.

La recordaba. Era la misma enfermera que, tiempo atrás, le había curado unas quemaduras. Le había puesto una loción y cambiado el vendaje. La enfermera sonrió al salir del pequeño box en el que su paciente yacía sobre una camilla y, cuando se quedó solo, Rebus volvió a examinarse. Le dolía la mandíbula en la zona en la que había impactado el puño de Lauderdale antes de salir despedido por el parabrisas. El dolor parecía escarbar en sus profundidades, como si estuviese llegando a los nervios dentales. Por lo demás, no se encontraba demasiado mal, tan solo agitado. Alzó las manos y las sostuvo frente a él. Sí, siempre podría achacar el temblor al

accidente, aunque sabía que temblaba mucho últimamente, con colisión o sin ella. La palma de su mano palpitaba. Antes de vendársela, la enfermera le preguntó cómo se había quemado.

—Apoyé la mano en un motor caliente —explicó.

—Se ven unos números...

Rebus pudo ver a qué se refería: parte del número de serie del motor había quedado grabado en su carne. Finalmente, apareció el médico. Era una noche ajetreada. Rebus lo conocía también. Se llamaba George Klasser y era polaco o algo por el estilo, o al menos lo eran sus padres. Rebus siempre había creído que Klasser era demasiado mayor para el turno de

noche, pero allí estaba.

—Hace frío ahí fuera, ¿eh? —dijo el doctor Klasser.

—¿Se supone que eso hace gracia?

—Solo quería darle conversación, John. ¿Cómo se encuentra?

—Creo que empiezan a dolerme los dientes.

—¿Algo más?

El doctor Klasser toqueteaba sus herramientas habituales: linterna de bolsillo, estetoscopio, un sujetapapeles y un bolígrafo que no funcionaba... Por fin estaba listo para examinar al paciente. Rebus no opuso mucha resistencia. Pensaba en la bebida: la espuma cremosa, casi sin gas, coronando una pinta de ochenta chelines.

El cálido aroma de un vaso de whisky de malta...

—¿Cómo está mi inspector jefe? — preguntó Rebus cuando la enfermera volvió a entrar.

—Están haciéndole radiografías —le indicó.

—Persecuciones automovilísticas a su edad... —farfulló Klasser—. La culpa es de la televisión.

Rebus lo miró atentamente, y se dio cuenta de que nunca antes lo había hecho. Klasser tenía poco más de cuarenta años, el cabello tieso y un rostro bronceado y envejecido prematuramente. A juzgar solo por la cabeza y los hombros, podría esperar que fuese más alto de lo que era en

realidad. Parecía bastante distinguido, y por ese motivo Rebus siempre había pensado que era un especialista o algo similar.

—Pensaba que solo trabajaban por la noche los lacayos y los novatos — comentó mientras Klasser le apuntaba a los ojos con la linterna.

El doctor dejó la linterna y empezó a apretarle la espalda como si estuviese mullendo un cojín.

—¿Le duele aquí?

—No.

—¿Y aquí?

—No más de lo habitual.

—Hum... En respuesta a su pregunta, John, veo que trabaja usted de noche. ¿Lo convierte eso en un lacayo o en un

novato?

—Eso sí que ha dolido.

El doctor Klasser sonrió.

—Entonces —dijo Rebus mientras se ponía de nuevo la camisa—, ¿qué tengo?

Klasser encontró un bolígrafo que funcionaba y garabateó algo en el sujetapapeles.

—Según mis cálculos, a tenor de su estado le queda un año de vida, tal vez dos.

Ambos se miraron. Rebus sabía exactamente a qué se refería el doctor.

—Hablo en serio, John. Fuma, bebe como un cosaco y no hace ejercicio. Desde que Patience dejó de alimentarle, su dieta se ha ido al garete. Fécula, carbohidratos, grasas saturadas...

Rebus intentó dejar de escuchar. Sabía que la bebida era un problema precisamente porque había aprendido a ejercer cierto autocontrol. Gracias a ello, poca gente se percataba de que tenía un problema. Iba bien vestido al trabajo, estaba alerta cuando la ocasión lo exigía e incluso visitaba a veces el gimnasio a la hora de comer. Tal vez sus hábitos alimentarios eran descuidados, quizá comía en exceso y sí, había vuelto a fumar, pero nadie era perfecto.

—No me esperaba ese diagnóstico, doctor. —Rebus terminó de abotonarse la camisa y empezó a metérsela por dentro de los pantalones, pero desistió. Se sentía mejor con ella por fuera. Sabía también que estaría más cómodo con el

botón del pantalón desabrochado—. ¿Y lo ha adivinado con tan solo tocarme la espalda?

El doctor Klasser, que estaba recogiendo el estetoscopio, sonrió de nuevo.

—No puede ocultarle algo así a un médico, John.

Rebus se puso la chaqueta.

—Entonces ¿nos vemos después en el pub?

—Llegaré sobre las seis.

—Perfecto.

Rebus salió del hospital y respiró hondo. Eran las dos y media de la madrugada, y la noche no podía ser más

fría y oscura. Se había planteado ir a ver a Lauderdale, pero luego pensó que eso podía esperar hasta la mañana siguiente, así que salió a la calle y se dispuso a regresar a casa. Su piso se encontraba justo al otro lado del parque, pero no le apetecía nada ir andando: seguía cayendo aguanieve, que iba formando copos, y aquel viento cortante continuaba acosándolo como un matón que le impidiera el paso en un estrecho callejón.

Entonces oyó el claxon de un coche, y vio un Renault 5 de color rojo cereza y a la agente Siobhan Clarke que lo saludaba desde el interior. Rebus llegó casi bailando hasta el vehículo.

—¿Qué haces aquí?

—Me he enterado —contestó ella.

—¿Cómo? —replicó él mientras abría la puerta del acompañante.

—Tenía curiosidad. No estaba de servicio, pero me mantuve en contacto con la comisaría para averiguar cómo había ido el intercambio. Cuando me enteré del accidente, me vestí y vine hacia aquí.

—Bueno, pues me alegra mucho verte con el dolor de muelas que tengo.

—¿De muelas?

Rebus se frotó la mandíbula.

—Parece una locura, pero creo que ese golpe me ha dado dolor de muelas.

Clarke arrancó el coche. Era bonito y cálido, y Rebus notó que se adormecía casi de inmediato.

—¿Ha sido un desastre, entonces? — preguntó ella.

—Un poco.

Franquearon la entrada del hospital y se dirigieron a Tollcross.

—¿Cómo está el inspector jefe?

—Aún no lo sé. Están haciéndole radiografías. ¿Dónde vamos?

—Te llevo a casa.

—Debería volver a comisaría...

Clarke negó con la cabeza.

—He llamado. No quieren que vayas hasta mañana.

Rebus se relajó un poco más. Probablemente los analgésicos empezaban a hacer efecto.

—¿Cuándo les practican la autopsia?

—A las nueve y media. —Se

encontraban ya en Lauriston Place—. Podrías haber cogido un atajo por ahí atrás —dijo Rebus.

—Es una calle de sentido único.

—Sí, pero a estas horas de la noche no pasa nadie... —Se dio cuenta de lo que acababa de decir—. Madre mía —añadió, frotándose los ojos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Siobhan Clarke—. ¿Ha sido un accidente o pretendían escapar?

—Ninguna de las dos cosas —contestó él pausadamente—. Si tuviese que apostarme algo, diría que fue un suicidio.

Ella lo miró.

—¿Un doble suicidio?

Rebus se encogió de hombros y

después se estremeció. En Tollcross, esperaron en silencio a que el semáforo se pusiera en verde. Un par de borrachos se dirigían a casa con el cuerpo inclinado por el viento.

—Hace una noche horrible — comentó Clarke al reemprender la marcha. Rebus asintió sin mediar palabra—. ¿Irás a la autopsia?

—Sí.

—No puedo decir que te envidie.

—¿Sabemos ya quiénes eran?

—Creo que no.

—Me olvido todo el tiempo de que no estás de servicio.

—Exacto. No estoy de servicio.

—¿Y el coche? ¿Le hemos seguido la pista?

Clarke se volvió hacia él y se echó a reír. A Rebus le sorprendió aquella reacción. Allí, en aquel coche sobrecalentado, a aquella hora de la noche y con todo lo que había sucedido, una risa repentina era el sonido más inesperado que podía imaginar. Se frotó la mandíbula y se introdujo un dedo en la boca. El diente que tocó parecía bastante sólido.

Entonces vio unos pies que se deslizaban súbitamente sobre el asfalto bajo dos cuerpos jóvenes; dos cuerpos que caían de espaldas al vacío y desaparecían. No habían emitido ni un solo sonido. No fue un accidente ni un intento de huida; fue algo fatalista, algo que forzosamente ya habían pactado los

dos.

—¿Tienes frío?

—No —dijo él—. No tengo frío.

Clarke puso el intermitente para girar por Melville Drive. A su izquierda, Rebus vislumbraba los prados cubiertos por una capa reciente de nieve. A la derecha, estaban Marchmont y su casa.

—La chica no iba en el coche —afirmó sin emoción alguna.

—Siempre cabía esa posibilidad —dijo Siobhan Clarke—. Ni siquiera sabemos con seguridad si ha desaparecido.

—No —coincidió él—. No lo sabemos.

—No eran más que unos insensatos.

En acento inglés de Clarke hizo que la

expresión sonara extraña. Rebus sonrió, amparado en la oscuridad.

Había llegado a casa.

Clarke lo dejó frente a la puerta del bloque de apartamentos, y rechazó una desganada oferta de café. Rebus no quería que viese el antro al que llamaba hogar. Los estudiantes se habían marchado en octubre y aquel lugar no parecía suyo. Había cosas que no estaban en su sitio, al menos no como él las recordaba. Faltaban cubiertos, que habían sido sustituidos por objetos que no había visto jamás, y lo mismo ocurría con la vajilla. Cuando se fue de casa de Patience, trajo sus cosas en cajas, la mayoría de las cuales seguían esperando en el recibidor a que alguien las abriera.

Estaba exhausto. Subió las escaleras, abrió la puerta y pasó junto a las cajas, directo hacia el salón y su butaca.

La butaca era la misma de siempre, y se había adaptado rápidamente a la forma de Rebus. Se sentó, se levantó de nuevo y tocó el radiador. Apenas emitía calor y se oía un desesperante ruido en su interior. Necesitaba una llave especial, alguna herramienta con la que pudiera abrir la válvula y purgarlo. Los otros radiadores estaban igual.

Se preparó un café caliente, puso una cinta en el reproductor y cogió el edredón de la cama. Cuando volvió a la butaca, se quitó parte de la ropa y se tapó. Extendió el brazo, destapó una botella de Macallan y vertió un poco en

el café. Se bebió media taza y añadió más whisky.

Aún podía oír los sonidos del motor del coche y del metal retorciéndose, y el del viento soplando a su alrededor. Veía unos pies, las suelas de unas zapatillas deportivas baratas y algo parecido a una sonrisa en los labios de un adolescente de pelo rubio. Pero entonces la sonrisa se fue apagando y todo se desvaneció en una profunda oscuridad.

Poco a poco, se rodeó a sí mismo con los brazos y cayó dormido.

En el Depósito de Cadáveres Municipal de Cowgate no había rastro del doctor Curt, pero el profesor Gates ya estaba trabajando.

—Uno puede caerse desde la altura que quiera —decía—, pero es el último centímetro el que resulta letal.

Alrededor de la mesa lo acompañaban el inspector John Rebus, el sargento Brian Holmes, otro médico y un ayudante forense. La Notificación Preliminar de Muerte Repentina ya había sido remitida a la fiscalía, y ahora

estaban preparando el Informe de Muerte Repentina sobre dos varones fallecidos, cuyas identidades eran, probablemente, William David Coyle y James Dixon Taylor.

James Taylor... Rebus contemplaba el caos sobre el que trabajaba el profesor Gates y recordó aquel último abrazo. Es bonito saber que tienes un amigo.

La fuerza del impacto de los cuerpos sobre la cubierta de acero del Descant, la fragata de Su Majestad, los había convertido en algo más parecido a una mermelada grumosa que a seres humanos. Parte de sus cuerpos se encontraba sobre la mesa, y el resto se amontonaba en unos relucientes cubos de acero. No se pediría a ningún

familiar directo que participara en una identificación formal. Era algo que podían conseguir con una simple prueba de ADN en caso de que fuese necesario.

—Paquetes planos, los llamamos — siguió diciendo el profesor Gates—. Vi muchos en Lockerbie. Los arrancamos del suelo y los llevamos a la pista de patinaje sobre hielo. Siempre viene bien una pista de patinaje cuando de pronto te encuentras con doscientos setenta cuerpos.

Brian Holmes había visto muertes desagradables, pero no era inmune. No dejaba de mover los pies y los hombros, y miraba con dureza y cierto aire de censura a Rebus, que estaba tarareando fragmentos de «You're So Vain».

Determinar la hora, la fecha y el lugar de la muerte era sencillo. La causa certificada de la defunción tampoco era un problema, aunque el profesor Gates no sabía muy bien cómo describirla.

—¿Traumatismo con elemento contundente?

—¿Qué tal accidente de navegación?
—propuso Rebus.

Algunos sonrieron. Como la mayoría de los médicos forenses, el profesor Alexander Gates, doctor en medicina, afiliado al Ilustre Colegio de Medicina Legal y Forense, diplomado en jurisprudencia médica y miembro del Ilustre Colegio de Médicos de Edimburgo y del Ilustre Colegio de Médicos de Familia, poseía un sentido

del humor tan extenso como su miembro; un sentido del humor bastante necesario, por cierto. No parecía un médico forense. No era alto ni de un gris cadavérico, como el doctor Curt, aunque su figura resultaba imponente; su físico era más propio de un luchador que de un enterrador. Tenía un pecho musculoso, cuello de toro y unas manos rechonchas, y le gustaba hacer crujir los dedos, uno a uno o todos a la vez.

Prefería que la gente lo llamara Sandy.

—Soy yo quien redacta el certificado de defunción —dijo a Brian Holmes, que rellenó el recuadro relevante en el borrador del Informe de Muerte Repentina—. Puede hacérmelo llegar a

Medicina Forense, en Cowgate.

Rebus y los demás observaron a Gates mientras realizaba su examen. Fue capaz de confirmar la existencia de dos cadáveres distintos, y tomó muestras de sangre venosa para conocer su grupo sanguíneo y ADN, realizar un análisis toxicológico y determinar los niveles de alcohol. Normalmente se obtenían también muestras de orina, pero en aquel caso no era posible, y Gates dudaba incluso de la eficacia de los análisis sanguíneos. El humor vítreo y el contenido del estómago fueron el siguiente paso, junto con la bilis y el hígado.

Empezó a reconstruir los cuerpos ante la atenta mirada de los presentes. No

solo para que pudieran ser identificados como humanos, cosa que sería bastante difícil, sino para sentirse satisfecho porque recuperaban todo lo que habían tenido en su día. Que no faltara nada. Que no hubiese nada no pertinente.

—De joven me encantaban los puzles —comentó el patólogo, absorto en su tarea.

En el exterior, el día era seco y gélido. Rebus recordó que también le gustaban los puzles y se preguntó si los niños aún jugaban con ellos. Cuando la autopsia terminó, salió a la calle a fumar un cigarrillo. Había pubs a izquierda y derecha, pero ninguno estaba abierto todavía. El trago de whisky que había tomado para desayunar prácticamente se

había evaporado.

Brian Holmes salió del depósito de cadáveres guardando una carpeta de cartón verde en su maletín, y vio que Rebus se tocaba la mandíbula.

—¿Estás bien?

—Me duele la boca, eso es todo.

Sin duda se trataba de un dolor de muelas, o al menos de encías, pero le resultaba difícil identificar el origen de la molestia. El dolor simplemente estaba allí, agudizándose bajo la superficie.

—¿Te acerco?

—Gracias, Brian, pero tengo mi coche ahí.

Holmes asintió y se levantó un poco el cuello del abrigo. Llevaba la barbilla tapada con una bufanda de lana azul.

—Ya se puede circular por el puente —dijo—. Han abierto uno de los carriles en dirección sur.

—¿Y el Cortina?

—Lo tiene Howdenhall. Están buscando huellas dactilares, por si la chica estuvo en algún momento en el coche.

Rebus asintió sin decir nada y Holmes también guardó silencio.

—¿Puedo hacer algo por ti, Brian?

—No, la verdad es que no. ¿No se suponía que debías estar en comisaría a primera hora?

—¿Y?

—Entonces ¿por qué has venido aquí?

Era una buena pregunta. Rebus miró las puertas del depósito, rememorando

la escena una vez más. El camión articulado deslizándose hacia ellos por la calzada, Lauderdale tendido sobre el capó, la imagen del otro coche..., un último abrazo..., una caída.

Se encogió de hombros a modo de evasiva y se dirigió al coche.

El inspector jefe Frank Lauderdale se recuperaría.

Esa era la buena noticia.

La mala era que el inspector Alister Flower aspiraba a un ascenso temporal para reemplazar a Lauderdale.

—Y con el cadáver aún caliente —apostilló el comisario Watson, conocido como el Granjero. Inmediatamente se

ruborizó por lo que acababa de decir—. No es que haya... un cadáver ni nada, claro...

Después tosió, tapándose la boca con el puño.

—Es lógico que sea Flower, señor — dijo Rebus para aliviar el rubor de su jefe—. Lástima que tenga el tacto de un gato en celo. Pero alguien tendrá que sustituir a Frank. ¿Cuánto tiempo estará fuera de juego?

—No lo sabemos aún. —El Granjero cogió una hoja de papel y la leyó—. Las dos piernas rotas, dos costillas fracturadas, muñeca rota, contusiones... Hay media página de diagnóstico.

Rebus se frotó el pómulo amoratado, preguntándose si era el responsable de

la rotura de muñeca de Lauderdale.

—Ni siquiera sabemos si podrá volver a caminar —continuó el Granjero con parsimonia—. Las fracturas son bastante graves. Mientras tanto, lo último que necesito es que Flower y usted se peleen por un ascenso temporal que quizá no esté en mi mano conceder.

—Entendido.

—Bien. —El Granjero hizo una pausa—. ¿Qué puede contarme sobre ayer noche?

—Figurará en mi informe, señor.

—Por supuesto, pero preferiría la verdad. ¿A qué jugaba Frank?

—¿A qué se refiere?

—A que iba conduciendo por ahí como los Dukes de Hazzard. Tenemos

vehículos preparados para este tipo de persecuciones.

—Solo íbamos a por ellos, señor.

—Desde luego, eso está claro. —
Watson estudió a Rebus—. ¿Algo que añadir?

—Poca cosa, señor, excepto que no fue un accidente y que no tenían intención de escapar. Fue un suicidio, y parecía que lo tenían pactado si algo salía mal: no lo hablaron allí mismo, pero fue un suicidio en toda regla.

—¿Y por qué cree que lo hicieron?

—No tengo la menor idea, señor.

El Granjero suspiró y se sentó de nuevo.

—John, creo que debería saber qué pienso de todo esto.

—¿Sí, señor?

—Ha sido una cagada de principio a fin.

... Por no decir algo peor.

Solo estaban allí por una cuestión de poder, de influencia, porque alguien había pedido un favor. Así es como había empezado todo: con una discreta llamada del alcalde de la ciudad al jefe de policía adjunto de Lothian y Borders, solicitando que la desaparición de su hija fuese investigada.

Nada apuntaba a un quebrantamiento de la ley, ni tampoco había sido secuestrada, atacada, asesinada ni nada por el estilo. Simplemente había salido

de casa una mañana y no había vuelto. En efecto, había dejado una nota. Iba dirigida a su padre y el mensaje era de lo más sencillo: «Me largo, gilipollas». No estaba firmada, pero era la caligrafía de su hija.

¿Hubo un desacuerdo? ¿Una discusión? ¿Insultos? Era imposible convivir con una adolescente sin que aflorara alguna que otra discrepancia. ¿Y qué edad tenía la hija del alcalde, la pequeña Kirstie Kennedy? Ese era el quid de la cuestión: tenía diecisiete años y era una chica madura y culta, sobradamente capaz de cuidar de sí misma y en edad legal para marcharse de casa cuando se le antojara, todo lo cual habría descartado la intervención

de la policía, de no ser... De no ser porque quien lo pedía era el alcalde, el muy honorable Cameron McLeod Kennedy, juez de paz y concejal por South Gyle.

Así que fue el jefe de policía adjunto quien envió el mensaje: «Busquen a Kirstie Kennedy, pero sean discretos».

Cosa que, a decir de todos, era prácticamente imposible. No se podían hacer preguntas en la calle sin que empezaran a circular rumores, sin que la gente se temiera lo peor por el sujeto de tales preguntas. Esa fue la excusa esgrimida cuando los medios de comunicación difundieron la noticia.

La policía recibió una foto de la hija y, por alguna razón, acabó en manos de

los medios. El alcalde montó en cólera. Según sus propias palabras, eso demostraba que tenía enemigos dentro del cuerpo. Como bien podría haberle dicho el propio Rebus, si uno exigía un favor, alguien podía sentirse agraviado en algún momento.

Así que allí estaba la pequeña Kirstie Kennedy, en la televisión y en los periódicos. No era una foto muy reciente. Debía de tener dos o tres años menos, y la diferencia entre los catorce, los quince y los diecisiete era determinante. Rebus, padre de la que en su día fuera una adolescente, lo sabía bien. Kirstie ya era adulta, y aquella foto apenas aportaría nada a su búsqueda.

El alcalde aplacó el alboroto

mediático concediendo una rueda de prensa acompañado de su mujer; era su segunda esposa, no la madre de Kirstie —que había fallecido—, y le preguntaron qué le gustaría decirle a la fugitiva.

—Me gustaría que supiera que rezamos por ella, eso es todo —respondió.

Entonces se produjo la primera llamada.

No era difícil contactar con el alcalde. Figuraba en el listín telefónico y su número para concertar cita aparecía junto al de todos los demás concejales en un útil panfleto repartido a decenas de miles de habitantes de Edimburgo.

El interlocutor parecía joven, con una

voz que había mudado no hacía demasiado tiempo. No reveló su nombre. Lo único que dijo es que tenía a Kirstie y que quería dinero a cambio. Incluso obligó a una chica a ponerse al teléfono, y ella masculló unas palabras antes de que le arrebataran el auricular. Esas palabras fueron «papá» y «yo».

El alcalde no podía estar seguro de que fuera Kirstie, pero tampoco de que no lo fuera. Solicitó la ayuda de las fuerzas del orden una vez más y le pidieron que organizara un encuentro con los secuestradores. Aunque no habría dinero esperándolos, sino agentes de policía, y muchos.

La intención no era enfrentarse a ellos, sino seguirlos. En la operación

intervino un helicóptero de la policía, además de cuatro coches camuflados. Debería haber sido fácil.

Debería haberlo sido. Pero el interlocutor había elegido para la cita una parada de autobús en la ajetreada Queensferry Road. Había mucho tráfico circulando a toda velocidad y ningún lugar donde detener un coche de incógnito. Había sido inteligente. Cuando llegó el momento de la recogida, el Cortina estacionó al otro lado de la calle. El pasajero cruzó la calzada al trote esquivando el tráfico, cogió la bolsa, llena de fajos de papel de periódico, y la llevó al coche.

Tres coches patrulla estaban encarados en la dirección errónea y

tardaron mucho en dar la vuelta. Pero el cuarto había informado por radio del paradero del vehículo del sospechoso. El helicóptero, por supuesto, se había visto obligado a aterrizar hacía rato, forzado por las condiciones climáticas. Todo ello dejó a Lauderdale —el agente al mando— acelerando frenéticamente para iniciar la persecución y, de paso, quitarse unos años de encima.

Rebus esperaba que hubiera merecido la pena. Esperaba que Lauderdale, postrado y con ambas piernas alzadas en el hospital, disfrutara rememorando la persecución. Lo único que le había aportado todo aquello a Rebus era una sensación de mareo en las tripas, una pesadilla y aquel maldito dolor en la

mandíbula.

Se organizó una colecta para comprarle algo al inspector jefe. Con grandes alardes y excesiva presteza, el inspector Alister Flower puso un billete de diez. Caminaba sacando pecho y con una sonrisa en su rostro como de maquillaje teatral. A Rebus le parecía más despreciable que nunca.

Todo el mundo miraba a Rebus, preguntándose si sería ascendido en detrimento de Flower, preguntándose qué haría si, de repente, Flower se convertía en su jefe. Los rumores se acumulaban con más rapidez que el dinero de la colecta. Con mucha más

rapidez.

Rebus no era el único que consideraba que el secuestro era una farsa. Lo supieron muy pronto, ahora que habían seguido el rastro del coche, localizado a su propietario y descubierto que se lo había prestado a dos amigos. Al parecer, incluso había ido a la casa que compartían sus dos amigos para pedirles que se lo devolvieran, pero no había encontrado a nadie.

El propietario del coche se encontraba abajo, en una sala de interrogatorios. Le dijeron que, si era sincero con ellos, olvidarían que el vehículo carecía de póliza de seguros en vigor. Él les contó una historia tras otra,

la vida y milagros de Willie Coyle y Dixie Taylor. Rebus bajó a escuchar un rato. El sargento Macari y el agente Alder se ocupaban del interrogatorio.

—Entra el inspector Rebus, 12:15 horas —dijo Macari a la grabadora, antes de volver a dirigirse al joven que estaba sentado ante él y añadir—: Así pues, ¿de qué vivían Willie y Dixie? Ambos cobraban el paro, pero siempre se puede complementar, ¿eh?

Rebus se apoyó en la pared, fingiendo desinterés. Incluso sonrió al propietario del coche y asintió para hacerle saber que todo iba bien. Aquel joven debía de rondar los veinte años y estaba bastante presentable, vestido y acicalado impolutamente. Llevaba un discreto aro

de plata en la oreja derecha, pero ninguna otra joya, ni siquiera un reloj.

—Se las arreglaban —contestó—. El subsidio de paro, incluso el de la Seguridad Social, está bastante bien. Puedes vivir de él si eres prudente.

—¿Y lo eran? —Macari hizo una pausa—. El señor Duggan asiente —dijo de nuevo a la grabadora—. Entonces ¿por qué organizaron una farsa como esta?

Duggan negó con la cabeza.

—Ojalá lo supiera. No tengo ni idea. Willie nunca me había pedido el coche. Me dijo que tenía que transportar una cosa.

—¿Qué tipo de cosa?

—No lo mencionó.

—Pero le prestó el coche de todos modos.

—Como le digo, Willie es una persona cuidadosa.

—¿Y Dixie?

Duggan esbozó una leve sonrisa.

—Bueno, Dixie es diferente. Necesita que lo cuiden.

—¿Qué? ¿Era tonto o algo así?

—No, simplemente despreocupado. Era difícil que se interesara por algo. — El joven levantó la mirada—. No es fácil expresarlo con palabras.

—Inténtelo, señor Duggan.

—Desde la escuela, Willie y Dixie habían sido íntimos. Les gustaba la misma música, los mismos cómics y los mismos juegos. Se entendían.

—¿Y compartieron gustos desde que se fueron de casa?

A Rebus le gustaba el estilo de Macari. En comisaría lo llamaban «Toni» por el personaje de *Oor Wullie*. Había logrado que Duggan estuviese relajado y comunicativo; había forjado una relación. Con Allder no lo tenía tan claro. Era uno de los hombres de Flower.

—Creo que sí —respondió Duggan—. Estaban muy unidos. Leímos un libro en la escuela en el que aparecían dos personajes como ellos, uno bobo y el otro no.

—¿De ratones y hombres? —aventuró Rebus.

—Creo que se refiere a Burns y a su

secretario Smithers —dijo Alder.

Rebus indicó a Macari que se iba.

—El inspector Rebus abandona la sala. 12:30 horas. Bien, señor Duggan, volviendo a lo del coche...

Como siempre, Rebus calculó mal el momento de su salida. Alister Flower venía hacia él por el pasillo silbando «Dixie».

—Hay un muchacho ahí dentro —le recordó Rebus— que acaba de perder a dos amigos. Uno de ellos se llama Dixie.

Flower dejó de silbar y soltó una risotada desagradable.

—Habrá sido el subconsciente.

—Uno tiene que ser muy consciente cuando hace algo así —le reprochó Rebus mientras se alejaba—. Lo cual no te deja en muy buen lugar.

Por su parte, Flower no iba a dejar que se marchara tan fácilmente, y alcanzó a Rebus cuando se disponía a cruzar las puertas dobles.

—Las cosas serán distintas cuando me nombren inspector jefe —le soltó sin más.

—Sí, lo serán —coincidió Rebus—. Porque para entonces habrán encontrado la cura contra el cáncer y enviado un hombre a Marte.

Después franqueó las puertas y desapareció.

Rebus se dirigió a Stenhouse. Se encontraba más alejado del centro de la ciudad y era más bonito de lo que recordaba. Todo se volvía más tranquilo una vez salías de Gorgie Road. Había casas adosadas de dos plantas con pulcros jardines y aceras limpias. Algunas de las escaleras de entrada parecían recién fregadas. Un par de veces por semana, su madre se arrodillaba, como todas las demás mujeres de su calle, para lustrar la escalera con agua jabonosa caliente o

lejía. Una escalera sucia proyectaba una mala imagen de la casa.

Rebus estaba más acostumbrado al centro de Edimburgo y a sus edificios de apartamentos. Los pequeños barrios de las afueras todavía lograban sorprenderlo. Habían vertido sal en las aceras y las calles. En verano, los vecinos cotilleaban junto a las vallas de sus jardines, pero ahora estaban todos hibernando.

El invierno en Edimburgo podía ser de lo más pertinaz. Empezaba a principios de octubre y se prolongaba hasta abril. Los días no eran constantes: a veces se imponía el crepúsculo durante veinticuatro horas, y a veces la nieve fresca en el suelo hacía que el

brillo del sol te abrasara los ojos. La gente caminaba siempre entrecerrando los párpados, ya fuera para orientarse en la penumbra o para protegerse de la penetrante luz.

Aquel era un día crepuscular. El cielo era de un lóbrego marrón, y amenazaba lluvia. Rebus se metió las manos en los bolsillos y notó la pequeña bolsa de papel. Había encontrado un ferretero en Gorgie Road que lo mandó a una tienda especializada en la que le vendieron una llave de radiador. Miró a su alrededor, encontró la casa que estaba buscando y se dirigió a la puerta principal.

—Buenas tardes —lo saludó Siobhan Clarke—. ¿Cómo te encuentras?

Rebus se abrió paso. En la casa no

hacía mucho más calor que fuera. En el salón, Brian Holmes estaba dando un vistazo a una colección de CD.

—¿Hay algo? —preguntó Rebus.

Holmes se levantó.

—Hay algunos periódicos con artículos sobre el caso Kennedy. Probablemente sacaron la idea de ahí. No hay ningún indicio de que la chica haya estado aquí. Por otro lado, es bastante improbable que anduviera por ahí con unos vagos como esos. Es una chica de Gillespie's; Willie y Dixie eran de colegio público.

—Parece un engaño en toda regla —coincidió Clarke.

Rebus miró a su alrededor y se volvió hacia Clarke.

—Supongamos que eres una chica bien educada, que ha estudiado en colegios caros y lleva una vida acomodada. Supongamos que quieres escapar de casa y desaparecer una temporada, tal vez para siempre. ¿Te juntarías con gente de tu clase o bajarías unos peldaños, donde nadie te conociera ni te prestara atención?

—¿Con gente como Willie y Dixie, quieres decir?

Rebus se encogió de hombros.

—Son solo especulaciones. Yo diría que ha hecho lo que hace cualquiera cuando quiere huir de Escocia: irse a Londres.

—Que Dios la asista —dijo Holmes pausadamente.

—¿Has terminado con el registro?

—No.

—Pues no te interrumpo más. De hecho, si enciendes esa estufa eléctrica, puede que incluso te eche una mano.

Brian Holmes buscó monedas en los bolsillos para el contador de luz y se pusieron a trabajar.

Había dos dormitorios, uno de ellos ordenado, con la cama hecha, y el otro caótico. La habitación ordenada pertenecía a William Coyle, tal como confirmaba una carta del Departamento de Servicios Sociales que había sobre el colchón. Había libros en una estantería, en su mayoría nuevos. Rebus se preguntaba qué librería habría perdido existencias recientemente. Cogió uno

titulado *Trainspotting*, y vio que había varias hojas de papel ocultas detrás de la hilera de libros. Estaban grapadas en una esquina y editadas profesionalmente con gráficas. Aquello parecía un informe de empresa, un proyecto de algún tipo.

Holmes intentó ver de qué se trataba.

—No me digas que Willie era emprendedor...

Rebus se encogió de hombros, pero enrolló el informe y se lo guardó en el bolsillo.

—¡Aquí! —exclamó la agente Clarke.

Cuando llegaron, estaba sacando algo de debajo de la cama de Dixie Taylor. Eran tres jeringuillas desechables, todavía con su envoltorio, una vela totalmente consumida y una cucharilla

de postre ennegrecida por debajo.

—No hay rastro de jaco —dijo al levantarse, atusándose el pelo.

—Miraré debajo de la otra cama —intervino Holmes.

Rebus sonrió.

—¿«Jaco»? —preguntó—. ¿Qué clase de libros has estado leyendo? —Entonces se puso serio—. Será mejor que pidamos refuerzos y echemos un buen vistazo a este lugar.

—Vale.

Cuando Rebus se quedó solo en la habitación, examinó las jeringuillas. Había una fina capa de polvo en los paquetes, y quedaban pequeñas bolas de sustancia en la cuchara. Obviamente, Dixie no había utilizado sus utensilios

desde hacía algún tiempo. Rebus fue al cuarto de baño en busca de metadona o lo que fuera que recetaran ahora los médicos para desintoxicarse, aunque solo encontró un jarabe para la gripe, paracetamol y enjuague bucal. Volvió a revisar el correo, pero no había nada de ningún hospital o centro de rehabilitación.

Después llamó al profesor Gates y preguntó por las muestras de sangre.

—Todavía no tengo los resultados. ¿Hay algún problema?

—Un posible consumo de heroína —dijo Rebus—. Al menos uno de ellos.

—Podría examinar los cuerpos de nuevo. No busqué marcas de pinchazos.

—¿Cree que las encontraría si las

hubiera?

—Bueno, como pudo comprobar, los cuerpos no están precisamente immaculados, y los consumidores de droga por vía intravenosa son expertos en ocultar sus heridas. Se inyectan en la lengua, en el pene...

—Bueno, vea qué puede hacer, profesor.

Rebus colgó el teléfono. De repente, dejó de sentirse cómodo allí y salió en busca de un poco de aire fresco. Resistió treinta segundos ahí fuera, se dirigió a la casa contigua y pulsó el timbre. Abrió la puerta una mujer de mediana edad, y Rebus le mostró su identificación.

—Sé quién es —dijo ella—. Es una

verdadera lástima lo de esos pobres muchachos. Pase, pase.

Se llamaba señora Tweedie, y en la casa hacía calor. Rebus se sentó en el sofá y se frotó las manos. Necesitaba recuperar la sensibilidad y mitigar un poco el dolor de la quemadura.

—¿Los conocía bien, señora Tweedie? —La mujer se fijó en que Rebus sacaba cuaderno y bolígrafo—. No le importa ¿verdad? —preguntó.

—En absoluto, pero pensaba preparar una taza de té primero. ¿Le parece bien?

A John Rebus le parecía bien.

Permaneció allí sentado algo más de veinte minutos. Hacía tanto calor en aquel salón que tuvo la sensación de que se quedaría dormido, pero las palabras

de la señora Tweedie lo despertaron de golpe.

—Eran buenos chicos los dos. Una vez me ayudaron a traer la compra, pero no quisieron quedarse a tomar una taza de té.

—¿Los veía a menudo?

—Sí, los veía ir y venir.

—¿Seguían unos horarios marcados?

¿Tenían actividad nocturna?

—La verdad es que no lo sé. No me acuerdo tarde. A veces ponían la música un poco alta, pero lo único que hacía yo era subir el volumen de la tele. Si celebraban una fiesta, siempre nos avisaban con antelación.

Rebus sacó la fotografía de Kirstie.

—¿Ha visto alguna vez a esta chica,

señora Tweedie?

—¡Claro que sí!

—¿De veras?

—La vi en *The Daily Record*.

Las esperanzas de Rebus se desvanecieron.

—¿Nunca por aquí?

—No, jamás. Al que veía a menudo era a su casero.

Rebus frunció el ceño.

—Creía que estas viviendas eran propiedad del ayuntamiento.

La señora Tweedie asintió.

—Y lo son.

Rebus empezaba a comprender.

—Pero ¿los nombres de Willie y Dixie no aparecen en los libros?

—Me explicaron que habían... esto...

subnosequé.

—¿Subarrendado?

—Exacto, eso es. Al chico que tenía la casa antes que ellos.

—¿Y cómo se llama ese chico, señora Tweedie?

—Su nombre de pila es Paul. No sé su apellido. Era un chico majo, siempre iba muy elegante. Lo único que no me gustaba es que llevaba uno de esos... — Se tiró de la oreja e hizo un mohín—. No les quedan nada bien a los hombres.

—¿Paul Duggan? —preguntó Rebus.

La mujer pronunció el nombre en voz alta.

—Podría ser —dijo finalmente.

De camino a Gorgie Road, Rebus fue tarareando mentalmente una canción. Era un viejo tema de Neil Young, «The Needle and the Damage Done». Detuvo el coche frente a la prisión para ordenar sus pensamientos. Una carretera de acceso conectaba Gorgie Road con la alta valla y el macizo edificio de la cárcel que se alzaba detrás, con su enorme puerta y su voluminoso reloj. Aunque todavía no habían dado las cinco, ya estaba oscuro, pero el recinto contaba con buena iluminación. Oficialmente era la Cárcel de Su Majestad, pero todo el mundo la conocía como Saughton. El edificio principal parecía un taller penitenciario victoriano.

«Habrían terminado entre rejas — pensó—. Sabían que incluso un falso secuestro era un delito grave».

Willie Coyle, el más alto, el de pelo rubio. Rebus imaginó lo que debió de pasársele por la cabeza en aquellos últimos instantes previos al salto. Dixie y él irían a la cárcel. Con toda probabilidad los internarían en diferentes alas, si no en diferentes centros, y Dixie no tendría a nadie que cuidara de él. Rebus pensó en el personaje de Lenny en *De ratones y hombres*. Dixie se pinchaba. Puede que hubiera recibido ayuda, tal vez de su amigo Willie, pero en las cárceles de Escocia abundaba la droga. Naturalmente, debías disponer de algo

con lo que comerciar, y un chico de la edad de Dixie siempre tenía cosas que ofrecer.

¿Había sopesado Willie las opciones y después abrazado a su amigo hasta el final? A Rebus empezaba a caerle bien ese Willie Coyle. Ojalá no estuviera muerto.

Pero lo estaba. Ambos lo estaban. Fríos y mezclados sobre la mesa, no habían dejado gran cosa atrás, excepto el hecho incontestable de que Paul Duggan era muy buen casero. Rebus iba a hablar con él más pronto que tarde. Pero por el momento tenía que ver a otras personas, asistir a otra cita. Era el único encuentro al que durante todo el día sabía con seguridad que acudiría,

lloviera o nevara.

Había una estufa de gas, de las que emitían llamas de verdad, en lo que parecía la chimenea original. También había humo, pero de cigarrillos y pipas. La televisión estaba encendida, pero la música en directo ahogaba el sonido. Como sucedía a menudo en una noche de invierno, los músicos folk de Edimburgo se daban cita en el mismo pub a la misma hora. Estaban tocando en una esquina: tres violines, un acordeón, un bodhrán y una flauta. La flautista era la única mujer. Los hombres eran

barbudos, con las mejillas rubicundas, y llevaban jerséis gruesos. En las pintas que tenían sobre la mesa quedaban tres cuartos de líquido. La mujer era delgada y pálida, con una larga melena castaña, pero sus mejillas brillaban al calor de la estufa.

Algunos clientes se habían levantado a bailar con los brazos entrelazados, pugnando por el poco espacio que había. A Rebus le gustaba pensar que tan solo intentaban entrar en calor, pero en realidad parecían estar pasándolo bien.

—Tres medias y un par de tragos —le dijo al camarero.

—¿Y qué beben tus amigos?

—Ja, ja —replicó Rebus.

En la barra estaba flanqueado por sus

compañeros de copas, George Klasser y Donny Dougary. Klasser era conocido allí como Doc, y Dougary como Salty. Rebus no los conocía muy bien fuera de los confines del pub, pero la mayoría de las noches, entre seis y seis y media, eran sus mejores amigos. Salty Dougary intentaba hacerse oír en medio de la confusión general.

—Lo que digo es que puedes ir a cualquier lugar de la superautopista, a cualquiera, y en el futuro será aún más grande. Comprarás y verás la tele por ordenador, jugarás, escucharás música... y todo estará allí. Puedo hablar con la Casa Blanca si quiero, puedo descargar cosas de todo el mundo. Me siento a mi mesa y puedo viajar a cualquier sitio.

—¿También puedes viajar al pub utilizando el ordenador, Salty? —preguntó un parroquiano sentado al fondo de la barra.

Salty lo ignoró y separó los dedos pulgar e índice un par de centímetros.

—Habrá discos duros del tamaño de una tarjeta de crédito. Tendrás todo un PC en la palma de la mano.

—No deberías decirle eso a un policía, Salty —intervino Klasser, lo cual motivó algunas carcajadas. Se volvió hacia Rebus—. ¿Qué tal va esa molestia en la boca?

—La anestesia ayuda —respondió Rebus, apurando el whisky que quedaba.

—Espero que no estés mezclando alcohol con analgésicos.

—¿Me ves capaz de hacer eso? Salty, dale al hombre un poco de dinero.

Salty dejó de hablar solo. El camarero estaba esperando, así que sacó un billete de diez libras y se lo dio, observando su triste oscilación al deslizarse en la caja registradora. A Salty³ lo llamaban así por la sal y la salsa, que es de lo que se acompaña una cena comprada en un puesto de comida rápida. El guiño de su sobrenombre relacionaba los chips con las patatas fritas, puesto que trabajaba en una fábrica de material electrónico en South Gyle. Había llegado recientemente a «Silicon Glen», y esperaba que el sector siguiera prosperando. Habían cerrado seis fábricas antes que esta, y pasó

mucho tiempo sin empleo entre una y otra. Todavía recordaba los días en que el dinero escaseaba —«Podría haber accedido al subsidio de Escocia»— y, por ello, era muy cuidadoso con su trabajo. Ahora fabricaba microchips en una cadena de montaje en Clydeside y en otra de Gyle Park West.

—¿Bailas?

Rebus se dio la vuelta y vio a una mujer desdentada sonriéndole. Creía recordar que su nombre era Morag, y estaba casada con el hombre de los zapatos de tartán.

—Esta noche no —respondió Rebus mientras fingía sentirse halagado.

Con el hombre de los zapatos de tartán nunca se sabía: si bailabas con su

mujer, estabas coqueteando; si la rechazabas, le hacías un feo a él. Rebus apoyó el pie en la barandilla de metal pulido y se tomó sus copas.

A las ocho, Doc y Salty se habían ido, y junto a Rebus había un anciano con un sombrero deforme. El hombre se había olvidado la dentadura postiza y tenía las mejillas hundidas. Estaba hablándole a Rebus de la historia de Estados Unidos.

—Me gusta, amigo. Solo lo estadounidense, nada más.

—¿Por qué?

—¿Eh?

—¿Por qué solo lo estadounidense?

El hombre se relamió. No estaba prestando atención a Rebus ni a nada que hubiese en el bar. Ni siquiera se

podía estar seguro de que prestara atención al día en que vivía.

—Bueno —dijo al fin—, supongo que es por las pelis del Oeste. Me encantan las pelis del Oeste. Hopalong Cassidy, John Wayne... Me gustaba Hopalong Cassidy.

—«Could It Be Forever» era suya —dijo Rebus.⁴

Después apuró su copa y se fue a casa.

Estaba sonando el teléfono. Rebus se planteó no responder, pero su resistencia duró diez segundos.

—¿Sí?

—Hola, papá.

Rebus se desplomó en la butaca.

—Hola, Sammy. ¿Dónde estás? —La pausa fue demasiado larga—. Todavía en casa de Patience, ¿eh? ¿Cómo va todo?

—Bien.

—¿Qué tal el trabajo?

—¿De verdad lo quieres saber?

—Solo estaba siendo educado.

Paternal, pensó de repente. Debería haber dicho paternal, no educado. A veces deseaba que la vida incorporase la función de rebobinar.

—Entonces no te aburriré con los detalles.

—Imagino que Patience está fuera.

Parecía lo lógico. Sammy nunca

llamaba cuando ella estaba en casa.

—Sí, ha salido con... a algún sitio. Ha salido a algún sitio.

Rebus sonrió.

—En realidad querías decir que ha salido con alguien.

—Esto no se me da muy bien.

—No te culpes, mejor culpa a tus genes. ¿Quieres que nos veamos?

—Esta noche no, estoy agotada. Patience me ha preguntado si te gustaría venir a tomar el té algún día. Cree que deberíamos vernos más a menudo.

«Como de costumbre —pensó Rebus—, Patience tiene razón».

—Me encantaría. ¿Cuándo?

—Le preguntaré a ella y te digo algo. ¿Trato hecho?

—Trato hecho.

—Hoy me voy a acostar temprano. ¿Y tú?

Rebus miró la butaca.

—Yo ya estoy acostado. Que duermas bien.

—Tú también, papá. Te quiero.

—Y yo a ti, pequeña —masculló Rebus en voz baja, pero cuando ella ya había colgado el teléfono.

Se acercó al equipo de música. Después de una copa, le gustaba escuchar a los Stones. Las mujeres, las relaciones y los compañeros habían ido y venido, pero los Stones siempre estaban allí. Puso el disco y se sirvió un último trago. El *riff* de guitarra, uno entre media docena en el incansable

repertorio de Keith, daba comienzo al disco. «No tengo gran cosa —pensó Rebus—, pero tengo esto». Imaginó a Lauderdale en su cama de hospital, a Patience pasándolo bien y a Kirstie Kennedy en una caja de cartón en Charing Cross. Entonces vio unas zapatillas de deporte baratas, un último abrazo y la cara de Willie Coyle.

El alcohol no bastaba para que Rebus desterrara aquellos pensamientos de su mente.

Recordó el informe que había encontrado oculto en el dormitorio de Willie. Lo había dejado en la encimera de la cocina, y fue a cogerlo. Era un plan de negocio, algo relacionado con una empresa de programas informáticos

llamada LABarum. El texto explicaba que la definición de «labarum» según el diccionario era «criterio u orientación moral», y el motivo por el que la empresa utilizaba las mayúsculas para las tres primeras letras era enfatizar las iniciales de Lothian y Borders. El plan de negocio abordaba futuros desarrollos, costes, previsión de balance general y rango de empleo. La redacción era bastante cargante, y estaba formulada en condicional. Rebus sacó el listín telefónico, pero no encontró LABarum por ningún sitio.

Alguien había subrayado algunas partes del texto y rodeado palabras con un círculo. También había hecho cálculos a mano junto a las gráficas de

barras. Ciertas frases habían sido tachadas con bolígrafo rojo y algunas palabras modificadas. Algunos puntos llevaban un visto bueno. Rebus no podía saber si la caligrafía era la de Willie Coyle. Ni siquiera sabía si Willie tenía un bolígrafo rojo. Pero se preguntaba qué hacía un documento como aquel escondido en su habitación. Cuando llegó a la última parte, había una palabra garabateada en diagonal y subrayada insistentemente. La palabra era DALGETY. Volvió a hojear el informe, pero no encontró mención alguna a Dalgety. ¿Era una persona, un lugar u otra empresa? Estaba escrita en bolígrafo azul. Era imposible afirmar si la caligrafía se correspondía con las

correcciones y las notas al margen.

Se sirvió otra copa —sería la última— y puso la otra cara del disco. Estaba molesto, más consigo mismo que con cualquiera. Al fin y al cabo, era un caso cerrado: un par de impostores desesperados cayeron de un puente y murieron. Eso era todo. Ya debería haberlo borrado de su mente, pero no podía.

—Maldita sea, Willie —exclamó en voz alta.

Se sentó de nuevo con su copa y cogió el plan de negocio. Había un par de letras en la esquina superior derecha, escritas vagamente a lápiz. CK. Se preguntaba si eran una abreviatura.

—¿Qué más da? —dijo, tratando de

concentrarse en la música. Menudo desastre era el grupo, aunque a veces podían ser tan precisos que dolía.

»Va por ti, Willie —añadió alzando el vaso.

Hasta que se despertó a la mañana siguiente, no recordó que tenía la llave del radiador en el bolsillo de la chaqueta. Las tuberías tintineaban y la caldera rugía, pero los radiadores apenas se calentaban.

Compró café y un panecillo de beicon en una cafetería, y desayunó en el coche de camino al trabajo. El suelo estaba cubierto de una gruesa capa de hielo y las nubes de tormenta, de un gris plomizo, amenazaban con que la cosa iría a peor. Le había llevado más de

cinco minutos quitar parte de la escarcha del parabrisas, y aun así era como conducir un tanque, mirando por la única abertura despejada.

Un mensaje sobre su mesa le avisaba de una reunión a las nueve y media en el despacho del Granjero. Rebus consideró que se merecía otro café y se dirigió a la cantina. A una de las mesas, se sentaba una mujer solitaria, agitando lentamente una taza de té.

—¿Gill?

Ella levantó la cabeza. Era Gill Templer. Rebus esbozó la primera sonrisa del año, cogió una silla y se sentó junto a ella.

—Hola, John. —Tenía la mirada clavada en su bebida.

—Creía que estabas en Fife.

—Sí.

—En la Unidad de Delitos Sexuales, ¿verdad?

—Eso es.

Rebus asintió, tratando de ignorar la frialdad que desprendía el tono de Gill.

—Tienes buen aspecto.

Lo decía en serio. Llevaba el pelo oscuro, y el corte desenfadado hacía que unas largas medias lunas cayeran sobre sus mejillas. Tenía los ojos verde esmeralda. No había cambiado ni un ápice. Gill Templer sonrió agradecida, pero no dijo nada.

Brian Holmes puso una mano en el hombro de Rebus.

—Han llegado los exámenes forenses.

—¿Ah, sí?

Holmes fue a servirse un café y también cogió un donut. Rebus le siguió.

—¿Qué noticias tenemos?

Dio un mordisco al donut y se encogió de hombros.

—Nada —farfulló Holmes antes de tragar—. El profesor no puede confirmar la presencia de heroína u otra droga en la sangre de ninguno de los chicos. Cree que podría haber un par de marcas de golpes en uno de los cadáveres, pero no son recientes.

—¿En cuál de los cuerpos?

—En el del más bajo.

—Dixie.

Rebus cogió el café y dejó que Holmes le invitara. Cuando se dio la

vuelta, Gill Templar había desaparecido y su taza de té seguía ahí, intacta.

—¿Quién era? —preguntó Holmes mientras se guardaba el cambio en el bolsillo.

—Una chica a la que conocía.

—Bien, eso reduce bastante las posibilidades.

Rebus eligió una nueva mesa para sentarse.

El inspector Alister Flower parecía ir de camino a una sesión fotográfica de moda para una tienda de Princes Street.

—Se han quedado sin maniqués, ¿no? —preguntó Rebus al entrar en el despacho del Granjero Watson.

Flower llevaba un traje azul claro con camisa a conjunto y una corbata blanca y negra con un motivo en zigzag. Había resaltado el atuendo con unos lustrosos mocasines marrones y lo que parecían unos calcetines de deporte blancos. Rebus se sentó junto a él y se fijó en sus propios zapatos, pensando que necesitaban un repaso. Además, llevaba una mancha de grasa del bocadillo de beicon en la camisa.

—He convocado esta reunión — empezó a decir el Granjero— para que se queden tranquilos.

—El inspector Flower siempre lo está —observó Rebus.

Flower trató de soltar una carcajada espontánea, y Rebus se percató de lo

desesperado que estaba aquel hombre.

—John —dijo el Granjero—, usted siempre se lo toma todo a broma.

—Déjelos que se rían, señor —terció Flower.

Pero el Granjero no estaba riéndose, y Rebus sabía qué significaba aquel silencio. Mientras persistiera en «cierta actitud», el ascenso sería imposible.

Con lo cual, solo quedaba Alister Flower.

—Aly... —dijo por fin el Granjero. Flower estaba mirándolo fijamente, prestando atención; Rebus no había visto aquel truco antes—. ¿Quiere un poco más de café?

Flower miró su taza y apuró lo que quedaba.

—Por favor, señor.

El Granjero se levantó de la mesa, cogió la taza de Flower y se dirigió a la cafetera. Estaba de espaldas a ambos cuando empezó a hablar:

—El sustituto temporal de Frank Lauderdale empezará de inmediato...

Entonces Rebus lo entendió todo. De pronto, era como si su cuerpo hubiera asumido una masa nueva, mucho más voluminosa.

—Su nombre —prosiguió el Granjero — es Gill Templer.

Flower se fue directo a los lavabos, donde sin duda entablaría un concurso de insultos con el espejo. Rebus volvió

pensativo a la sala del DIC. Gill ya se encontraba allí, revisando el informe forense.

—Felicidades, Gill —dijo.

—Gracias. —Templer continuó leyendo. Rebus no se movió hasta que ella levantó la mirada—. John... —dijo en voz baja.

—¿Sí, jefa?

—A mi despacho.

El nombre de Lauderdale seguía en la puerta. No se molestarían en colgar una placa nueva. Al menos, no por ahora. Sin embargo, Rebus se dio cuenta de que Gill ya había cambiado algunas cosas.

—No hace falta que te sientes, John —dijo en cuanto entraron. Rebus sacó un paquete de tabaco—. Venga, ya

conoces las normas: prohibido fumar.

Él se llevó el cigarrillo a los labios.

—Entonces me limitaré a chupetearlo —contestó.

Templer cerró la puerta y fue hacia la mesa de Lauderdale, se apoyó en ella y cruzó los brazos.

—John, hay mucha historia aquí. — Rebus observó el despacho—. Ya sabes a qué me refiero. Me he enterado de que tú y la doctora Aitken habéis roto.

Rebus se sacó el pitillo de la boca.

—¿Y?

—Que estás en fase de recuperación, y no quiero que pienses que yo puedo ser tu muleta. No creas que puedes apoyarte en mí unas cuantas veces antes de volver a caer.

Rebus sonrió.

—¿Estabas ensayando en la cafetería?

—A lo que me refiero es que dejemos el pasado tranquilo y seamos profesionales.

—De acuerdo.

Rebus volvió a llevarse el cigarrillo a los labios y Templer se sentó en su butaca.

—Bien, ¿qué puedes decirme de esos dos idiotas que cerraron anoche el puente del Forth?

—Eran un par de impostores, tal vez con deudas o una adicción que financiar. Dos delincuentes de medio pelo un tanto desesperados. No hay ningún indicio de que conocieran a la chica. Howdenhall registró el coche; no hay huellas tuyas

en el vehículo.

—Entonces ¿por qué te interesaban tanto los resultados toxicológicos?

—¿Me interesaban?

—Alguien fue a buscarte a la cafetería para decirte que ya habían llegado.

Rebus sonrió de nuevo.

—Sospecho que trabajaban para otra persona.

—¿Tienes algún nombre?

—Paul Duggan. Les prestó el coche a los muchachos. Además, les subarrendó su casa de protección oficial.

—Eso es ilegal.

—Sí, lo es. Tal vez deberíamos hacerle algunas preguntas a ese tipo.

Templer sopesó la posibilidad y

asintió.

—¿En qué más estás trabajando?

Rebus se encogió de hombros.

—Poca cosa. Esta época del año siempre es tranquila.

—Esperemos que siga siéndolo. Sé cuál es tu reputación, John. Ya era nefasta cuando te conocí, pero dicen las malas lenguas que últimamente ha empeorado. No quiero problemas.

Rebus miró por la ventana. Había empezado a nevar.

—Con este tiempo —dijo—, nunca hay demasiados problemas en Edimburgo, créeme.

Hugh McAnally era universalmente conocido como Wee Shug. No sabía por qué la gente que se llamaba Hugh siempre acababa siendo apodada Shug. Había muchas cosas que no sabía ni llegaría a saber jamás. Desearía haber pasado su estancia en la cárcel mejorando como persona. Y de hecho, al menos supuestamente, lo había conseguido en ciertos aspectos: ahora sabía utilizar una fresadora y montar un sofá. Aunque también era consciente de que no tenía cultura, no tanta como su

compañero de celda, un tipo sumamente inteligente, un hombre con sustancia. No se parecía en nada a Shug; bien mirado, eran como el día y la noche. Pero le había enseñado a Shug muchas cosas y había sido un amigo. Incluso estando rodeado de gente, la cárcel podía ser un lugar muy solitario sin un amigo.

Aun así, ¿qué habría cambiado si hubiera sido más inteligente? Nada en realidad, ni una pizca.

Pero aquella noche pensaba cambiar algo en su vida.

Era otra noche aciaga; soportar aquel viento era como caminar sobre cuchillas.

El concejal Tom Gillespie no esperaba que muchas almas se dieran la caminata para acudir a su consulta semanal. Sin duda recibiría unas cuantas de las habituales quejas sobre cañerías heladas y reventadas, tal vez alguna pregunta sobre asignaciones sociales por mala climatología, y eso sería todo. Los votantes del distrito de Warrender tendían a ser autosuficientes o timoratos, dependiendo del punto de vista y de las opciones políticas de cada uno. Gillespie dirigió una sonrisa a la extravagancia que él denominaba secretaria, y después estudió las obras de arte que colgaban en las paredes del aula.

Siempre celebraba la consulta en esta

escuela el tercer jueves de cada mes en periodo lectivo. Entre petición y petición, se ponía al día con la correspondencia y dictaba cartas a su grabadora portátil. El Departamento Central de Servicios para Miembros del Ayuntamiento mecanografiaba las cartas, y para asuntos políticos de índole general y cuestiones relacionadas con su partido había otra administrativa a su disposición.

Por eso precisamente su esposa le había hecho notar en numerosas ocasiones que una secretaria privada era una extravagancia. Pero, tal como argumentaba el concejal (y era muy bueno argumentando), si quería despuntar entre aquella multitud de

políticos debía estar más ocupado que los otros concejales y, sobre todo, debía parecer que lo estaba. Una extravagancia a corto plazo, una ganancia a la larga. Había que pensar siempre a largo plazo.

Gillespie aplicó el mismo criterio cuando dejó su trabajo. Como le explicó a su mujer, Audrey, la mitad de los concejales de su circunscripción tenían otros empleos, lo que les impedía concentrar todas sus energías en los asuntos municipales o políticos del ayuntamiento. Debía parecer tan atareado que no tenía tiempo para un trabajo fijo. Además, los plenos del ayuntamiento se celebraban durante el día, y ahora gozaba de total libertad

para asistir a ellos.

Tenía otros argumentos a su favor. Trabajando en asuntos municipales durante toda la jornada, las noches y los fines de semana eran relativamente tranquilos. Por otro lado (y en ese momento sonreiría y cogería a Audrey de la mano), no necesitaban el dinero. Lo cual estaba bien, ya que el salario básico como concejal era de 4.700 libras.

Por último, le diría que aquel era el momento más importante para el gobierno local en veinte años. En poco más de siete semanas, se celebrarían nuevas elecciones y daría comienzo el cambio, que convertiría la Ciudad de Edimburgo en una autoridad única

denominada Ayuntamiento de la Ciudad de Edimburgo. ¿Acaso podía permitirse no estar en el centro de esos acontecimientos?

A pesar de todo, Audrey había puesto una condición: su secretaria debía ser una mujer mayor, sencilla y casera. Y Helena Profitt encajaba en ese perfil.

Bien mirado, Gillespie jamás salía victorioso de una discusión con Audrey, al menos en un primer momento. Ella empezaba a chillar, a replicar y a dar portazos, pero a él no le importaba. Necesitaba el dinero de Audrey. Su dinero le compraba tiempo. Si al menos pudiera ahorrarse el purgatorio de aquellos jueves por la noche en una escuela prácticamente desierta...

La secretaria llevaba consigo su calceta, y Gillespie podía calibrar hasta qué punto había habido ajetreo en función de lo que hubiera tejido en una hora. Observó sus agujas y se concentró de nuevo en la carta que estaba redactando. Aquella misiva no era tarea sencilla; llevaba más de una semana intentando redactarla. No era algo que pudiera confiar a un dictado, y hasta el momento lo único que había conseguido era anotar la dirección en el encabezamiento y la fecha debajo.

La escuela estaba tranquila, los pasillos bien iluminados y los radiadores funcionando a pleno rendimiento. El conserje andaba ocupado en algún lugar, al igual que las

cuatro encargadas de la limpieza, y cuando ellas y el concejal se marcharan a casa, el conserje cerraría las puertas hasta el día siguiente. Una de las limpiadoras era mucho más joven que las demás y tenía un cuerpo bonito. Mientras la observaba, Gillespie se preguntaba si viviría en su circunscripción. Consultó de nuevo el reloj de pared. Faltaban veinte minutos.

Entonces oyó un golpe y miró hacia la puerta del aula. En el umbral se hallaba un hombre de corta estatura, con aspecto de estar aterido de frío dentro de aquella delgada cazadora tipo *bomber* y aquellos pantalones raídos. Llevaba las manos metidas en los bolsillos de la cazadora, y no parecía tener ninguna

intención de sacarlas.

—¿Es usted el concejal? —preguntó. Gillespie se levantó y sonrió. Entonces el hombre se volvió hacia Helena Profitt —. ¿Quién es usted?

—Es mi secretaria —explicó Tom Gillespie. La señorita Profitt y el hombre parecieron estudiarse mutuamente—. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Sí, sí puede —contestó el recién llegado. Acto seguido, se desabrochó la chaqueta y sacó una escopeta de cañones recortados—. Usted —le dijo a la secretaria—, lárguese de aquí. —Apuntó con la escopeta al concejal—. Usted se queda.

Helena Profitt salió corriendo del aula y a punto estuvo de arrollar a las limpiadoras. Un cubo de agua sucia se derramó con estrépito en el suelo de madera.

—¡Justo acababa de pulir esta zona!

—¡Un arma, tiene un arma!

Las limpiadoras la miraron incrédulas, y justo en ese instante se oyó un estruendo en el aula que recordaba a un neumático estallando. Al igual que la señorita Profitt, las demás mujeres se arrodillaron.

—¿Qué demonios ha sido eso?

—Ha dicho que llevaba un arma...

Ahora había una figura en el umbral. Era el concejal, que apenas controlaba las piernas. Parecía uno de los cuadros

del aula, salvo que no era pintura lo que ahora empapaba su rostro y su cabello.

Rebus se encontraba en la sala y observaba las pinturas. Algunas eran bastante buenas. Los colores no siempre resultaban acertados, pero las formas eran identificables. Casa azul, sol amarillo, caballo marrón en un prado verde y un cielo rojo salpicado de gris...

Oh.

El aula había sido acordonada con dos simples sillas frente a la puerta. El cuerpo seguía allí, con los brazos y las piernas en cruz, delante de la mesa del profesor. El doctor Curt estaba examinándolo.

—Parece que esta es su semana de casos desagradables —le dijo a Rebus.

Era desagradable, desde luego. Apenas quedaba nada de la cabeza, con la salvedad de la mandíbula inferior y la barbilla. Cuando uno se lleva a la boca una escopeta y aprieta el gatillo, no puede esperar convertirse en Mr. Suicidio Glamuroso. Ni siquiera quedaría entre los dieciséis últimos.

Rebus se acercó a la mesa del profesor. Sobre ella había un bloc de papel pautado, y en la primera página podía leerse «Señor Hamilton — asignación de parcela», al lado de una dirección y un número de teléfono. La sangre había empapado el papel. Rebus arrancó la primera hoja. La de debajo,

obviamente, era el comienzo de una carta. El concejal Gillespie había llegado hasta la palabra «querido».

—Bien —Curt se puso en pie—, está muerto, y si usted me pidiera una opinión razonada, yo diría que utilizó eso —añadió, señalando con la cabeza la escopeta, que yacía a medio metro del cuerpo—. Y ahora se ha ido al otro barrio.

—Eso está a tiro de piedra —comentó Rebus.

Curt lo miró.

—¿Viene hacia aquí el fotógrafo?

—Tenía problemas para arrancar el coche.

—De acuerdo. Dígale que quiero muchas fotos de la cabeza. Tenemos un

testigo, ¿no es así?

—El concejal Gillespie —contestó Rebus.

—No lo conozco.

—Es concejal de mi circunscripción.

El doctor Curt empezó a ponerse unos delgados guantes de látex. Había llegado el momento de examinar el cuerpo, y empezaron por el carnet de identidad.

—Aunque esta sala es muy acogedora —dijo Curt—, preferiría estar sentado ante mi chimenea.

Rebus encontró un sobre doblado en el bolsillo trasero de los pantalones del difunto. Parecía un documento oficial.

—Señor H. McAnally —leyó—. Es una dirección de Tollcross.

—Está a menos de cinco minutos de

aquí.

Rebus sacó la carta del sobre y la leyó.

—Es del Servicio de Prisiones —le explicó al doctor Curt—. Son detalles sobre la ayuda que recibiría el señor H. McAnally al salir de la cárcel de Saughton.

Tom Gillespie se había limpiado en los lavabos de la escuela. Tenía el pelo mojado y algunos mechones apelmazados. No cesaba de pasarse la mano por la cara y de buscar sangre en ella. Había llorado y tenía los ojos irritados.

Rebus se sentó frente a él en el

despacho del director. Había decidido requisarlo provisionalmente en cuanto el rector llegó al colegio, y utilizarlo como sala de interrogatorios. A las mujeres de la limpieza les sirvieron una taza de té en la cantina del personal, y Siobhan Clarke estaba allí con ellas, haciendo cuanto estaba en su mano por calmar a la señorita Profitt.

—¿Conocía a ese hombre, señor Gillespie?

—No le había visto en mi vida.

—¿Está seguro?

—Totalmente.

Rebus se metió la mano en el bolsillo, pero en el último instante se contuvo.

—¿Le importa si fumo?

Por el olor a tabaco que desprendía

aquella habitación, ya sabía que al director no le importaría. Gillespie negó con la cabeza.

—Es más —respondió—, deme uno ya que estamos. —Gillespie encendió el cigarrillo y dio una honda calada—. Lo dejé hace tres años.

Rebus no hizo ningún comentario. Estaba estudiando a aquel hombre. Había visto sus fotos entre el arsenal de panfletos electorales que alguien había deslizado en su buzón. Gillespie debía de rondar los cuarenta y cinco años. Normalmente llevaba unas gafas con montura roja, pero las había dejado sobre la mesa. Tenía el cabello ralo y liso en la parte superior, pero rizado a la altura de la coronilla. Sus pestañas eran

gruesas y oscuras, y no solo porque hubiera llorado, y su barbilla poco pronunciada. Rebus no lo habría descrito como un hombre atractivo, precisamente. En el dedo anular llevaba un sencillo aro de oro.

—¿Cuánto tiempo hace que es concejal, señor Gillespie?

—Seis años, casi siete.

—Yo vivo en su circunscripción.

Gillespie observó a Rebus.

—¿Nos conocemos de antes?

Rebus negó con la cabeza.

—De modo que ese hombre entró en el aula...

—Sí.

—¿Le buscaba a usted en particular?

—Me preguntó si era el concejal, y

después quiso saber quién era Helena.

—¿Helena es la señorita Profitt?

Gillespie asintió.

—Le ordenó que se fuera... Luego le dio la vuelta a la escopeta y se metió el cañón en la boca. —Gillespie se estremeció, y de su cigarrillo se desprendió un poco de ceniza—. Jamás lo olvidaré, jamás...

—¿Dijo algo más?

El concejal hizo un ademán negativo.

—¿No dijo nada?

—Ni una palabra.

—¿Tiene idea de por qué lo hizo?

Gillespie miró a Rebus.

—Eso es trabajo suyo, no mío.

Rebus aguantó la mirada hasta que Gillespie la apartó, buscando un lugar

donde apagar el pitillo.

«Hay algo en ti —pensó Rebus—, algo bajo la superficie que resulta mucho más frío, mucho más taimado».

—Solo unas preguntas más, señor Gillespie. ¿Cómo se publicitan sus sesiones de consulta municipal?

—Hay un panfleto del ayuntamiento. Se repartió en la mayoría de los hogares. Además, cuelgo carteles en consultas médicas y lugares así.

—No es algo privado, entonces.

—¿Privado? No, claro que no. ¿De qué serviría que un concejal mantuviera cualquier tipo de reserva con respecto a sus consultas?

—El señor McAnally vivía en Tollcross.

—¿Quién?

—El hombre que se ha suicidado.

—¿Tollcross? Eso no está en mi distrito.

—No —dijo Rebus mientras se ponía en pie—. Creo que no.

La agente Siobhan Clarke acompañó a la señorita Profitt, que seguía muy alterada, al despacho del director. Las escasas palabras que conseguía articular apenas eran descifrables y Rebus tuvo claro que el interrogatorio no sería fácil. Era mayor que el concejal, puede que incluso unos diez años. Sobre el regazo sostenía con fuerza una gran bolsa de la compra, como si se tratara de un

salvavidas que la mantenía a flote. Tal vez lo fuera. Era de corta estatura, llevaba el pelo rubio y una permanente caduca de la que casi no quedaban vestigios. De la bolsa asomaban un par de agujas de tejer.

—... Y entonces —dijo entre lágrimas — me pidió que me marchara.

—¿Cuáles fueron sus palabras exactas? —preguntó Rebus.

Profitt suspiró y se tranquilizó un poco.

—Me ordenó que me largara de allí.

—¿Dijo algo más?

Profitt negó con la cabeza.

—¿Y se fue usted?

—¡No iba a quedarme!

—Por supuesto que no... ¿Qué

pensaba que iba a hacer?

La mujer todavía no se lo había preguntado.

—Bueno —respondió al fin—, no sé qué pensaba en ese momento. Parecía... Parecía que iba a tomar a Tom como rehén, a pegarle un tiro o algo así.

—¿Y por qué le pareció que iba a hacer algo así?

Profitt alzó el tono de voz.

—¡No lo sé! ¿Quién sabe, en los tiempos que corren?

De repente, volvió a sumirse en sus sollozos histéricos.

—Solo un par de preguntas más, señorita Profitt...

Pero la mujer ya no estaba escuchando. Rebus miró a Siobhan

Clarke, que se encogió de hombros. Con ello, estaba sugiriendo que lo dejaran para el día siguiente, pero Rebus sabía que no era conveniente; conocía las malas pasadas que podía jugar la memoria si uno orillaba las cosas demasiado tiempo.

—Solo un par de preguntas más — insistió en voz baja.

Profitt se sonó la nariz y se enjugó las lágrimas. Luego suspiró profundamente y asintió.

—Gracias, señorita Profitt. ¿Cuánto tiempo pasó desde que se fue corriendo del aula hasta que oyó los disparos?

—La clase está al final del pasillo — dijo—. Abrí la puerta y tropecé con las mujeres de la limpieza. Me arrodillé, y

fue entonces cuando oí... fue entonces...

—¿Estaríamos hablando de unos segundos?

—Solo unos segundos, sí.

—¿Y no oyó ninguna conversación cuando salió del aula?

—Solo el disparo, eso es todo.

Rebus se frotó el tabique nasal.

—Gracias, señorita Profitt.
Pediremos un coche para que la lleve a casa.

El doctor Curt había terminado en el aula. La Unidad Forense había llegado y el fotógrafo, que por fin estaba allí, cambiaba el carrete. El director estaba en la puerta del aula.

—Tenemos que asegurar este lugar —
le dijo Rebus—. ¿Se puede cerrar la
sala?

—Sí, tengo las llaves en mi mesa.
¿Podremos abrir la escuela mañana?

—Yo de usted no lo haría aún.
Estaremos yendo y viniendo todo el
día... Alguien podría abrir la puerta...

—No me diga más.

—Y tendrá que hacer una buena
limpieza, además de pintar...

—Correcto.

Rebus se volvió hacia el doctor Curt.

—¿Podemos trasladarlo ya al
depósito?

Curt asintió.

—Le echaré un vistazo por la mañana.
¿Alguien ha ido ya a esa dirección?

—Iré yo mismo —contestó Rebus—. Como usted dice, está a solo cinco minutos de aquí.

El inspector se volvió hacia la agente Clarke.

—Asegúrate de que el fiscal recibe esa notificación preliminar.

Curt recorrió la sala con la mirada.

—Acababa de salir de la cárcel, quizá estuviera deprimido...

—Eso podría explicar un suicidio, pero no uno como este: mucha planificación, el lugar escogido...

—Nuestros primos estadounidenses tienen una expresión para eso —dijo Curt.

—¿Cuál? —preguntó Rebus, que tenía la sensación de que estaba a punto de

escuchar otro de los chistes del doctor.

—En tu cara —respondió Curt.

Rebus fue caminando a Tollcross.

Notaba un sabor en los pulmones y cierto aroma en el paladar, y esperaba que el frío los atenuara. Podía entrar en un pub y matarlos allí, pero no lo hizo. Solo recordaba un invierno más gélido que aquel. Veinte bajo cero, clima siberiano. Las tuberías exteriores del edificio se habían congelado y las aguas residuales no circulaban. El olor era repugnante, pero siempre cabía la posibilidad de abrir la ventana. Con el hedor de la muerte no ocurría lo mismo;

no desaparecía abriendo una ventana o dando un paseo.

El suelo estaba helado y resbaló un par de veces. Otra buena razón para no tomar una copa: necesitaba conservar la entereza. Había copiado la dirección de McAnally en su libro de notas, aunque de todos modos conocía bien la zona; se encontraba dos calles por encima del almacén calcinado del Crazy Hose Saloon. Había un interfono en la entrada principal. Encendió el mechero y vio que MCANALLY era el tercer nombre empezando por abajo. Se le estaban entumeciendo los dedos de los pies, así que pulsó el botón. Había ensayado el discurso. A ningún policía le gustaba dar malas noticias, y menos aún tan malas

como aquella. «Su marido ha perdido la cabeza» no resultaría muy apropiado.

El interfono cobró vida.

—¡No me digas que has perdido las llaves otra vez, Shug! Si has estado bebiendo y las has perdido, por mí como si se te congela el culo. ¡Me importa un carajo!

—¿Señora McAnally?

—¿Quién es?

—Inspector Rebus. ¿Puedo subir?

—Por el amor de Dios, ¿qué ha hecho esta vez?

—¿Puedo subir, señora McAnally?

—Sí, será lo mejor.

El interfono emitió un zumbido, y Rebus abrió la puerta. Los McAnally vivían en un primer piso: por una vez,

había abrigado la esperanza de que fuese el ático para posponer el momento unos segundos más. Subió lentamente, valorando las palabras adecuadas. Ella le esperaba en el umbral. Era una bonita puerta que parecía nueva, de madera oscura y con un motivo de cristal en forma de ventilador. El picaporte y el buzón de cobre también eran recientes.

—¿Señora McAnally?

—Pase.

La mujer lo acompañó hasta el salón por un corto pasillo. Era un piso pequeño, pero bien amueblado y cubierto de hermosas alfombras. Había una cocinita junto al salón, y ambas estancias debían de sumar como mucho unos treinta metros cuadrados. Los

vendedores de pisos sin duda lo describirían como «acogedor» y «compacto». Las tres barras de la estufa eléctrica estaban encendidas, y el salón le pareció demasiado caldeado. La señora McAnally estaba viendo la televisión, con una lata de cerveza negra Sweetheart apoyada en uno de los amplios reposabrazos de la butaca y un cenicero y tabaco en el otro.

Parecía una persona... enérgica; no encontraba una descripción más adecuada. Las esposas de los expresidarios solían encajar en ese perfil. Las visitas a la cárcel les endurecían la mandíbula y convertían sus ojos en hendiduras suspicaces. Llevaba el pelo teñido de rubio y,

aunque por lo visto iba a pasar la noche en casa, se había pintado las uñas y se había aplicado un poco de lápiz de ojos y maquillaje.

—¿Qué ha hecho? —insistió—. Siéntese si quiere.

—Me quedaré de pie, gracias. La cuestión, señora McAnally, es que...

Rebus se interrumpió. Esa era la manera de proceder: bajar la voz respetuosamente, pronunciar unas palabras introductorias, y guardar silencio con la esperanza de que la viuda o el viudo, o la madre o el padre, o el hijo o la hija, se dieran cuenta de lo que había ocurrido.

—¿La cuestión es qué? —le espetó.

—Bueno, lamento tener que decirle...

La señora McAnally tenía la mirada clavada en el televisor. Era una película, una ruidosa aventura hollywoodiense.

—¿Podríamos bajar el volumen? —preguntó Rebus.

Ella se encogió de hombros y pulsó un botón del mando a distancia. En la pantalla apareció un altavoz tachado. De pronto, Rebus se fijó en lo grande que era aquel televisor. De hecho, llenaba todo un rincón de la sala. «No me haga pronunciar las palabras», pensó. Entonces vio un destello en sus ojos. Le pareció que eran lágrimas. «Está conteniéndose».

—Lo sabe, ¿verdad? —dijo Rebus comedidamente.

—¿Saber qué? —replicó ella.

—Señora McAnally, creemos que su marido podría estar... muerto. —La mujer lanzó el mando a distancia al otro extremo del salón y se puso en pie—. Se ha suicidado un hombre —continuó Rebus—. Llevaba una carta en el bolsillo que iba dirigida a su marido.

La mujer lo miró con dureza.

—¿Y qué? Eso no significa nada. Quizá se le cayera y alguien la recogiese.

—El fallecido... el hombre, llevaba una cazadora negra de nailon y unos pantalones de color claro, un jersey verde...

La señora McAnally le dio la espalda.

—¿Dónde? ¿Dónde ha ocurrido?

—En Warrender Park.

—Muy bien —dijo en tono desafiante—. Wee Shug ha ido a Lothian Road, a sus antros habituales.

—¿A qué hora esperaba que volviera?

—Los pubs siguen abiertos, si eso responde a su pregunta.

—Mire, señora McAnally, sé que esto no es fácil, pero me gustaría que me acompañara al depósito de cadáveres y viera unas prendas de ropa. ¿Le parece bien?

Tenía los brazos cruzados y se balanceaba sobre sus pies.

—No, no me parece bien. ¿De qué serviría? No es Wee Shug. Solo lleva una semana en libertad, una miserable

semana. No puede estar muerto... —
Hizo una pausa—. ¿Le atropelló un
coche?

—Se quitó la vida.

—¿Está usted loco? ¿Se quitó la...?
¡Salga de mi casa! ¡Vamos, lárguese!

—Señora McAnally, debemos...

Pero entonces empezó a propinarle
puñetazos y a empujarlo por el salón y
el pasillo.

—¡Aléjese de él, ¿me oye?! ¡Aléjese
de nosotros! Esto es acoso policial...

—Sé que está preocupada, señora
McAnally, pero una identificación
aclararía las cosas y la dejaría tranquila.

Sus golpes habían ido perdiendo
fuerza, hasta que cesaron por completo.
A Rebus le dolía la palma de la mano en

la que había recibido la mayoría de los golpes.

—Lo siento... —dijo ella, respirando entrecortadamente.

—Es natural, está preocupada. ¿Tiene algún vecino o amigo, alguien que pueda acompañarla?

—Maisie vive al lado.

—Bien. ¿Le parece si voy a buscar el coche y la recojo? Tal vez Maisie pueda ir con usted.

—Se lo preguntaré.

La señora McAnally abrió la puerta y salió al rellano en dirección a una puerta con el rótulo FINCH.

—Utilizaré su teléfono, si no le importa —dijo Rebus mientras regresaba al interior del piso.

Dio un vistazo rápido. Solo había un dormitorio y un baño, además de un trastero. Ya había visto el resto de la vivienda. El dormitorio estaba muy bien amueblado, con cortinas rosas fruncidas y colcha a juego, y una pequeña mesita cubierta de frascos de perfume. Se dirigió al pasillo y realizó un par de llamadas: una para pedir un coche, y la otra para asegurarse de que alguien del DIC estuviera en el depósito de cadáveres para colaborar en la identificación.

La puerta se abrió y entraron dos mujeres. Esperaba que la señora Finch fuera más o menos de la misma edad que McAnally, pero era una chica de unos veintitantos con las piernas largas,

enfundadas en una falda ajustada. La tal Finch lo miró como si fuera un bromista retorcido. A cambio, él le dedicó una sonrisa que aunaba compasión e interés. Ella no le correspondió, de modo que hubo de contentarse con la imagen de sus largas piernas mientras la joven ayudaba a la señora McAnally a recorrer el pasillo y entrar en el salón.

—Un poco de Bacardí, Tresa —dijo Maisie Finch—, te calmará. Antes de nada, tomaremos un Bacardí con cola. ¿Tienes algún Valium por aquí? Si no, creo que me queda alguno en el armario del cuarto de baño.

—No puede estar muerto, Maisie... —gimió Tresa McAnally.

—No hablemos de él —repuso

Maisie.

Era un consejo extraño, pensó Rebus cuando se disponía ya a marcharse.

No había mucha distancia a pie desde Tollcross hasta la jefatura de la División C, en Torphichen Place, pero Rebus sabía que estaba alejándose cada vez más de su casa. No pensaba regresar caminando, y esperaba que en Torphichen hubiese algún coche libre que pudiera utilizar a modo de taxi.

En recepción, había un hombre alto y calvo con un grueso abrigo raído. Estaba sentado con los brazos cruzados y se miraba los pies. Nadie atendía el mostrador, así que Rebus pulsó el

timbre. Sabía que no dejaría de sonar hasta que llegara alguien.

—¿Lleva mucho rato aquí? — preguntó.

El hombre levantó la mirada y sonrió.

—Buenas noches, señor Rebus.

—Hola, Anthony...

Rebus lo conocía. Era un vagabundo de Edimburgo, y formaba parte del ejército de vendedores de *The Big Issue* que se distribuían a lo largo de Princes Street. Rebus solía comprarle un ejemplar a menudo. Su territorio sagrado se hallaba frente al Saint James Centre.

—¿Ha venido a ayudarnos con nuestras pesquisas?

Anthony esbozó una sonrisa

desdentada.

—Solo quería entrar en calor. Le dije al policía de recepción que estaba esperando al agente Reynolds, pero acabo de verlo entrar en el Hopscotch Bar, de Dalry Road.

—Lo cual significa que tiene sesión de copas...

—Y que yo puedo quedarme aquí sentado hasta que alguien se caiga redondo.

En ese momento, acudió a recepción un agente uniformado que, en cuanto vio la identificación de Rebus, le abrió la puerta y lo dejó pasar.

—¿Conoce el camino, señor?

—Lo conozco. ¿Quién está de servicio?

—El piso de arriba parece un cementerio.

Rebus subió las escaleras de todos modos. Torphichen era una comisaría antigua y pequeña, con sencillas paredes de piedra y un ambiente ligeramente depresivo. A Rebus le gustaba. Desde luego, la prefería a St Leonard's, su centro de operaciones, un lugar mucho más moderno y presuntamente ergonómico. Se acercó a la sala del DIC. El hombre al que buscaba estaba leyendo el periódico vespertino sentado a una larga mesa de madera llena de muescas.

—Señor Davidson —dijo Rebus.

Davidson alzó la mirada y gruñó.

—Necesito un favor —añadió Rebus

al entrar en la sala.

—Menuda sorpresa.

—¿Se ha enterado de lo de Warrender?

—¿El suicidio con una escopeta?

Las noticias volaban. Davidson cerró el periódico.

—El artífice se llamaba Hugh McAnally y vivía en Tollcross.

—Conozco a Wee Shug. Le vendría mejor el apodo de Wee El Cabrón. Acababa de salir de Saughton.

—A lo mejor sentía nostalgia.

—¿Le apetece un trago?

—Un poco de café, quizá.

Pero Davidson cogió su abrigo.

—He dicho un trago.

—Mientras no esté proponiendo el

Hopscotch... La rata de Reynolds está allí.

Davidson se ató la bufanda de cuadros escoceses.

—De acuerdo, obviaremos el Hopscotch. Y ya que invita usted, le dejaré elegir.

Rebus se decantó por una gran hostería situada cerca de la estación de Haymarket. El bar estaba abarrotado, pero el salón parecía tranquilo. Pidieron whisky doble.

—Hace demasiado frío fuera para beber cerveza —dijo Davidson—. A su salud.

—Y a la suya. —Rebus bebió un

sorbo y de inmediato notó cómo el líquido desempeñaba su labor presta y sensata. A veces casi era demasiado bueno—. Y bien —dijo finalmente—, hábleme de Wee Shug.

—Era un ladrón de poca monta. Se había especializado en robos desesperados en viviendas.

—¿Había?

—Se pasó a la venta de objetos robados, falsificaciones; un poco de aquí y un poco de allá.

—¿Cuánto tiempo llevaba en la cárcel?

—¿Esta vez, quiere decir? Es curioso, cuando me enteré de que había salido hice un cálculo rápido. Le redujeron la condena; cumplió algo menos de cuatro

años.

—Bueno, si lo único que tenían contra él era contrabando...

Davidson sacudió la cabeza.

—Lo siento, pero creo que no me ha entendido. Culpa mía. No le metieron entre rejas por ninguno de sus tejemanejes habituales.

—¿Y entonces por qué?

—Por la violación de una menor.

—¿Qué?

Davidson asintió.

—La cuestión es que lo crucificamos por ello, pero, con el corazón en la mano, no sé si fue de justicia.

—Explíquese.

Rebus hizo señas al camarero para que les sirvieran dos whiskys más.

—Bueno, la muchacha tenía quince años, pero todo el mundo decía lo mismo: quince, a punto de cumplir los treinta y cinco. No era una chica tímida, precisamente. Debería leer las transcripciones del interrogatorio. Aun así, ella insistía en que la había violado. Era una menor, y el fiscal siguió adelante con la acusación. No me importó demasiado, la verdad; apartar a Wee Shug de la calle me parecía bien.

—¿Vivía en Tollcross en aquel momento?

—Siempre fue su zona.

Rebus pagó la segunda ronda.

—¿Era una persona violenta?

—No, al menos que yo sepa. Tenía mal genio cuando le provocaban, pero

¿quién no lo tiene, en ese caso? Eso es lo curioso de la violación: no había lesiones físicas.

—¿Lo corroboró alguien?

—Teníamos un puñado de pruebas circunstanciales. Unos vecinos oyeron voces, un grito, y la chica se encontraba en un estado lamentable, llorando y todo eso. Además, Wee Shug reconoció haber mantenido relaciones sexuales con ella. Decía que sabía que era ilegal, pero, en sus propias palabras, «solo por unos meses». La chica aseguraba que no había sido consensuado, así que abrimos una investigación.

—Vamos a suponer, solo a modo de hipótesis, que fue consentido.

—Sí.

—Entonces acababa de cumplir cuatro años de condena por algo que no hizo.

Davidson se encogió de hombros.

—¿Está buscando un motivo detrás de su muerte?

Rebus se quedó pensativo unos instantes.

—Ahora mismo me interesan los suicidios.

—Y siempre buscamos justificaciones, ¿eh, John?

Rebus bebió de su copa.

—¿Tenía armas? ¿Alguna vez anduvo metido en líos relacionados con armas de fuego?

—Nada. Aunque probablemente tenga compinches por ahí que sepan dónde

conseguirlas.

—Utilizó una escopeta de cañones recortados.

—Me lo creo. No podrías meterte una escopeta larga en la boca y apretar el gatillo. Es mucho más fácil con un arma más corta.

—Menudo estropicio.

—Desde luego, pero sirvió. Uno no quiere quedar como un desorganizado, ¿verdad? Con una escopeta de cañones recortados hay menos margen de error.

—Ningún margen en absoluto —
precisó Rebus.

Cuando ya se iban, le vino a la mente una pregunta.

—¿Cómo se llamaba la víctima de McAnally?

Davidson tuvo que pensarlo.

—Mary... no se qué. Mary Finlay.
No... —Cerró los ojos con fuerza—.
Mary Finch.

Rebus lo miró fijamente.

—¿Maisie Finch?

Davidson pensó de nuevo.

—Sí, eso es, Maisie.

—Es vecina de los McAnally.

—Cuando se produjeron los hechos,
también lo era. Los conocía desde hacía
años.

—Dios mío —dijo Rebus—. Acabo
de mandarla al depósito para que ayude
a Tresa McAnally a identificar a su
marido.

—¿Qué?

—Hágame un favor. Présteme un

coche y un conductor.

—Haré algo mejor: le llevaré yo mismo.

Cuando llegaron al depósito, era demasiado tarde. Se había completado la identificación, y todos se habían ido ya a casa. Rebus se encontraba en Cowgate y miró con anhelo hacia Grassmarket. Algunos pubs todavía debían de estar abiertos, sin ir más lejos el Merchant's Bar. Pero se montó en el coche y le pidió a Davidson que lo llevara a casa. De repente, estaba cansado. Dios, se sentía agotado.

—¿Qué? —dijo Rebus.

Estaba hablando por teléfono desde St Leonard's con el doctor Curt, que se encontraba en el Departamento de Patología de la universidad. Tenía ocupados a Curt y sus colegas, de eso no cabía la menor duda. Además de su labor policial, Curt impartía clases en la Facultad de Medicina y también a estudiantes de Derecho.

Aun así, Curt gozaba de una ventaja con respecto a los simples mortales: nunca dormía. Podías llamarlo a

cualquier hora y siempre estaba alerta. A las ocho de la mañana deambulaba ya por su despacho.

En realidad eran las ocho y cuarto, y Rebus sostenía un enorme café descafeinado que había comprado en un local de comida rápida de Pleasance que abría temprano.

—¿Sordera matinal, John? —preguntó Curt—. Repito: estaba muriéndose de todos modos.

—¿Muriéndose de qué?

—Tenía unos tumores enormes. En el páncreas y el intestino grueso para empezar. Debía de estar agonizando. Apuesto a que las pruebas toxicológicas demuestran la presencia de potentes analgésicos.

—¿Me está diciendo que iba colocado?

—Tenía que estarlo para soportar el dolor.

Rebus frunció el ceño.

—No lo entiendo.

—¿No ha oído hablar de la eutanasia voluntaria, autoinfligida en este caso?

—Sí, pero ¿con una escopeta de cañones recortados?

—Bueno, esa no es mi especialidad. Yo puedo hablarle de efectos, no de causas.

Rebus finalizó la llamada y fue a ver a su inspectora jefe.

Gill Templer había realizado más cambios en el despacho de Lauderdale. Había traído unas cuantas fotografías

enmarcadas de sus sobrinos y una frondosa planta de yuca. Además, un par de tarjetas le deseaban lo mejor en su nuevo trabajo.

—Tengo entendido que estuviste presente en ese suicidio de ayer noche —dijo, indicándole con un gesto que se sentara.

Rebus asintió con aire distraído.

—Sí, y hay algo que no encaja.

—¿Ah, sí?

Rebus le expuso lo que sabía. Gill Templer escuchaba con la barbilla apoyada en ambas manos, un gesto que él conocía perfectamente. También reconoció el perfume que llevaba.

—Hummm —dijo cuando Rebus hubo terminado—, muchas preguntas. Pero

¿son competencia nuestra?

Rebus se encogió de hombros.

—Para ser sincero, no estoy seguro. Dame un par de días. Puede que para entonces tenga una respuesta.

—Esos dos muchachos del puente —musitó ella—. Luego otro suicidio y otra conexión con el ayuntamiento.

—Lo sé. Podría ser una mera coincidencia.

—Dudo que sea otra cosa. De acuerdo, tómate un día o dos y veamos qué averiguas. Pero mantenme informada regularmente, al menos un par de veces diarias.

Rebus se levantó.

—Perfecto —repuso—, ya empiezas a hablar como una inspectora jefe.

—John —dijo en tono de advertencia —, recuerda lo que te he dicho.

—Sí, señora. ¿Algo más?

Gill Templer negó con la cabeza y se puso a organizar unos documentos. Al salir de su despacho —ahora era suyo, qué duda cabía—, Rebus se encontró con Siobhan Clarke.

—¿Noticias de Paul Duggan?

—Vendrá esta tarde para mantener una charla.

—Bien —dijo Rebus—. ¿Me necesitarás?

Clarke sonrió.

—No hará falta, Brian y yo hemos perfeccionado nuestra interpretación de Jekyll y Hyde.

—¿Cuál de los dos hará de Hyde?

Clarke ignoró el comentario.

—¿Qué vas a hacer hoy?

Era una buena pregunta. Rebus formuló su respuesta.

—Perseguir fantasmas —dijo mientras se dirigía a su mesa.

Telefonó a Tresa McAnally. Había identificado la ropa de su marido y también su cuerpo, al que le cubrieron el rostro previamente. Ahora lo único que quedaba pendiente era el funeral.

—Lamento molestarla otra vez —dijo Rebus después de presentarse.

—¿Qué quiere?

—Solo me gustaría saber cómo está.

—¿Ah, sí?

Rebus debería haber sabido que no se tragaría ese tipo de excusa.

—¿Sabía que su marido estaba enfermo, señora McAnally?

—Me lo contó.

—¿Gravemente enfermo?

—Nunca me lo dijo.

—¿Cuál era el problema, según él?

—¿Por dónde quiere que empiece?

Hipertensión, piedras en el riñón, úlceras, un soplo en el corazón, enfisema... Wee Shug era un poco hipocondríaco.

—Pero estaba enfermo de verdad; se medicaba.

—Ya sabe cómo son los médicos. Te recetan placebo y adiós muy buenas. He leído las noticias, sé cómo están las cosas. —Hizo una pausa—. Perdone que le pregunte, pero ¿por qué se interesa

ahora por su salud?

—Tenemos motivos para creer que su marido estaba gravemente enfermo. En fase terminal, señora McAnally.

—Debería haberlo imaginado... — dijo tras unos segundos de vacilación, como si se sintiera avergonzada—. Estaba diferente cuando vino esta vez. ¿Era un cáncer?

—Sí.

—Fumaba tabaco de liar. Siempre se lo advertía: mi madre murió de lo mismo. —Hizo otra pausa para dar una calada a un cigarrillo—. ¿Cree que por eso se suicidó?

—¿Usted qué opina?

—Tendría sentido ¿no? Pobre desgraciado.

Rebus se aclaró la garganta.

—Señora McAnally, ¿sabe de dónde pudo haber sacado el arma?

—Ni idea.

—¿Seguro?

—¿Y qué cambia de dónde la sacara? Lo único que consiguió fue hacerse daño.

Pensando en el concejal Gillespie y en la señorita Profitt, Rebus también se lo preguntaba. Le daba la sensación de que Wee Shug McAnally había hecho daño a mucha gente... Como a Maisie Finch.

—El entierro es el próximo martes, inspector. Será usted bienvenido en casa.

—Gracias, señora McAnally. Haré

todo lo que pueda por estar allí.

Había salido el sol, que bañaba los cansados edificios de una luz cegadora. La arquitectura de Edimburgo era más apta para el invierno, para una luz intensa y fría. Daba la sensación de que uno se encontraba muy lejos de cualquier lugar, en un rincón reservado en el norte para los más fuertes y temerarios.

Rebus se alegraba de no encontrarse en comisaría. Era consciente de que trabajaba mejor en la calle. Además, la comisaría era ahora un verdadero campo de batalla. Sabía que Flower ya estaría conspirando contra Gill Templer,

congregando a sus tropas, esperando a que sus defensas dieran un paso en falso. Pero Gill era una mujer aguerrida. Su forma de lidiar con Rebus daba buena cuenta de ello. Sabía que mantendría las distancias. Templer estaba en lo cierto: Rebus tenía mala reputación. No querría que sus fracasos la salpicaran. ¿Qué importaba que se conocieran, que hubiesen sido pareja? Ella tenía razón: hacía mucho tiempo de aquello. Ahora eran compañeros o, mejor dicho, ella era su superior en funciones. No había conocido a muchas mujeres que ejercieran de inspectoras jefe. Buena suerte, Gill.

Rebus pasó frente a la clínica, mortificándose por no detenerse a

visitar a Lauderdale, y se dirigió de nuevo a Tollcross. En esta ocasión, sin embargo, no iba a visitar a Tresa McAnally, sino a su vecina.

Pulsó el botón bajo el nombre de Finch y esperó, moviendo los pies. Sus encías empezaban a dar señales de vida. Había cometido el error de abrir la boca para respirar profundamente, y el aire gélido había hecho que el nervio reaccionara. Pulsó de nuevo el botón, esperando no verse obligado a visitar a un dentista.

En ese momento, el interfono cobró vida.

—¿Quién es?

La voz era neutra.

—¿Señorita Finch? Soy el inspector

Rebus. Nos conocimos de pasada ayer noche.

—¿Qué quiere?

—¿Podría subir?

Rebus abrió la puerta. Cuando llegó al rellano del primero, pasó casi de puntillas frente a la puerta de Tresa McAnally. La de Maisie Finch estaba abierta de par en par, y la cerró cuando estuvo dentro.

—¿Señorita Finch?

La mujer salió repentinamente del cuarto de baño, envuelta en una toalla corta y cepillándose el pelo. Rebus podía oler el champú y percibió el calor que despedía su cuerpo.

—Estaba en el baño —dijo.

—Siento interrumpirla.

Rebus la siguió hasta el salón. No era lo que se esperaba. La mitad del espacio estaba ocupado por lo que parecía una cama de hospital, con armazón de hierro colado, ruedas y una barra protectora lateral. Junto a ella, había una silla inodoro de color amarillento. La repisa de la chimenea era como el escaparate de una farmacia: había al menos dos docenas de cajas y frascos en fila.

Maisie Finch apartó unas revistas del sofá y le indicó que se sentara. Ella ocupó sin ningún problema la silla inodoro, cruzando las piernas.

—¿Qué problema hay, inspector?

Su rostro era demasiado anguloso como para resultar atractivo, y tenía los ojos un tanto saltones. Aun así, era una

mujer innegablemente... la palabra que le venía a la mente era «sensual». Rebus cambió de postura.

—Bueno, señorita Finch...

—Imagino que esto es por Tresa.

—En cierto modo sí.

Rebus miró de nuevo la cama.

—Es de mi madre —explicó—. No puede salir de casa y tengo que cuidar de ella.

Rebus paseó la mirada por la estancia, dejando claro que buscaba a la madre ausente, y Maisie Finch se echó a reír:

—Está en el hospital.

—Lo siento.

—No lo sienta. Se la llevan durante unos días cada pocos meses. Es para

darme un respiro. Estas —dijo, abriendo los brazos— son mis vacaciones de invierno.

Aquel gesto le había soltado un poco la toalla. No pareció darse cuenta, y Rebus trató de no mirar. «Los hombres —pensó— son unos malditos necios».

—¿Le apetece tomar algo? —preguntó—. ¿O es demasiado temprano para usted?

—Temprano para unos es tarde para otros.

Finch se dirigió a la cocina. Rebus se acercó a la repisa de la chimenea y examinó la hilera de fármacos. Encontró un frasco de paracetamol y cogió un par de pastillas.

—¿Una noche dura? —dijo ella, que

volvió con dos botellas.

—Me duele un diente —respondió Rebus al coger la pequeña botella que le ofrecía. Estaba fría.

—San Miguel —le dijo—. Es una cerveza española. ¿Sabe qué suelo hacer en días como este? —Volvió a sentarse, esta vez con las piernas abiertas y los codos apoyados en las rodillas—. Pongo la calefacción al máximo, cierro los ojos y me imagino que estoy en España, en una piscina de un hotel elegante.

Finch cerró los ojos para dar vida a su argumento e inclinó la cabeza hacia un sol mediterráneo imaginario. Rebus se tragó las pastillas con la cerveza.

—Lamento lo de su madre —dijo.

Ella abrió los ojos, molesta por haber sido apartada de su ensoñación.

—Todo el mundo me dice que soy una santa. «No quedan muchas como tú, hija» —añadió, imitando la voz de una mujer mucho más longeva—. Llevan razón: no quedan muchas tan desgraciadas como yo. ¿Sabe cuando la gente dice que la vida les pasa por delante de los ojos? Pues en este caso es un hecho. Me siento en esta silla retrete entre ella y la ventana, y miro la calle durante horas, escuchando su respiración y esperando a que se detenga... —Finch miró a Rebus—. Disculpe, creo que estoy incomodándole.

Rebus negó con la cabeza. Su madre

también había estado postrada en una cama. Conocía aquella sensación, pero no había ido allí a hablar de eso.

—Sentada junto a esa ventana todo el día —dijo—, sin duda debía de ver al señor McAnally ir y venir.

—Sí, le veía a menudo.

—No le caía bien, ¿verdad?

—No.

Finch se levantó de golpe.

—Sin embargo, la señora McAnally sí le gusta... —siguió diciendo Rebus.

Se dirigía hacia la cocina, pero se detuvo en la puerta, y se volvió hacia el inspector.

—¡La santa no soy yo, sino esa mujer! Ha sufrido mucho. Ni se imagina cuánto ha sufrido.

—Me hago cargo.

Finch no parecía escucharle.

—Casada con un animal como ese. ¿Sabe qué me hizo? —Rebus asintió, y ella dio un paso atrás para recuperarse—. ¿Lo sabe? —preguntó un tanto más calmada—. ¿Por eso está aquí?

—Estoy aquí porque siento curiosidad, señora Finch. Todavía viven puerta con puerta, y es amiga de su mujer.

—¿Y qué? ¿Acaso cree que mi madre y yo deberíamos habernos ido de aquí después de aquello?

—Algo así.

—Le han ofrecido plaza en una residencia, pero está en Granton. Siempre hemos vivido en Tollcross, y

siempre lo haremos.

—Esta última semana debe de haber sido muy incómoda para usted.

—Mantén las distancias con él. Y puede estar seguro de que él hacía lo mismo. —Ahora se hallaba junto a la ventana, mirando a la calle con la espalda apoyada en la pared. Era como si no quisiera ser vista—. Tuvo su merecido.

Rebus frunció el ceño.

—¿Se refiere a lo que se hizo él mismo?

Finch lo miró y parpadeó.

—Eso he dicho.

Después sonrió y se llevó la botella a los labios.

Las instalaciones de Balística del Laboratorio de Ciencias Forenses de Howdenhall no se adecuaban a su idea de ocio, precisamente. Allí había demasiadas armas para el gusto de Rebus. Leyó el informe y miró al científico de bata blanca que lo había redactado. Otra cosa que no le gustaba a Rebus de Howdenhall era que todos los cerebritos de balística aparentaban diecinueve años. Llevaban un año en su espléndido edificio nuevo, y todavía parecían pagados de sí mismos. Las

nuevas instalaciones se habían financiado vendiendo propiedades, entre ellas viviendas estatales de la policía. Rebus no quería saber cuántas casas había costado ese laboratorio.

—Poca cosa, ¿no? —dijo sin dejar de mirarlo.

El hombre de la bata blanca, a quien le gustaba que lo llamaran Dave, se echó a reír.

—Ustedes, los del DIC —respondió, metiéndose las manos en los bolsillos —, siempre quieren más. ¿Quién disparó? ¿De dónde sacó el arma?

—Ya sabemos quién disparó, listillo. Pero su segunda pregunta es buena. ¿De dónde la sacó?

—Soy de balística, no de los

servicios secretos. Es una marca de escopeta bastante común; el número de identificación ha sido limado. Hemos seguido el proceso habitual y no hay posibilidad de recuperarlo. Los cartuchos también eran corrientes.

—¿Qué hay del cañón?

—¿En qué sentido?

—¿Cuándo fue recortado?

Dave asintió.

—El corte que dejó lo que fuera que utilizaran para recortarlo todavía está reluciente; digamos que en los dos últimos meses.

—¿Han comprobado el registro?

—Por supuesto. —Dave condujo a Rebus a un ordenador y pulsó un par de teclas—. Hay registrados mas de setenta

mil permisos para escopetas.

Rebus parpadeó.

—¿Setenta mil?

—Frente a unos treinta mil para todas las demás armas de fuego juntas. En realidad, a nadie le preocupa el número de escopetas que circulan por ahí. — Pulsó otra tecla—. ¿Lo ve? Hay más propietarios en las zonas rurales: en el norte, Grampian, Dumfries y Galloway. Los que compran estas cosas no son precisamente aficionados a la cerveza de la zona de Gorgie. En su mayoría son granjeros y terratenientes.

—¿Se han cometido robos?

—Están en el ordenador, pero lo he comprobado. Nadie ha perdido una escopeta en Edimburgo recientemente.

—¿Puedo echar un vistazo de todos modos?

—Claro. —Rebus se sentó, y Dave pulsó de nuevo la tecla. La lista de robos recientes no era extensa, y casi todos se habían producido al sur de la frontera—. ¿Quiere que se lo imprima?

—Sí.

Aunque hacerlo no serviría de nada.

—¿Qué importancia tiene de todos modos? —preguntó Dave—. Es un simple suicidio, ¿no?

—El suicidio sigue siendo un delito.

—Y el único caso en que no llevamos a juicio al culpable después de los hechos. ¿Está omitiendo información?

—No —dijo Rebus tras una pausa—. Pero es posible que alguien me la esté

omitiendo a mí. —Cogió el folio impreso, lo dobló y se lo guardó en el bolsillo—. Una cosa más.

—¿Qué?

—¿Las huellas del arma eran del difunto?

Dave mostró curiosidad por la pregunta.

—Suyas y solo tuyas. ¿Adónde quiere llegar, inspector?

Pero John Rebus no pensaba responder.

—Gracias por venir, concejal.

Rebus acababa de entrar en la sala de interrogatorios. Había estado haciendo tiempo frente a la puerta para que Tom

Gillespie se pusiera un poco nervioso. Una sala de interrogatorios era capaz de desbaratar cualquier planificación previa. Entrabas sabiendo qué ibas a decir, la línea argumentativa que pensabas adoptar ante la policía, y unos segundos después la sala comenzaba a ablandarte.

Lo cierto es que no era tan solo la sala lo que conseguía aquel efecto, sino también lo que contenía. En aquella había carteles de prevención de delitos en las paredes, una mesa, tres sillas, cuatro tomas de corriente y un cenicero de hojalata requisado de un pub local. Las paredes eran de color crema mate, amarillo institucional, y había un largo fluorescente en el techo que emitía un

zumbido constante, un rumor eléctrico casi subliminal. Rebus se preguntaba a menudo si era aquel ruido lo que inquietaba a la gente, aunque suponía que había una verdad más simple: la sala de interrogatorios se encontraba en una comisaría y, si estabas allí, ibas a ser entrevistado por la policía.

Llegado ese momento, todo el mundo tenía algo que ocultar.

—No hay de qué —respondió Gillespie, cruzando las piernas para hacer saber a Rebus lo relajado que estaba—. He oído que el pobre diablo era un exconvicto.

—Había cumplido algo menos de cuatro años por la violación de una menor.

—Cuatro años no parece mucho tiempo.

—No, no lo parece.

Permanecieron en silencio unos instantes, hasta que Gillespie lo rompió.

—Tuve un amigo que se suicidó. Todavía estaba en la universidad. Hace bastante tiempo de eso. Le preocupaban los exámenes y su novia le había dejado.

—Hizo una pausa—. Le dejó por mí, debería añadir.

—¿Le importa que fume? —preguntó Rebus.

—Creía que fumar estaba prohibido en las comisarías.

—Si le molesta, no lo encenderé.

Rebus se llevó el cigarrillo a la comisura de los labios y le ofreció uno a

Gillespie, que declinó la oferta con un gesto.

—Preferiría que no lo hiciera.

—Muy bien —dijo Rebus, que guardó el tabaco y el encendedor.

«Bien —pensó—, esto se pone interesante. El tipo ha estado estudiando para este examen. Cuenta una historia personal que no le deja en muy buen lugar, y después reafirma su autoridad». Y eso que, supuestamente, solo estaba allí para responder a unas simples preguntas de seguimiento.

—¿Cómo lo hizo? —preguntó Rebus.

—¿Quién?

—Su amigo.

—Se tiró desde el quinto piso de la residencia universitaria. Seguía vivo,

así que lo llevaron al hospital y buscaron huesos rotos y hemorragias internas. Estaban tan ocupados con eso que no se dieron cuenta de que se había tomado una sobredosis antes de saltar.

—Bueno —observó Rebus—, ambas son vías de salida bastante habituales, ¿no es así? Saltas o duermes. El señor McAnally, en cambio...

—Estaba usted en el puente de Forth Road cuando esos dos chicos saltaron, ¿verdad? Vi su nombre en el periódico.

—Estamos aquí para hablar de McAnally, concejal.

—Bueno, las armas de fuego también son un método de suicidio bastante popular, ¿no cree?

—Tal vez entre los propietarios de

armas, pero McAnally no lo era y probablemente no había utilizado una en su vida.

Gillespie descruzó las piernas y volvió a cruzarlas en posición contraria.

—Aun así, teniendo en cuenta sus antecedentes, le resultaría bastante fácil hacerse con un arma.

—Coincido —dijo Rebus—. Pero, de todos modos...

—¿Qué?

—¿Por qué tomarse tantas molestias? Es decir, aunque hayas decidido volarte la tapa de los sesos, ¿por qué ir caminando de Tollcross a Warrender en medio de una tormenta de nieve con una escopeta enorme escondida debajo de la cazadora? ¿Y por qué entrar en una

escuela que a esas horas estaba cerrada todas las noches del mes excepto una? —Rebus se había puesto en pie. Apoyó el trasero en el borde de la mesa y cruzó los brazos—. ¿Por qué entrar en un aula y asegurarse de que el concejal Tom Gillespie estuviera presente? ¿Por qué hacer algo así? ¿Por qué quiso matarse precisamente delante de usted? Sin más testigos, sin invitados. Es una actitud bastante extraña, ¿no cree?

—Bueno, es obvio que ese hombre estaba trastocado... quizá iba drogado.

—Acabo de ver los resultados toxicológicos. El laboratorio de la policía tiene unas máquinas muy avanzadas...

—¿En Howdenhall? —Rebus asintió

— Sí, lo sé. Estuve en la inauguración oficial.

— Los resultados demuestran que el difunto se tomó un par de copas, pero nada de drogas, ni un simple analgésico.

— ¿Adónde quiere llegar, inspector?

Rebus volvió a su sitio y apoyó las manos sobre la mesa. Ahora estaba inclinado sobre Gillespie, y esa postura pareció incomodar al concejal.

— Mire, señor Gillespie, Wee Shug McAnally estaba muriéndose. No le quedaba mucha vida por delante. Sus entrañas estaban comidas por el cáncer y habría tenido que doparse hasta las cejas para soportar el dolor. Sin embargo, esos medicamentos te ablandan el cerebro y Wee Shug no

tranquilamente—, no veo ninguna conexión entre ese tal McAnally y yo, ninguna en absoluto. No lo conocía de nada, nunca había oído hablar de él y no vivía en mi circunscripción. —Se encogió de hombros—. Puede que me guardara algún tipo de rencor, algo relacionado con su estancia en la cárcel.

Rebus volvió lentamente a la mesa y se sentó frente a Gillespie.

—¿Eso es todo? —dijo—. ¿Esa es su explicación?

—¡No tengo ninguna explicación! Simplemente... Deme un cigarrillo, por favor.

Rebus se lo encendió. Gillespie estudió el extremo del pitillo y levantó la mirada.

—¿Por qué hace esto?

—Ya se lo he dicho, concejal. Tengo que preparar un informe sobre una muerte repentina y violenta, y hemos detectado algunas... inconsistencias.

—¿Se refiere a que no saben por qué lo hizo?

—A eso me refiero.

—Me temo que no puedo ayudarles.

Gillespie se puso en pie, dispuesto a marcharse.

—¿No puede o no quiere?

El concejal miró a Rebus con dureza y volvió a tomar asiento.

—¿Qué significa eso?

—Significa que creo que me oculta algo.

—¿Por ejemplo?

—Eso es lo que tengo que averiguar... para poder finiquitar el informe.

—¿Todos los policías son como usted?

—No. A algunos no le gustaría conocerlos, se lo aseguro.

—Lo cierto es que conozco a bastantes. Un amigo mío, concejal regional y no de distrito, pero perteneciente al mismo partido, es presidente de la Junta de Policía de Lothian y Borders. —Gillespie dio una calada y exhaló unas delgadas volutas de humo—. Es un buen amigo.

—Es bueno tener amigos —comentó Rebus.

Gillespie se levantó de nuevo.

—Mire... —empezó. Entonces agitó

los brazos, como si estuviera sopesando algo que prefería no expresar—. Hice la promesa... —Suspiró y se sentó una vez más—. Puede que esto no signifique nada, inspector... —Rebus apagó el cigarrillo en el cenicero—, pero se trata de Helena, Helena Profitt.

—¿Su secretaria?

—Me dijo que lo conocía.

—¿A McAnally?

Gillespie asintió.

—Cuando McAnally entró en la sala y la vio..., se la quedó mirando un momento. Le pregunté por ello después, y me dijo que lo conocía desde hacía mucho tiempo, pero no me contó nada más.

—¿Qué te pasa en la boca?

—¿Eh?

—No dejas de hurgarte con el dedo.

—No me pasa nada.

Pero Rebus sabía que algo iba mal. Esperaba que el dolor desapareciera, y en vez de eso parecía intensificarse. Notaba una presión en la encía y el labio superior, una desagradable sensación de entumecimiento que ahora se extendía a ambos lados de la nariz. Era como si tuviera toda la cara hinchada, aunque solo percibía un ligero enrojecimiento

debajo de la nariz, y podía obedecer a la bebida o el clima.

—¿De quién ha sido la idea? — preguntó, envolviéndose con los brazos.

Caminaban por la playa de Portobello, y eran las únicas almas lo bastante insensatas como para exponerse a aquel viento, capaz de hacer estremecer a cualquiera.

—Mía —dijo Mairie Henderson.

Rebus se había personado en su casa con la esperanza de disfrutar de una bebida caliente y un sofá blando, pero en vez de eso ella lo había llevado a dar lo que denominaba eufemísticamente su «paseo diario».

—Hay que tener la constitución de un buey para sobrevivir a esto... —

masculló Rebus para sus adentros.

Las ráfagas de aire le impedían oír lo que decía Mairie, y cada vez que abría la boca para contestarle a voz en cuello, aquel viento malevolente penetraba de nuevo en su dentadura. Mairie echó a correr hacia un muro y se agachó, apoyando la espalda contra él. Parecía que le hubieran pulido las mejillas con un chorro de arena y, en cierto modo, así era.

Rebus se puso en cuclillas junto a ella, agradecido por haber encontrado cobijo. Le gustaba interesarse por Mairie, sobre todo ahora que era una periodista independiente. Le preocupaba esa falta de salario fijo, pero parecía irle bien.

—Y bien, ¿qué es lo que has descubierto exactamente? —preguntó Rebus.

Mairie sonrió.

—Te olvidas de que antes cubría los consejos gubernamental, regional y de distrito. Fue mi primer trabajo en el periódico. No tuve que indagar demasiado. —Se inclinó hacia delante y dibujó un círculo en la arena—. ¿Por dónde quieres que empiece?

—Ponme en antecedentes.

—¿Concejal de distrito, no regional?

—Exacto.

—De acuerdo. El único aspecto glamuroso de la concejalía de distrito es un presupuesto abultado, lo cual significa que solo las cuatro grandes

ciudades merecen la pena.

—¿Desde una perspectiva periodística?

—Es la única perspectiva que puedo ofrecerte. —Se apartó el pelo de los ojos—. Por lo tanto, ser concejal de distrito no es una propuesta muy atractiva. Las jornadas son largas y aburridas y exigen robar tiempo al trabajo diario, además de obligarte a comer a deshoras, ya que muchas reuniones son por la noche, al igual que las consultas, a no ser que se celebren en sábado.

—De acuerdo. No me presentaré a concejal a menos que compense económicamente.

Mairie negó con la cabeza.

—No es gran cosa, tratándose de una tarea tan ingrata. Por supuesto, puedes reclamar gastos, y si presides un comité hay un plus, pero aun así... Por todos esos motivos y otros, los concejales suelen encajar en varios grupos: jubilados, desempleados, autónomos... o personas con una pareja adinerada.

—¿Los dos primeros porque disponen de mucho tiempo y los dos últimos porque pueden buscarlo?

Mairie asintió.

—¿Resultado? Muchos ayuntamientos no son precisamente muy dinámicos. Aunque Edimburgo es más interesante que la mayoría.

—Pues háblame de Edimburgo.

Rebus miró hacia la isla de Inchkeith.

—Tenemos sesenta y dos circunscripciones, casi todas del Partido Laborista.

—Menuda sorpresa.

—Aun así, no hay mucha distancia entre laboristas y conservadores, solo unos siete escaños. Los liberales demócratas tienen unos cuantos, y el SNP un par. En cuanto a las actividades del concejo municipal, si alguna vez hubieras tenido que aguantar sus reuniones y describirlas con una prosa vagamente interesante, lo entenderías.

—¿Son aburridas?

—La mayoría de los concejales podrían representar a Gran Bretaña en los Mundiales del Tedio.

Aquello arrancó una sonrisa a Rebus.

Mairie no sonreía mucho desde que había dado pistas a Rebus sobre una atrocidad perpetrada encima del Crazy Hose Saloon. Rebus miró hacia el mar. La espuma parecía cubrirlo todo hasta el horizonte.

—Hay todo tipo de comités y subcomités —continuó Mairie—, y se celebra un pleno una vez al mes. Pero, a pesar de todo eso, lo que hace básicamente el ayuntamiento es dar cobijo a la gente. El Consejo Regional de Glasgow es el casero más grande de Gran Bretaña, con ciento setenta mil viviendas. Se rumorea que, después de la reorganización del gobierno local, asignaron a los concejales la cartera de vivienda para que tuvieran algo que

hacer.

—Me he perdido.

—Los conservadores no querían que la vivienda estuviera bajo el control del consejo regional. —Suspiró al ver la mirada confusa de Rebus—. Es todo una cuestión política, y es sumamente aburrido.

—¿Y los concejales también lo son?

—Casi por necesidad. Tal vez «respetables» sería una palabra más adecuada. —Miró a Rebus—. Estamos centrándonos en el concejal Tom Gillespie. Preside un comité de planificación industrial que se dedica al desarrollo económico y de propiedades. El consejo cuenta con un departamento propio, Desarrollo Económico y

Propiedades Inmobiliarias, y el comité se encarga fundamentalmente de comprobar que el departamento está trabajando duro y que no trata de arreglar nada.

—¿Arreglar? ¿En el sentido de hacer obras?

—No. Los contratos de bienes raíces y construcciones pueden valer millones. Incluso las restauraciones de edificios pueden costar cientos de miles de libras. Supón que te ofrezco un contrato para limpiar las ventanas de todos los edificios municipales de la ciudad.

—Tendría que comprarme una gamuza nueva.

—Podrías permitírtela. El único problema de Gillespie es que es

ambicioso, pero eso no es nada nuevo. Hace veinte años, justo antes de que la corporación se convirtiera en consejo regional, Malcolm Rifkind, George Foulkes y Robin Cook eran concejales. Y hay algo más: el consejo regional está a punto de desaparecer, con efecto a partir de abril de 1996. Van a celebrarse elecciones para que podamos instaurar una especie de autoridad en la sombra si alguien se molesta en votar.

—¿Hay alguna noticia de pactos fraudulentos o concejales corruptos?

—Nada. Tom Gillespie es un concejal diligente y trabajador sin mala prensa, ningún cadáver en el armario o tan siquiera rumores. No bebe, no le gusta el juego y no engaña a su mujer con la

secretaria.

—¿Qué te hace pensar eso?

Mairie se encogió de hombros.

—Solo son las cosas habituales que suele hacer la gente. —Le tocó el dorso de la mano a Rebus—. ¿Sabes algo que yo no sepa?

Rebus se levantó.

—Un día de estos te lo cuento. A propósito, ¿qué es él: autónomo o desempleado?

—Tiene una esposa rica con empresa propia.

Rebus miró a su alrededor.

—¿Hay alguna cafetería abierta por aquí?

—Podríamos probar en Fun Park. — Se limpió la arena de las manos—. ¿Me

vas a dar una exclusiva?

Rebus borró con el zapato el círculo que había trazado Mairie.

—¿Y bien? —insistió.

—¿Todavía cantas en ese grupo de country?

—Menudo cambio de tema. Estabas a punto de responder a mi pregunta.

—¿Qué pregunta?

—Sobre la exclusiva.

—No, no pensaba hacerlo. —
Abandonaron la playa y llegaron al paseo—. ¿Puedes comprobarme un par de cosas?

—¿Qué?

—El nombre de una empresa: LABarum. —Se lo deletreó—. Eso es todo lo que tengo. Y otro más: Dalgety.

—¿También es una empresa?

—No lo sé. Lo he buscado, y hay empresas llamadas Dalgety, pero también es el nombre de un lugar y un apellido.

—¿Y qué quieres que haga?

Rebus se encogió de hombros.

—Si averiguas algo acerca de LABarum, puede que Dalgety tenga algo que ver.

—Veré qué puedo hacer. Ah, olvidé mencionar que más tarde hablaré con tu hija.

Rebus se detuvo.

—¿Que olvidaste mencionarlo?

—De acuerdo, no pensaba decírtelo. La interrogaré por el suicidio de McAnally. —Rebus echó a andar de

nuevo, y Marie salió detrás de él—. ¿Le gustaría añadir algún comentario estrictamente oficial en este momento, inspector?

—Ninguno, señorita Henderson —gruñó Rebus.

Había llegado a la conclusión de que la sala de interrogatorios sería demasiado para Helena Profitt, de modo que se citó con ella en su lugar de trabajo. Estaba contratada a tiempo parcial en una oficina, amén de su cargo como secretaria de circunscripción de Gillespie. Sin embargo, antes de que saliera hacia allí, alguien de su empresa telefoneó para informar de que la

señorita Profitt tenía migraña y se había ido a casa. Rebus la llamó, pero no obtuvo respuesta. Podría esperar. Entretanto, organizó otro encuentro, en esta ocasión con el alcaide de la Cárcel de Su Majestad de Edimburgo. Indicó a su secretaria que guardaba relación con el suicidio de un antiguo preso, y le dieron hora para el martes por la tarde.

—Me iría mejor antes —le dijo.

—Es imposible —repuso ella.

Aquella noche, tras la sesión habitual con Doc y Salty, se dirigió a Forth Road, aparcó y fue caminando hasta el puente. Por una vez no soplaba el vendaval habitual, ni siquiera una ligera brisa. No había luna y la temperatura seguía instalada en uno o dos grados positivos.

El puente había sido reabierto y las obras de reparación habían finalizado. Los estudios estructurales preliminares no apuntaban daños de consideración, aunque si el coche hubiera topado con los gruesos cables de metal habría sido distinto.

Cuando llego allí, después de haber estado al abrigo del calor del pub y de su coche, estaba tiritando. Se hallaba a escasos metros del punto en el que habían saltado los chicos. El lugar estaba acordonado con vallas de metal, ancladas con sacos de arena. Dos luces amarillas señalaban la zona de peligro. Alguien había saltado las vallas y depositado una pequeña corona funeraria junto al guardarraíl roto, con

una piedra encima para que no se la llevara el viento. Rebus contempló el más próximo de los dos grandes puntales del puente, coronados por luces rojas parpadeantes como advertencia para los aviones. No sintió gran cosa, excepto cierta soledad y lástima de sí mismo. El estuario estaba allí abajo, tan sentencioso como Pilatos. Eran curiosas las cosas que podían matarte: el agua, el casco de un barco o las bolitas de acero de un cartucho de plástico. Era curioso que alguien decidiera darse muerte.

—Jamás podría hacerlo —dijo Rebus en voz alta—. Sería incapaz de quitarme la vida.

Lo cual no significaba que no hubiera imaginado que lo hacía más de una vez.

Los pensamientos que le invadían algunas noches eran insólitos. Era todo tan extraño que notó que se le formaba un nudo en la garganta. «Es solo la bebida... —pensó—. Es la bebida la que me convierte en un sensiblero. Es solo la bebida».

A veces, gente que prácticamente no sabe nada acerca de los centros de atención de Edimburgo llamaba de todos modos. Rebus, consciente de que la policía no era la invitada con mejor prensa, telefoneó con antelación.

Conocía a la persona que dirigía el centro situado detrás de la estación de Waverley. En una ocasión, Rebus le había hecho un favor al llevar de vuelta a un adicto a la heroína al que le sobrevino repentinamente el síndrome de abstinencia en Nicolson Street.

Algunos agentes habrían trasladado al pobre desgraciado a la comisaría para propinarle un rodillazo en sus partes y una buena paliza, pero Rebus lo acompañó adonde quería ir: el centro de atención de Waverley. Allí trascendió que estaba dejando la droga sin ayuda de ninguna clase.

—¿Cómo está aquel hombre? — preguntó Rebus a Fraser Leitch, director y gurú del centro.

Leitch estaba sentado en su desvencijado despacho, rodeado de las habituales montañas de papeleo. Las estanterías situadas detrás de la mesa estaban combadas por el peso de archivos, cajas de documentos, revistas y libros. Fraser Leitch se mesó la barba,

entreverada de canas.

—Lo último que supe es que se encontraba bien. Se formó como carpintero y encontró trabajo. ¿Lo ve, inspector? A veces el sistema funciona.

—O es la excepción que confirma la regla.

—Es usted un pesimista incorregible.
—Leitch se levantó y se agachó frente a una bandeja que había en el suelo. Comprobó que hubiera agua en el calentador, y lo conectó—. Me apostaré algo con usted. Apuesto a que está aquí para hablar de Willie Coyle y Dixie Taylor.

—Tendría que ser tonto para aceptar semejante apuesta.

Leitch sonrió.

—¿Sabe que Dixie era consumidor?
—Rebus asintió—. Según me han dicho, gracias a la ayuda de Willie llevaba un par de meses limpio.

—Todavía tenía sus enseres debajo de la cama.

Leitch se encogió de hombros y sirvió café en dos tazas.

—La tentación siempre está ahí. Me apostaré otra cosa con usted: estoy seguro de que nunca ha probado la heroína.

—En efecto.

—Yo tampoco, pero, por como la describen... Como le digo, la tentación nunca desaparece. Tienes que ir día a día.

Rebus sabía que Fraser Leitch había

tenido problemas con la bebida. Lo que estaba diciéndole es que, una vez que la adicción asomaba, era de por vida, porque, aun dejándolo, la causa del problema seguía ahí, siempre al acecho.

—Me han contado un chiste —dijo Leitch mientras el agua empezaba a hervir—. En realidad, no es un chiste. Allá va: ¿en qué tipo de embarcación debería haber aterrizado Dixie?

—Me rindo.

—En un sampán, porque ambos son casi basura. Como le digo, es un chiste malo. —Sirvió agua y leche en las tazas, las removió y ofreció una a Rebus—. Lo siento, no llegamos a colombiano puro.

—¿Eso es otro chiste?

Leitch se sentó de nuevo.

—Conocía a Dixie —dijo—. A Willie solo lo vi un par de veces.

—¿Willie no consumía?

—Probablemente fumara un poco o tomara éxtasis de vez en cuando.

—Una vida bastante limpia. ¿Se sorprendió al enterarse de lo que habían hecho?

—¿Sorprenderme? No lo sé. ¿Qué tal está el café?

—Terrible.

—Terrible o no, son veinte peniques.

Leitch señaló una caja que había sobre la mesa. Rebus encontró una moneda de una libra en su bolsillo, y la depositó en ella.

—Quédese con el cambio.

—Dar una libra le concede el derecho

a que sea considerado mecenas.

Leitch apoyó los pies en el borde de la mesa con las rodillas dobladas. Llevaba unos mocasines con las costuras deshilachadas, al igual que el bajo de sus pantalones vaqueros. Solía describirse como «otro viejo hippy».

—¿Qué tal va el centro? —preguntó Rebus.

—Pendiendo de un hilo.

—¿Reciben financiación del ayuntamiento?

—Algo —repuso Leitch frunciendo el ceño—. ¿Por qué lo pregunta?

—¿Qué sucede cuando los concejales son sustituidos?

—Rezamos por que la nueva autoridad mantenga nuestra financiación.

Rebus asintió, pensativo.

—Le preguntaba si le había sorprendido lo de Willie y Dixie.

Leitch rumió unos instantes.

—No —contestó finalmente—. Creo que no, aunque me pareció un acto más estúpido de lo que habría esperado de ellos.

—¿Porque Willie no era tan bobo como para hacer algo así?

—Debía de tener claro que nunca se saldrían con la suya. Dixie era distinto, a veces un poco alocado, un auténtico ególatra, pero Willie se las apañaba para tenerlo controlado.

—Como Keitel y DeNiro en *Malas calles*.

—No es mala comparación. Cuando

Dixie cometía alguna tontería, Willie le pegaba en la cabeza. Dixie no se lo habría tolerado a nadie más. ¿Es consciente de que muchas de las cosas que estoy contándole las conozco por terceros? Como ya le he dicho, solo vi a Willie un par de veces. —Hizo una pausa—. Usted estaba allí, ¿no es cierto?

—Así es —dijo Rebus pausadamente, y cambió de postura—. Willie rodeó a Dixie con el brazo, se echaron hacia atrás sobre el guardarraíl y Dixie cayó con él. No opuso ninguna resistencia. No saltaron, simplemente se deslizaron.

—Dios mío —dijo Leitch, retirando los pies de la mesa.

—¿Por qué harían algo así?

Leitch se levantó y bordeó la mesa.

—Creo que ya conoce la respuesta, o al menos se hará una ligera idea. No podían ir a la cárcel.

—Lo sé —dijo Rebus.

Dos personas prefieren morir a acabar en prisión; otra prefiere morir a seguir en libertad. Rebus se tocó la boca con un dedo y sintió dolor con la presión, casi lo disfrutaba. Leitch le puso una mano en el hombro.

—¿Ha visto a un terapeuta?

—¿Qué?

—¿La policía no ofrece terapias?

—¿Y por qué iba a querer ir a terapia?

Leitch apretó el hombro de Rebus y apartó la mano.

—Es cosa suya —dijo, y volvió a su silla. Ambos permanecieron sentados en silencio unos momentos.

—¿Conoce a un tal Paul Duggan? —preguntó Rebus finalmente.

—Me suena el nombre, pero no le pongo cara. Puede que alguien lo haya mencionado en el centro.

—Les prestó el coche a Willie y Dixie. Era su casero.

—Ah, sí. Un par de tipos que vienen de vez en cuando son inquilinos suyos.

—¿Tiene idea de dónde viven?

—Por la zona de Abbey Hill.

—¿Le dice algo el nombre de Dalgety? —Leitch pareció pensarlo unos instantes, y finalmente negó con la cabeza. Rebus hurgó en el bolsillo y

sacó la foto de Kirstie Kennedy—. Sé que es una posibilidad remota —añadió—, pero ¿la ha visto por el centro?

—Es la hija del alcalde. Vinieron preguntando por ella dos agentes justo después de su desaparición.

—La foto está un poco anticuada. Su aspecto ahora sería distinto.

—Entonces tráigame una más reciente. No me dirá que lo máximo que pueden aportar sus padres es una foto vieja.

Rebus pensó en ello al salir del despacho de Fraser Leitch. Tenía cierta razón. No obstante, ¿cuántas fotos tenía él de su propia hija? Bien pocas a partir de los doce años. Se hallaba en el oscuro pasillo; la mitad de las paredes

estaban ocupadas por tableros de anuncios, y la otra por grafitis hechos con rotulador. Rebus estudió los anuncios. Una tarjeta era reciente, con los bordes todavía impolutos, y, a diferencia de las demás, todas ellas garabateadas con bolígrafo, estaba impresa. Era una tarjeta muy superior.

HABITACIONES LIBRES EN ALQUILER.

Había un número de teléfono y un nombre: Paul. Rebus cogió la tarjeta y se la guardó en el bolsillo, junto con la foto de Kirstie Kennedy.

Se asomó a las dos salas abiertas. En una de ellas, había dos hileras de sillas de plástico delante de un televisor, un aparato de apenas doce pulgadas en blanco y negro. Un muchacho sostenía la

antena por encima de la cabeza mientras contemplaba la pantalla desde una distancia de unos setenta centímetros. Otro chico dormitaba en una de las sillas. En la otra sala, tres adolescentes, dos chicos y una chica, intentaban jugar a tenis de mesa con una pelota rota, dos palas sin el revestimiento de goma y un libro en edición rústica. Una fila de paquetes de tabaco colocados verticalmente hacía las veces de red. Jugaban en silencio, sin ningún entusiasmo.

En las escaleras exteriores, dos usuarios del centro intentaron sacarle primero dinero y después tabaco. Les dio un par de cigarrillos e incluso se los encendió.

—Una lástima lo de Dixie, ¿eh? —
comentó de pasada.

—Que se joda el muy cerdo —
respondieron antes de regresar adentro.

De vuelta a su apartamento, Rebus purgó por fin el sistema de calefacción central, recogiendo el agua en tarros de café vacíos. Cuando volvió a instalarse en el piso, había encontrado gran cantidad de ellos en la cocina. Incluso estuvo a punto de llamar a los estudiantes a los que se lo había alquilado para preguntarles por qué había armarios y cajas llenos de tarros de café.

Volvió a llenar el circuito, preguntándose qué debían señalar los

indicadores de presión situados en la parte frontal de la caldera. Cuando la encendió de nuevo, se oyó un gorgoteo en las tuberías y la caldera tembló, al tiempo que los surtidores de gas cobraban vida.

Atravesó el salón y apoyó la mano en el radiador. Se calentaba, pero solo un poco, incluso con el termostato al máximo, y una de las válvulas goteaba. Giró la llave con tanta fuerza como pudo, pero el goteo no cesó. Ató en ella un trapo de cocina y deslizó el extremo hasta uno de los tarros. De ese modo, recogería las gotas y dejaría de hacer ruido.

Sí, John Rebus había pasado antes por eso.

Se sentó en la butaca con las luces apagadas y miró por la ventana hacia Arden Street, pensando en Maisie Finch, pensando en la madre de la joven y en la suya propia. Había escarcha en los tejados y en los capós de los coches aparcados en la calle. Un grupo de estudiantes iba riéndose de camino a casa. Rebus se sirvió un whisky y les dijo a los estudiantes lo afortunados que eran. Allí fuera todo el mundo era afortunado. Toda la gente con problemas de sueño, que gorroneaba tabaco y tramaba cómo salir adelante. Alister Flower, retorciéndose de envidia mientras dormía; Gill Templer, quieta e imperturbable en la cama; Frank Lauderdale, con un picor bajo la

escayola; Tresa McAnally, con los pies en alto frente al televisor; Kirstie Kennedy... allá donde estuviera. Todos ellos eran afortunados.

Edimburgo era una ciudad jodidamente afortunada.

DOS

JIRONES

Al día siguiente, martes, Rebus llegó al trabajo inusualmente temprano.

Pero no lo suficiente para ser el primero. Gill Templer ya estaba allí, batallando con el papeleo con la puerta entreabierta. Rebus llamó con los nudillos y abrió la puerta un poco más.

—¡Qué madrugador! —dijo, frotándose los ojos.

—¿Y tú? ¿Has pasado aquí la noche?

—Me siento como si lo hubiera hecho. Ese café huele bien.

—¿Quieres que te traiga uno?

—No, dame la mitad del tuyo.

Templer le tendió una taza limpia y Rebus vertió la mitad del contenido en ella. Desde donde estaba, junto a la papelera, alcanzaba a ver en qué había estado trabajando. Intentaba familiarizarse con todos los casos abiertos, con todo lo que había dejado pendiente Frank Lauderdale tras su marcha.

—Es una tarea monumental.

—Puedes ayudarme.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo podría hacerlo, jefa?

—Estás tardando en redactar los informes, sobre todo el del caso McBrane y el de Pettiford. Me gustaría verlos en mi mesa esta mañana.

—¿Sabes lo rápido que soy capaz de teclear?

—Tú hazlo.

—¿Te vale con uno de los dos? Tengo un funeral.

—Los quiero ambos a la hora de comer, inspector.

Rebus se volvió hacia la puerta. Todavía no había nadie.

—¿Sabes una cosa? —dijo en voz baja—. Voy a empezar a tomármelo como algo personal.

Templer desatendió momentáneamente sus quehaceres.

—¿El qué?

—Tu manera de tratarme desde que has llegado aquí. Si he de serte sincero, creo que apesta. Al principio pensaba

que era una pose, pero ya no estoy tan seguro. Sé que tienes algo que demostrarle a todo el mundo, pero eso no...

—Cuidado con lo que dices, inspector.

Rebus la miró, y ella retomó la tarea que tenía entre manos.

—Gracias por el café —dijo sin inmutarse—. Sigo queriendo esos informes a la hora de comer.

Rebus se fue a su mesa y se puso a trabajar. Detestaba redactar informes, el gran esfuerzo que conllevaba utilizar siempre las palabras adecuadas, hacerlo todo correctamente, no dejarse ningún detalle... A ningún agente de policía le gustaba que un informe que había sido

preparado concienzudamente fuese devuelto por el fiscal por un insignificante error de bulto. Uno esperaba la noticia de que estaba preparándose la vista preliminar y, en vez de eso, le remitían de nuevo el informe con una nota: «Imposible proceder en su estado actual».

El responsable de información, cuya labor consistía en mediar con la central, encajaba buena parte de las críticas, y Rebus ejerció como tal en los casos McBrane y Pettiford. Debía confeccionar un expediente aceptable para el fiscal. Sabía que la tarea de Gill Templer consistía en cerciorarse de que cumplía con su cometido, pero, aun así, su actitud resultaba exasperante. Hasta

donde él sabía, su elección como sustituta de Frank Lauderdale no había sido muy bien acogida entre los miembros de su equipo. El inspector jefe no era respetado universalmente, pero al menos era un hombre. Es más, era «uno de los nuestros». Gill Templer había llegado de Fife. Y por supuesto, además era una mujer. Y ni siquiera jugaba a golf.

Las agentes, sin embargo, parecían satisfechas; la hostilidad solo imperaba entre los hombres. Los andares de Siobhan Clarke, advirtió Rebus, habían cobrado una nueva elasticidad al trabajar a las órdenes de una mujer. Puede que viera en Gill Templer un futuro que podía ser suyo. Aun así, Gill

tendría que proceder con cautela. Le tenderían trampas. Debería vigilar en quién confiaba.

Hasta la fecha, Rebus le había concedido el beneficio de la duda, y creía que lo trataba con dureza porque no podía permitirse ser blanda. De hecho, por el momento parecía una medida unilateral, y el trato era el mismo para todos.

Llevó las notas terminadas a su despacho, pero cuando vio que Templar estaba hablando con el Granjero Watson decidió dejarlas a la vista sobre su mesa y se fue al cuarto de baño a cambiarse la corbata. Quería sustituir la azul por la negra. Brian Holmes entró justo cuando Rebus estaba mirándose en el espejo.

—¿Vas a una fiesta?

—Podríamos decirlo así, Brian, podríamos decirlo así.

Sin duda, había alcohol suficiente en la pequeña cocina de la señora McAnally para organizar un viejo festival folk, pero aquello era un velatorio y no una celebración.

Cuando Rebus llegó al piso de Tresa McAnally, el lugar estaba atestado de hombres y mujeres de mediana edad con sus contrariados descendientes, además de algunas almas más longevas que tenían el honor de disponer de sillas en las que aposentarse. Y en mitad del salón, vestida de negro de la cabeza a

los pies pero con las uñas pintadas de rojo, se hallaba sentada la viuda. Las cortinas estaban echadas, al igual que las de los pisos vecinos; era un gesto de solidaridad. Los escoceses siempre se reunían con motivo de una despedida.

Rebus se abrió paso como pudo entre la multitud susurrante y extendió la mano.

—Señora McAnally —dijo respetuosamente.

Ella se la estrechó ejerciendo la más leve presión.

—Me alegro de que haya venido.

Luego retrocedió, antes de que la viuda pudiera decir: «Este es el policía que fue a la escuela y vio a Wee Shug tendido en el suelo con media cabeza

reventada». En esas ocasiones, los hombres normalmente se retiraban a la cocina y se afanaban con el whisky. Pero allí solo tenían aquella cocinita, separada del comedor por una simple barra americana, así que todos los hombres presentes se apiñaban en esa zona como si de un autobús en hora punta se tratara. Repartieron vasos limpios y después fueron pasándose la botella de whisky. A las mujeres les llevaron vasos de jerez dulce y seco, y refrescos a los dolientes más jóvenes, aunque no era preciso ser demasiado mayor para conseguir un trago de las bebidas más fuertes.

Rebus cogió un vaso lleno y brindó con el hombre menudo situado junto a él.

Tenía algo más de setenta años y lucía un traje de color carbón de los tiempos de la guerra. Su cara era enjuta y no dejaba de mover los labios, frunciéndolos y haciendo mohínes. Cuando habló, lo hizo en voz baja.

—Por usted, hijo.

—Salud.

Ambos bebieron sin decir nada más durante unos instantes, degustando aquel whisky barato. En aquellas situaciones, saborear era mejor que tener que hablar, y ese era el principal motivo por el que se consumía tanto whisky en los funerales.

—El coche fúnebre llegará aquí en diez minutos —informó el hombre a Rebus.

—Sí.

Sería un ataúd cerrado, por supuesto. A Tresa McAnally le habían negado la posibilidad de dar un último vistazo a los restos despedazados de su marido.

—Aquí está el pastor.

El anciano no tenía problemas de vista, aunque llevaba unas gruesas lentes llenas de manchas. Rebus observó cómo el pastor se dirigía hacia Tresa McAnally. Iba de negro, con el alzacuello blanco y, al avanzar, la multitud de dolientes iba abriéndole camino. Los pastores no hacían amigos con facilidad; en ese sentido eran como los policías. La gente siempre temía decir algo inoportuno en su presencia. Sin embargo, aquellos hombres de la

sotana eran capaces de mantener una conversación inaudible para todos excepto para la persona a la que se dirigían.

El anciano estaba abriendo otra botella de whisky de una marca diferente.

—Ha dejado el piso muy bien, ¿verdad? Hacía dos años que no venía por aquí.

Rebus asintió, y se dio cuenta de que el enorme televisor había sido trasladado a otro lugar para que hubiera más espacio. Supuso que estaría en el dormitorio. Volvió a escrutar a los dolientes, buscando expresidarios, caras conocidas, alguien que pudiera haber proporcionado una escopeta a

Wee Shug.

—Sí —prosiguió el anciano—, ahora está precioso. Las alfombras y el papel de pared son muy bonitos.

«Y televisor nuevo», pensó Rebus. Puerta principal nueva y muebles de dormitorio que no parecían precisamente anticuados.

¿De dónde diablos había salido el dinero para todo eso?

—También hay una alfombra nueva en el recibidor —insistió el hombre, que bajó un poco más el tono de voz—. Supongo que lo hizo por Wee Shug, para que su llegada a casa fuese un poco más agradable. Después de una celda, quieres algo bonito.

Rebus miró al hombre con más

atención.

—¿Ha estado usted en la cárcel?

—Hace mucho tiempo, hijo. En los años cincuenta. Por aquel entonces, Saughton era un lugar muy distinto, todo era distinto. Y, cuidado, no digo que fuese peor.

Una vez rellenados sus vasos, enroscó de nuevo el tapón y le pasó la botella al hombre que tenía al lado. Rebus se preguntaba cuántos exconvictos habría entre los allí presentes. Entonces vio a alguien entrando en el salón, y detuvo el vaso a medio centímetro de los labios.

Era una mujer vestida de negro, con un sombrero pequeño y un velo corto que le tapaba los ojos pero no la boca. Detrás de ella, iba una mujer mucho más

alta y joven que lucía un sencillo traje de chaqueta azul marino, de talle bajo y ajustado a la altura de las caderas. Habría resultado apropiado llevar una blusa debajo, pero Maisie Finch no llevaba blusa ni nada que Rebus alcanzara a ver.

A pesar de todo, por ahora estaba más interesado en la mujer que la acompañaba. Era Helena Profitt. Rebus se volvió hacia el rincón de los hombres, donde un tipo rubicundo, acalorado, sin chaqueta y con unos llamativos tirantes rojos, repartía las bebidas.

—Sírvame un par de jereces —
murmuró Rebus.

El tipo asintió y, momentos después,

Rebus tenía sus bebidas delante. Dejó el whisky sobre la barra y las llevó al salón.

Helena Profitt conversaba entre susurros con Tresa McAnally, así que Rebus le dio un golpecito en el hombro a Maisie Finch. Cuando ella se dio la vuelta, le ofreció los vasos.

—Gracias —susurró Maisie, y olisqueó el contenido antes de ofrecer un vaso a Helena Profitt.

—Es curioso que no mencionara que conocía a la señorita Profitt.

Finch sonrió, bebió un trago de jerez e hizo un gesto de disgusto.

—¿Demasiado dulce?

—Es muy fuerte. ¿No hay nada más?

—Whisky, ron dorado y refrescos. Tal vez un poco de vodka.

—Un vodka me entraría mejor.

Finch estudió a la multitud que se agolpaba en la cocina, cambió de opinión y engulló el jerez.

—Y bien —dijo Rebus en voz baja—, ¿de qué conoce a Helena Proffitt?

—De lo mismo que la mayoría de los aquí presentes. —Sonrió de nuevo y se volvió hacia la viuda—. Tresa, cariño, ¿te importa que fume?

Ya había sacado el paquete del bolsillo.

—Adelante, Maisie... —Y, tras una pausa, añadió—: Es lo que habría querido Wee Shug. A él le gustaba

fumar.

Muchas manos tomaron nota de ello y rebuscaron en bolsillos y bolsos. La gente abrió los paquetes y ofreció tabaco. Rebus aceptó un pitillo de Maisie, que se lo encendió.

—Bonito mechero —dijo él.

—Es un regalo.

Finch observó el delgado encendedor de ónice y oro antes de guardárselo en el bolsillo.

—Entonces —dijo Rebus—, ¿la señorita Profitt vivía en este edificio?

Ella asintió.

—En el piso de abajo.

A medida que fue llegando más gente y presentaba sus condolencias o bien se despedía de la viuda antes de

marcharse, Rebus y Maisie fueron viéndose apartados de la señorita Profitt. Acabaron junto a la repisa de la chimenea. Rebus cogió una tarjeta conmemorativa con la sencilla dedicatoria: «De todos los compañeros de Shug en Saughton. Le recordaremos».

—Conmover —dijo Maisie Finch.

—O un poco macabro.

—¿Por qué lo dice, inspector?

Rebus notó que pronunciaba la palabra «inspector» con bastante intensidad. Los dolientes situados más cerca lo miraron de arriba abajo, y supo enseguida que ahora correría la voz.

—Depende de la razón por la que se suicidara —contestó—. Puede que tuviera algo que ver con Saughton.

—Tresa me ha dicho que tenía cáncer.

—Ese es solo uno de los posibles motivos. —Sus ojos se clavaron en los de ella—. A mí se me ocurren otros.

Maisie apartó la mirada, casi distraída.

—¿Por ejemplo?

—Sentimiento de culpa, vergüenza...

Ella sonrió amargamente.

—Eso no formaba parte del vocabulario de Shug McAnally.

—¿Autocompasión?

—Eso se aproximaría más.

Rebus vio un sombrero y un velo avanzando en dirección a la puerta.

—Ahora vuelvo —dijo.

Helena Profitt se encontraba en el umbral cuando la alcanzó.

—¿Señorita Profitt? —Ella se volvió
—. Creo que será mejor que hablemos.

Rebus la condujo al dormitorio de los
McAnally.

—¿No puede esperar? —preguntó,
mirando a su alrededor con disgusto.

Rebus negó con la cabeza. El
televisor estaba allí, por supuesto, lo
cual les dejaba un estrecho espacio para
moverse.

—Ha estado evitándome —afirmó
Rebus.

Ella suspiró.

—Gillespie me contó que se lo había
dicho.

—¿Reconoció usted al señor
McAnally aquella noche?

—Por supuesto que sí.

—¿Y él a usted?

Profitt asintió.

—Estoy convencida de que sí.

—¿Sabía que era usted íntima del concejal?

La mujer lo miró a través del velo.

—¿A qué se refiere con «íntima»? Soy su secretaria de circunscripción, eso es todo.

—A eso me refería.

—¿Cómo iba a saberlo? No, dudo mucho que lo supiera. —De repente, se dio cuenta de qué estaba sugiriendo Rebus—. ¡Su suicidio no tuvo nada que ver conmigo!

—Tenemos que comprobar estas cosas, ya lo imaginará. ¿Por qué no mencionó nada en su momento?

—Yo...

Profitt se sentó en el borde de la cama con las manos en el regazo y volvió a levantarse abruptamente. Rebus observó cómo la colcha parecía flotar, buscando su equilibrio. Era una cama de agua. Desconcertada, Helena Profitt se dio una palmadita en el sombrero y tiró del velo, que no era un gran escondite.

—¿Tiene algo que ver con Maisie Finch? —preguntó Rebus.

Profitt pensó unos instantes, asintió con solemnidad y empezó a llorar con sorprendente desesperación. Rebus le tocó el hombro, pero ella se apartó. De repente, alguien se asomó a la puerta. Rebus tenía la sensación de que había más gente ahí fuera, deseosa de ver el

origen de aquellas lágrimas.

—Todo en orden —dijo Rebus, y cerró la puerta con ímpetu.

Helena Profitt había sacado un pañuelo de la manga y estaba sonándose la nariz. Rebus le ofreció el suyo, que ella utilizó para enjugarse las lágrimas. Cuando se lo devolvió, había sombra de ojos en el algodón blanco. La puerta se abrió otra vez, y en el umbral apareció el hombre de los tirantes rojos.

—¿Qué pasa?

—Nada —dijo Rebus.

El hombre lo miró amenazadoramente.

—Sabemos quién es usted. Será mejor que se vaya.

—¿Qué piensa hacer? ¿Echarme?

Aquella tez sudorosa se contrajo en una mueca de desdén.

—Son todos iguales.

—Ustedes también.

Rebus empujó la puerta con fuerza hasta que logró cerrarla y se volvió hacia Helena Profitt.

—¿Qué me está ocultando? —preguntó solícitamente—. Al final, acabará saliendo a la luz.

—Me fui de esta finca hace cuatro años —contestó ella—. Desde entonces, solo he vuelto un par de veces. Debería venir más a menudo. La madre de Maisie echa en falta mis visitas...

«Hace cuatro años... ¿después de que McAnally violara a Maisie?», pensó Rebus. Profitt respiró hondo varias

veces para calmarse.

—No hicimos nada... Nadie movió un dedo ¿sabe? Todos oímos su grito, yo desde luego lo oí, pero nadie llamó a la policía hasta que Maisie entró en el piso de Tresa. Fue la propia Tresa quien llamó para decir que su marido acababa de violar a la chica que vivía en el piso de al lado. Oímos su grito, pero todos seguimos a lo nuestro. —Volvió a sonarse la nariz—. ¿No es típico de esta maldita ciudad?

Rebus recordó las palabras que acababa de pronunciar al hablar con Maisie Finch: culpabilidad y vergüenza.

—¿Se sintió avergonzada? —aventuró.

—Por supuesto. No podía soportar

vivir aquí por más tiempo.

Rebus asintió.

—¿Le sorprende que Maisie se quedara aquí, sabiendo que McAnally volvería?

Profitt hizo un ademán negativo.

—La madre de Maisie no pensaba mudarse. Además, Maisie y Tresa siempre han estado muy unidas, sobre todo desde la...

Rebus intentó imaginarse cómo sería salir de la cárcel y encontrarse en una situación como aquella. ¿En qué medida habían intimado Tresa y la joven en ausencia de McAnally?

—Cuénteme qué sucedió aquella noche.

—¿Qué? —dijo ella, guardándose el

pañuelo en la manga.

—La noche de la agresión.

—¿Y a usted qué le importa? —La rabia empezaba a enrojecerle las mejillas—. No es asunto suyo. Es cosa del pasado, y yo lo olvidé hace mucho tiempo.

—¿Olvidarlo, señorita Profitt? —Rebus meneó la cabeza—. Lo dudo, lo dudo muchísimo.

Luego se dio media vuelta y salió de la habitación. Se asomó al salón, donde el humo se acumulaba como la niebla invernal. Vio a Maisie, sentada en el reposabrazos de la voluminosa butaca de la viuda, con una de sus delgadas piernas cruzada sobre la otra. Le sostenía la mano a Tresa McAnally y le

estaba dando unas palmaditas, y la viuda, cabizbaja, escuchaba lo que estuviese diciéndole Maisie. Escuchaba y hacía esfuerzos por sonreír. La primera vez que la vio, Rebus había tildado a Tresa McAnally de «enérgica», tal vez incluso de «estridente», pero ninguna de esas dos descripciones parecían encajar ahora. Puede que fueran las circunstancias, el funeral, pero lo dudaba.

—El coche está aquí... —dijo alguien situado junto a la ventana, lo cual significaba que había llegado el vehículo de la funeraria.

El pastor se puso en pie para pronunciar unas palabras. Llevaba un vaso de whisky en una mano y sus

mejillas estaban más rojas que antes. Rebus decidió que era el momento de salir de allí. Se dirigió hacia el recibidor, franqueó la puerta y bajó las escaleras del edificio. El hombre de los tirantes rojos se asomó a la barandilla.

—Espero que volvamos a vernos, amigo... En algún sitio donde no haya testigos.

La amenaza resonó por el hueco de las escaleras. Rebus siguió caminando. Cuando se fue con su coche, dejó sitio junto al bordillo para el vehículo fúnebre.

Rebus no era el único interesado en el suicidio de Shug McAnally. Había leído en diagonal el artículo del periódico para ver si aparecía su nombre. Con alivio, comprobó que no. Mairie Henderson era una de las tres personas que compartían pie de autor. Era imposible saber dónde comenzaban y terminaban sus aportaciones, aunque Rebus sabía que era la responsable de la entrevista a Sammy, su hija, y aunque no se la mencionaba explícitamente, sí se hablaba de los servicios sociales para

exconvictos, o SWEEP, como preferían llamarse.

La policía los llamaba «Chusma».

Al SWEEP, como a los demás organismos de atención citados en el artículo, le inquietaba que el suicidio de Hugh McAnally, apenas transcurrida una semana desde su puesta en libertad, constituyera un indicio de un problema de readaptación y de una falta de preocupación real «dentro del sistema». Sin duda, aquellas eran palabras de Sammy. La policía, el personal de prisiones y los servicios sociales eran objeto de críticas. El director de la Cárcel de Su Majestad de Edimburgo se limitó a argumentar ante los periodistas que los internos estaban preparados para

su reinserción en la sociedad. Un «portavoz del SWEEP» insistía en que los expresidarios —ellos jamás los llamarían «delincuentes»— sufrían los mismos problemas psicológicos que las víctimas de secuestros o los rehenes. Rebus era capaz de imaginar aquellas palabras saliendo de la boca de Sammy; ya las había oído antes.

Le había sorprendido mucho recibir aquella carta de su hija un par de meses antes, en la que le decía que tenía trabajo en Edimburgo y que volvía «a casa». La llamó para averiguar qué significaba aquello, y descubrió que tan solo regresaba a la ciudad.

—No te preocupes —le dijo ella—. No esperaba que me acogieras en tu

piso.

Acababa de conseguir un puesto en el SWEEP. Había trabajado una temporada con internos y expresidarios en Londres, desde que había visitado a un amigo en la cárcel y había visto las condiciones en las que vivían y, como ella decía, «la soledad» a la que se veían sometidos.

—Ese amigo tuyo —había preguntado Rebus imprudentemente—, ¿por qué estuvo en la cárcel?

Después de aquello, la conversación resultó cuando menos forzada.

No quiso que la recogiera en la estación, pero Rebus se plantó en Waverley de todos modos. Cuando Sammy saltó al andén y dejó su petate de

estilo militar y su raída mochila roja en el suelo, no vio que él estaba allí. Rebus quería acercarse para saludarla, abrazarla tal vez, o más bien plantarse ahí en medio con la esperanza de que fuera ella quien lo abrazara a él. Pero ya le había dicho que no quería verlo, así que se quedó donde estaba como una estatua, con la vana ilusión de que notara su presencia.

Pero no lo hizo; se limitó a admirar el vestíbulo con perceptible placer, se echó la mochila a la espalda y recogió el petate.

Estaba delgada. Llevaba unas mallas negras, unas botas Doc Martens, una camisa gris ancha y un chaleco negro. Se había recogido su larga cabellera en una

coleta, atravesada por pequeños trozos de algodón de colores llamativos. Llevaba también varios pendientes en cada oreja y un piercing en la nariz. ¡Tenía ya veinte años! Era una mujer, una mujer hecha y derecha, y recorría el andén con decisión. Rebus la siguió por la rampa que conducía a la salida de la estación central. Ahí fuera la aguardaba un día invernal luminoso, aunque él no creía que el frío la preocupara mucho.

Más tarde, Sammy fue a comer a casa de Patience. Rebus le aconsejó que le preparara un plato vegetariano para ir sobre seguro.

—Siempre cocino vegetariano para los adolescentes y los veinteañeros —le había respondido ella.

—Debería haberlo imaginado.

Después de aquella visita, hubo algunas otras. Sammy y Patience fueron estrechando sus lazos, al tiempo que Patience y él se distanciaban cada vez más. Hasta que un día Rebus se marchó tras pedir a los estudiantes que desalojaran su apartamento, y volvió a instalarse allí.

Dos días después, el juego de llaves del piso de Patience que había tenido Rebus le fue entregado a Sammy, y ella se instaló en la habitación de invitados. No era algo permanente, como dijeron ambas; tan solo algo que deseaban hacer en aquel momento.

Pero Sammy seguía allí.

Aquella primera noche, la noche de

los pimientos rojos rellenos, Rebus y Sammy discutieron sobre la cárcel y los expresidarios, sobre el bien y el mal, sobre la sociedad y el individuo. Sammy no dejaba de utilizar la palabra «sistema»; Rebus la fastidiaba utilizando el término «taleguero». Aunque compartía algunos de los argumentos de su hija —bien meditados y argumentados con convicción—, por algún motivo siempre le llevaba la contraria, cosa habitual en él, y no solo con sus más afines. Al mirar a Patience, sentada al otro lado de la mesa, Rebus detectó una sonrisa cansada. Ella se lo había dicho antes: le gustaba discutir solo por puro placer.

—¿Sabes por qué? —dijo—. Porque,

para ti, el conflicto es más divertido que el consenso.

—No, no lo es —replicó él—. Soy solo el abogado del diablo, eso es todo.

Así que Rebus ignoró la sonrisa cansada y reemprendió la batalla con su hija...

Cerró el periódico, lo dobló y lo tiró a la papelera. Gill Templer entró en el despacho. Llevaba esperándola allí cerca de quince minutos, pero ella no se disculpó.

—Se te olvidó informarme de que tu hija trabaja para el SWEEP.

—No creía que tuviera ninguna importancia.

—Deberías habérmelo dicho.

Rebus sabía a qué se refería.

—¿Antes de conceder una entrevista, quieres decir?

—Una periodista majísima hasta que llegó el final de la sesión. Entonces me dijo: «Cuénteme qué opina sobre el hecho de que uno de sus inspectores tenga un pariente próximo tan involucrado en el SWEEP».

Mairie Henderson, pensó Rebus. Probablemente no le interesaba la respuesta; tan solo intentaba incomodar al entrevistado, ver si podía sonsacarle algo.

—¿Y qué le dijiste?

—Le dije que no haría ningún comentario al respecto. Después fui

directa a ver al comisario Watson y le pregunté a quién demonios se refería. — Hizo una pausa—. Tenías que ser tú, claro.

—¿Esa es mi entrada para que cante una canción?⁵

Templer dio un manotazo en la mesa.

—¡Es tu entrada para que te largues ahora mismo de mi despacho!

Y Rebus se largó.

Su cita con el alcaide de Saughton era a última hora de la tarde.

El guardia llamó por teléfono y lo dejó entrar. Le recibieron al otro lado de la valla, y lo condujeron al despacho del

director. Había una antesala con una secretaria delante de un ordenador. Estaba atendiendo una llamada, pero le indicó con un gesto que se sentara.

—Supuestamente —decía la secretaria—, control-desplazarasterisco debería servir, pero no funciona. — Siguió escuchando, y se encajó el auricular entre la mejilla y el hombro para poder teclear con ambas manos—. No, eso tampoco. Espera, ahora sí. Gracias, hasta luego. —Colgó el teléfono y meneó la cabeza con aire de exasperación—. A veces dan más disgustos que alegrías —le confesó a Rebus—. El alcaide estará aquí en dos minutos.

—Gracias —dijo él—. La tecnología

más avanzada que domino son las máquinas de escribir.

—A mí no dejan de enviarme a hacer cursos, pero al cabo de media hora estoy completamente perdida.

La puerta que Rebus acababa de franquear se abrió de pronto, y el alcaide apareció por ella. Rebus se levantó, se estrecharon la mano y el director lo invitó a pasar a su santuario íntimo.

—Siéntese, inspector.

—Le agradezco que me haya recibido, señor.

El alcaide le restó importancia agitando la mano.

—Raras veces un suicidio en el exterior me incluye en la ecuación, pero

hoy me han perseguido unos cuantos periodistas. Por lo visto, la muerte de McAnally ha generado cierto debate. Deben de escasear las noticias. —Se recostó, apoyando las manos sobre la barriga—. Y ahora —apostilló—, aquí está usted.

El alcaide era un hombre atractivo que rondaba los sesenta años. Miraba a Rebus por encima de unas gafas de montura metálica. Era corpulento más que grueso, y su cabello grisáceo se veía fuerte y saludable. El traje parecía caro, igual que la camisa almidonada, y la sencilla corbata azul desprendía un brillo que, a juicio de Rebus, era propio de la seda. Se veía a sí mismo como un gestor de hombres, y encarnaba la voz

pública en la campaña para reformar el sistema penitenciario escocés: acabar con los cubos que servían de retretes y las celdas compartidas, ofrecer unos comedores luminosos y mejor equipados, y poner más énfasis en la formación vocacional, la educación y el asesoramiento. No todos los alumnos con discapacidades visuales matriculados en la Universidad Abierta sabían que sus textos probablemente habían sido transcritos por la Unidad de Braille de Saughton.

Sin embargo, no todo era un jardín de rosas: Saughton tenía problemas con las drogas y varios de sus internos eran seropositivos. Aunque al menos contaba con personal médico a tiempo completo

para lidiar con ello, o para empezar a lidiar con ello.

Rebus no conocía al alcaide, pero lo había visto en algunos actos y en los medios de comunicación. Lo llamaban Jim Flett o, más a menudo, «Big Jim».

—Tiene usted razón, señor —dijo Rebus—. He venido aquí para hablarle de Hugh McAnally.

—Ya me lo figuraba.

Flett dejó una carpeta de color beige sobre la mesa, el informe correspondiente al prisionero 1117, ala C, Cárcel de Su Majestad de Edimburgo, McAnally, Hugh. Jim Flett abrió el expediente.

—He leído esto y he hablado con algunos guardias y compañeros de

McAnally —dijo con una sonrisa—. Creo que estoy preparado. Por cierto, ¿le apetece tomar algo?

—Estoy bien, gracias. No me llevará mucho tiempo. ¿Por qué se puso tan pronto en libertad a McAnally?

—No tan pronto. Se tuvo en cuenta su buena conducta, y también su enfermedad.

—¿Sabía que estaba enfermo?

—Un cáncer inoperable. Normalmente, a esas alturas de la condena estaríamos preparándonos para transferirlo a FPL.

—¿Qué es eso?

—Formación para la Libertad. Habría conseguido un puesto de trabajo sin supervisión. Pero el señor McAnally era

un preso de categoría C, y solo los de categoría D pueden acceder a FPL. En cualquier caso, estaba pendiente de la libertad condicional.

—¿Qué lo había convertido en un preso de categoría C?

Flett se encogió de hombros.

—Una pelea con un guardia.

—Me pareció que había mencionado su buena conducta.

—La pelea se produjo hace tiempo. Ese hombre estaba muriéndose, inspector. Sabíamos que no volveríamos a verlo por aquí.

—¿Hubo algún indicio de que quisiera suicidarse?

—Que yo sepa no. Me alegro de que lo hiciese fuera de aquí: eso lo convierte

en un problema de ustedes y no mío.

—¿Por qué se peleó con un guardia?
¿Era objeto de amenazas o violencia?

—¿A qué se refiere?

—Estaba preso por violación, y su víctima era menor en el momento que cometió el delito. He oído muchas historias, y ocurre lo mismo con todos: si eres un delincuente sexual y no te internan en un ala aparte, recibes palizas, la gente se mea en tu té y te conviertes en un marginado. No puede ser muy reconfortante para el espíritu.

—¿Espíritu? —Flett esbozó una sonrisa irónica—. Digamos que no conozco incidentes de esa naturaleza. Si los hubiera, intentaríamos solucionarlos.

—Imagino que las víctimas no suelen

presentar quejas muy a menudo.

—Se cree que sabe muchas cosas sobre nosotros, inspector. A lo mejor debería sentarse a este lado de la mesa.

—No, gracias.

—Durante el tiempo que pasó aquí, nada hacía pensar que estuviese a punto de meterse una escopeta en la boca.

Rebus rumió unos instantes.

—¿Le conocía?

—No, solo llevaba once meses aquí.

—¿Dónde estuvo antes?

—En Glenochil.

—¿Hubo problemas mientras estuvo allí?

—Según los expedientes, no. Mire, inspector, ya sé qué está pensando y adónde quiere llegar, pero no se pegó un

tiro por nada que le sucediera aquí dentro. Su compañero de celda quedó tan conmocionado como todos los que se enteraron de lo ocurrido. McAnally había cumplido ya dos condenas con anterioridad; la cárcel no era nada nuevo ni desconocido para él.

Rebus pensó de nuevo en Willie y Dixie, en lo que les habría sucedido en prisión.

—Sin duda —añadió Flett—, es mucho más realista decir que la enfermedad le consumió y lo empujó al suicidio.

—Con el debido respeto, señor, sus condenas anteriores no fueron por violar a una menor.

Flett miró fijamente a Rebus, y

consultó su reloj para indicarle que se acababa el tiempo.

—Solo dos preguntas más, señor. ¿Con cuánto dinero salió de la cárcel?

El alcaide tuvo que comprobarlo en el expediente.

—Entre sus efectos había ocho libras con sesenta cuando llegó.

—¿Y aparte de eso?

—Aparte de eso, tenía derecho a los mismos subsidios que cualquier otro exrecluso. Me parece una pregunta de lo más extraña.

—Por lo visto, en su piso se han hecho reformas recientemente, y no alcanzo a comprender de dónde salió el dinero.

—Pues tal vez deba preguntárselo a

su mujer. ¿Algo más?

—¿Quién era su contacto en el exterior?

—¿Se refiere a su supervisor? —Flett buscó la información—. Jennifer Benn, de Servicios Sociales —Rebus anotó el nombre en su libreta—. Bien, si eso es todo, inspector...

El alcaide se puso en pie, rodeó la mesa y sonrió a Rebus. De pronto, supo que le ocultaba algo. Se había mostrado inquieto durante la conversación, como si esperara una pregunta incómoda en cualquier momento. Sin embargo, al parecer, eso no había sucedido, y su alivio se manifestaba en aquella sonrisa, en su cambio absoluto de actitud.

Rebus trató de imaginar qué pregunta

podía ser esa. En la oficina de la secretaria, mientras Big Jim le estrechaba la mano por última vez, seguía devanándose los sesos. «Le he dejado escapar», pensó, y reprodujo mentalmente la reunión mientras se dirigía al coche.

—¡Que me aspen si lo sé! —exclamó.

Cuando se sentó en el coche, tenía claro que lo averiguaría tarde o temprano.

Aquella noche visitó solo uno de los dos centros de atención para expresidarios de Edimburgo. Le recordó a las instalaciones de Fraser Leitch, si bien había un televisor en color y no en

blanco y negro.

Nadie pudo ayudarle. Hugh McAnally no había estado allí, al menos que ellos supieran. No tenía intención de insistir o abusar de su templada hospitalidad, pero dio un rápido vistazo antes de marcharse.

En una esquina de la sala principal, una mujer con una mochila a la espalda conversaba agachada con un hombre apoltronado en una silla. El hombre miraba hacia otra parte, ignorándola ostentosamente. Al final, la mujer pareció rendirse, anotó algo en un portapapeles, lo cerró y lo guardó en su mochila. En ese momento, el hombre se inclinó hacia delante y le susurró algo al oído. Ella se ruborizó al instante y se

levantó.

Rebus se encontraba justo detrás, y la mujer se detuvo en seco para evitar chocar con él cuando se dio la vuelta.

—Por casualidad no será usted Jennifer Benn, ¿verdad?

—Esa soy yo.

—Esta es mi noche de suerte. —
Rebus miró al hombre, que se frotaba la frente para evitar que le viera la cara—.
Eh, Pete.

El hombre alzó la mirada y dejó de fingir.

—Buenas noches, inspector Rebus.

—¿Cuánto tiempo llevas fuera?

—Tres semanas y dos días.

—¿Y ya tienes ganas de volver?

Devuélvele la cartera a esta señorita.

La trabajadora observó con sorpresa cómo Pete sacaba el abultado monedero de piel negra de su chaqueta vaquera. Lo cogió y verificó el contenido.

—¿Quiere presentar cargos? — preguntó Rebus. Ella negó con la cabeza —. Bien, entonces mantengamos una pequeña charla.

Cuando llegaron a la puerta principal, Jennifer Benn había recobrado la compostura.

—¿Dónde vamos?

—A algún sitio un poco más acogedor. Hay un pub al otro lado de la calle.

—No me gustan los pubs.

—¿A mi coche, entonces?

Benn se volvió hacia él.

—¿Puede mostrarme algún tipo de identificación?

—Pensaba que la escena de ahí dentro había sido identificación suficiente.

Jennifer Benn no dio su brazo a torcer, así que Rebus sacó la placa, que ella inspeccionó con detenimiento.

—De acuerdo —dijo, antes de devolvérsela—, podemos hablar aquí.

—¿Aquí?

Estaban en la acera. Benn se envolvió el cuello con una bufanda de lana y se puso unas manoplas de piel de oveja. Tenía poco menos de treinta años y el cabello rubio y encrespado, y llevaba unas gafas enormes.

—... Nos moriremos de frío.

—Entonces dese prisa.

Rebus suspiró.

—¿Estaba Shug McAnally a su cargo como asistente social?

—Correcto.

—Estoy investigando su suicidio.

Benn meneó la cabeza.

—Me temo que no puedo ayudarle. Nunca llegamos a programar una visita, ni siquiera llegué a conocerlo.

—¿Informó de ello?

Benn asintió.

—Aunque sabía que no serviría de nada. ¿Qué castigo puedes imponerle a una persona con cáncer terminal?

Y, con eso, Benn se dio media vuelta y se dirigió a paso ligero hacia su coche. Rebus tuvo la impresión de que aquella

joven había formulado una muy buena pregunta.

A la mañana siguiente, lo citaron en el despacho del comisario Watson.

Gill Templer ya se encontraba allí cuando llegó. Estaba con los brazos cruzados, apoyada en el archivador. No había mucho espacio: junto a la mesa se apilaban tres grandes cajas de cartón con el logotipo de PanoTech.

—Es mi ordenador nuevo —explicó el Granjero—. Siéntese, John.

El Granjero mostraba todos los síntomas de tener malas noticias. Rebus ya lo había vivido antes; la misma

mirada, el mismo tono de voz...

—Prefiero quedarme de pie, señor.

—¿Ha andado metido en algo que debamos saber, John?

—No, señor.

—¿Nada en absoluto?

—No que yo sepa, señor. ¿Por qué?

Watson miró a Gill Templar.

—Ayer recibí una llamada telefónica de Allan Gunner. —Se refería al jefe de policía adjunto—. No suele llamarme a casa.

—Imagino que tenía malas noticias.

Rebus acabó por sentarse.

—El Cuerpo de Inspectores de Su Majestad está barajando la posibilidad de investigarnos.

—¿A quién?

—A la División B.

—Somos nosotros, desde luego.

—Esto no es ninguna broma.

El Cuerpo de Inspectores desde luego no lo era. Se trataba de un colectivo independiente del servicio policial, y respondía directamente ante el secretario de Estado escocés. Sus competencias abarcaban la evaluación de normativas profesionales y la detección de ámbitos de mejora. Inspeccionaba cada año a los ocho cuerpos regionales, pero solo cuatro de ellos eran sometidos a un examen «primario» completo. Estudiaba incrementos en las estadísticas delictivas, caídas en los índices de casos resueltos y quejas de la

ciudadanía. Ningún problema: la tasa de delitos registrados era constante, cuando no disminuía, y la cifra de detenciones había mejorado ligeramente. Aun así, el Cuerpo de Inspectores podía desbaratar las prácticas laborales de una comisaría con su mera presencia. Había largas listas de preguntas que responder, una preinspección inicial seguida de la inspección completa..., y, como sabía todo el mundo en la comisaría, el Cuerpo de Inspectores a veces podía tropezar con algo en lo que era preferible no husmear demasiado. A eso se estaba refiriendo el Granjero justo en ese momento:

—Ya conoce a esos indeseables, John. Si quieren encontrar mugre, la

encontrarán. No trabajamos precisamente en un entorno aséptico.

—Eso es porque no tratamos con gente que se lava detrás de las orejas cada mañana. ¿Adónde quiere llegar, señor? Y si nos investigan ¿qué? Es una lotería.

—Ah —dijo Watson, alzando un dedo índice prodigioso—, yo solo he dicho que estaban pensando en investigarnos.

—No lo entiendo.

En la medida que le fue posible, el Granjero se removió en la silla. Él no era un hombre precisamente menudo, y la silla no era muy grande.

—Si le soy sincero, yo tampoco lo entiendo. El jefe de policía adjunto no soltó prenda. Creo que el quid de la

cuestión es que estamos haciendo algo mal y, si dejamos de hacerlo, puede que sea otra división la que se vea sometida a escrutinio en lugar de nosotros.

—¿De verdad dijo eso? —preguntó Gill Templer.

El Granjero se encogió de hombros.

—Estoy ofreciendo mi interpretación, eso es todo. Después de su llamada, he estado un buen rato pensando y preguntándome: ¿quién andará por ahí hurgándole la nariz a la gente? Conozco a un poli que es como la cocaína en ese sentido.

—Ya nadie esnifa cocaína, señor. — Watson permaneció allí sentado, sin pestañear—. De acuerdo —dijo Rebus, levantándose de nuevo—. Ayer fui a ver

a Big Jim Flett, el alcaide. Probablemente eso fue un par de horas antes de que Gunner le llamara a casa.

—¿Por qué? —preguntó Gill Templer, que parecía furiosa por no haber sido informada antes.

—McAnally.

—¿Por el suicidio?

El Granjero frunció el ceño al ver a Rebus asentir.

—La cuestión, señor, es que hay algo en todo esto... No sé aún de qué se trata, pero creo que hay algo ahí. ¿Por qué ir hasta la escuela Warrender para volarte la tapa de los sesos delante de un concejal, un hombre que asegura que ni siquiera conocía al difunto? ¿Y cómo es posible que, de pronto, la viuda tuviera

tanto dinero para gastar? Esos son dos de los interrogantes; tengo unos cuantos más.

—Bien —dijo el Granjero—, eso explicaría la segunda llamada que recibí. También ayer noche y también a mi casa. Era de Derek Mantoni.

—No le conozco.

—El concejal Mantoni es presidente de la Junta de Policía de Lothian y Borders.

Rebus se acordó de lo que le había dicho el concejal: estaba claro que Gillespie había cumplido su amenaza y se había quejado a su amigo.

—Preguntó directamente por usted, John.

—Todo un detalle por su parte.

—Por lo visto, ha estado buscándole las cosquillas al concejal Gillespie. Debo recordarle que el concejal es la víctima aquí, una víctima que, por cierto, ha vivido una experiencia terrible.

Daba la sensación de que el Granjero estuviese citando a Derek Mantoni.

—Inspector Rebus —intervino Gill Templer—, ¿existe alguna razón para creer que no fue un suicidio?

—No —reconoció Rebus—. Estoy convencido de que lo fue.

—Entonces no veo el problema.

Rebus se volvió hacia ella.

—¡Pues yo sí! —exclamó, llevándose el dedo pulgar al pecho para reafirmar su argumento—. ¡Y más ahora, cuando

de pronto todo el mundo parece querer encubrirlo!

Templer volvió la cabeza.

—John —advirtió el Granjero—, eso está fuera de lugar. He consultado las horas que lleva trabajadas. Le debemos tiempo libre... Bastante tiempo, de hecho. Es una época tranquila del año.

Rebus miró fijamente a el Granjero.

—Tiene que apoyarme en esto, señor.

—Y yo le digo que debe tomarse un descanso, eso es todo.

—¿A quién le tiene miedo? ¿Al jefe de policía adjunto? ¿A Mantoni? ¿Al Cuerpo de Inspectores?

El Granjero ignoró el comentario.

—Tómese una semana, o quizá mejor diez días... Aclárese las ideas,

inspector.

Rebus golpeó la mesa con ambas manos. Una fotografía enmarcada de la familia del Granjero cayó sobre una de las cajas de cartón, y Gill Templar se agachó para recogerla.

—Tiene que apoyarme —insistió Rebus.

Sabía que Gill era una causa perdida, así que se concentró en el comisario. El Granjero, sin embargo, ni siquiera se dignaba a mirarlo.

—Es una orden, inspector.

Al salir de la sala, Rebus propinó una patada a una de las cajas.

Cuando pensó en todo lo que le había

contado el Granjero, se dio cuenta de que no podía culparlo. Estaba limitándose a cubrirse las espaldas, al igual que Gill. Ahora Rebus era un agente libre, o al menos un agente sin riendas. Solo podía meterse en embrollos a título personal, lo cual no le importaba. Ordenó su mesa. Lo guardó todo en los cajones y, cuando se quedó sin espacio, tiro el resto a la papelera. Después abandonó St Leonard's sin despedirse de nadie.

Solo había dos inconvenientes — ninguno de ellos baladí—, y los ponderó sentado en la sala posterior del bar Oxford con media pinta de Caledonian Eighty y un whisky de malta doble.

El primero era que la rutina policial

moldeaba por completo su vida cotidiana; le daba un horario sobre el que trabajar, una razón para levantarse por las mañanas. Detestaba su tiempo de ocio. Los domingos libres le causaban pavor. Vivía para trabajar y, en un sentido muy real, trabajaba para vivir: la muy vilipendiada ética laboral protestante. Si eliminaba el trabajo de la ecuación, el día se tornaba flácido. Era como sacar gelatina de un molde. Además, sin trabajo, sin ocupaciones, ¿qué motivo tenía para no beber?

Le preocupaba, porque ahora nada le impediría mandar a paseo a Wee Shug McAnally —un hombre que desde luego no era llorado universalmente— y dedicarse a beber a espuestas. Podría

estar de siete a diez en el Oxford sin ningún problema, todo ello rociado con cotilleos de portería y sazonado con pasteles y empanadas. Sería maravillosamente fácil dejarse llevar.

Luego estaba el segundo inconveniente, que sin duda guardaba relación con el primero porque, ahora que tenía tanto tiempo para él, ¿qué iba a impedirle pedir hora para el dentista?

Su única opción era seguir trabajando. Además, había ciertas cosas que debía hacer con presteza, antes de que corriera la voz de que le habían dado unos días de vacaciones. La primera era una visita a la División C, en Torphichen Place.

El inspector Davidson estaba de servicio una vez más, para alivio de Rebus.

—Lo huelo desde aquí —dijo Davidson, indicándole que entrara en la sala del DIC.

—¿El qué?

—El alcohol. ¿Cómo puede torturarme de esa forma? Faltan dos horas para que termine mi turno.

Rebus vio que estaban solos en la sala.

—Necesito el informe del caso McAnally, el de la condena por violación.

—¿Para qué?

Rebus se encogió de hombros.

—Necesito verlo.

Davidson abrió un cajón y sacó un manajo de llaves.

—John, bastante trabajo tenemos ya con el aquí y ahora. —Se dirigió a un gran armario y lo abrió—. No creo que todavía tengamos una copia por aquí. Debe de estar todo archivado.

Había informes apretujados en todas las estanterías. En el lomo, escrito con un grueso rotulador, podía leerse el nombre del agente al que pertenecía la copia. Los lomos miraban hacia arriba, y la portada de las carpetas hacia fuera. Allí figuraba el nombre del acusado. No había ningún McAnally.

Así que tuvieron que darse la caminata hasta otra zona del edificio, localizar otro manajo de llaves y abrir

un almacén, en el que había una docena de archivadores de doble puerta. Davidson meditó unos instantes y señaló uno.

—Ese probablemente contenga el año que estamos buscando. —Abrió el archivador, del cual emanaba un olor a papel húmedo mucho más intenso que el del armario con el que habían probado antes. Davidson pasó el dedo por cada una de las hileras de expedientes—. McAnally —dijo al fin, y sacó dos gruesos archivadores de papel A4, que entregó a Rebus.

Las tapas estaban sueltas, unidas con dos clips de metal extraíbles. Las portadas azules estaban desteñidas en las esquinas. En el lomo figuraba el

apellido de Davidson. Rebus leyó una de las portadas.

—«Acusación contra Hugh McAnally, nacido el 12 de enero de 1944».

Rebus hojeó ambos archivos, y no se sorprendió al comprobar que buena parte de ellos consistía en declaraciones de testigos.

—Disfrute —dijo Davidson, cerrando de nuevo el armario.

Rebus se detuvo de camino a casa y compró un café, panecillos, beicon y dos paquetes de cuatro Export. Estaba pertrechándose para un largo viaje.

El piso se había caldeado bastante. Vacío el tarro que había colocado

debajo del radiador que perdía agua y lo puso de nuevo. Luego encendió el equipo de música, abrió una de las Export y se dirigió al lavabo. Cogió tres aspirinas del armario y se las tomó con un largo trago de cerveza mientras se miraba en el espejo. Alrededor y debajo de la nariz la piel estaba inflamada. Se tocó un incisivo con el dedo y parecía muerto, anestesiado, mientras que los dientes vecinos tintineaban como si estuvieran conectados a la red eléctrica. La ampolla de la quemadura de la palma de la mano había menguado, y ahora solo llevaba una fina tira de esparadrapo. Debajo, el número de serie del motor seguía allí.

«Mi estado de forma es espléndido —

pensó—. Soy el puto espécimen perfecto».

Se llevó la cerveza al salón, se sentó en su butaca con los informes y se puso a leer.

Comenzó por el sumario de pruebas. Leyó en diagonal las listas de declaraciones y testigos, obvió los permisos anuales de agentes y ahondó en los testimonios y transcripciones de cintas. Entre los testigos había algunos vecinos, la víctima, la mujer del acusado, un par de camareros y el médico de la policía —que resultó ser el doctor Curt—. Se habían tomado muestras tanto de la víctima como del acusado. Maisie Finch había sido examinada en el hospital, donde pasó el

resto de la noche en observación. Se mencionaba que la madre —ajena a la presencia de su hija— se encontraba también en el hospital, tan solo una planta más arriba.

Hugh McAnally había sido examinado en la sala de reconocimientos de Torphichen. No dejó de protestar en todo momento: «Me he puesto goma, joder, ¿qué problema hay?».

Aquellas palabras no le granjearon el cariño de nadie.

La historia, contada desde el punto de vista de la víctima, aseguraba que Maisie se encontraba sola en el piso cuando McAnally se presentó, ya que su madre estaba ingresada en el hospital para someterse a una operación menor.

En aquellos momentos, la madre estaba impedida para salir de casa, y sus cuidados constituían una ocupación a tiempo completo para Maisie (nadie le había preguntado cómo sobrellevaba el verse recluida todo el día con una inválida, o qué sintió cuando su madre tuvo que ser trasladada al hospital... Rebus rememoró su encuentro con ella: las botellas de cerveza, el «estado de ánimo vacacional...»). Maisie conocía muy bien al señor McAnally desde hacía años. No solo lo consideraba un vecino, sino un amigo de la familia.

McAnally le dijo que había ido a preguntar por su madre. Aunque olía a alcohol, le dejó entrar en casa y le ofreció una taza de té. Wee Shug

preguntó si tenía algo más fuerte. Ella sabía que había una botella de whisky guardada en el armario ropero de la habitación. Llevaba allí desde la muerte de su padre. Maisie fue a cogerla y McAnally la siguió. Después, la empujó boca abajo sobre la cama y le sostuvo la cabeza con una mano...

Cuando acabó, McAnally farfulló algo. A Maisie le pareció una disculpa, pero tal vez no lo fuera. El hombre salió y dejó la puerta del piso entreabierta. Maisie lo oyó bajar ruidosamente las escaleras, y ella salió corriendo a casa de la señora McAnally y aporreó la puerta hasta que obtuvo respuesta. Fue la propia señora McAnally quien llamó a la policía.

Según reconoció él mismo, Wee Shug salió del edificio y se dirigió a Lothian Road, donde tomó unas copas en dos pubs que solía frecuentar, cosa que corroboraron ambos camareros. Después se compró una sopa de pescado por el camino, y estaba apurándola cuando se aproximaba a la puerta principal del edificio, donde fue arrestado por dos agentes de policía que le esperaban en el coche. Fue conducido a la comisaría de Torphichen Place, interrogado y acusado.

La versión de McAnally era que había ido al piso de Maisie Finch a preguntar por su madre, pero también con la esperanza de mantener relaciones sexuales con ella. Ya había sucedido una

vez, mientras su madre dormía en la otra habitación. En ambas ocasiones, Maisie tomó la iniciativa. McAnally sabía que era una «buena chica», pero creía que se aburría en casa. Era consciente de que no era un «chaval» ni «Mr. Universo» —según sus propias palabras—, y la vida doméstica de Maisie explicaba por qué quería tener sexo con él. «Me atrevería a decir que no era el único». Maisie nunca había dicho nada, jamás se había explicado, y a McAnally no le importaba «siempre y cuando me dejara su agujero».

Después de un minuto o dos de conversación en el salón, Maisie propuso que pasaran al dormitorio de su madre, pues la cama de esta era de

matrimonio mientras que la suya era sencilla (cuando le pidieron que describiera el dormitorio de Maisie, McAnally fue capaz de hacerlo, si bien ello no demostraba nada, ya que, como él mismo reconocería más tarde, había estado allí el mes anterior para cambiar un enchufe defectuoso).

La noche en cuestión, entraron en la habitación de la madre, donde —según la versión de McAnally— se produjo un coito «a lo perrito». Preguntado por esa postura en particular, Wee Shug dijo que cabía la posibilidad de que a Maisie no le gustara mirar a aquel «viejo hecho polvo» (Rebus se alegraba de no haber interrogado él mismo a McAnally; probablemente le habría dado un

puñetazo). Wee Shug aseguraba que había salido del piso inmediatamente después, ya que a Maisie no le gustaba que se quedara allí. Asimismo, añadía que había sido la propia Maisie quien le había proporcionado el preservativo: «No puedo ir con gomas en la cartera. Tresa las encontraría».

Todo un dechado de virtudes, el señor Hugh McAnally.

Los casos de violación podían ser complejos. La ley escocesa exigía una corroboración, no solo la palabra de una persona contra la otra. Con las alegaciones de violación, rara vez existía una constatación irrefutable. Los violadores no trabajaban para un público sin invitación, pero, en este

caso, estaba el grito de la chica, que fue oído por más de una persona en el edificio (aunque no por todos los vecinos), y el hecho de que hubiese, como comentó el propio Davidson, «un testigo cojonudo» fue decisivo. Por otro lado, Maisie estaba dispuesta a subir al estrado —no todas las víctimas de una violación lo hacían, por razones emocionales más que justificadas— y a testificar. Metería «a ese viejo cabrón entre rejas».

Y lo hizo.

Cuando le preguntaron por el grito, McAnally dijo al principio que era «chillona», es decir, que gritaba en el momento del orgasmo. Davidson había añadido un comentario a bolígrafo en el

margen, tal vez con la intención de borrarlo después: «¿Qué clase de chica tendría un orgasmo con alguien como tú?». Luego, McAnally cambió de parecer y dijo que no hubo grito alguno, lo cual supuso una excelente noticia para la acusación, que ya contaba con testigos que afirmarían que la habían oído gritar.

Aquello, según le pareció a Rebus, aun siendo un detalle nimio en el contexto más general del caso, sin duda había hecho cambiar de parecer al jurado. Era su palabra contra la de ella, pero había testigos del grito, testigos como Helena Profitt.

La señorita Profitt había prestado declaración, pero no fue llamada a aportar pruebas durante el juicio.

Probablemente fue decisión de la fiscalía, que debió de someterla a una evaluación preliminar y determinar de cara a futuras consultas que era tímida y nerviosa, y que difícilmente se desenvolvería bien en los tribunales. La fiscalía había elegido a los mejores vecinos como testigos para mostrárselos al jurado. Era la forma de proceder habitual.

Rebus cogió otra cerveza y descubrió que estaban ya todas vacías. Fue a la nevera, y encontró una solitaria lata que había caducado hacía un par de meses. Estaba demasiado fría, pero tenía mucho gas cuando la abrió. Últimamente bebía solo por un lado de la boca, evitando que la parte dolorida entrara en contacto

con nada demasiado caliente o frío. Dejó la lata, preparó un poco de beicon y abrió dos panecillos, que se comió en la mesa de la cocina.

«Esto tiene que ser algo serio», pensó. El alcaide de Saughton, el jefe de policía adjunto... puede que incluso el Cuerpo de Inspectores. No le querían husmeando en aquel caso, pero ¿por qué? Era una buena pregunta. Tenía que estar relacionado con McAnally. De hecho, Rebus pensaba que todo aquello debía de tener algo que ver con el tiempo que McAnally pasó en Saughton.

Volvió al salón y sacó la lista de antecedentes de Wee Shug. Había tenido suerte más de una vez, pues había recibido su buena cuota de multas y

reprimendas cuando una pena de cárcel habría sido lo más habitual. En una ocasión, había cumplido un año de condena, dieciocho meses en otra — ambas por robos en viviendas— y eso era todo. Por lo demás, todo eran multas y advertencias.

Rebus se acomodó en la butaca y, por unos instantes, dejó que el trago de cerveza que acababa de dar se quedara en su boca. Estaba pensando en algo, algo en lo que no quería pensar. Solo había un argumento de peso que explicara por qué Wee Shug había tenido tanta suerte, un argumento de peso por el que un juez podía ser tan indulgente en reiteradas ocasiones.

Alguien había intercedido por él.

¿Y quién acostumbraba a interceder ante el juez?

La policía.

¿Y por qué lo hacía...?

Rebus engulló la cerveza.

—¡Era un soplón! ¡Wee Shug McAnally era el puto chivato de alguien!

A la mañana siguiente, se levantó ansioso por dirigirse a la oficina, pero al instante recordó que no tenía oficina a la que ir, ningún lugar donde fuese bienvenido, y justo cuando necesitaba hacer algunas preguntas muy discretas a sus compañeros.

Se había pasado media noche en vela, contemplando la luz ámbar que

proyectaba la farola en el techo de su habitación y barajando alternativas mentalmente. No podía obviar la idea de que McAnally había sido los ojos y los oídos de alguien en la calle. Todo buen policía los tenía. Quien quisiera llegar a alguna parte los tenía: chivatos, soplones, informadores... Aquella «profesión» tenía cien títulos y cien descripciones laborales.

Era lógico. Solo algo así explicaría aquellas condenas tan laxas. Pero McAnally había cruzado la línea; ningún juez escucharía súplicas ante un caso de violación. Cuatro años entre rejas y un soplón perdía su utilidad: ahora había nuevos malhechores en la calle, gente a la que no conocía y a la que nunca

llegaría a conocer. Cuatro años era mucho tiempo en la calle; el mundo se movía con rapidez ahí fuera.

En la cama se le había ocurrido otra cosa, hacia las tres de la madrugada según los números azules de su reloj. Todo —fuese lo que fuese ese «todo», fuese lo que fuese lo que temía la gente — tenía que ver con McAnally, sí, pero el concejal también estaba implicado. Rebus le había permitido salir de la ecuación. Había estado ocupado con fracciones en una mitad de la pizarra, mientras el concejal vivía tranquilo en la otra mitad. Y el concejal, a diferencia de McAnally, seguía vivo y podía responder a sus preguntas. Rebus no llegaría muy lejos siguiendo el rastro de

los muertos. Era momento de concentrarse en los vivos.

Era el momento de mojarse.

El concejal Tom Gillespie vivía en una enorme casa adosada con ventanas panorámicas, a menos de cinco minutos a pie del apartamento de Rebus. La casa había sido dividida en dos viviendas, una en la planta superior y otra en la de abajo. La propiedad de Gillespie era esta última. Delante había un césped cortado con esmero, y un pequeño muro de piedra con unos barrotes negros y brillantes que culminaban en unas puntas en forma de flecha. Rebus abrió la verja y se dirigió a la puerta principal. La sal

de color arcilla, esparcida durante las nevadas y heladas más inclementes, crujía bajo sus pies. Ahora el hielo y la escarcha se habían fundido, excepto por algunas franjas de blanco ennegrecido donde el sol no llegaba nunca, y las carreteras y los caminos de la ciudad estaban cubiertos de sal, tan traicionera como el hielo al que había reemplazado.

Rebus vio un ligero movimiento detrás de la ventana panorámica cuando llamó al timbre. Era un timbre anticuado de tirador que resonó en el interior de la casa. Luego oyó cómo se abría la puerta del pasillo y el sonido de un pestillo. Fue el propio concejal quien abrió la puerta de madera maciza.

—Buenos días, señor Gillespie. ¿Le

importa que hablemos un momento?

—Estoy hasta arriba de trabajo, inspector.

Desde dentro, le llegó un zumbido motorizado y el estornudo de una mujer. El brazo de Gillespie ocupaba todo el umbral, impidiendo cualquier intento de Rebus por entrar. El clima allí fuera no era precisamente el de la Costa del Sol, pero el concejal estaba sudando.

—Lo entiendo, señor —dijo Rebus—, pero solo será un minuto.

—¿Ha hablado con Helena Profitt?

—Sí. Y, por cierto, gracias por ponerme en el punto de mira de la Junta de Policía.

Gillespie no tenía ninguna intención de disculparse.

—Ya le dije que tenía amigos.

Se oyó un tenue ladrido desde dentro, como el de un pequinés que ha recibido una bien merecida patada en el trasero, y después una furiosa voz de mujer.

—¡Tom! ¡Tom!

Gillespie fingió que no la oía.

—Creo que le buscan ahí dentro — comentó Rebus.

—Mire, este no es momento para...

—Tom, ¡por el amor de Dios!

Gillespie gruñó, se dio la vuelta y caminó a paso ligero. La puerta principal empezó a cerrarse con una lentitud infinita, pero Rebus la abrió y entró en el vestíbulo.

—Esta porquería ha vuelto a atascarse —decía la mujer—. ¿Por qué

demonios no lo haces tú?

—¡No dejes que entre! ¡Venga! —
gritó Gillespie, intentando moderar el
tono de voz.

En el umbral apareció una mujer,
tambaleándose como si le hubieran dado
un empujón, y tropezó con Rebus y unos
archivadores vacíos amontonados en el
suelo de baldosa.

—Maldita sea... —dijo ella.

Cuando se cerró la puerta tras él,
Rebus se percató de que la sala con
ventanas panorámicas era una especie
de oficina. Vio una mesa con un
ordenador y documentos esparcidos
encima. No alcanzaba a divisar qué
emitía aquel zumbido ni tampoco a
Gillespie, pero oyó al concejal propinar

un puñetazo o una patada a una máquina. Rebus ayudó a la mujer a recoger los archivadores.

—Bonitos colores... —dijo.

—¿Qué? —preguntó ella apartándose el cabello y recolocándoselo detrás de la oreja.

Era una mujer alta, de compleción fuerte y con facciones muy marcadas. La gruesa melena negra, un tanto mortecina, le llegaba hasta los hombros, y la llevaba peinada con raya al lado. Sus ojos, en cambio, estaban llenos de vida; eran ardientes. Parecía estresada, pero vestía con estudiada elegancia, enfundada en una blusa de seda de color perla y una falda larga de tartán Black Watch.

—Los archivadores —explicó Rebus—. Yo siempre los compro azules, grises o verdes. Estos son... más coloridos.

Lo miró como si estuviera loco: no eran más que carpetas.

—Son de una papelería de George Street —precisó ella.

Rebus asintió, tratando de disimular que estaba memorizando las letras que aparecían en la portada del archivador que había estado estudiando, aunque OED/REE no era difícil de recordar.

—¿Hay algo atascado? —preguntó Rebus.

Había recibido una educación exquisita, le enseñaron modales en casa y en la escuela. Aquella dama no podía

evitar responder a una pregunta tan informal, a una duda inofensiva.

—La trituradora —repuso ella.

Rebus asintió, confirmando que él también tenía problemas con la suya.

—Usted debe de ser la señora Gillespie.

—Exacto.

—La tiene de ayudante, ¿eh?

La mujer intentó sonreír.

—Reclutamiento forzoso.

—Creía que el concejal Gillespie tenía secretaria.

Su sonrisa se desvaneció. Estaba intentando improvisar alguna mentira, cuando la puerta se abrió del todo y apareció Gillespie en el umbral. Esta vez, escrutando la habitación, Rebus vio

varias cajas de cartón llenas de largas tiras de papel. Eran documentos triturados.

Gillespie empujó suavemente a su mujer para que entrara de nuevo en el despacho y cerró la puerta.

—No recuerdo haberle invitado a pasar, inspector.

—Quizá debería hablar otra vez con su amigo, el concejal Mantoni.

Gillespie sacó un pañuelo.

—Bueno, ahora ya está aquí. Venga a la cocina. —Se pasó el pañuelo por la frente—. Estoy sediento.

Acompañó a Rebus por el largo pasillo, dejando a un lado una sala de estar y un comedor. Pasaron junto a las escaleras, y recorrieron un pasillo más

corto y oscuro situado a la izquierda hasta llegar a la cocina. Había madera por todas partes: muebles y listones que cubrían todas las superficies excepto el suelo, cuyas tablas acababan de ser pulidas y barnizadas. En la parte posterior, se había añadido un porche cubierto con vistas al amplio jardín, los maduros rosales y un seto de laurel. Había también un pequeño patio de ladrillo.

Gillespie preparó una cafetera.

—No le ofrezco una taza, inspector. Me imagino que tendrá usted prisa.

—La verdad es que hoy no ando muy ocupado, señor Gillespie, pero no me quedaré a tomar café. —Hizo una pausa—. Gracias de todos modos.

Gillespie abrió un armario y frunció el ceño al ver las tazas y los vasos. «Están tan relucientes que le han cegado», pensó Rebus.

—Y bien, ¿qué se le ofrece? —dijo Gillespie.

—Caca de perro —dijo Rebus.

Gillespie cogió una taza con torpeza.

—¿Qué ha dicho?

—Caca de perro, concejal: en las aceras, en el césped..., por todas partes. Es una vergüenza.

—¿Intenta decirme que esta no es una visita oficial?

—¿Acaso he dicho yo algo así? No, estoy aquí como individuo, como un contribuyente más que quiere expresar una queja a su representante electo.

Gillespie abrió una cafetera y vertió café molido de un paquete. Cuando terminó, había recobrado la compostura.

—Bien, señor Rebus —dijo—, la gente solo acostumbra a quejarse de eso en verano. Es entonces cuando el artículo ofensivo es más blando y oloroso. Nunca he recibido una queja en invierno.

—Entonces hablo en nombre de la mayoría silenciosa.

Gillespie logró dibujar una sonrisa.

—¿Qué es lo que quiere? Si fuese medianamente inteligente, entendería que esto puede interpretarse como acoso.

Después de lo que Rebus había visto, no necesitaba más, pero se lo estaba

pasando bien y ¿qué eran unas vacaciones si uno no disfrutaba?

—Ya le he dicho lo que quiero —
repuso.

Gillespie vertió agua hirviendo sobre el café molido.

—Me sorprende.

—¿Por qué?

—Porque precisamente de usted me esperaba que supiera que los excrementos de perro en las aceras son cosa de la policía. Son ellos quienes tienen que dar con los propietarios y denunciarlos.

—¿Y el ayuntamiento no hace nada?

—Al contrario, hacemos mucho. Tenemos una perrera municipal, cuya labor consiste en educar a los

propietarios a actuar responsablemente. La perrera también ayuda a la policía en algunos procesos judiciales. Forma parte del DSM.

—¿Departamento de Salud Medioambiental?

—Exacto. Puedo facilitarle su número si así lo desea. Es lo mínimo que puedo hacer... por un contribuyente.

Rebus sonrió y meneó la cabeza. Se metió las manos en los bolsillos e hizo ademán de irse, pero se detuvo junto al concejal y bajó el tono de voz.

—¿Está asustado, señor Gillespie?

—¿Qué?

—Me da la sensación de que está cagado.

El concejal empezó a sudar de nuevo.

Se disponía a decir algo, pero cambió de parecer y siguió removiendo el contenido de la cafetera.

—Con toda la mierda que hay por ahí últimamente —prosiguió Rebus—, tiene que procurar no pisarla. Podría acabar metiéndosele en su propio trasero. ¿No es así, concejal?

—Lárguese de aquí, hágame el favor.

Rebus se dio la vuelta, pero Gillespie extendió el brazo para impedirselo.

—Inspector, está cometiendo un error. No era una amenaza, tan solo constataba un hecho.

—Cuénteme.

Gillespie pareció pensárselo durante unos segundos, mordiéndose el labio inferior, pero finalmente se echó atrás.

Rebus lo miró, intentando hacerle cambiar de opinión. Estaba claro que Gillespie tenía miedo. Se podía ver en sus ojos, en el brillo de su tez. De hecho, estaba aterrizado.

—Será mejor que se vaya, inspector —dijo Gillespie.

Acompañó a Rebus por el pasillo. En una mano llevaba la cafetera y en la otra, las dos tazas. A través de la puerta del despacho, oyeron a la señora Gillespie lanzando maldiciones a la máquina. Al parecer estaba pateándola.

—Menudo carácter su esposa —comentó Rebus.

Vio que Gillespie no tenía ninguna mano libre, así que, con gesto educado, le abrió la puerta.

—¿Ya se ha ido? —protestó la señora Gillespie.

—Estoy en ello, señora Gillespie —le dijo Rebus, asomando la cabeza para dar un vistazo—. Ha sido un placer conocerla.

Tenía las mejillas coloradas; su enojo se convirtió rápidamente en rubor.

—Lo siento —dijo.

—No pasa nada.

Y Rebus los dejó con sus menesteres, fuesen los que fuesen...

Transcurrió media tarde hasta que Rebus llegó a la conclusión de que estaba haciendo lo correcto.

Para ser más precisos, le llevó diez minutos aclararse las ideas y un par de horas beber hasta sumirse en un estado en el que se sintió lo bastante seguro para continuar.

Sin embargo, no solo bebía; estaba de caza, con los ojos y los oídos abiertos, a la espera de noticias de Rico Briggs.

Rico era a un tiempo el mejor y el peor desvalijador de la costa este. No es

que fuese poco diestro en sus habilidades: de hecho, podía entrar y salir de la mayoría de las casas en cuestión de minutos, ya estuvieran sus ocupantes durmiendo, adormecidos frente al televisor o disfrutando de una fiesta. El problema de Rico es que llamaba la atención, lo cual no era bueno para su negocio. Era un gran seguidor del Hearts, y no se había perdido ni un solo partido entre 1977 y 1980, excepto cuando cumplió una pequeña condena en Peterhead. Una noche en Leith Walk, atolondrado tras una paliza del Hibernians, entró en un estudio de tatuajes y pidió cita.

A la mañana siguiente, Rico se miró en el espejo del cuarto de baño y vio

que en ambas mejillas lucía el emblema del Hearts, un corazón granate con una cruz en medio. Solo tardó un día o dos en empezar a detestar al que en su día fuera su amado equipo, lo cual era toda una ironía, habida cuenta de que se había convertido en una cartelera pública para los hombres de Gorgie.

Obviamente, aquellos tatuajes eran únicos y, para la policía, tan buenos como unas huellas dactilares. Al darse cuenta de ello, Rico empezó a llevar pasamontañas para trabajar, lo cual acentuaba su otro rasgo facial llamativo: una nariz de las dimensiones de la pirámide de Keops. La gente también solía reparar en ello.

Rebus había intentado convencer a

Rico Briggs de que se retirara, y en cierto modo lo había logrado. Últimamente, se dedicaba a transmitir sus habilidades a una serie de aprendices, incluso había impartido a Rebus algunas clases clandestinas para abrir cerraduras; clases que le resultaron de lo más útiles cuando perdió las llaves de su casa..., y también en otras ocasiones.

Finalmente, Rebus encontró a Rico en un bar situado en Nicolson Street, un lugar en el que solía esconderse la clientela de rictus apesadumbrado después de un corte de pelo en la barbería contigua, regentada por un hombre medio ciego. Era sorprendente lo poco que desentonaba Rico rodeado

de aquellos hombres con espantosos cortes de pelo.

—Eh, Rico —dijo Rebus al sentarse junto a él en un taburete de madera—. ¿Cómo andas?

Rico tenía el periódico doblado en la página del crucigrama, y le daba golpecitos con un bolígrafo de tamaño mediano cortesía de una casa de apuestas, de aquellos que ofrecen una garantía de diez minutos.

—Diez letras —dijo Rico, con una voz que recordaba a la sal esparcida en las carreteras al ser pisada—. Empieza por «e», una «g» en medio y «o» final. «Extasiado». —Miró a Rebus.

—Embriagado.

—Gracias. En ese caso, me tomaré

uno doble —respondió Rico entre risas—. ¿No lo había oído nunca, señor Rebus?

—No desde que «Double Barrel» estuvo en lo más alto de las listas.

Rebus pidió las bebidas mientras Rico se frotaba ambas mejillas. La idea era que si lo hacía el tiempo suficiente, acabaría consiguiendo exfoliar los tatuajes.

—Y bien, señor inspector, ¿qué pasa, tiene un trabajo para mí?

Rebus se limitó a asentir; no quería desvelar demasiado: tal vez estuviera rodeado de cortes de pelo infames, pero a nadie le habían cercenado las orejas.

—Te contaré los detalles más tarde.

Bebieron en silencio. El lugar estaba

bastante tranquilo. Al fondo de la barra, un cliente indicó al camarero que le rellenara el vaso, y este respondió con otro gesto. Era una petición silenciosa, pensó Rebus. Parecían monjes obligados por el voto de silencio. Lo cual, teniendo en cuenta las coronillas que lo rodeaban, no era una imagen tan desatinada.

Salieron del pub y echaron a andar rumbo a Pleasance. Si doblaban a la derecha, llegarían a St Leonard's, pero se decantaron por la izquierda y se dirigieron hacia Cowgate y Canongate. Fueron charlando por el camino, y entraron en una taberna de la calle principal para cerrar su trato con un brindis.

Con una luna menguante en el horizonte, como si alguien hubiera hundido una uña en el cielo, a las seis había oscurecido. Rebus y Rico estaban sentados en el coche del inspector, con el motor en marcha para poder mantener la calefacción encendida. Se hallaban frente a la casa de Gillespie, y Rebus le acababa de describir la distribución del interior. Estaba más nervioso de lo que reconocía: si Rico era descubierto, si hablaba, podía acabar convirtiéndose en uno de los clientes de Big Jim Flett. Rico le hizo algunas preguntas, y Rebus le ofreció respuestas siempre que pudo.

—Entraré por el porche —decidió Rico—. ¿Está seguro de la alarma?

—No la hay —dijo Rebus.

La gente caminaba a toda prisa por la acera con la cara agachada para evitar el viento gélido, que, como era habitual en Edimburgo, soplaba horizontalmente a la altura de la cabeza. Rebus abrigaba dudas sobre aquella empresa, pero no veía más alternativa. Entonces le vino a la mente otra pregunta.

—¿Conoces a alguien que acabe de salir de Saughton?

—Yo no me junto con malhechores, inspector.

—Claro que no, te has reformado. Ambos lo sabemos. —El tono de Rebus era pausado pero insistente—. Aun así, si por casualidad conocieras a alguien, me gustaría mantener una conversación. Nada aparatoso ni oficial, una mera

charla, un poco de información sobre Saughton.

—¿Habría incentivo económico?

—Habría una copa para los dos.

—Bueno, no pierdo nada por preguntar.

—No, no pierdes nada —coincidió Rebus. Miró en dirección a la casa de Gillespie—. ¿A qué hora entrarás?

—Las dos de la madrugada es buena hora. Pero será mejor que no nos quedemos aquí mucho más tiempo. No debemos llamar la atención.

Rico tenía razón: en Marchmont siempre estabas ocupando la plaza de aparcamiento de alguien. Apenas había sitio suficiente para los residentes y menos aún para los visitantes. Rebus

engranó la primera.

—Vamos a comer algo —propuso.

—Eh, espere.

Rico señaló la casa. La puerta principal estaba abierta, y de pronto apareció la señora Gillespie con dos bolsas de basura negra. Su marido llevaba dos más. Abrieron la verja y las depositaron en la acera. Rebus tuvo una ocurrencia maravillosa. Miró a un lado y otro de la calle. Ya había algunas bolsas fuera.

—¿Día de recogida? —preguntó Briggs.

—Parece que no voy a necesitarte.

Al final, Rico lo ayudó a cargar el botín.

Rebus estaba sentado en casa, después de pagar a Rico y dejarlo de nuevo en el centro de la ciudad. Una de las bolsas de basura no contenía más que latas vacías y cajas, y reposaba ya frente a la puerta principal del edificio de Rebus. Pero las otras tres esperaban abiertas en mitad del salón. Vació la primera en el suelo, y de ella cayeron multitud de tiras de papel blanco, formando un tembloroso montón. Rebus cogió una. Tenía la longitud de un folio, y su anchura no superaba los dos milímetros. Había oído más de una vez que los documentos triturados podían reconstruirse; tan solo se precisaba paciencia, una paciencia colosal. Estaba convencido de que había alguna forma

inteligente de hacerlo —realizar análisis ultravioletas, cotejar marcas de agua o agrupar por tipos—, pero ahora el único recurso del que disponía eran sus ojos. No podía entrar en Howdenhall y dejar allí el contenido. Le harían preguntas. Se sentó en el suelo, cogió unas cuantas tiras y trató de unir las.

Al cabo de cuatro minutos, se dio cuenta de que era una tarea imposible.

Se quedó allí sentado, fumando un cigarrillo y contemplando las tiras de papel.

Tal vez le contaran todo cuanto necesitaba saber. Apuró el cigarrillo, se sirvió una copa y lo intentó de nuevo. Tardó poco en perder la paciencia. Arrastró la mesa de la cocina y se sentó.

Después trajo la lámpara con brazo articulado de su dormitorio y la enchufó a la corriente. La máquina se había atascado varias veces; con suerte, no se habrían separado por completo todas las tiras.

Pero no encontró ni una sola tira unida a otra.

Maldijo en silencio y paseó por el piso; vació el tarro y volvió a colocarlo debajo del radiador. Luego se puso el abrigo y salió a comprar tabaco y whisky. La tienda de la esquina estaba cerrada. Según su reloj, eran las once y cuarto; no podía creerse que fuera tan tarde.

Se dirigió al pub más cercano y se abrió paso entre la multitud, que no

paraba de fumar y hablar a gritos. La camarera le dio cambio para la máquina de tabaco, pero no pudo venderle una botella para llevar: estaban a punto de cerrar. Le indicó una tienda con licencia donde podía probar, aunque se vería obligado a coger el coche para llegar hasta allí, así que volvió a casa a toda prisa y buscó algún resto en las botellas que tenía. Había un cuarto de Bacardí para emergencias, que solía tener de reserva por si alguna vez lograba arrastrar a una mujer hasta su dormitorio. La idea del Bacardí a palo seco le repugnaba incluso más que mezclarlo con algo.

«Lo cual significa —pensó—, que no debo de ser alcohólico».

Desenroscó el tapón de todos modos y lo olió, pero cerró de nuevo la botella. Tendría que estar mucho más desesperado para beberse eso... Pongamos, a las cuatro de la mañana.

Entonces recordó que aún no había revisado el congelador. Lo abrió y desmenuzó el hielo acumulado, hasta que consiguió desenterrar dos bandejas de cubitos, un filete de pescado... y una botellita. Era vodka polaco; se lo había regalado un vecino tras un viaje a Lodz, un detalle por haber alimentado a su gato durante una semana.

Rebus buscó un vaso, lo llenó y, con cierto retraso, brindó por la «solidaridad» antes de vaciarlo. Era lo más suave que había probado jamás. Un

tercio de litro, ochenta y cuatro grados. Llevó vaso y botella al salón, y puso *Exile on Main St.* en el equipo de música. Sonaba tan bien como siempre.

Después retomó el juego, y decidió dejar a un lado la primera bolsa y comenzar con la segunda.

Volvió a llenar la que había apartado, y volcó el contenido de la otra en el suelo.

Entonces sonó el timbre.

Pasaban algunos minutos de la medianoche.

La puerta del vestíbulo principal a veces estaba abierta. No era necesario que los visitantes, fueran bienvenidos o no, anunciaran su presencia hasta que estuviesen frente a la puerta del piso.

¿A aquellas horas, un jueves por la noche?

Rebus observó el revoltijo amontonado en el suelo, recorrió el pasillo y se acercó sin hacer ruido hasta la puerta justo cuando sonaba de nuevo el timbre. Oyó al menos dos voces, poco más que murmullos. De pronto, unos dedos abrieron el buzón. Rebus se hizo a un lado, con la espalda apoyada en la pared.

—A lo mejor deja las luces encendidas cuando sale.

—O tal vez esté medio borracho, durmiendo la mona.

Rebus giró silenciosamente el pomo y abrió la puerta. Siobhan Clarke, que estaba mirando a través del buzón, se

incorporó, pero Rebus tenía los ojos clavados en Brian Holmes.

—Medio borracho, ¿eh, Brian? Me alegro de que tengas tan elevado concepto de mí.

Holmes se encogió de hombros.

—Es lo que haría yo si estuviera de vacaciones.

Rebus se plantó en el umbral con los brazos cruzados.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Campaña, encuestas o simplemente estabais de paso?

—Estábamos trabajando —contestó Brian Holmes—. Decidimos ir a comer algo después y, cuando nos quedamos sin temas interesantes, la conversación viró hacia ti.

—¿En qué sentido?

En esta ocasión, fue Siobhan Clarke la que respondió:

—Nos preguntábamos qué demonios está ocurriendo.

Rebus sonrió.

—Ya somos tres. —Se apartó del umbral—. Será mejor que entréis. Sois los primeros en llegar; ni siquiera he tenido tiempo todavía de preparar los aperitivos de la fiesta.

—Hemos traído la fiesta con nosotros.

Cuando Holmes alzó la bolsa, Rebus oyó latas y botellas chocando entre sí.

—Siempre eres bienvenido aquí, Brian —contestó Rebus, caminando tras ellos por el pasillo.

Se sentaron en el salón, observando el montón de tiras de papel. Siobhan Clarke bebió un sorbo del café que le había preparado Rebus.

—¿Las has robado?

El inspector negó con la cabeza.

—Fue un servicio público. Les he ahorrado trabajo a los basureros.

Holmes miró a Siobhan.

—Dijimos que veníamos aquí a ayudar.

—Sí, pero, todo esto... —Agitó los brazos—. Dudo que los de *Blue Peter*⁶ fueran capaces de organizarlo. A eso le llamo yo desmenuzar las pruebas.

Rebus levantó una mano pacificadora.

—Mirad, esto es problema mío, no vuestro. No me sentiré decepcionado si

salís por piernas. De hecho, sería lo mejor que podríais hacer.

—Lo sabemos —dijo Holmes.

Rebus lo miró.

—¿A qué te refieres?

—El Granjero nos ha llamado a su despacho esta tarde —comentó Siobhan Clarke—. Básicamente nos ha sugerido que no nos acercáramos a ti. Nos ha dicho que estabas de baja, pero que no creía que fueras a dejar de husmear. —Levantó la mirada hacia él—. Palabras tuyas, no mías.

—Y nos han dado nuevos cometidos —añadió Brian Holmes—. Labores de oficina, fundamentalmente. Tenemos que reestructurar el sistema de archivo antes de la plena informatización.

—¿Para manteneros ocupados?

—Eso me pareció.

—¿Y alejados de mí?

Ambos asintieron.

—Y a vosotros dos no se os ocurre otra cosa que venir aquí. —Rebus se puso en pie—. ¡Puede que estéis jodiendo vuestra carrera profesional!

—No estoy en el DIC para clasificar montañas de papeleo... —repuso Siobhan Clarke.

Entonces se dio cuenta de lo que acababa de decir, miró las hojas trituradas que se amontonaban ante ella y se echó a reír.

Todos lo hicieron.

Tuvieron suerte con la tercera bolsa.

—Mirad —dijo Siobhan Clarke—, no solo hay papel blanco.

Rebus cogió una tira de color amarillo.

—Son archivadores —exclamó—. ¡También han triturado las carpetas!

—Deben de haber utilizado una máquina... —apostilló Brian.

—Bien visto, amigo, de lo más suspicaz por tu parte.

Las carpetas supusieron un avance. El problema con el papel es que había mucho, pero no había ni por asomo tanto cartón, y además podía agruparse por colores. La portada de cada archivador mostraba una etiqueta blanca impresa, y Rebus sabía que tenían la oportunidad

de reconstruirlas.

Aun así, a pesar de tener claro lo que estaban buscando, requeriría tiempo y esfuerzo. A Rebus le escocían los ojos y no dejaba de frotárselos, lo cual no hacía más que nublarle la vista.

—¿Queréis que os traiga algo? — repetía con insistencia.

Holmes y Clarke se limitaban a negar con la cabeza. Rebus acabó con las cervezas él solo. Supo que había bebido demasiado cuando liquidó una lata de Irn-Bru sin reparar en que era sin alcohol.

La tranquilidad invadió las calles cuando los estudiantes se resguardaron en sus casas cabalgando las alas de la blasfemia. Hacia las dos y media se

apagó la calefacción central, y Rebus encendió la estufa de gas. Cada uno de ellos trabajaba con un color de carpeta distinto.

—Vi uno de los archivadores cuando se le cayó a la señora Gillespie —dijo Rebus—. Llevaba impresas las letras OED/REE. Imagino que significa Organismo Escocés de Desarrollo y Red de Empresas de Escocia. El concejal Gillespie, por cierto, forma parte de un comité de planificación industrial.

—Entonces —comentó Holmes—, la carpeta del OED podría ser completamente inocente.

—Bueno, está claro que eso justificaría que tuviera una carpeta del OED. Pero ¿por qué la destruiría? ¿Qué

le daba miedo?

Holmes se encogió de hombros.

—Creo que tengo algo... —dijo Siobhan Clarke. Prácticamente había completado una carpeta amarilla, cuya etiqueta estaba intacta, salvo por una franja o dos—. Parecen las letras C. E. —susurró— y después un nombre: Haldayne.

Rebus consultó el listín telefónico. No había ningún C. E. Haldayne en Edimburgo.

—Curiosa manera de escribirlo... —observó Brian Holmes—. Nunca he visto Haldayne con «y».

—A lo mejor está mal escrito —propuso Siobhan Clarke—. Podría ser el nombre de un votante del concejal.

Rebus se encogió de hombros. Media hora más tarde, Holmes terminó una carpeta roja.

—«Gyle Park West» —leyó en voz alta.

Rebus no prestaba demasiada atención; estaba a punto de finalizar la última carpeta de colores, en este caso de un verde chillón.

—«Mensung» —dijo—. ¿Qué demonios es Mensung?

Siobhan Clarke bostezó y se frotó los ojos. Después parpadeó varias veces y miró a su alrededor.

—Se agradece que haya papeles esparcidos por todas partes —dijo—. De lo contrario, este lugar parecería un vertedero.

Eran las seis de la mañana de un viernes cuando el teléfono de Rebus empezó a sonar.

Se cayó de la butaca, y el edredón se deslizó con él. El teléfono se encontraba debajo de un montón de tiras de papel.

—Seas quien seas —dijo—, quieras lo que quieras... estás muerto.

—Soy yo, Siobhan. He estado pensando en lo de «C. E. Haldayne».

—Yo también —mintió Rebus.

—He estado dándole vueltas a esa curiosa ortografía. Los nombres estadounidenses a veces se escriben distinto, ¿verdad?

—¿Para eso me despiertas?

—Bueno, podría tener relación con C. E.

—¿Ah, sí?

—Dios mío, qué lento eres.

—Son las seis de la mañana, Clarke.

—Lo que digo es que C. E. podría significar «consulado estadounidense». Haldayne podría ser un apellido, y C. E. el consulado.

Rebus se incorporó y se frotó los ojos.

—No está mal, Clarke, no está mal.

—He intentado llamar al consulado, pero me ha contestado una máquina. Me ofrecía muchas opciones, la mayoría para solicitudes de visados, y luego me pasó con el consulado propiamente dicho, pero volvió a saltar un mensaje grabado indicándome sus horarios.

—Prueba de nuevo por la mañana.

—De acuerdo. Siento haberte despertado.

—No pasa nada. Oye, Siobhan... gracias por echarme una mano.

—Ningún problema, de verdad.

—Entonces no te importará hacer algo más.

Casi pudo oírla sonreír.

—¿Qué?

—Esa trituradora. Me gustaría saber cuánto tiempo hace que la tiene Gillespie.

—¿Quieres que lo compruebe?

—Sí.

—Lo haré. Buenas noches.

—Buenas noches, Clarke.

Rebus colgó el teléfono y decidió levantarse. Medio minuto después,

estaba dormido sobre la alfombra del
salón.

El domingo, Rebus fue invitado al piso de Patience, en Oxford Terrace, a tomar el té vespertino.

El respiro le vino bien, pues se había pasado las cuarenta y ocho horas anteriores intentando juntar las tiras de papel A4. No había conseguido ningún progreso, pero sí apartar de sus pensamientos la inflamación de las encías. El sábado por la tarde, se hartó y llamó a un dentista, pero, por supuesto, en aquel momento todos los dentistas de Edimburgo estaban en el club de golf

decidiendo, mientras tomaban el segundo gin-tonic de la tarde, si se molestaban con dieciocho hoyos o, dada la climatología, con solo nueve.

El domingo por la tarde, vestido elegante pero informal, se metió en su coche y le dio al contacto. Nada. Probablemente había algún cable suelto. Miró debajo del capó y, después de husmear un poco, llegó a la conclusión de que no era un problema mecánico. Estaba solo en la calle. No había nadie que pudiera ayudarlo a empujar, así que volvió a subir a su apartamento y llamó a un taxi. Se percató demasiado tarde de que tenía aceite en las manos, parte del cual le había manchado la pernera del pantalón.

No estaba del mejor humor cuando el taxista lo llevó al norte de la ciudad.

Sammy le abrió la puerta. Iba enfundada en unas gruesas mallas negras y un vestido corto de segunda mano, debajo del cual llevaba una camiseta blanca.

—Llegas casi a tiempo —dijo—. No te esperábamos tan temprano.

—¿Eso te lo ha enseñado Patience?

Rebus siguió a su hija por el pasillo y entraron en el salón. Lucky, el gato de Patience, echó un vistazo al visitante, pareció recordarlo y salió disparado al porche. Rebus oyó cómo se cerraba la gatera tras él. Ahora eran solo dos contra uno; las perspectivas mejoraban a favor de Rebus.

Sabía que había ciertas cosas que los padres debían decir a sus hijas, pequeñas críticas que era preciso manifestar para demostrar que se interesaban por ellas. Pero Rebus sabía también a qué sonarían sus pequeñas críticas: a críticas. Así que se guardó sus consejos. Patience salió de la cocina secándose las manos con un trapo.

—John.

—Hola, Patience.

Ambos se besaron como hacían los amigos: con un pellizco en la mejilla y una mano en el hombro.

—Dadme dos minutos —dijo sin más, y volvió a entrar en la cocina. A Rebus le pareció que no le había mirado ni de soslayo—. Podéis pasar al porche.

Sammy abrió camino de nuevo. La mesa estaba cubierta con un mantel blanco y había ya algunos platos. Al llegar el invierno, Patience había metido las plantas allí, y no quedaba demasiado espacio para nada ni nadie. Los periódicos dominicales se amontonaban en el alféizar. Rebus eligió la silla situada más cerca de la puerta del jardín. Mirando por la ventana del porche, podía ver también a través de la ventana de la cocina. Patience se afanaba en el fregadero con un rictus carente de emoción. No levantó la mirada en ningún momento.

—¿Te gusta esto? —preguntó Rebus.

Sammy asintió.

—Es fantástico, y Patience también.

—¿Qué tal el trabajo?

—Muy estimulante. No es fácil, pero estimulante.

—¿Qué haces exactamente?

—El SWEEP es bastante pequeño, así que nos repartimos el trabajo entre todos. Supuestamente, desarrollo las aptitudes de comunicación de mis clientes.

Rebus asintió.

—¿Para que puedan ser un poco más amables la próxima vez que le roben a su abuela?

Sammy lo miró con dureza y Rebus alzó las manos.

—Era broma —dijo.

—Puede que también necesites mejorar tus aptitudes de comunicación.

—Es muy duro de mollera —dijo Patience al llegar con la tetera.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Sammy.

—Tú siéntate ahí. Vuelvo en un segundo.

Tardó bastante más de un segundo, y entretanto ninguno de los dos dijo nada. Rebus vio que Lucky lo observaba desde el sendero del jardín. Patience regresó con platos de pasteles y galletas. La boca de Rebus imploraba: nada de bebidas calientes, nada de pasteles ni galletas, nada de azúcar, nada de triturar.

—Ya lo sirvo yo —dijo Sammy.

Se oyó un repiqueteo cuando Lucky volvió a entrar en busca de alguna exquisitez.

—¿Un poco de pastel, John? —dijo Patience, ofreciéndole lo mejor del plato. Rebus cogió la ración más pequeña que encontró, una porción de pastel de Madeira. A Patience le extrañó aquella elección: siempre había preferido el bizcocho de jengibre, y ella, que lo odiaba, había comprado uno especialmente para él.

—Sammy —dijo Patience—, prueba el de jengibre.

—Es demasiado dulce para mí —repuso Sammy—. Me comeré una galleta.

—De acuerdo.

—Ese grupo tuyo... —dijo Rebus.

—Se llama SWEEP —le recordó Sammy.

—Exacto, el SWEEP. ¿Quién lo financia?

—Tenemos estatus de organización benéfica. Recibimos algunas donaciones, pero pasamos más tiempo del que deberíamos ideando planes de recaudación de fondos. El grueso del dinero proviene del Ministerio de Escocia. —Se volvió hacia Patience—. Tenemos un tipo brillante que sabe redactar solicitudes de financiación y está al corriente de las becas disponibles.

Patience parecía interesada.

—¿Es simpático?

Sammy se ruborizó.

—Es genial.

—¿Y trata directamente con el

Ministerio de Escocia? —preguntó Rebus.

—Sí.

Sammy no comprendía adónde quería llegar. Las personas con las que trabajaba solían mostrarse muy recelosas con los agentes de policía y otras figuras de la autoridad. Desconfiaban de sus motivos. Sus compañeros incluso hablaban con prudencia cuando ella estaba delante. Y ello a pesar de que había sido sincera con ellos desde el principio; en la solicitud de ingreso, había indicado claramente que su padre trabajaba en el DIC de Edimburgo. Aun así, algunos todavía no confiaban en ella.

Sabía que los medios de

comunicación eran un inconveniente. Cuando estos supieron quién era su padre, acudieron a ella enseguida; su pasado la hacía más interesante. Lo llamaban «personalizar los problemas». Y algunos miembros del SWEEP se mostraban resentidos por el interés que despertaba.

Ella no se lo reprochaba. Era el sistema.

—¿Quieres un poco de bizcocho de jengibre, John?

La gatera repiqueteó de nuevo cuando Lucky volvió al exterior.

—No, gracias, Patience —contestó Rebus.

—Creo que probaré el pastel —dijo Sammy, lo cual continuaba dejando el

biscocho de jengibre intacto.

—No has tocado el té, John.

—Estoy esperando a que se enfríe un poco.

Antes le gustaba hirviendo.

—¿Por qué te interesa tanto el SWEEP de repente? —preguntó Sammy.

—No se trata del SWEEP, aunque puede que sí me interese el Ministerio de Escocia.

Sammy no pareció muy convencida con aquella explicación, y empezó a defender al SWEEP, hablando por los codos mientras sus mejillas adquirían color a fuerza de convicción. Él envidiaba aquella vehemencia.

Entonces hizo un par de comentarios y se desató una discusión. Rebus no podía

evitarlo; tenía que adoptar el punto de vista contrario. Intentó arrastrar a Patience al debate, pero su ex se limitó a sacudir la cabeza lentamente, con tristeza. Al final, cuando Sammy empezó a enojarse, Patience ofreció su resumen.

—Sammy, tu padre es de los del Antiguo Testamento: represalia en lugar de rehabilitación. ¿No es así, John?

Rebus se encogió de hombros, bebió un sorbo de té tibio y mordisqueó distraídamente una porción de bizcocho de jengibre con mantequilla.

—También es el clásico calvinista —continuó Patience—. El castigo debe ser proporcional al delito, y más aún.

—Eso no es calvinismo —replicó Rebus—. Es Gilbert y Sullivan. —Se

inclinó hacia delante—. Además, el problema es que a veces el castigo no es proporcional al delito. A veces hay castigo y ningún delito. Y a veces hay delito y ningún castigo. Y lo peor de todo —hizo una pausa—, casi siempre impera la injusticia.

Rebus miró a Sammy, preguntándose que habría hecho el SWEEP por Willie Coyle y Dixie Taylor, preguntándose si habría quedado algo de ellos, algo digno de mención, tras su estancia en la cárcel.

Finalmente, encontraron otros temas de conversación. Sammy no aportó gran cosa; no dejaba de mirar a su padre, como si estuviera viéndolo por primera vez. En el jardín, el cielo admitió su derrota y trocó el gris pizarra por el

negro de última hora de la tarde. Mientras Patience y Sammy recogían la mesa, Rebus contempló a Lucky por la ventana, se acercó a la gatera y la cerró. El gato se dio cuenta de lo que acababa de hacer y protestó con un solitario maullido. Rebus se despidió de él con la mano.

Se sentaron en el salón, y Patience le dio unas cuantas cosas que había dejado allí después de mudarse: su segunda cuchilla de afeitar, algunos pañuelos limpios, unos cordones de zapatos y una cinta de *Electric Ladyland*. Se lo guardó todo en los bolsillos de la chaqueta.

—Gracias —dijo.

—De nada.

Sammy lo acompañó a la puerta.

Aquella noche, de nuevo en su apartamento, Rebus estaba escuchando a Hendrix con una libreta de papel pautado delante de él. En ella había anotado algunos nombres.

OED/REE (¿Ministerio de Escocia?).

C. E. Haldayne (¿Consulado de Estados Unidos?).

Mensung (¿? No figura en el listín).

Gyle Park West (polígono industrial).

Conocía Gyle Park West porque había ido allí esa misma mañana. Era una gran extensión de edificios industriales y comerciales de poca altura, situada junto a la imponente empresa de electrónica PanoTech. A la entrada del polígono, había un cartel que enumeraba las diversas empresas del lugar, incluida

Deltona. Recordó que Salty Dougary había trabajado allí, que Deltona suministraba microchips a PanoTech y que esta última era más bien una cadena de montaje que montaba ordenadores a partir de componentes adquiridos a otras empresas.

Nada de ello parecía relacionar al concejal Gillespie con Shug McAnally. Nada de ello resultaba sospechoso en sí mismo. El concejal pertenecía a un comité de planificación industrial, lo cual era excusa suficiente para que tuviese en su haber informes sobre el OED, la Red de Empresas de Escocia y Gyle Park West. Pero, entonces ¿a qué obedecía todo ese miedo, la premura por destruir aquellas carpetas? Eso es lo

que interesaba a Rebus.

Al salir de Gyle, una zona de la ciudad que desconocía, reparó en algo más. Gyle Park West había prosperado en los años ochenta, con nuevos hogares, industrias e incluso una estación ferroviaria propia. Antes era simplemente un lugar cerca del aeropuerto. Eso le supuso una gran ventaja en los años ochenta, pues facilitaba unas comunicaciones rápidas. Ahora, sin embargo, tenía identidad propia, en buena parte gracias a la inyección de dinero en la zona. Pero había algo más a favor de Gyle.

Su concejal de distrito era también el alcalde, Cameron McLeod Kennedy.

El sonido del teléfono apartó a Rebus

de su ensimismamiento.

—¿Hola?

—Hola tú.

Era Mairie Henderson.

—Empezaba a pensar que te habías olvidado de mí —dijo Rebus.

—Hasta ahora no he podido encontrar nada sobre LABarum. —Rebus cogió el bolígrafo y se acercó la libreta—. El motivo por el que tuve problemas es que esa supuesta empresa no existe.

—¿Cómo?

—Al menos por el momento. Es un proyecto de PanoTech. ¿Sabes quiénes son?

—¿La empresa de informática?

—Eso es. LABarum es una opción que han estado barajando. El problema

de Silicon Glen, y de todo el sector electrónico de Escocia, es que no es fabricante. Monta piezas y ya está. Lo demás se subcontrata en otros lugares.

—Todo no. Está Deltona.

—Es un eslabón muy pequeño en la cadena. Lo que necesitamos en Escocia es un gigante de los programas informáticos, un Microsoft, alguien que investigue, desarrolle y produzca software para los ordenadores.

—¿LABarum?

—Exacto. Aunque mi fuente me dice que todavía no ha entrado en funcionamiento. Hay un problema de financiación. El talento está ahí, pero lograr que se quede en Escocia costará dinero, mucho mucho dinero. —Hizo

una pausa—. Mi fuente sentía curiosidad: ¿cómo te enteraste?

—Tuve una copia del proyecto en mis manos.

—¿Ah, sí? ¿Y de dónde la sacaste? ¿De PanoTech?

—No.

¿Qué podía decirle? ¿En una casa de protección oficial subarrendada en Stenhouse? ¿Oculto detrás de la colección de libros en rústica de un adolescente?

—Entonces ¿de dónde? ¿Del ayuntamiento?

—¿Por qué...? —empezó Rebus, pero entonces pensó en ello. Un proyecto para fundar una empresa de software, probablemente en Gyle Park West...

Leyó las notas de la libreta. El ayuntamiento estaría encantado de que algo así se llevara a cabo, tenía que estar al corriente. Sin duda, el comité de Tom Gillespie conocía el proyecto. Y, si iba a ubicarse en Gyle Park West, si guardaba relación alguna con el ayuntamiento, entonces el alcalde también lo sabría. Cameron McLeod Kennedy.

Rebus cogió la copia del proyecto del suelo y miró las iniciales de la portada. Mairie estaba contándole que no había descubierto nada acerca de Dalgety, pero él no la escuchaba.

—«C. K.» —dijo en voz baja. Cameron Kennedy—. ¡Dios mío, Mairie, esos dos muchachos conocían a Kirstie

Kennedy!

El lunes por la mañana, Rebus acudió a la Biblioteca Nacional, situada junto a George IV Bridge. Pasó la zona de seguridad y subió por la imponente escalinata. En el mostrador, indicó lo que estaba buscando y le expidieron una tarjeta de visitante válida por un día. Después encontró un ordenador libre, se sentó y leyó las instrucciones para la utilización del sistema en línea.

La búsqueda no le llevó mucho tiempo. La información sobre el Organismo Escocés de Desarrollo era

desesperantemente escasa, y todavía más en el caso de la Red de Empresas de Escocia. Estaba convencido de que, antes de su desaparición, el OED había estado bajo la tutela del Ministerio de Escocia, así que lo introdujo en el buscador. Había numerosas entradas, y consultó cada una de las páginas web a las que remitían: prestaciones sociales, planes de ensanchamiento de carreteras, concesiones al sector pesquero, castigos físicos... Pero nada nuevo sobre el OED o la Red de Empresas de Escocia.

En la Biblioteca Central, situada al otro lado de la calle, obtuvo resultados similares. En la Sala de Edimburgo lo remitieron a la Biblioteca Escocesa, albergada en el piso de abajo, y las

microfichas que encontró allí resultaron tan poco útiles como sus modernas instalaciones. Finalmente, Rebus se acercó a una bibliotecaria, que estaba sentada a una mesa clasificando recortes de prensa en cinco montones distintos.

—¿Sí? —dijo en un susurro.

—Estoy buscando información sobre el Organismo Escocés de Desarrollo.

—¿Ha consultado las fichas?

—Sí.

—Pues ese es todo nuestro catálogo...

—Se quedó pensativa—. Puede probar directamente en el Ministerio de Escocia.

Sí, era una posibilidad. Recorrió la Royal Mile, cruzó North Bridge y pasó junto al Saint James Centre —reparando

en que Anthony no se hallaba en su terreno habitual—, hasta llegar al lugar en el que se había ocultado el ministerio, un cubo de cemento llamado New Saint Andrew's House. Explicó al vigilante lo que quería, y este lo envió a recepción. La mujer era muy agradable, pero no podía ayudarlo, así que telefoneó a la Sala de Publicaciones sin éxito. A Rebus le costaba creer que no existiera ningún historial sobre el OED.

—Dicen que no le interesaría a nadie—explicó la bibliotecaria al colgar el teléfono.

—A mí sí.

—Podría preguntar en la librería de la Oficina de Información del Sector Público.

—¿En Lothian Road?

—Sí. —Y al ver la mirada de Rebus, la mujer añadió—: Tengo más bibliografía que podría llevarse.

Desesperado por encontrar algo que justificara la mañana, Rebus cogió algunos folletos, uno de los cuales era una introducción al Cuerpo de Inspectores de Su Majestad. Rebus se preguntaba si habría en ellos alguna mención a los sobornos.

—Gracias de todos modos —le dijo.

En la zona de recepción había un expositor, y se acercó a echar un vistazo. New Saint Andrew's House estaba a punto de trasladarse a Leith. Dicho traslado costaría varios millones de libras. Rebus no se sentía mejor

sabiendo dónde recalarían sus impuestos. Cuando salió del edificio, vio que empezaba a caer aguanieve.

Le pareció la excusa perfecta para dejarse caer por el Café Royal. Apenas eran las once y cuarto, y era el segundo cliente del día. Aquel lugar le gustaba más cuando estaba vacío. Era uno de los pocos bares que conocía en los que había menos ambiente cuanto más atestado estaba. Notaba un hormigueo en los pies a causa de la caminata. Había dejado el coche en casa, ya que solo esperaba llegar hasta George IV Bridge.

El aguanieve había cesado cuando salió del bar. Recorrió George Street para evitar a la clientela de Princes Street, y enfiló por Lothian Road. Allí,

el viento era una de las maravillas de la naturaleza; la gente caminaba describiendo un ángulo de cuarenta y cinco grados, y las rachas en contra podían agotarte en cuestión de minutos. Rebus mantenía la mirada fija en la acera y se concentraba en poner un pie detrás de otro, como si estuviese cogiéndole el truco a unas piernas ortopédicas.

El nuevo Centro de Convenciones ya había sido inaugurado. Había muchas construcciones recientes por toda la ciudad: el Festival Theatre, el Centro de Convenciones, el anexo a los juzgados y el anexo a la Biblioteca Nacional, por no mencionar la nueva sede del Ministerio de Escocia. Se detuvo en un

portal para recobrar el aliento y sopesar la escala del programa de obras: nuevas carreteras, nuevos edificios... Corrían rumores de que se erigiría otro puente viario en Forth. Pero ¿de dónde salía todo ese dinero? Siguió caminando, sumido en sus pensamientos, y entró en la librería de la OISP. Explicó lo que buscaba al empleado durante unos treinta segundos, pero el hombre empezó a negar con la cabeza.

—Todavía no he terminado —le espetó Rebus.

El hombre escuchó en silencio y, cuando él terminó de hablar, dijo:

—Puede probar directamente con la Red de Empresas de Escocia.

Sacó el listín telefónico y buscó la

dirección. La sede se encontraba en Glasgow, pero había una sucursal en Edimburgo: LEEL, Lothian y Edimburgo Empresa Limitada. Tenían oficinas en Haymarket Terrace, a corta distancia de allí en comparación con el trayecto que acababa de recorrer.

El elegante edificio nuevo que albergaba las oficinas de la LEEL contaba con dos recepcionistas con cara de aburridas y ningún vigilante en la puerta. Rebus dijo que necesitaba información general.

—Agatha le bajará lo que tenemos — le indicaron con una afable sonrisa profesional—. ¿Quiere sentarse...?

Rebus tomó asiento y leyó el papeleo esparcido sobre la mesa. Le dolían las

pantorrillas. «A esto le llamo yo ejercicio», pensó. Algunos lo hacían a diario.

Se abrió el ascensor y una joven se dirigió hacia Rebus. Ella también esbozó una sonrisa perfecta de cara a la galería al hacerle entrega de una abultada carpeta que contenía documentos satinados.

—Esto es todo lo que tenemos en este momento —dijo.

—Gracias, Agatha, creo que será suficiente.

Puesto que se encontraba tan cerca, entró en Torphichen a tomar un café. Davidson no estaba por allí, pero sí el agente Robert Burns, así que Rebus charló con él un buen rato y disfrutó de

la sensación de estar de vuelta en una comisaría. Luego le pidió un favor.

—Necesito que me lleves a casa, Rab—dijo—. Por razones médicas.

De vuelta en su apartamento, Rebus leyó lo poco que tenía. No había encontrado nada sobre Gyle Park West o sobre nada ni nadie llamado Mensung. La suma total de sus recientes descubrimientos no enlazaba en ningún sentido con el concejal Gillespie. Sin embargo, ahora sabía que Kirstie Kennedy conocía de algo a los dos chicos, Willie y Dixie: ¿cómo se explicaba, si no, que un documento que pertenecía al alcalde apareciera en la habitación de Willie?

Lo que aún debía averiguar era por qué estaba allí. Dedujo que probablemente Kirstie lo había cogido de casa de sus padres, pero ¿por qué? ¿Significaba algo para ella? ¿Y por qué lo había escondido Willie?

Sonó el teléfono. Era Siobhan Clarke.

—¿Dónde has estado? —preguntó ella.

—Paseando.

—¿Paseando?

—¿Cómo van las cosas en St Leonard's?

—El comisario no nos quita el ojo de encima y nos hace trabajar a destajo.

—Entonces ¿no has podido hacer nada?

—Todo lo contrario, tengo noticias de

lo más interesantes. La trituradora de documentos del concejal Gillespie no fue comprada, sino alquilada. Hay una empresa de suministros para empresas en Stockbridge que alquila todo tipo de material de oficina. Lo cual me recuerda que, cuando vuelvas, hay una pequeña sorpresa para ti.

—¿Cuál?

—Han llegado los ordenadores nuevos.

—Perfecto, nos vendrían muy bien unos cuantos hombres más patrullando las calles.

—Vaya —la voz de Clarke destilaba ironía—, es la primera vez que oigo ese comentario en lo que va de día. En cualquier caso, tienes uno sobre su

mesa, enchufado y listo para trabajar.

—¿Cuándo alquiló Gillespie la trituradora?

—El miércoles. Le dijo al dependiente que estaba buscando una desde hacía días, pero que eran demasiado caras.

—Gracias a Dios es un tacaño. De lo contrario, nunca habríamos sabido que había triturado nada.

—Pues espera a oír el resto. Finalmente, pude contactar con el consulado y pregunté por Haldayne. —Hizo una pausa—. Me dijeron que estaba fuera de la oficina. Su nombre de pila es Richard. Les pedí que me deletrearán su apellido: se escribe con una «y» en medio.

—Eres un genio.

—¿Quieres saber más?

Rebus se olvidó del dolor de pantorrillas y del cansancio de pies.

—Adelante.

—He realizado unas comprobaciones sobre el señor Richard Haldayne. ¿Alguna vez has tratado con los diplomáticos de la ciudad?

—No.

—Pues yo sí. Les impuse unas cuantas multas cuando llevaba uniforme. Mi jefe me decía que perdía el tiempo multando matrículas diplomáticas. Nunca pagan, porque no nos está permitido llevarlos a juicio.

—¿Miraste en el ordenador?

—Había dieciocho multas de

aparcamiento impagadas desde 1985. Son menos de dos al año, lo cual entra dentro de la legalidad en el caso de un diplomático.

—Aun así, son muchas multas. Puede que un agente quiera mantener una pequeña charla con el señor Haldayne.

—Procura que no te descubran.

—Lo mismo digo, Clarke, y gracias.

Rebus colgó y tamborileó el auricular con los dedos. Era un comienzo, sin duda era un comienzo. Cogió de nuevo el teléfono y marcó el número del trabajo de Sammy. No estaba allí. La mujer que se lo dijo parecía preocupada.

—Soy su padre —anunció Rebus—. ¿Pasa algo?

—Estaba muy mal. Tuvieron que llevarla a casa.

—¿Muy mal? ¿Qué quiere decir?

—Su casera —dijo la mujer, sonándose la nariz.

—¿Qué pasa con su casera?

—Estaba muy alterada, y Sammy acabó igual.

Rebus dejó de fingir serenidad.

—¡¿Alterada por qué?!

—Me encantan los gatos —dijo la mujer.

—¡¿Qué?!

—Los gatos. Es por el gato de su casera. Ayer por la noche lo despedazó un perro.

Finalmente, reunió el coraje necesario para llamar al piso de Patience. Se sintió muy aliviado cuando fue la propia Sammy quien contestó.

—Acabo de enterarme —dijo—. ¿Cómo está Patience?

—Ha salido. Estaba... Fue horrible. Rebus tragó saliva.

—¿Qué pasó?

—Lucky estaba en el jardín y un perro debió de saltar el muro. Lucky corrió hacia la gatera para entrar, pero estaba cerrada... —Su voz se apagó—. Y eso fue todo.

—Dios mío... —susurró Rebus.

—El problema, papá, es que Patience me culpa a mí.

—Estoy convencido de que eso no

es...

—Dice que debí de cerrar la gatera. Apenas me ha dirigido la palabra desde que he vuelto.

—Puede que el pestillo se cayera solo.

—No tengo ni idea. Pero estoy segura de que no fui yo.

—Mira, Sammy, el motivo de mi llamada...

—¿Sí?

Rebus leyó las notas que tenía enfrente.

—¿Podrías facilitarme el nombre del contacto del SWEEP en el Ministerio de Escocia?

Aquella tarde, tenía una cita con el alcalde.

Rebus no había dado detalles por teléfono; tan solo había informado a la secretaria de que formaba parte de una «investigación», y se cuidó mucho de apostillarlo con las palabras «oficial de la policía». La secretaria anotó su teléfono fijo y lo llamó. El alcalde podría recibirlo cinco minutos a las cuatro de la tarde.

—Cinco minutos bastarán —dijo Rebus.

Cuando franqueó la puerta principal del ayuntamiento, miró al suelo, consciente de que justo debajo se hallaba Mary King's Close, la calle de la peste que había sido enterrada siglos

atrás. La habían cubierto y erigido nuevas construcciones sobre ella; ese era el estilo de aquella ciudad: enterrar y olvidar.

El alcalde salió de su despacho para recibirlo. Parecía cansado, con una tez pálida llena de surcos profundos y una mandíbula marcada y flácida. Tenía el cabello oscuro entreverado de canas y unas gruesas cejas negras. Era una cara muy definida, de las que podían encontrarse una generación atrás en las minas.

—Inspector —saludó. Ambos se estrecharon la mano, y el alcalde se volvió hacia su secretaria—. Mi paseo diario. Tardaré cinco o diez minutos. —Mirando a Rebus, añadió—: Me gusta

salir un rato por la tarde, me aclara las ideas. ¿Le importa?

Rebus dijo que no.

En la calle, nadie parecía reconocer a Cameron Kennedy. Cruzaron High Street, y el alcalde le señaló con la cabeza la catedral de Saint Giles. Rebus entró detrás de él en la enorme iglesia. Estaba vacía, salvo por tres viajeros apiñados alrededor de una guía turística. Rebus y el alcalde recorrieron el pasillo central.

—¿En qué puedo ayudarle, inspector?

—Se trata de su hija, señor.

El rostro del alcalde adoptó un tono más animado.

—¿La ha encontrado?

—No, señor. Pero sé dónde ha estado

recientemente. ¿Recuerda a aquellos dos farsantes, los que simularon su secuestro?

—Faltaría más. Estuvo usted presente en aquel horrible accidente, ¿no es así?

Rebus asintió.

—La cuestión es que tal vez no fuera una farsa después de todo.

—¿A qué se refiere?

—La chica con la que usted habló por teléfono...

—Ah, dudo que fuera Kirstie.

—Pues es posible que lo fuera. Hay pruebas que indican que conocía a los dos chicos que murieron aquella noche.

El alcalde se lo quedó mirando.

—¿Pruebas?

—Encontramos una cosa en el

dormitorio de uno de ellos. —Rebus sacó la copia del proyecto y se lo entregó al alcalde—. Esto es suyo, ¿verdad, señor?

El alcalde lo estudió.

—¿Dónde dice que lo encontró?

—Estaba escondido en la estantería de uno de los chicos, entre sus libros. ¿Sabe cuándo y dónde lo perdió?

—No... Fue hace tiempo. Pensaba que me lo había llevado a casa...

—Es posible que Kirstie lo cogiera cuando se marchó.

El alcalde asintió lentamente.

—La cuestión es por qué. ¿Tenía alguna importancia para ella?

—No veo el motivo.

—Yo tampoco. Esperaba que usted

pudiera ayudarme. Mire la última página, por favor.

El alcalde pasó a la última página y no pudo dejar de mostrar su sorpresa.

—¿Lo escribió usted, señor?

—No.

Seguía contemplando el nombre escrito en la última página con unos ojos abiertos como platos.

—¿Es la letra de Kirstie?

—No lo sé.

—¿Sabe qué significa?

El alcalde sacudió ligeramente la cabeza y cerró el informe.

—Inspector... Tengo la impresión de que tal vez estoy armando demasiado revuelo con Kirstie. Estoy seguro de que se las arregla bien.

—¿Qué quiere decirme con eso?

—Digo que le estoy muy agradecido a la policía por intentar dar con ella, pero quizá haya llegado el momento de parar.

Rebus entrecerró los ojos.

—¿Por qué ahora?

Hizo ademán de recuperar el informe, pero el alcalde lo dobló y se lo guardó en el bolsillo.

—¿Ha de haber un motivo?

—¿Tiene algo que ver con ese informe?

—¿Lo ha leído?

—Por supuesto.

—Es tan solo un informe inicial sobre un posible negocio.

—¿En Gyle Park West?

El alcalde asintió.

—¿Una nueva filial de PanoTech?

—Está usted bien informado, inspector.

Rebus se encogió de hombros.

—Me llamó la atención que Kirstie se lo llevara, y más aún que estuviese oculto, como si tuviera alguna relevancia.

Kennedy sonrió.

—No la tiene, inspector. Es un proyecto, algo que podría llegar a ocurrir. Y lo bien que nos vendría.

—¿Por qué, señor?

—Por los puestos de trabajo, evidentemente.

—Dígame, ¿el plan de LABarum ha sido presentado a algún comité?

El alcalde se sentó en un banco y

Rebus hizo lo mismo delante de él.

—No entiendo qué relación puede tener todo eso con mi hija.

Rebus se encogió de hombros.

—Simple curiosidad.

—Se debatirá en breve, sí.

—¿El Comité de Industria del concejal Gillespie?

—En principio, sí. Mire, perdone que insista, pero no veo qué relación tiene todo esto con Kirstie. Acepto que pudo llevarse el documento de casa. Yo diría que, sea como sea, fue un simple acto de rebeldía. Se lo llevó porque podía.

—Entonces ¿es una rebelde, señor?

—¿No lo son todos los adolescentes?

—No todos los adolescentes consumen drogas, señor.

Rebus observó cómo las mejillas del alcalde recobraban su tonalidad.

—¿Qué ha dicho?

—Por eso no nos facilitó una fotografía más reciente. Los yonquis no son precisamente fotogénicos.

El alcalde se puso en pie de repente.

—¿Cómo se atreve?

Los turistas dejaron de consultar la guía.

—Entonces dígame que estoy mintiendo —replicó Rebus en voz baja. El alcalde abrió la boca y volvió a cerrarla—. Dígame que estoy mintiendo, y retiraré esas palabras.

Los ojos de Cameron Kennedy brillaban en aquella media luz. Miró en dirección a los deshilachados

estandartes que colgaban inertes de las paredes, y luego hacia el altar, las ventanas y el techo. Después se volvió hacia el inspector, meneó la cabeza y se fue.

Rebus se quedó allí sentado unos minutos, con las manos apoyadas en el regazo. No se sentía bien consigo mismo, pero tampoco era nada nuevo.

El nombre del contacto del SWEEP en el Ministerio de Escocia era Rory McAllister, y aceptó quedar al día siguiente con Rebus para comer en un restaurante italiano situado en lo alto de Leith Walk.

Cuando llegó a las doce y media, McAllister ya estaba allí. Acababa de terminar el crucigrama de *The Scotsman* con un elegante bolígrafo cromado. Se levantó lo justo para estrecharle la mano, y Rebus observó que estaba bebiendo agua mineral.

—Yo de usted me decantaría por el menú ejecutivo —dijo McAllister cuando un camarero ofreció a Rebus una carta de grandes dimensiones. De modo que Rebus se decantó por el menú ejecutivo.

Rory McAllister rondaba los cuarenta años. Tenía el cabello ralo y bien cortado, y un rostro que parecía conservar vestigios de gordura infantil y acné. Miraba a Rebus con los ojos ligeramente entornados, como si necesitara gafas pero fuese demasiado vanidoso para llevarlas. Su traje de lana oscura combinaba bien con la camisa de color crema y la corbata gris, que llevaba muy ceñida al cuello.

Era un funcionario de pura cepa,

pensó Rebus. La voz de McAllister denotaba un acento culto de Edimburgo: nasal y cantarín, renunciaba a desprenderse del final de las sílabas.

—Y bien, inspector —dijo, guardando el periódico bajo la mesa—, ¿qué es lo que desea, exactamente? Debo decir que su llamada me ha sorprendido.

—Quiero que me hable del Ministerio de Escocia, señor McAllister. También necesito información sobre el OED y la Red de Empresas de Escocia.

McAllister empezó a abrir un paquete de bastoncillos de pan.

—Bueno, si le parece bien, pediremos la comida mientras pongo mis ideas en orden, ¿eh?

Se dirigió al camarero con una voz pausada y firme. Rebus conocía a ese tipo de gente: vociferantes solo en la avenencia, nunca en la discrepancia; estaba convencido de que, cuando se enojaba, la voz de McAllister quedaba reducida a un susurro.

—La sopa de tomate no está mal —le dijo a Rebus—. La ternera lechal tampoco, pero el pollo también es muy bueno. En cuanto al vino... —Rebus se encogía de hombros con cada sugerencia—. Media de blanco y media de tinto de la casa. —El funcionario cerró la carta de vinos; otro negocio culminado con éxito. Saludó a dos comensales sentados al otro lado de la sala, cuyos trajes parecían un uniforme. El restaurante

estaba llenándose con rapidez, y la mitad de los clientes recordaban a «refugiados» de New Saint Andrew's House.

—Así pues —McAllister juntó las manos y se las frotó—, quiere usted saber más acerca del Ministerio de Escocia. ¿Empiezo por abajo o por arriba? Ahora ya me conoce, así que la parte baja ya está despachada.

Sonrió a Rebus para hacerle saber que era una broma. Sammy había comentado que McAllister era ambicioso, inteligente y entregado.

Y servicial.

—Entonces —prosiguió—, quizá mejor empiezo por la cumbre. La cumbre, por supuesto, estaría

representada por dos hombres, dependiendo de su situación. Podría decir que el secretario de Estado para Escocia es el jefe del Ministerio y, en lo que a la ciudadanía respecta, tendría razón. Pero los políticos van y vienen, y el Ministerio de Escocia permanece.

—¿Está diciéndome que el verdadero líder es el funcionario de rango más alto?

—Exacto, y ese es el subsecretario permanente, más conocido como secretario permanente.

—¿Por qué molestarse con dos títulos?

McAllister se echó a reír y sonó como un cerdo en una cuadra.

—No cuestione. Límitese a aceptar.

—En ese momento, llegó una cesta de panecillos y McAllister rompió uno en tres pedazos—. Ahora, el Ministerio de Escocia es responsable de la mayoría de las funciones de gobierno en el país, exceptuando defensa, política exterior y Seguridad Social. Tenemos una pequeña sucursal en Whitehall, pero casi todos trabajamos aquí, ya sea en Saint Andrew's House o en New Saint Andrew's House.

—¿Y Saint Andrew's House es...?

—Se encuentra en Regent Road. Parece el Reichstag.

—Ah, la central eléctrica.

McAllister asintió.

—Ahí es donde desempeñan su labor el secretario de Estado y sus asesores.

El resto quedamos relegados a la neobrutalidad de New Saint Andrew's House, hasta que Victoria Quay esté listo. —Llegaron también dos cuencos de sopa de tomate aguada—. El séquito del secretario de Estado consiste, entre otros, en el abogado de Su Majestad y en el subfiscal. Ambos son ministros de la Corona, claro está.

—Por supuesto.

—Además de un ministro de Estado y tres mininos.

—¿Mininos?

McAllister se limpió las comisuras de los labios con la servilleta.

—No le cuente a nadie que llamo así a los subsecretarios parlamentarios de Estado.

—Juraría que ha dicho que solo había uno.

McAllister negó con la cabeza.

—No confunda parlamentario con permanente: el subsecretario permanente es el único que es funcionario. Es el único que es...

—¿Permanente?

McAllister asintió. Tomó un poco de sopa y cogió otro trozo de panecillo preparándose para otra arremetida. El vino había llegado, y se sirvió una copa de blanco. Rebus optó por el tinto.

—Ahora —continuó McAllister—, llegamos a los departamentos.

Los contó con los dedos:

—SOID, SOED, SOEnD, SOHHD, SOAFD y los tristemente prosaicos

Servicios Centrales.

Rebus sonrió.

—Señor McAllister, creo que está intentando desorientarme a propósito.

Su interlocutor se mostró sorprendido.

—No, le aseguro que...

—Lo que yo necesito es un informe detallado sobre el OED y la Red de Empresas de Escocia.

—Ya llegaremos ahí, no sufra. —Vino el camarero a retirar los cuencos—. Hoy estaba un poco picante —le dijo McAllister; no era una queja, sino una mera observación.

El funcionario se hallaba a media disertación, cuando Rebus reparó en que se habían adentrado en los temas que le

interesaban.

—... Así que estuvo en el SOHHD hasta que llegaron las ESP. El OED y la JDTI se convirtieron en REE y ETI, y el pobre, que había sido responsable de los RDG y RSA, se encontró...

—Continúe, y si puede volver a nuestro idioma, tanto mejor.

McAllister soltó una carcajada.

—A lo mejor es que no trato lo suficiente con la ciudadanía. Estoy acostumbrado a personas que comprenden los códigos.

—Pues yo no los entiendo, así que diviértame.

McAllister respiró hondo.

—El OED —empezó— fue fundado por Wilson en 1975, según algunos para

apaciguar el creciente nacionalismo de la época. Contaba con un presupuesto de doscientos millones de libras, que no era poca cosa en aquellos días, y reemplazó a tres organismos ya existentes, entre ellos la CZIE, Corporación de Zonas Industriales de Escocia. La CZIE incluía veinticinco millones de metros cuadrados de fábricas.

—Eso son muchos metros.

—Muchísimos, y es muy difícil ocuparlos todos. El OED tenía mucho trabajo. Se calculó que, en un momento dado, tuvo hasta cinco mil proyectos bajo su tutela. Y, recuerde, el OED no abarcaba toda Escocia; también estaba La Junta de Desarrollo de las Tierras

Altas y las Islas. De hecho, la JDTI era, de lejos, la más longeva de las dos. — En ese momento, llegaron los entrantes de pasta. McAllister los roció con parmesano y los atacó con el tenedor—. Luego, alguien tuvo la brillante idea de deshacerse del OED. —Meneó la cabeza—. ¿Conoce el viejo dicho «Si no está roto, no lo arregles»? El OED se hallaba en buena situación. Había sido investigado por diversos organismos y comités, y había obtenido el visto bueno. Tuvo problemas por el Glasgow Garden Festival y por un acuerdo con una empresa de construcción llamada Quinlon, pero, para entonces, el proyecto de la Red de Empresas de Escocia ya estaba en marcha.

»El 1 de abril, fíjese en la fecha, de 1991, el OED y la JDTI se convirtieron en la Red de Empresas de Escocia y en la Corporación de las Tierras Altas y las Islas. Básicamente, los cambios fueron dobles: los nuevos organismos heredaron las tareas de la Agencia de Formación y, lo que es más importante, el papel central del OED pasó a estar más delegado.

—¿Cómo es eso?

Rebus no tocó el vino. Necesitaba que su sensatez permaneciera intacta.

—La autoridad se delegó en una red de empresas locales del sector privado, la ESP, resumiendo.

—¿Como Lothian y Edimburgo Empresa Limitada?

—Sí, la LEEL es una de ellas.

—¿Existe algún control del Ministerio de Escocia?

—Sí, claro, está patrocinado por el DIE.

—¿El Departamento de Industria de Escocia? —McAllister prorrumpió en silenciosos aplausos—. Lo cual nos lleva —añadió Rebus— a la financiación.

—Podría pasarme la tarde hablando de financiación, es mi especialidad.

—¿Cuál es el presupuesto anual de la Red de Empresas de Escocia?

McAllister hinchó las mejillas.

—Unos cuatrocientos cincuenta millones.

Rebus engulló lo que quedaba de

pasta.

—Perdone, pero me parece una cantidad muy abultada.

—Bueno, ese dinero acaba repartiéndose: abarca empresa, medio ambiente, formación para jóvenes y adultos y costes administrativos.

—Dicho así, entiendo que representa un excelente valor monetario...

McAllister a punto estuvo de ahogarse entre carcajadas.

—¡Parece usted un funcionario!

—Estaba siendo irónico. Dígame, señor McAllister, ¿por qué ha aceptado reunirse conmigo?

La pregunta cogió a McAllister por sorpresa, y se tomó su tiempo para responder.

—Nunca había conocido a un agente de policía —dijo—. Supongo que sentía curiosidad. Además, es agradable conocer a una persona que está interesada en lo que hacemos, sean cuales sean sus motivos. Solo uno de cada tres votantes en este país sabe que existe el Ministerio de Escocia. ¡Uno de cada tres! —Se recostó en la silla y extendió los brazos—. ¡Y contamos con un presupuesto de varios millones!

—Cuénteme —añadió Rebus en voz baja—. ¿Se ha producido alguna... irregularidad?

—¿En la Red de Empresas de Escocia?

Rebus asintió.

—No, ninguna en absoluto.

—¿Y en el OED?

Un camarero les retiró los cuencos y otro sirvió el primer plato y las verduras de acompañamiento. McAllister devoró el primer bocado antes de responder a la pregunta de Rebus.

—Si la hubiera habido, inspector, ya estaría muerto y enterrado. Cuando el OED se convirtió en la Red de Empresas de Escocia, se modificaron los procedimientos de contabilidad: nueva estructura y nuevos libros. Borrón y cuenta nueva.

—¿Qué habría sucedido si se hubiera descubierto alguna irregularidad?

McAllister imitó el barrido de una escoba con el cubierto.

—Debajo de la alfombra.

Rebus ponderó la respuesta: borrón y cuenta nueva, debajo de la alfombra... El consejo regional estaba a punto de desaparecer, igual que había ocurrido con el OED.

—Señor McAllister, no parece sentir demasiada curiosidad por los motivos que me llevan a interesarme por el OED y la Red de Empresas de Escocia.

McAllister encajó la pregunta.

—Supongo que me lo dirá cuando esté preparado. Hasta entonces, no creo que sea de mi incumbencia. No soy una persona curiosa, inspector. En mi profesión, eso se considera una virtud.

Ambos se quedaron callados. Unos segundos después, Rebus preguntó:

—¿Quién nombra a las juntas?

—En la REE y la ETI, el secretario de Estado. —McAllister vertió en la copa el vino blanco que quedaba—. No lo hace él solo, por supuesto. Recibe asesoramiento del secretario permanente. Al fin y al cabo, esa es la labor de este último: asesorar. Aunque también ejecuta, claro. —McAllister consultó el reloj e hizo un gesto al camarero—. No sé usted —le dijo a Rebus—, pero creo que podríamos saltarnos el pudín. —Se dio una palmada en su voluminosa barriga y, cuando se acercó el camarero, McAllister pidió un café solo.

—¿Es eso lo que están investigando, inspector? ¿Irregularidades en el OED? Rebus sonrió.

—Creía que no era usted curioso. ¿Le dice algo la palabra Mensung?

McAllister la repitió en voz alta. Había abierto un mondadientes de plástico y estaba utilizándolo. Aquella imagen hizo rechinar los dientes a Rebus.

—Me suena... No sé por qué ni qué es. ¿Quiere que lo compruebe?

—Se lo agradecería, señor McAllister. Y una cosa más: ¿existe algún vínculo entre el OED o la Red de Empresas de Escocia y el consulado de Estados Unidos?

Una vez más, McAllister pareció sorprenderse por la pregunta.

—Sí, bueno —dijo al fin cuando llegó su café—. Intentamos convencer a las

empresas estadounidenses de que se instalen aquí, así que los contactos en el consulado resultan útiles, vitales incluso, sobre todo en los años ochenta.

—¿Por qué?

—La microelectrónica estaba en auge. Silicon Glen. Locate funcionaba estupendamente en Escocia. ¿He mencionado el LiS? Era parte OED y parte Ministerio de Escocia, y su misión principal era conseguir que las empresas extranjeras se instalaran aquí. La mayoría de sus triunfos fueron estadounidenses, sobre todo a principios y mediados de los años ochenta. Corría el rumor de que esos triunfos no tenían tanto que ver con una persuasión sagaz y con argumentos económicos, como con

una especie de francmasonería informal.

—¿A qué se refiere?

—Bueno, muchos altos directivos de empresas estadounidenses eran y son escoceses, ya sea nacidos aquí o de origen escocés. El LiS tenía por objetivo a esos individuos y trabajaba con ellos, tratando de conseguir no solo que abrieran una fábrica aquí, sino de convencer a otros escoceses con cargos influyentes. Mire sino IBM. En realidad, eso no fue obra del LiS; IBM ha tenido una presencia importante en Escocia desde hace cuarenta años. Empezaron en Greenock, y allí siguen. La fábrica es gigantesca, con alrededor de dos kilómetros y medio de longitud. Pero ¿qué fue lo que los atrajo a Greenock?

Yo se lo diré. No fue la economía o la mano de obra especializada: fue el sentimentalismo. El entonces director de IBM estaba enamorado de la costa oeste de Escocia; eso era todo.

McAllister se encogió de hombros y sopló en su café antes de dar un pequeño sorbo. Rebus quería volver un paso o dos atrás.

—¿Así es como funcionan muchas de esas cosas? ¿La gente que usted conoce?

—Desde luego.

—¿Hay sobornos?

—No soy quien para decirlo.

«¿Por qué no? —pensó Rebus—. Me ha contado hasta la última minucia». Eran las dos y media, y ya no quedaba nadie en el restaurante.

—Lo que para unos es un soborno — continuó McAllister—, para otros es un «incentivo económico». La presa de Pergau, por ejemplo. Siempre cabe la posibilidad de modificar las reglas sin necesidad de romperlas. Otro ejemplo: la Ayuda Regional Selectiva era y es discrecional. ¿Quién puede asegurar que el hecho de que la persona que la solicita fuera a la escuela con la persona que tomará la decisión final no acabara afectando en ella? Así funciona el mundo, inspector.

McAllister buscó restos de café en la taza y desenvolvió la galleta de *amaretto*. Rebus pagó la cuenta y el camarero cerró la puerta tras ellos cuando salieron. McAllister estaba

colorado, sus mejillas se habían convertido en una red de vasos sanguíneos rotos. Ahora que había formulado sus preguntas, a Rebus le apetecía despedirse de él cuanto antes y largarse a otro lugar. Había algo en McAllister que no le gustaba. Sabía lo fácil que era encubrir algo hablando de ello largo y tendido. Una confesión podía ocultar otra. Había tenido a hombres más inteligentes que McAllister en la sala de interrogatorios, pero no a demasiados, la verdad.

Se estrecharon la mano.

—Le agradezco que se haya tomado el tiempo y la molestia, señor McAllister —dijo Rebus.

—No hay de qué, inspector. Gracias

por invitarme a comer. Además, ¿quién sabe? A lo mejor algún día necesito un favor, y usted pueda ayudarme —dijo McAllister con un guiño.

—Puede intentarlo —contestó Rebus.

Al fin y al cabo, así funcionaba el mundo. En eso el funcionario tenía razón. Rebus se dio la vuelta y tomó cualquier rumbo que no fuera el de McAllister.

—Lo único que tengo —reconoció Rebus— son preguntas y cabos sueltos, y nada de eso me ayudará a entender por qué se suicidó McAnally o por qué está tan asustado el concejal. A ello debemos sumarle que el alcalde ve la palabra «Dalgety» garabateada en una hoja de papel y de pronto ya no quiere que busquemos a su hija.

Hablaba por teléfono con Brian Holmes, que estaba en St Leonard's. La fuga del radiador estaba empeorando. Su boca también. En el salón, detrás de él,

se apelotonaban las bolsas de basura llenas de papel. Tenía la sensación de que todas las respuestas estaban allí, fuera de su alcance.

—¿Y bien? —dijo Holmes.

—Gracias por el voto de confianza.

—¿Qué quieres que diga?

Rebus se apretó la piel alrededor de la nariz, notando cómo aumentaba la presión en su pobre diente.

—Te he llamado para preguntar cómo van las cosas con el amigo Duggan...

Holmes revolvió unos papeles.

—En eso sí puedo ayudarte. Paul Duggan es el Rachman de Edimburgo.⁷ Lleva años engañando al ayuntamiento. Vive con sus padres, no les pasa ni un penique por el alquiler y ha solicitado y

conseguido cuatro propiedades de protección oficial... Al menos eso es lo que hemos descubierto hasta el momento, aunque es posible que haya otras. No le importa que sean pisos difíciles de alquilar, ese es su secreto.

—¿Cómo lo hace?

—Utiliza varios seudónimos, y también a chicas a las que lleva a las entrevistas de la Oficina de Vivienda con unos cuantos *bambinos*. Las chicas son amigas y los hijos no son suyos, por supuesto.

—¿Se convierte en su padre mientras dura la entrevista?

—Y consigue ingresar en la lista de prioritarios. Una vez que le han concedido una vivienda, se limita a

alquilarla. Me asombra que pueda encontrar inquilinos para algunas de ellas. Ese lugar en Saughton era un palacio en comparación con los otros que tiene en cartera.

Rebus buscó en su bolsillo trasero y sacó la tarjeta que había cogido en Waverley. Paul. Habitaciones baratas.

—¿Por qué crees que Willie y Dixie consiguieron ese piso de Duggan? — preguntó Rebus—. Con una vivienda de esas dimensiones, podría haber metido a unos cuantos más.

—Cierto. En el piso que vi en Granton había sacos de dormir en el salón, en la cocina y en el lavabo.

Rebus estudió el número de teléfono impreso en la tarjeta.

—A lo mejor tengo una palabras con nuestro afable propietario de chabolas. ¿Te tiene muy ocupado el Granjero?

—No para de insistir en que sé perfectamente qué te traes entre manos.

—¿Y tú qué le dices?

—Por el momento, he podido mantener la boca cerrada sin problemas. Solo espero que sepas lo que estás haciendo.

—Bueno, Brian, siempre hay una primera vez para todo.

Rebus colgó el teléfono y llamó al número que figuraba en la tarjeta.

—¿Sí?

Era una voz de mujer. No parecía joven, pero sí bastante educada.

—Hola, ¿está Paul?

—Se lo paso.

—Gracias.

La mujer dejó el auricular junto al teléfono y la oyó llamar a su hijo, que probablemente estaba en su dormitorio escondiendo chelines en un calcetín. Finalmente, cogió el auricular.

—¿Sí?

—¿Paul?

—¿Quién es?

—Me llamo John. He visto su anuncio en el centro de atención.

—¿Cuál? He puesto media docena.

—El que está detrás de Waverley.

—Ah, sí, vale.

—Necesito una habitación.

—¿Solicitará usted subvención de la Seguridad Social?

Rebus captó el mensaje.

—Pagaría en efectivo, si es eso lo que le preocupa.

—No, es solo que me pilla en un mal momento, John. Tengo un poco de presión encima, usted ya me entiende.

—Soy un experto en presiones.

—Así que ahora mismo no voy a abrir ninguna nueva transacción. —Hubo una pausa—. ¿Ha dicho en efectivo? ¿Necesitaría recibos?

—Efectivo, nada de recibos.

—De acuerdo, John. ¿Podemos vernos?

La sonrisa de Rebus no se dejó entrever en su voz.

—¿Cuál es la dirección?

—Nada de direcciones. ¿Conoce la

comisaría de Leith?

Rebus dejó de sonreír. Le había descubierto. Pero Duggan malinterpretó su silencio.

—No le gusta la idea, ¿eh? ¿Anda metido en algún lío?

—Bueno, en cierto modo...

—Nos encontraremos fuera. Puedo acompañarle a un piso que hay cerca de allí, al lado del paseo marítimo. Y esa zona está en auge, por cierto.

Rebus casi admiraba su desfachatez.

—¿A qué hora?

—A las cinco en punto.

—Allí estaré —dijo Rebus.

Llamó de nuevo a Brian Holmes.

—¿Hay algo cerca del paseo marítimo en la cartera de Rachman?

—¿En Leith? No —respondió Holmes —. Lo más cercano a Leith es el piso de Granton. ¿Por qué?

—Porque todavía no los tienes todos localizados, solo eso.

A las cinco menos cinco, estaba frente a la comisaría, en el segundo escalón del portal de un edificio abandonado. El barrio de Leith avanzaba dubitativo hacia la respetabilidad. Habían abierto cafeterías y restaurantes modernos en locales reformados apresuradamente, por lo general surgidos en bloques atestados de propiedades sin alquilar. Todos aquellos negocios rezumaban cierta sensación de temporalidad, y

siempre parecían estar regentados por alguien diferente.

El renacer de Leith había empezado en el paseo marítimo y prácticamente se había detenido allí, con almacenes renovados y un par de bares lujosos. Ahora, ese renacer había recibido otro espaldarazo: estaban erigiendo la nueva sede del Ministerio de Escocia en Victoria Dock, y un hogar para marineros se había convertido en un hotel de lujo en Queen's Quay.

Pero Leith todavía conservaba su encanto trasnochado y singular: seguía siendo la única zona de la ciudad en la que se veían prostitutas durante el día, ateridas de frío con sus minifaldas y sus cortas chaquetas. A lo largo de Bernard

Street, Rebus había visto a unas cuantas preparándose para la transacción: era una rápida decisión para los hombres que se dirigían a sus casas.

Al cabo de un cuarto de hora, apareció Paul Duggan, que llevaba un abrigo de lana negro hasta los tobillos y el cuello levantado. Calzaba unas zapatillas deportivas blancas, tan nuevas que casi brillaban bajo los focos de los coches que pasaban por allí.

Duggan ni siquiera vio a Rebus cuando este cruzó la calle; estaba buscando a alguien totalmente distinto.

—¿Me esperabas? —preguntó Rebus. Duggan tardó unos instantes en ubicarlo.

—Joder, ¿qué quiere?

—Soy el que llamó. No sabíamos que tenías otro piso en el paseo marítimo.

—No sé qué está diciendo.

—Venga Paul, vamos a hablar un poco.

—¿Ahí dentro?

Rebus miró hacia la comisaría.

—No, ahí no. Esto es solo entre tú y yo, ¿entendido?

Rebus echó a andar, agarrando a Duggan de la manga del abrigo.

—¿Dónde vamos? —preguntó.

—Solo estamos caminando, nada más. Tengo una pregunta para ti. Sabemos de cuatro o cinco propiedades tuyas, y también que la de Saughton era la mejor con diferencia. Pero me parece curioso que te quedaras con solo dos inquilinos.

Duggan se detuvo en seco.

—¿Esto es una trampa? ¿Lleva un micrófono?

Rebus se echó a reír.

—¿Para un pringado como tú? Compórtate, hijo. Tú eres problema del ayuntamiento, no mío.

Rebus echó a andar de nuevo y Duggan salió tras él.

—¿De qué va este juegucito?

—Estoy interesado en Willie y Dixie, eso es todo. Me dijiste que eras amigo de ambos, así que ahora también estamos un poquito interesados en ti.

—Por eso les dimos la casa — improvisó Duggan sobre la marcha—. Porque eran colegas míos.

—¿Les disteis? ¿No pagaban

alquiler?

—Ah... sí, claro que pagaban alquiler. Me refería a que...

—No te molestes, hijo, no tapes una mentira con otra, o acabarás armándote un lío. Imagino que trabajaban para ti. ¿Qué hacían exactamente?

Duggan se mordió el labio.

—Cobraban los alquileres —dijo finalmente.

—¿Y a cambio les salía gratis el suyo? Eso ya tiene más sentido. Cuando te miro, veo a un poca cosa, un gilipollas. Teniendo en cuenta los inquilinos con los que tratas, necesitarás ayuda, ¿no? Por si alguien decide no pagar.

Duggan asintió.

—Eran perfectos para ese cometido —prosiguió Rebus—. Willie tenía cerebro, podía razonar con los morosos y, si eso no funcionaba, el chiflado de Dixie podía ponerse manos a la obra. ¿Funcionaba más o menos así?

—Eso es.

Rebus se rascó la nariz y guardó silencio unos segundos, como si necesitara tiempo para pensar.

—¿Quién ideó la farsa del secuestro? —preguntó, como restándole importancia.

—¡Ya se lo he dicho, yo no sabía nada de eso! ¡Tan solo me pidieron el coche!

—Debió de ser cosa de Willie, ¿no? —continuó Rebus, como si Duggan no

hubiera dicho nada—. Dixie no daba para tanto. —Se volvió hacia su interlocutor—. A menos que todo fuera idea tuya, claro...

Duggan hizo ademán de protestar, pero se lo pensó mejor y no contestó. Siguieron caminando en silencio.

—De acuerdo... —dijo al fin—. De acuerdo, entre usted y yo, ¿vale?

Rebus se encogió de hombros.

—Como te decía, no ando detrás de ti, Paul, a menos que me mientas. Te recomiendo que no intentes engañarme.

—Sabía en qué andaban metidos.

—Por supuesto que sí. Un cabroncete avaricioso como tú no le daría a nadie ni la hora del reloj, a menos que hubiese una gratificación de por medio. —Rebus

sacó la foto de Kirstie Kennedy—. La viste con Willie y Dixie, ¿verdad?

—No.

—¿Y a Dalgety?

—¿Qué?

Era obvio que el nombre no le decía nada a Duggan.

—Venga —insistió Rebus—, sé que la has visto. Pasó mucho tiempo en centros de atención voluntaria.

—No, no la he visto nunca.

—Tú mismo me dijiste que habías repartido tarjetas por más de media docena de tablones de anuncios. ¿Cómo llegan hasta allí? ¿Por arte de magia? —Rebus acercó la fotografía a Duggan—. La has visto.

—No.

—Mientes. ¿De qué tienes miedo, Paul?

Se encontraban en el paseo marítimo, y Duggan empezaba a darse cuenta de dónde le estaban metiendo. Se acercaron al agua, en la acera opuesta a los bares. Pronto estarían en el muelle. Rebus se detuvo y agarró a Duggan del brazo.

—¡Mira a la chica! —exclamó—. ¡Mírala!

Duggan observó la foto y volvió a apartar la mirada. Sus ojos centelleaban a la luz de las farolas.

—Kirstie conocía lo suficiente a Willie como para dejar una cosa en su habitación. Lo conocía... ¡Y sé de sobras que tú también!

Duggan pestañeó.

—¿Qué dejó en su habitación? — preguntó.

—Dime dónde está.

Duggan sacudió la cabeza y Rebus lo arrastró por la manga del abrigo hasta el borde del agua. La calle estaba desierta, con la salvedad de una hilera de coches cuyos propietarios se encontraban en las tabernas.

—¿Te apetece un chapuzón, Paul? Puede ser tonificante en esta época del año, si no tropiezas con las aguas residuales y las ratas, claro.

—¡Este abrigo cuesta una fortuna! — gritó Duggan.

—En la cárcel no lo necesitarás. Estarás acurrucado en la cama con algún fortachón que te dará calor.

—¡De acuerdo, de acuerdo!

Rebus soltó a Duggan, y este miró a ambos lados de la calle.

—Sal corriendo si quieres, Paul. Te encontraré.

—Joder, cálmese, por favor. De acuerdo, la he visto. Anduvo una temporada con Willie y Dixie.

—¿Cuánto tiempo?

—Una semana, tal vez más.

—¿Todavía está por ahí?

—Yo no la he visto. Solo coincidí con ella un par de veces.

—¿En la casa de Saughton?

—No, no, en dos centros.

—¿Y no sabes dónde está ni qué hace?

Duggan negó con la cabeza.

—Perfecto. Ahora lo que tienes que hacer es buscarla.

—¿Qué?

—Las personas como tú tienen muchos contactos... Debería ser fácil para ti.

—No sabe lo que me está pidiendo.

Rebus señaló el agua.

—Esa es tu alternativa. —Sostuvo la foto en alto—. Cógela, tal vez te ayude.

—No servirá de nada.

—¿Por qué?

—Porque actualmente no es así. Cuando vimos la foto en los periódicos, nos reímos un buen rato. Imagino que era así antes de empezar a consumir.

—¿Drogas?

—Y muchas, a juzgar por su aspecto.

Rebus frunció el ceño.

—¿Crees que lleva mucho tiempo consumiendo?

—Bastante. Un año quizá.

—¿Un año?

Duggan se encogió de hombros.

—Es una suposición. Yo no me muevo en esos ambientes.

—Pero estoy convencido de que no te importa tenerlos como inquilinos, ¿eh?

El joven recobró la compostura.

—Digámoslo de otra manera: estoy haciéndole el trabajo al ayuntamiento, ofreciendo un techo a unas personas que de lo contrario estarían en la calle.

—Ya, don Conciencia Social. Lo próximo que harán será entregarte las llaves de la ciudad. Desaparece de mi

vista y coge la foto. Lleva mi teléfono anotado al dorso. Si no recibo noticias tuyas en un par de días, tendremos otra charla, puede que esta vez delante de tus papás. ¿Te gustaría?

Duggan no respondió. Se recolocó el abrigo, que se le había deslizado de un hombro, y se guardó la fotografía en el bolsillo. Rebus lo vio desvanecerse entre el tráfico.

Ahora sabía por qué el alcalde no disponía de ninguna imagen más reciente de su hija. Y aunque se preguntaba por qué Duggan sentía tanta curiosidad por lo que dejó Kirstie en el dormitorio de Willie Coyle, también empezaba a formarse una idea al respecto.

Se dirigió al Oxford, donde se encontró con Doc y Salty en su lugar habitual. Hicieron sitio a Rebus, y Doc le pidió una pinta.

—Bendita compañía —dijo Rebus alzando el vaso, y se volvió hacia Salty Dougary—. El otro día estuve en Gyle Park West.

—¿Fue una visita profesional?

—Más o menos. ¿Qué puedes contarme sobre ese lugar?

—Es un polígono industrial. Yo trabajo allí. ¿Qué más hay que saber?

—¿Las empresas de la zona trabajan con la Red de Empresas de Escocia?

Salty asintió.

—LEEL —dijo—. Nuestro jefe en Deltona está como loco con la «implicación de los empleados», lo cual significa que una vez por semana tenemos que sentarnos veinte minutos en la cafetería a oírlo cotorrear sobre satisfacción del cliente, inversión interna, productividad y cosas por el estilo. No para de hablar de la LEEL.

—Entonces ¿Deltona recibe dinero de la LEEL?

—John, todo el mundo en ese polígono ha recibido ayuda de algún tipo: incentivos para su reubicación, incentivos para nuevas empresas,

incentivos para formación, de todo un poco. —Levantó el vaso—. Dios bendiga a la Red de Empresas de Escocia.

—¿A qué viene ese interés? —preguntó el doctor Klasser. La charla en el Oxford no acostumbraba a ir por esos derroteros.

—Podría estar relacionado con un caso en el que estoy trabajando.

Si no fuera porque no había caso y porque supuestamente él no estaba en activo en esos momentos.

—Bueno, pues será mejor que mantengas tus garras lejos de Daltona —advirtió Salty Dougary.

Rebus sonrió.

—¿Has oído hablar alguna vez de

Mensung? —preguntó.

—¿Esos no se dedican a medir la inteligencia?

Se oyó un resoplido proveniente del fondo de la barra.

—¡Salty, para medir la tuya les bastaría con una regla de quince centímetros!

Salty se echó a reír, para que quien lo había dicho supiera que no le había hecho ninguna gracia. Rebus seguía mirándolo.

—Si te soy sincero —le dijo Salty—, me suena muy remotamente. Creo que era una empresa.

—¿Del polígono?

Dougary se encogió de hombros. El camarero estaba atendiendo una llamada

y cruzó una mirada con Rebus.

—Es para ti, John —le dijo al acercarle el teléfono. Rebus tenía otra pregunta para Salty.

—¿Qué hay de LABarum, te suena?

—¿Qué es esto, *Mastermind*?

Rebus cogió el auricular.

—¿Sí?

—¿Eres tú, John?

Rebus reconoció aquella voz. Pero no podía ser, no cuando lo llamaba por su nombre de pila.

—¿Eres tú, Flower?

—Sí.

Era el inspector Alister Flower, el Hierbajo, y acababa de llamar «John» a Rebus. Algo iba mal.

—¿Qué ocurre?

—Me preguntaba si podías pasarte por la comisaría para hablar un momento.

—¿Para hablar? ¿Tendrás preparados el té y las galletas?

Flower se rio como si no hubiera oído una broma mejor en todo el día. Rebus sentía cada vez más curiosidad.

—¿Cuándo? —preguntó.

—Cuando quieras.

Rebus le dijo que estaría allí en media hora.

A aquellas horas de la noche, la comisaría estaba tranquila. Para distraerse un poco, buena parte del contingente del DIC había acudido a la

escena de un accidente de tráfico que se había producido delante de uno de los mejores restaurantes indios del barrio. No había nadie en la oficina principal; nadie, excepto Alister Flower.

—John, ¿qué tal las vacaciones?

—No hay manera de ponerme moreno.

Rebus estudió a Alister Flower. Había cien razones para sentir aversión y un desprecio absoluto por aquel hombre. El hecho de que fuera un capullo redomado figuraba en lo alto de la lista. Sus ojos estaban siempre en movimiento, buscando un ángulo o la mejor oportunidad. Los tenía saltones, y la piel que los rodeaba daba la sensación de estar permanentemente

hinchada. Podía ser algo genético o tal vez debido al alcohol, pero el hecho es que sus ojos parecían en todo momento dos pequeñas y esquivas ranuras. A Rebus nunca le había gustado esa peculiar forma de eludir la mirada.

Flower tenía varios amigos en la comisaría: espías y agentes subalternos que se parecían un poco a él y que aspiraban a parecerse aún más a su mentor. Algo que asustaba a Rebus. Pero aquella noche no había aliados. Estaba sentado a una mesa, con los pies apoyados en una silla. No era su mesa, ni tampoco era su silla.

Al pasar por delante de su puesto habitual, Rebus vio el nuevo ordenador. No le interesaba lo más mínimo.

—Me prometiste té y galletas —dijo a modo de saludo.

—Podemos bajar a la cafetería después.

—¿Después de qué?

—Después de que te enseñe una cosa.

Ven.

Flower condujo a Rebus a las celdas. Allí había un hombre de cabello largo y sin afeitar. No parecía muy contento de estar allí.

—¿Quién es?

—Se llama Terry Shotts —contestó Flower—. Es de Newcastle. Lo descubrimos saliendo de una casa en Prestonfield Avenue... con la mitad de su contenido bajo el brazo.

—¿Y?

Rebus cerró el visor de la puerta de la celda.

—Pues que fuimos a su guarida y vimos que había otras cosas allí, entre ellas algunas que encontramos inmediatamente en los archivos. Su chanchullo consiste en robar aquí y vender en Newcastle, y lo que roba en Newcastle lo vende aquí.

—Es todo un hito de la investigación, Flower. Me gustaría darte las gracias por compartirlo conmigo.

Rebus subió de nuevo las escaleras, y Flower lo siguió. A medio camino, le entregó una hoja de papel doblada.

—Esta es una lista de lo que encontraron los de Tyneside en su piso. Algunas cosas estaban relacionadas con

un par de robos en viviendas, aunque los listados no encajaban del todo. Por lo visto, ya había vendido algunos objetos, incluida una escopeta. —Rebus empezó a encontrarle sentido a todo aquello—. Shotts lleva aquí tres semanas. Creo que se la vendió a Shug McAnally.

—¿Se lo has preguntado al señor Shotts?

—Prácticamente lo ha reconocido.

Rebus se detuvo.

—Tal vez debería hablar con él.

Flower le bloqueó el paso.

—No creo que eso aportara nada. — Rebus no estaba de humor para discusiones, así que continuó andando—. Pensaba que te alegraría saberlo. Esto ata algunos cabos sueltos, ¿no?

—Puede que ate uno, pero desata un par más. ¿Quieres saber cuáles? Para empezar, ¿por qué te interesa tanto? En segundo lugar, ¿por qué ibas a querer darme una alegría?

Estaban de nuevo en la sala del DIC.

—Bueno —respondió el Hierbajo dirigiéndose a su mesa—, creí que querías saberlo.

—Menuda chorrada, Flower. ¿Qué te traes entre manos?

Alister abrió un cajón y le mostró una botella de whisky. Rebus declinó el ofrecimiento, pero Flower se sirvió un trago en una taza con el asa rota.

—¿Qué te hace ser tan jodidamente paranoico, Rebus?

—Tú, para empezar.

Flower bebió un trago de whisky y encendió un cigarrillo.

—Es comprensible —reconoció, envuelto en volutas de humo—. De acuerdo, te seré franco. Alguien me ha pedido que hablara contigo. De lo contrario, ya sabes que no lo haría.

—Eso ya tiene más lógica. —Rebus se sentó al borde de una mesa—. ¿Y quién es ese alguien?

—Alguien importante.

—El Granjero.

Flower sonrió y resopló ruidosamente. Por tanto, era alguien más relevante que el Granjero. Mucho más relevante.

—¿Y qué quiere que sepa ese mecenas anónimo? —preguntó Rebus.

El Hierbajo examinó la punta de su cigarrillo.

—Si sigues así, vas a acabar fuera.

—¿Fuera de dónde?

—Del cuerpo. —Flower hizo una pausa—. Eso como mínimo.

Lo cual significaba, pensó Rebus, que todo aquello tenía que ver con hechos futuros, no con algún error del pasado.

—Entonces ¿qué tengo que hacer para enmendarme?

—Dejar de ser tan entrometido.

—¿Sobre qué?

—Sobre McAnally, por el amor de Dios.

—¿Qué...?

—Mira, yo solo soy el mensajero, ¿de acuerdo?

—Quien se pica...

Flower entrecerró aún más los ojos.

—Veamos —dijo al fin—. Sabes que, si por mí fuera, tu carrera se iría por el retrete como el kebab del día anterior. Simplemente estoy haciéndole un favor a alguien que quiere darte una última advertencia. ¿Me oyes? Una última advertencia.

Flower se levantó y lanzó la colilla a una papelera.

—Qué oportuno que aparezca de repente el origen de la escopeta, ¿no te parece? ¿Quién es, Flower? ¿El jefe de policía adjunto? ¿Big Jim Flett? ¿Qué ocultan? —Rebus se hallaba a escasos centímetros de Flower—. ¿Qué tiene que ver esto contigo? —añadió,

hundiéndole un dedo en el pecho.

—Vuelve a tocarme y estás muerto.

—Dile a tu amigo que, si quiere amenazarme, debería hacerlo él mismo.

Nadie teme al mensajero.

Después se dio la vuelta y se fue. Aun así, aquello no podía dejar de preocuparlo. Si quienes lo amenazaban —fuesen quienes fuesen— reaccionaban de ese modo cuando apenas había empezado a montar aquel rompecabezas, ¿qué estarían dispuestos a hacer si se acercaba más? Se detuvo en el umbral.

—A propósito —dijo—, has prendido fuego a la papelera con la colilla.

Flower vio que el contenido del cubo estaba en llamas y buscó algo para apagarlas.

Había olvidado que el contenido de la taza era whisky, no café.

Cuando llegó a casa, el teléfono estaba sonando. Era Rico Briggs.

—He mantenido una charla con un amigo —se limitó a decir. A Rico nunca le gustaba desvelar demasiado por teléfono.

—¿Y?

—A las once en la estación de autobuses.

—¿Hoy?

—Hoy.

—¿En qué lugar de la estación?

—Usted vaya allí. Tendrá que pagarle su parte y la mía.

La llamada se cortó.

A las once menos diez, Rebus se encontraba en la estación de Saint Andrew's Square. Una primera hornada de borrachos se había congregado allí para coger el último autobús a casa. Había un bar en la estación, y parecía abarrotado. Un hombre salió a toda prisa, resbaló en un charco de aceite y se desplomó como si le hubiera alcanzado un francotirador. Consiguió ponerse en pie justo para ver cómo su autobús se alejaba, y empezó a maldecir. Se le había roto el pantalón a la altura

de la rodilla.

El humo de los tubos de escape se alzaba en densas capas justo por encima del suelo. Rebus intentó contener la respiración al pasar junto a las colas. La gente esperaba sentada. Algunos adolescentes dormitaban en los precarios bancos. Un anciano con semblante aturdido cruzó el vestíbulo enfundado en un largo abrigo de lana; por debajo asomaban un pijama y unas pantuflas que parecían nuevas. Tal vez fuesen un regalo de Navidad.

—¿Dónde estás? —susurró Rebus dando un pisotón. Hundió las manos en los bolsillos y volvió a recorrer las hileras de gente.

—Siéntese —dijo una voz.

Rebus miró a la figura que había hablado. Hubiera jurado que aquel hombre estaba dormido. Tenía los brazos cruzados y la cabeza agachada, y estaba sentado en la última fila. Había un autobús esperando, pero tenía las luces apagadas.

El inspector tomó asiento, y el hombre alzó la mirada. El pelo, castaño y grasiento, le cubría un ojo. Le habría venido bien afeitarse. En el pómullo derecho se apreciaba una pequeña cicatriz, apenas un rasguño. Tenía los ojos de un azul penetrante y las pestañas largas. Cuando habló, Rebus vio que le faltaba un incisivo.

—Dinero.

—¿Eres amigo de Rico?

El hombre asintió.

—Dinero —repitió.

Rebus le enseñó dos billetes de veinte y se los ofreció.

—Me dijo que la mitad era para él.

—Y recibirá la mitad. —Arrastraba las palabras con un acento de la costa oeste—. ¿Quiere información sobre Saughton?

—Un hombre se pegó un tiro con una escopeta. Acababa de salir de allí.

—¿De dónde?

—Ala C.

El hombre sacudió la cabeza.

—Entonces no puedo ayudarle.

Un chófer se acercó al autobús, con el cajetín del dinero balanceándose en una de sus manos. Abrió las puertas, entró y

volvió a cerrarlas. Se encendieron todas las luces hasta el lugar donde se encontraba el vehículo.

—¿A qué te refieres?

—A eso mismo. Que no puedo ayudarle.

El conductor puso en marcha el motor y el autobús empezó a escupir humo por el tubo de escape. Un par de personas se habían unido a la cola y trataban de decidir si avanzaban un poco más y dejaban atrás a los dos vagabundos que estaban sentados.

—¿Por qué no?

—Porque no conocía a nadie en el ala C. —El hombre se levantó y Rebus hizo lo mismo—. Ese es mi autobús.

—Espera un minuto.

El hombre se volvió hacia él. Las puertas del autobús estaban abriéndose y la gente que esperaba quería entrar en calor.

—Pregúntele a Gerry Dip.

—¿Gerry Dip?

—Estaba en el ala C y salió hace unas semanas.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—Rebozando pescado, por eso lo llaman así.⁸ —El hombre se subió al andén—. Tengo entendido que trabaja en una tienda de comida rápida en Easter Road.

Todos los puestos de comida rápida de

Escocia se llenaban cuando los pubs se habían vaciado. Incluso en los malos, en aquellos que ofrecían pescado lleno de espinas y rebozado de goma, se formaban colas. Rebus dio un vistazo a los productos expuestos en el segundo establecimiento en el que entró, y llegó a la conclusión de que podía prescindir de ellos.

La cola llegaba casi hasta la puerta, pero se acercó al mostrador, ignorando las miradas que se clavaban en él. Una adolescente estaba atendiendo a la gente con la boca abierta en una mueca de concentración.

—¿Sal y salsa? —preguntó al cliente que tenía delante.

—¿Está Gerry por aquí? —dijo

Rebus.

La joven indicó con un gesto que se encontraba al fondo del mostrador. Allí había un hombre menudo que rebozaba pescado en un cubo y lo tiraba en la freidora.

—¿Gerry? —preguntó Rebus. El hombre lo miró y señaló hacia la parte trasera del estrecho comercio, donde un tipo muy alto y delgado con un delantal de algodón blanco jugaba con una consola.

Era uno de esos juegos de lucha en los que el enemigo solo aparece el tiempo justo para volver a esfumarse por obra y gracia del furioso héroe animado.

—¿Gerry Dip? —preguntó Rebus una

vez más.

Era un chico de unos veinticinco años, moreno, con el pelo rapado y un piercing en la nariz. En sus brazos desnudos y en el dorso de las manos lucía varios tatuajes. En la muñeca derecha se había tatuado un reloj, cuyas manecillas marcaban las doce en punto. Rebus consultó el suyo y comprobó que el de Gerry Dip iba a la hora.

Se dio cuenta de que el tal Dip estaba observándolo en el reflejo de la pantalla.

—Poca gente me llama así —dijo.

—Soy amigo de un amigo tuyo, de alguien a quien conociste en Saughton. Me dijo que a lo mejor podrías ayudarme. Te invitaría a una copa.

—¿Cómo de grande?

Rebus había ido a un cajero y dejó un impoluto billete de veinte encima de la consola. Puede que aquello desconcentrara a Dip, porque una mina terrestre arrancó los brazos y las piernas de su héroe. Entonces apareció en pantalla el mensaje de «game over» y una voz robotizada dijo: «Dar... Dinero... Yo... Hambre».

Gerry Dip se agenció el billete.

—Vamos a mi despacho.

El joven pidió a Rebus que pasara detrás del mostrador, y le dijo al hombre que rebozaba pescado que lo sustituiría en cinco minutos. Después abrió una puerta y condujo a Rebus a una cocina que hacía las veces de almacén. Sacos

de patatas esperaban a ser pelados y se oía el zumbido de dos grandes congeladores.

—No será usted un inspector de Sanidad —dijo Gerry Dip antes de servirse un vaso de agua del grifo y bebérselo de un trago—. Aunque, de hecho, ya sé qué es usted. Con el tiempo uno es capaz de olerlo.

Rebus ignoró el comentario.

—Un hombre salió del ala C hace un par de semanas. Se puso una escopeta en la...

—Wee Shug. —Dip asintió—. Lo conocía bien. Jugábamos a cartas a menudo y hablábamos de la tele y el fútbol. —Dip volvió a llenarse el vaso—. Allí estás levantado desde las seis

de la mañana hasta las nueve de la noche. Hasta entonces no apagan las luces. Conoces a gente. Además, trabajé con él en el taller de tapicería. Me dijo que vendría a visitarme, y luego leí en la prensa lo que le ocurrió.

—¿Sabías que estaba enfermo?

—Iba mucho al médico, pero nunca hablamos de ello. Sé que tomaba medicación: queríamos que nos la pasara para colocarnos. ¿Qué tenía?

—Cáncer.

—¿Por eso se suicidó?

—Tal vez.

—Bueno, si quiere saber más sobre Wee Shug, debería hablar con su compañero de celda. Ese sí que era un puto personaje. Menudo relamido. Se

quedaba en la celda incluso cuando no tenía por qué hacerlo.

Big Jim Flett había mencionado a un compañero de celda; Rebus comprendió de repente por qué el alcaide se sintió aliviado al final de su entrevista.

—Gerry, ¿por qué encerraron a Wee Shug?

—Por desvalijar casas.

—¿Estás seguro?

—Eso es lo que oí.

—¿No por una violación?

—¿Qué?

No, pensó Rebus, porque los violadores suelen ser apartados de los demás prisioneros. Sin embargo, el alcaide había deslizado que Wee Shug compartía celda.

—No, seguro que no estaba en la cárcel por violación —afirmó Gerry Dip.

—¿Cómo puedes estar tan convencido?

—Porque lo habría sabido.

—Dudo que fuera a contártelo.

—No, pero lo habrían hecho los guardias o cualquier otro. Es un secreto que no puedes guardar en la trena.

—A menos... que nadie quisiera que lo supieses —dijo Rebus en voz baja.

Rebus llamó al DIC desde una cabina telefónica situada cerca de St Leonard's y, sin identificarse, solicitó hablar con el sargento Holmes o con la agente Clarke.

Aquella mañana, una densa calina procedente de la costa cubría toda la ciudad. Era uno de esos días en los que uno podía imaginarse a sí mismo en tiempos pasados, con caballos y carruajes traqueteando entre la niebla, en lugar de coches con los faros encendidos. La piel y la ropa de Rebus estaban húmedas al tacto.

—Agente Clarke al habla.

—Soy yo. Quiero que me busques un nombre en el ordenador.

—La verdad es que ahora mismo esto es un caos. Ayer por la noche hubo un pequeño incendio, una papelería. Es todo un misterio. En aquel momento no había nadie aquí.

—Madre mía.

—El jefe ha ordenado una investigación. De momento, está prohibido el acceso a media oficina.

—Pero ¿los ordenadores funcionan?

—Lo único que ha sufrido daños es una papelería y la mesa de al lado. Lo descubrió el inspector Flower.

—¿De verdad?

—Tiró un abrigo encima de la

papelera para apagar el fuego. Era de Holmes.

—¿El que le regaló Nell por Navidad?

—Ese mismo. ¿Qué nombre quieres que compruebe?

—Charters. —Se lo deletreó—. Desconozco el nombre de pila, pero está cumpliendo condena en Saughton. Me gustaría conocer sus antecedentes. Estoy en una cabina a unos cien metros de distancia. Hay una cafetería enfrente de la tienda de bricolaje. Te espero allí.

—Iré lo más rápido que pueda.

—Las rosquillas corren de mi cuenta.

Sin embargo, cuando Siobhan Clarke por fin apareció en la cafetería, pidió un sándwich de huevo frito y entregó a

Rebus un sobre de color marrón.

—¿Te ha visto alguien consultando el ordenador?

—Creo que no.

—Andaos con cuidado. No solo hay que vigilar al Granjero. Flower también se trae algo entre manos.

—¿Qué?

—Juegos pirotécnicos, para empezar.

Rebus abrió el sobre y leyó el contenido. En ese momento llegó la comida de Clarke. Cuando le dio un mordisco a su sándwich, cayó un poco de yema en el plato.

—«Derwood Charters —leyó Rebus en voz alta—, cuarenta y seis años, divorciado, exdirector de empresa. Hallado culpable de fraude. Cumple tres

años de una condena de seis en la Cárcel de Su Majestad de Edimburgo. Residencia en Cramond hasta que se vio obligado a vender la casa. Fecha de nacimiento... Nombre del abogado... Sin hijos ni parientes». —Rebus obvió lo poco que quedaba—. Es un poco escueto, ¿no?

—Un poco.

—Como si alguien hubiera entrado en el ordenador y hubiese borrado parte del expediente. ¿Qué comisaría llevaba el caso? —Rebus consultó de nuevo las notas—. Vaya, vaya: St Leonard's.

—Debió de ser antes de que nosotros llegáramos, ¿no?

Rebus asintió.

—Yo todavía estaba en Great London

Road. Pero el inspector jefe Lauderdale también, y, sin embargo, su nombre figura aquí como parte del equipo. — Rebus rumió unos instantes—. De acuerdo, lo que quiero que hagas...

—¿Es que vuelva a comisaría y busque las notas del caso en los archivos?

—Ya sé que es mucho pedir.

—Bueno, solo está en juego mi carrera profesional.

Pero él sabía que lo haría de todos modos.

Rebus esperó más de una hora a que Clarke regresara. Llevaba una bolsa de supermercado, que depositó en el suelo

junto a él. Pidió una taza de té para ella; Rebus ya tenía el estómago lleno.

—No estaba en el lugar que le correspondía —dijo Clarke.

—¿Como si alguien hubiera querido esconderlo?

—Pero sin que se notara demasiado. Hay tantos informes en los archivos que es fácil que desaparezca uno si se guarda en el lugar equivocado.

—¿Te ha visto alguien?

—Brian ha venido a preguntar qué estaba haciendo. Le he pedido que vigilara si venía alguien. No obstante, cuanto antes leas las notas, antes podré devolverlas a su sitio.

La mujer que regentaba la cafetería trajo la taza de té que Siobhan Clarke

había pedido, y vio que Rebus sacaba una gruesa carpeta de la bolsa.

—¿Estás pensando en venir a vivir aquí? —preguntó.

—Estoy haciéndole un favor —repuso él, señalando todas las mesas vacías—. Nadie entra en una cafetería sin clientes.

—Bueno, tú lo has hecho —replicó ella.

Rebus sonrió, abrió las notas y se dispuso a leerlas.

A la hora de comer, Rebus pidió cita con el dentista.

Cuando expuso el problema, la recepcionista le pidió que esperara. A su vuelta, le indicó que el doctor Keene

podría hacerle un hueco a las cinco.

La consulta se hallaba en una lujosa propiedad adosada en Inverleith Row, y daba a la entrada del jardín botánico. Rebus empezó a sudar en la sala de espera. Había una mujer, y se sintió aliviado cuando la llamaron primero, pero solo quedaba él. Sus oídos parecían más receptivos de lo habitual. Alcanzaba a oír el zumbido del berbiquí y el repiqueteo del instrumental metálico al ser depositado en las bandejas. Cuando salió la paciente, se dirigió al mostrador para pedir otra cita. El dentista estaba con ella. Luego se dio la vuelta y, sonriente, se acercó a la puerta de la sala de espera.

—¿Señor Rebus? Por aquí, si es tan

amable.

Llevaba bata blanca y gafas de lectura, y Rebus estimó que debía rondar los sesenta años.

—Siéntese, por favor —dijo el doctor Keene mientras se lavaba las manos—. ¿Tiene alguna inflamación en la boca?

Rebus se sentó en la butaca, balanceando las piernas y asiéndose con firmeza a los reposabrazos.

—Ahora túmbese e intente relajarse. —Rebus podía oír su ronca respiración—. Eso es, perfecto. —El dentista utilizó un pedal de pie para reclinar y elevar la butaca, de modo que quedara prácticamente en posición horizontal. Incluyó la lámpara sobre la butaca y la encendió—. Echaremos un vistazo. —Se

acercó una bandeja de instrumentos y se sentó en un taburete alto junto a Rebus —. Abra bien la boca.

Sonaba música. Radio Dos, el equivalente de las ondas al placebo. Rebus abrió los ojos y miró al techo, donde había una fotografía ampliada, una enorme toma aérea en blanco y negro de Edimburgo, desde Trinity, al norte, hasta Braid Hills, en el sur, y empezó a cartografiar mentalmente las calles.

—Parece que tenemos un pequeño absceso —dijo el dentista. Dejó una herramienta y cogió otra, con la que golpeó ligeramente uno de los dientes—. ¿Nota algo?

Rebus negó con la cabeza, procurando

no moverse demasiado. Había llegado la enfermera, y el doctor Keene le dio varias instrucciones en un idioma que el paciente —al menos supuestamente— no comprendía, y empezó a llenar la boca de Rebus con pequeños cilindros de algodón.

—Lo que voy a hacer es perforar el diente desde atrás para intentar drenar la infección. Eso aliviará un poco la presión. De todos modos, el diente está casi muerto. Más tarde le practicaré una endodoncia, pero por el momento debemos limitarnos a drenar el absceso.

Rebus notaba el sudor en su frente. Le introdujeron un tubo en la boca para aspirar la saliva.

—Primero le inyectaremos un poco

de anestesia. Tardará un minuto o dos en hacer efecto.

Rebus miró al techo. Ahí está Calton Hill, donde acabó Davey Soutar. Ahí está St Leonard's... y Great London Road. El Hyde's Club estaba cerca de allí. ¡Eh, y eso es Stenhouse, donde vivían Willie y Dixie! La prisión de Saughton se distinguía con bastante nitidez. Y la escuela de Warrender, donde McAnally se voló la cabeza... Se hizo una idea de cómo estaban interconectadas las calles y, con ellas, la vida de la gente que vivía y moría allí. Willie y Dixie conocían a Kirstie Kennedy, cuyo padre era el alcalde. McAnally había buscado a un concejal como testigo de su acto de destrucción.

La ciudad ocupaba una zona bastante antigua, y su población era de medio millón de habitantes... Aquello era un laberinto de líneas entrecruzadas, pero era innegable que infundían solidez a la estructura...

—Ahora —añadió el dentista—, puede que note cierta incomodidad al principio...

Rebus recorrió las calles de arriba abajo. Marchmont, su lugar de residencia... Tollcross, el hogar de Tresa McAnally... O South Gyle, una zona incipiente en el momento en que fue tomada la fotografía. Faltaban algunas construcciones más recientes... Vio agujeros en el suelo y páramos en los que ahora había edificaciones y

carreteras. ¡Y, por Dios bendito, aquello dolía!

—Ah —dijo el doctor Keene al fin—, aquí está...

Rebus notó algo desagradable que resbalaba por su garganta. La presión que notaba bajo la nariz se atenuó. Era como purgar un radiador, pensó.

—Si drenamos la zona donde se acumula la infección —dijo el dentista casi para sus adentros—, se alivia la presión...

Sí, pensó Rebus, aquello era absolutamente cierto.

El dentista dio un vistazo superficial al resto de la boca. La enfermera llevaba una tarjeta en la mano y estaba anotando algo en ella, mientras el doctor

Keene recitaba una letanía de deterioros.

—No arreglaremos estas caries hoy —sentenció para alivio de Rebus.

Finalmente, le permitieron enjuagarse y escupir, y la enfermera le quitó el babero elástico que llevaba alrededor del cuello. Rebus se pasó la lengua por toda la boca. Se apreciaba un enorme hueco en la parte posterior de uno de sus dientes delanteros.

—Debemos dejar que siga drenando, darle unos días. Cuando ya no esté inflamado, podré practicar la endodoncia. ¿De acuerdo? —Sonrió a Rebus—. Por cierto, ¿cuándo se hizo la última revisión?

—Hará once o doce años.

El dentista sacudió la cabeza.

—Voy a programarle las visitas — dijo la enfermera antes de abandonar la sala.

El doctor Keene se quitó los guantes de látex y se lavó las manos.

—Ahora que todos llevamos guantes —comentó—, no es necesario que nos lavemos las manos, pero lo he hecho durante treinta años, así que es difícil abandonar el hábito.

—¿Llevan guantes por el VIH?

—Sí. Bueno, nos vemos, señor...

—Inspector Rebus, en realidad.

—Ah.

—¿Podríamos hablar un momento?

Rebus era consciente de que estaba balbuceando; la anestesia le había

entumecido la boca, pero estaba claro que doctor Keene parecía estar acostumbrado.

—¿Oficialmente, quiere decir?

—Más o menos. Tengo entendido que conoce usted a un hombre llamado Derwood Charters.

El doctor Keene resopló y empezó a reorganizar su instrumental.

—Me lo tomaré como un sí —dijo Rebus.

—Por desgracia para mí. Igual que usted, entró un día en mi consulta para recibir tratamiento. Después lo conocí... socialmente. Nos vimos varias veces más, y me hizo una propuesta.

—¿Una propuesta económica?

—Necesitaba inversores para una

nueva empresa. El hombre tenía un historial contrastado. Había ayudado a financiar PanoTech, y difícilmente podríamos considerar ese proyecto un fracaso. Cuidado, no me creí sus palabras a pie juntillas. Pedí a mi contable que estudiara los números. El proyecto parecía sólido, profesional.

—¿De qué empresa se trataba?

—Derry era muy convincente, siempre estipulaba la vertiente negativa de cualquier proyecto. Por alguna razón, cuanto peor hablaba de ellos, más atractivos parecían. No daba la sensación de que estuviera vendiéndote algo. Según el plan en el que yo invertí, la empresa iba a cosechar beneficios gracias precisamente a la debacle

económica. Esa era la parte negativa: la miseria de otros iba a dar dinero a sus inversores. Ofrecía formación y asesoramiento a empleados que de repente se encontraban «reorganizados», es decir, sin trabajo. Me explicó que, una vez que la empresa estuviese en marcha..., iba a llamarse Albavise, si no recuerdo mal..., podría solicitar subvenciones de la Comunidad Europea, además de financiación del Ministerio de Escocia. Lo que necesitaba era capital inicial. —El doctor Keene hizo una pausa—. ¿Sabé qué? Le creía entonces y le creo ahora: si hubiera utilizado el dinero para fundar la empresa, habría triunfado.

—Pero no lo invirtió en la empresa,

¿verdad?

El doctor Keene suspiró.

—Lo empleó para saldar deudas y costearse su tren de vida. Había elegido a diez inversores, que aportaron más de cinco mil cada uno. Cinco mil libras, inspector, y se lo fundió todo en tres meses.

Sí, y cuando se acabó el dinero intentó escapar. Sin embargo, uno de sus inversores tenía un contable más avisado que la mayoría. Charters fue detenido cuando intentaba embarcar en el puente aéreo a Londres.

—Una vez que empezaron a investigar sus negocios, Hacienda, la Brigada de Delitos Fiscales o quienes fueran, descubrieron muchas inconsistencias, de

las que Derry se negó a hablar. Se mostró tranquilo durante todo el juicio. —El doctor miró a Rebus—. ¿Ha ocurrido algo?

Rebus se encogió de hombros.

—Acabamos de empezar, señor.

Aunque se trataba de una respuesta estándar, el doctor Keene la aceptó.

—Lo que me dolió no fue el dinero... Fue la sensación de traición.

—Puedo imaginarlo.

Las notas del caso de Charters eran una lectura fascinante. Por ejemplo, Rebus sabía ahora que Frank Lauderdale se había incorporado a la Brigada de Delitos Fiscales cuando iniciaron las pesquisas sobre Albavise y los demás negocios de Derwood Charters.

Meditando sobre todo ello, recordó una época en la que Lauderdale se había ausentado de Great London Road. Frank, sin embargo, era el elemento menos interesante del caso, ya que el hombre que dirigía la Brigada de Delitos Fiscales en aquella época, el inspector Allan Gunner, actualmente ostentaba el cargo de jefe de policía adjunto de Lothian y Borders.

Y eso no era todo...

—Señor Keene, ¿conoce a un hombre llamado Haldayne? Se escribe con «y»...

—Creo que no.

—Es estadounidense, trabaja en el consulado.

El doctor Keene meneó la cabeza.

—No, no lo conozco. ¿Es importante?

—Es otro de los inversores estafados en el proyecto Albavise. Pensé que tal vez se conocerían, eso es todo.

—Podríamos habernos visto en los tribunales si hubieran acabado llamando a algún testigo, pero Charters cambió de parecer en el último minuto y se declaró culpable.

—¿En serio? ¿Tiene idea de por qué?

—No. Mi abogado se quedó pasmado. La acusación contra él no era ni mucho menos indisputable y, como ya le he dicho, tenía un historial muy serio. Cabía la posibilidad de que saliera indemne de todo aquello. Como mucho le podía caer una cuantiosa multa. Sin embargo, prefirió ir a la cárcel. A menudo me pregunto por qué lo hizo.

Rebus se preguntaba lo mismo.

—Tal vez quería proteger a alguien o algo que podía salir a la luz durante el juicio —aventuró.

—Sí, pero ¿a quién o a qué?

Rebus se limitó a sonreír y le guiñó un ojo. El doctor Keene lo acompañó hasta el vestíbulo, y Rebus cogió su abrigo y se lo puso. La enfermera ya se había ido a casa. Sobre su mesa había una tarjeta donde anotaba las visitas. El doctor Keene la cogió y se la entregó.

—Nos vemos en unos días.

Rebus miró la tarjeta. Al dorso había una larga columna de citas. Seis en total, con fecha y hora.

—Doctor Keene —dijo—, ¿cuántos empastes necesito exactamente?

—Quince —respondió impasible
antes de acompañarlo a la puerta.

Aquella noche, Rebus fue a visitar a Tresa McAnally.

La puerta de la finca estaba abierta, así que subió las escaleras hasta el primer piso. Se oía música animada dentro, y el sonido de unas manos dando palmas y siguiendo el ritmo. Rebus llamó al timbre y esperó. Volvió a llamar. Alguien apagó la música y se oyó una voz al otro lado de la puerta.

—¿Quién es?

—Soy el inspector Rebus.

—¿Puede esperar un minuto? —Tardó

mucho en abrir la puerta, y cuando por fin lo hizo dejó la cadena puesta—. ¿Qué quiere?

La puerta del salón estaba cerrada y sobre la alfombra del recibidor había una caja que contenía varias botellas de licor. Tresa McAnally iba vestida de manera informal, camiseta holgada, mallas negras y unos aros dorados, y sudaba a causa de un esfuerzo reciente.

—¿Puedo entrar? —preguntó Rebus.

—No, no puede. ¿Qué pasa?

—Quería hablarle de Wee Shug.

—Está muerto, fin de la historia.

McAnally hizo ademán de cerrar la puerta, pero Rebus se lo impidió.

—¿De dónde salió el dinero, Tresa?

—¿Qué dinero?

—El dinero que gastó en el piso.

—Usted no tiene derecho a...

—Tal vez no, pero no dejaré de venir hasta que me lo diga.

—Entonces tendrá que volver hasta el día del Juicio Final.

Rebus sonrió.

—Puede que ese día llegue antes de lo que espera.

Apartó la mano de la puerta, pero McAnally no la cerró.

—¿A qué se refiere?

—¿Quién está ahí dentro con usted?

—Nadie.

—¿Nadie?

Ni siquiera Tresa McAnally era tan desvergonzada como para repetir aquella mentira, así que cerró la puerta.

Rebus se quedó allí, inmóvil, unos instantes. Luego se dirigió al piso de Maisie Finch. Llamó al timbre, pero Maisie no podía abrirle, simplemente porque se hallaba oculta detrás de la puerta del salón de Tresa McAnally.

A la mañana siguiente, Rebus llamó al consulado de Estados Unidos.

—No es usted otra grabación, ¿verdad? —dijo.

—No, no lo soy.

—Bien. ¿Puedo hablar con el señor Haldayne, por favor?

—¿Su nombre?

—Inspector John Rebus.

—Espere un momento, señor Rebus.

No tuvo que esperar mucho.

—Inspector, ¿qué puedo hacer por usted? —Era un acento estadounidense, fluido y urbano. Rebus no estaba seguro de qué significaba «Ivy League», pero la voz de Haldayne le trajo a la mente aquella imagen.

—Bueno, señor, para empezar, debería ir pagando sus multas de aparcamiento.

Se oyó una risa petulante.

—Por Dios, ¿de eso se trata? Si insiste, desde luego que lo haré. No quisiera provocar un incidente diplomático.

—Pero podría hacerlo, ¿verdad? Las multas no son el motivo principal de mi llamada. Me gustaría hablarle de

Derwood Charters.

—Madre mía, ¿qué ha hecho esta vez?

—Hubo una pausa—. No me diga que voy a recuperar mi dinero.

—¿Podríamos hablar de esto en persona?

—Sí, supongo. ¿Quiere venir aquí?

«Aquí» era el consulado de Estados Unidos, donde Haldayne estaría de lo más consular.

—En el North British —propuso Rebus—. Podemos tomar un café.

—Ya no se llama North British, ¿verdad?

—Tiene mucho que aprender sobre Escocia, señor Haldayne. ¿A las diez y media?

—Perfecto, inspector. Estoy deseando

conocerlo.

A continuación, Rebus llamó a St Leonard's y preguntó por Siobhan Clarke.

—¿Cómo va la vida?

—La señora Templer me ha pedido que fuera a su despacho a primera hora de la mañana. Quería saber si te habías puesto en contacto conmigo, y me hizo muchas preguntas.

—Que pregunte. Para ti, yo estoy en Lanzarote.

—Correcto.

—Escucha, ¿cuál era la ubicación exacta de las multas de aparcamiento de Haldayne?

—Creo que lo anoté...

La oyó buscar en su libreta.

—¿Qué tal la investigación sobre el incendio?

—Está condenada al fracaso. Debíó de ser un acto de Dios. No encontraron cigarrillos ni cerillas en la papelera.

—Claro que no. Flower lo limpió todo antes de dar parte del asunto.

—Aquí lo tenemos: Princes Street, James Craig Walk y Royal Circus. Es todo lo que tengo, y no hay fechas. Las dos últimas fueron múltiples.

Rebus le dio las gracias y colgó. Consultó el plano de la ciudad y buscó James Craig Walk. Estaba muy cerca de New Saint Andrew's House. Por tanto, Haldayne tenía tratos con el Ministerio de Escocia. Princes Street podía significar que estaba de compras. Rebus

no estaba seguro de qué o a quién representaba Royal Circus. Recordó las carpetas del concejal: OED/REE, C. E. Haldayne, Gyle Park West, Mensung...

Seguía sin saber nada acerca de Mensung, pero tenía la esperanza de que Haldayne pudiera serle útil.

Rebus se sentó en el vestíbulo del Balmoral Forte Grand —antes conocido como North British—, e indicó al personal que estaba esperando a un cliente pero que pediría de todos modos: café descafeinado para dos y pasteles, galletas o algo similar.

—¿Bizcochitos de fruta, señor?

—Perfecto, cualquier cosa valdrá.

—Gracias, señor.

Se alegró de haberse puesto uno de sus mejores trajes. Habían hecho un buen trabajo en aquel hotel. La última vez que tomó el café matinal allí, fue con Gill Templer, cuando eran «pareja». Por aquel entonces, las paredes presentaban algunas grietas, y el lugar parecía descolorido y un tanto sórdido.

Rebus reconoció al estadounidense en cuanto entró y se dirigió hacia él con una sonrisa. Era alto, iba excepcionalmente acicalado y lucía una gabardina Burberry de color crema. Haldayne tenía el pelo rubio, tan fino que debajo se adivinaba un cuero cabelludo rosáceo. Tendría unos cuarenta años y llevaba unas gafas redondas de concha. Su cara

era delgada, con una frente protuberante y reluciente.

—¿Inspector Rebus?

Le estrechó la mano y Rebus le pidió que se sentara.

—¿Hace frío suficiente aquí para usted? —preguntó.

—Me crie en Illinois. —Haldayne se quitó la gabardina—. Tenemos unos inviernos que no se lo creería.

Se estremeció al recordarlo y volvió a reírse; aquello estaba convirtiéndose en un hábito irritante.

Rebus también había adquirido un hábito irritante: no dejaba de pasarse la punta de la lengua por el agujero del diente, y de intentar absorber el líquido que drenaba. Empezaba a gustarle

aquella pequeña perforación.

—¿Conoce a un tal doctor Keene? —
preguntó al estadounidense.

Haldayne puso cara de escepticismo.

—¿Puede darme alguna pista?

—Es dentista, y otra de las víctimas
de Derry Charters.

Haldayne se recostó en su confortable
sillón.

—Me robó cinco de los grandes.
Todavía me duele; soy diplomático, no
millionario.

—¿Cuál es su cometido en el
consulado?

—Me dedico a industria. En otros
países, ese sería un proceso de ida y
vuelta, pero no hay demasiadas
empresas escocesas que se planteen

abrir fábricas en Estados Unidos, así que suelo cuidar de las empresas estadounidenses que están pensando en instalarse aquí. No estoy tan ocupado como antes. —Miró a izquierda y derecha—. Los camareros son bastante lentos, ¿no?

—Ya he pedido. Espero que no le importe. —Haldayne se encogió de hombros—. ¿Cómo conoció a Derry Charters?

—Me lo presentaron en una fiesta. Ahora mismo no recuerdo quién lo hizo...

—¿Se acuerda de quién organizaba la fiesta?

—Sí, era algo relacionado con el Ministerio de Escocia. Por eso asistí.

—¿Y el señor Charters?

—Él era empresario. ¿Sabe mucho acerca de él antes de la quiebra?

—Prácticamente nada —mintió Rebus, preguntándose qué rumbo tomaría Haldayne.

—Dirigía varias empresas rentables, pero siempre estaba pensando en expandirse. Creo que se aburrió, tan simple como eso. Le gustaba organizar cosas, poner proyectos en marcha, pero luego perdió interés y empezó a buscar algo nuevo. Aun así, se le daba bien su trabajo; por eso no adopté excesivas precauciones cuando me pidió colaborar como inversor.

—¿Lo conocía bien?

—La verdad es que no. Cuando

negociaba acuerdos todo iba bien, pero no era lo que se llama un animal social. Me daba la sensación de que una conversación normal y educada lo aburría soberanamente. Era un auténtico producto de los años ochenta, uno de los toros de la señora Thatcher.

Llegó la bandeja con *cafetière* y un plato de pastelitos de fruta con mantequilla, mermelada y nata espesa.

—Vaya, esto tiene buena pinta. Gracias —le dijo Haldayne al camarero.

En un solo gesto, dejó las tazas sobre la mesa y sirvió el café. Mientras lo hacía, Rebus formuló otra pregunta.

—¿Alguna vez ha oído hablar de algo o alguien llamado Mensung?

—¿Puede repetirlo?

—Mensung.

Haldayne meneó la cabeza y le tendió a Rebus una taza y un platillo. No había derramado una sola gota en el proceso.

—Usted ayuda a empresas estadounidenses, señor Haldayne, ¿significa eso que tiene tratos con la Red de Empresas de Escocia?

—Constantemente.

—¿Y con Locate, también en Escocia?

—He tratado con todas ellas, inspector. El problema es que empiezas a entablar una relación laboral y de repente el gobierno lo cambia todo: el nombre, las normas y los actores. El OED se convierte en Red de Empresas de Escocia, el JDTI se convierte en ETI,

y tengo que empezar de cero otra vez, redactando contratos y haciendo saber a la gente quién soy.

—Una vida dura.

—Pero alguien tiene que hacerlo, ¿verdad? —Haldayne untó medio pastelito con crema—. Me encantan estos dulces —confesó antes de dar un enorme bocado.

—¿Lleva mucho tiempo aquí? —preguntó Rebus.

—Nueve años de manera intermitente. Me enviaron de vuelta a Estados Unidos durante un par de años, pero conseguí regresar. Me encanta Escocia. Mis antepasados son de aquí.

—Una vez oí un rumor —dijo Rebus—, algo sobre una especie de mafia

escocesa en la cúpula de algunas empresas estadounidenses que convencía a la gente de que se trasladara aquí.

Haldayne se limpió un poco de nata de los labios con una servilleta.

—Sucedo —respondió—. ¿Qué puedo decir? No es ilegal.

—¿Qué sería ilegal, señor Haldayne?

—Sobornos o dinero que cambiara de manos.

—Las empresas pueden instalarse aquí con unos costes muy bajos, ¿cierto?

—En algunas zonas y ciertos tipos de fábrica sí, desde luego. Circulan muchas subvenciones, algunas de la Comunidad Europea y otras provenientes de las arcas del gobierno británico.

—Hubo el escándalo DeLorean —
señaló Rebus.

—Sí, pero el tipo tenía un coche
sensacional.

—Y robó millones a los
contribuyentes británicos.

—Aun así, usted habría pagado
igualmente esos impuestos, inspector. Si
no los hubiera robado DeLorean, lo
habría hecho otro.

Haldayne se encogió de hombros una
vez más. Sus expresiones, ya fueran
orales o físicas, se antojaban siempre
levemente exageradas, un poco más de
lo que cabría esperar de un escocés.

—¿De modo que la historia de la
mafia escocesa es cierta?

—Supongo que sí. Estoy siéndole tan

franco como puedo.

—Se lo agradezco, señor.

—Eh, es usted quien me ha amenazado con esas multas de aparcamiento. —Otra carcajada—. ¿Qué clase de café es este?

—Descafeinado.

—No está mal, pero echo en falta la dosis de cafeína. ¡Camarero!

Un adolescente se acercó a paso ligero.

—¿Puede ponerme un expreso doble? Gracias, muy amable. —Haldayne se volvió de nuevo hacia Rebus—. Y bien, ¿de qué va todo esto, inspector? Parece que ya no hablamos de Derry Charters.

—Forma parte de una investigación en curso, señor. No gozo de libertad

para...

—Eso no es justo, ¿no le parece? No es muy británico que digamos.

—Esto es Escocia, señor Haldayne.

—Pero yo le he contado lo mío. Ahora debería contarme usted lo suyo.

Rebus se percató de que Haldayne estaba divirtiéndose a su costa. De pronto, no sabía qué parte de la historia de Haldayne creerse. Las mentiras solían venir envueltas en un fino tejido de verdad. Rebus sabía que tendría que examinar el envoltorio más tarde.

—Vamos, inspector —insistió Haldayne—. Está investigando a Derry, eso ya lo sé. Pero todavía cumple condena, ¿no es cierto? ¿Qué ha hecho, entonces? ¿Ha fundado una empresa

fantasma desde la celda?

—¿Una empresa fantasma?

—Ya sabe, de las que solo existen sobre el papel.

Haldayne se quedó callado y buscó un pañuelo en el bolsillo. «Eso no le ha gustado —pensó Rebus—. ¿Por qué?». Entretanto, llegó el café expreso. Haldayne bebió un par de sorbos para degustarlo y recobró la compostura.

—He venido de buena fe, inspector —dijo al fin—. No tenía por qué hablar con alguien que no está aquí con carácter oficial. —Haldayne advirtió la mirada de Rebus y sonrió—. Solo quería comprobar que era usted quien decía ser. Ahora mismo, para los diplomáticos estadounidenses cualquier

precaución es poca. Su inspectora jefe me informó de que estaba usted de vacaciones...

Rebus dio un bocado al pastelito y no dijo nada.

—Pero lo cierto, inspector, es que se le ve a usted muy ocupado. —Haldayne apuró su taza de lodo—. Me gustaría decir que ha sido un placer, pero en realidad ha resultado de lo más frustrante. —Metió las manos en las mangas de su gabardina—. Espero que no vuelva a molestarme, inspector. Hoy he enviado un cheque que cubre esas multas de aparcamiento. Por lo que a mí respecta, no hay ningún motivo por el que deba volver a contactar conmigo.

—¿A quién conoce en Royal Circus?

Haldayne se mostró desconcertado por la pregunta.

—¿En New Town?

—Es el único Royal Circus que conozco.

El tipo fingió estar meditando una respuesta.

—A nadie —dijo alegremente—. Puede que mi superior se mueva en ese tipo de círculos, pero yo no.

—¿Qué tipo de círculos?

Pero Haldayne no estaba dispuesto a contestar. Se puso en pie y realizó una pequeña reverencia formal de cintura para arriba.

—Espero que no le importe pagar la cuenta, inspector.

Y dicho eso, se dio la vuelta y se fue.

Rebus le dejó marchar. Aún tenía mucho en qué pensar, y mucho café que beber.

Rebus tenía dos opciones: irse a casa y esperar a que el Granjero o Gill descubrieran lo que estaba haciendo, o ir a St Leonard's y quitárselos de encima. Eligió la segunda ruta.

Llevaba menos de tres minutos en el edificio cuando el Granjero lo interceptó.

—A mi despacho. Ahora mismo.

Rebus vio que el ordenador del Granjero estaba encendido. Ocupaba toda la mesa, y había colocado la foto de su familia encima del archivador.

—¿Le está cogiendo el tranquilo, señor? —preguntó Rebus, pero estaba claro que iba a ser imposible distraer al Granjero.

—¿A qué coño está jugando? ¡Le ordené que se tomara unas vacaciones!

—Y estoy disfrutando hasta el último minuto, señor.

—¿Incordiar a un miembro del consulado estadounidense es su idea de diversión?

—No podía permitirme viajar a otro país.

—Tal como está comportándose, quizá tenga que hacerlo forzosamente.

—Tenía un negocio pendiente, señor.

—¿Qué clase de negocio pendiente?

—La verdad es que no se trata de un

asunto policial, señor.

El Granjero le lanzó una mirada fulminante.

—Espero que eso sea cierto, inspector.

—Que me muera ahora mismo si no lo es, señor.

—Está usted a un paso de una reprimenda oficial y a dos de la suspensión.

«Y a tres del paraíso», pensó Rebus, pero en vez de eso le dijo al Granjero que lo entendía.

Una vez en la sala del DIC, comprobó si tenía mensajes. Había media docena en la pantalla de su nuevo ordenador PanoTech. A su alrededor, oía el clac-clac amortiguado de los teclados.

Observó el monitor como si de un visitante hostil se tratara, y su reflejo le devolvió la mirada.

Tres de los mensajes eran de Rory McAllister, del Ministerio de Escocia. Rebus cogió el teléfono.

—McAllister al habla.

—Señor McAllister, soy John Rebus.

—Inspector, gracias por llamarme.

McAllister parecía aliviado, pero también inquieto, cosa poco habitual en él.

—¿Qué ocurre?

—¿Podemos vernos?

—Claro, pero me gustaría saber de qué se trata...

—En el cementerio de Calton a la una.

La llamada se cortó.

Durante el día, el cementerio de Calton estaba más o menos desierto. En verano, merodeaban por allí algunos visitantes que andaban tras la tumba de David Hume. Los más cultivados o curiosos buscaban incluso los lugares de reposo del editor Constable y el pintor David Allan. También había una estatua de Abraham Lincoln, si es que no había sido destrozada a mazazos por los vándalos.

A la una de un gélido mediodía de invierno, sin embargo, nadie estaría interesado en ir a ver lápidas y estatuas de un cementerio. Esa fue al menos la

primera impresión de Rebus al cruzar la verja de hierro de Calton. Pero entonces vio que un caballero estudiaba minuciosamente los monumentos, utilizando un largo paraguas negro enrollado a modo de bastón. Llevaba el cabello, ya entrecano, peinado hacia atrás. Tenía la tez y las orejas rojas, tal vez a causa del frío, y llevaba un abrigo negro de lana con cinturón.

Vio a Rebus y le indicó con un gesto que se acercara, así que subió los largos escalones de piedra.

—Hacía años que no venía por aquí —dijo el hombre. En otro tiempo, su acento había sido auténticamente escocés, antes de que las inflexiones y elisiones fuesen erradicadas—. Deduzco

que es usted el inspector Rebus.

—Exacto —respondió mientras lo estudiaba de arriba abajo.

—McAllister no va a venir. Soy compañero suyo.

De cerca, vio que tenía la cara picada y un ojo ligeramente vago. Con la mano que le quedaba libre, jugueteaba con la bufanda de cachemir que llevaba metida por dentro del cuello del abrigo.

—¿Cómo se llama? —preguntó Rebus.

El hombre pareció a un tiempo sorprendido y divertido por la brusquedad de la pregunta.

—Mi nombre es Hunter.

Por el modo en que lo dijo y por su porte, Rebus adivinó que, más que

compañero de McAllister, era su superior.

—Y bien, señor Hunter, ¿qué puedo hacer por usted?

—Estoy interesado en su línea de investigación, inspector.

—¿Y qué línea es esa, señor?

—Usted le hizo ciertas preguntas a McAllister. —En ese momento, pasó un autobús con gran estruendo por la calle que daba al cementerio, y Hunter alzó la voz—. La tónica de esas preguntas despertó mi interés.

—¿Por qué?

—Porque al Ministerio de Escocia le gusta interesarse por las cosas.

—¿Por qué exactamente?

Una vez que el autobús se alejó,

Hunter moderó de nuevo el tono.

—Seré breve y directo. Preferiría que interrumpiera su actual línea de investigación, inspector. No me parece pertinente.

—¿Preferiría?

—Podría crearse... un conflicto de intereses. —Hunter se apoyó el mango de nogal del paraguas debajo de la barbilla—. Por supuesto, yo soy un simple funcionario y usted policía, y no soy quién para interferir en sus asuntos.

—Es lo más acertado por su parte.

—Sin embargo, ambos servimos al Estado, ¿no es así? —Hunter removió unas hojas del suelo con la punta del paraguas—. Lo único que puedo decirle en este momento, inspector, es que sus

pesquisas pueden interferir en una investigación que estamos llevando a cabo desde hace mucho tiempo.

—Ignoraba que la investigación fuese uno de los cometidos del Ministerio de Escocia, señor Hunter, a menos que esté hablando de una investigación interna.

—Es usted un hombre inteligente, inspector, y apelo a su intelecto.

—Para serle sincero, señor, no me gusta usted en absoluto.

Hunter adoptó una expresión sombría y removió unas cuantas hojas más.

—No crucemos espadas en este asunto.

—¿Cooperación?

El hombre sopesó sus palabras.

—Me temo que todavía no. Es

confidencial. Pero más adelante, sin duda. Plena cooperación. ¿Qué me dice a eso? —Le tendió la mano—. Un pacto de caballeros.

Rebus, consciente de que no era un caballero, le estrechó la mano solo para tranquilizarlo. El anciano no parecía aliviado, tan solo un tanto complacido porque las negociaciones hubiesen sido incruentas y —a su juicio— exitosas. Se dio la vuelta, dispuesto a marcharse.

—Me pondré en contacto con usted cuando tenga algo que pueda desvelar —dijo sin mirarlo y caminando ya hacia la verja.

—Señor Hunter, ¿por qué le pidió a McAllister que me llamara? ¿Por qué no lo hizo usted mismo?

Hunter se volvió ligeramente y esbozó una media sonrisa.

—¿Qué es la vida sin un poco de intriga, inspector?

El hombre bajó las largas escaleras con cautela; al parecer, sufría una leve cojera. Era demasiado orgulloso para utilizar bastón, así que lo reemplazaba por un paraguas. Rebus esperó medio minuto, luego se dirigió hacia la verja de entrada y miró a la derecha. Hunter deambulaba por Waterloo Place como si fuese de su propiedad. Rebus lo siguió, manteniendo una distancia de seguridad.

Fue un breve paseo que finalizó en el Reichstag, también conocido como Saint Andrew's House, donde la mayoría de los burócratas del Ministerio de Escocia

hacían sus negocios. Aquel lugar había sido construido en el lugar que ocupaba la vieja prisión de Calton Gaol. Rebus siguió adelante y cruzó la calle; luego pasó frente a la vieja Royal High School, sede putativa de cualquier asamblea escocesa que pudiera celebrarse. Estaba cerrada, y un solitario manifestante se había instalado en el exterior. En sus pancartas exigía su devolución y un Parlamento escocés.

Rebus contempló la fachada de Saint Andrew's House durante un par de minutos y volvió por Waterloo Place, donde había aparcado su coche en una zona prohibida. Le habían puesto una multa, pero podría solucionarlo más tarde. Con los años, había acumulado

más sanciones que Haldayne, bastantes más. «Haz lo que yo diga —pensaba—, no hagas lo que yo hago». Por el camino, había cosechado otros «beneficios periféricos»: cafeterías y restaurantes en los que comía gratis, bares en los que su dinero no valía y un panadero que le regalaba una docena de bollos cada vez que entraba en su local. Nadie podía tacharlo de corrupto por eso, ni tampoco decir que estuvieran untándolo para un futuro soborno. Aunque algunos aseguraban que se había vendido.

«Haz lo que yo diga, no hagas lo que yo hago». Y, dicho esto, rompió la multa de aparcamiento.

De vuelta en casa, Rebus sacó toda la información que había cosechado sobre el Ministerio de Escocia. No encontró a Hunter por ningún sitio. Los documentos eran comedidos a la hora de mencionar nombres de funcionarios, aunque se complacían en citar al actual secretario de Estado, al ministro de Estado y a los subsecretarios parlamentarios; todos ellos eran diputados u ocupaban un escaño en la Cámara de los Lores. Como le había explicado McAllister, eran los chicos temporales, los testaferros. Cuando se trataba del organismo permanente —de los altos cargos—, Rebus solo encontraba silencio y anonimato: ¿modestia o discreción?, se preguntaba. Tal vez

ninguna de las dos cosas.

Llamó a casa de Mairie Henderson.

—¿Tienes alguna noticia para mí? — preguntó—. Me vendría bien.

—¿Qué sabes del Ministerio de Escocia? —dijo Rebus.

—Algunas cosas.

—¿Y sobre la directiva?

—Puede que haya habido cambios desde que miré por última vez. Llama al periódico. Habla con... ¿Quién es mejor? ¿Nacional o Parlamento? Sí, Roddy McGurk. Habla con él y dile que te he facilitado yo su nombre.

—Gracias, Mairie.

—Y lo de la noticia iba en serio, inspector...

Rebus llamó al periódico y preguntó

por Roddy McGurk. Le pasaron inmediatamente.

—Señor McGurk, soy amigo de Mairie Henderson. Me ha dicho que usted quizá podría echarme una mano con cierto asunto.

—Dispare.

El acento era de las Highlands occidentales.

—De hecho se trata de una identidad. Es un hombre llamado Hunter, del Ministerio de Escocia, unos sesenta años, utiliza paraguas, cuando en realidad debería ayudarse de un bastón...

McGurk se echó a reír.

—Permítame que le interrumpa. Está usted describiendo a sir Iain Hunter.

—¿Y quién es cuando llega a casa?

McGurk se rio de nuevo.

—Él es el Ministerio de Escocia. Es subsecretario permanente, conocido normalmente como...

—Secretario permanente —dijo Rebus, que de pronto sintió náuseas.

—Es el artífice de las políticas para todo el país. Podríamos llamarlo «Señor Escocia».

—Y sin embargo no es una figura muy pública.

—No tiene ninguna necesidad de ello. Como dice la vieja canción, él tiene el poder.

Rebus le dio las gracias a McGurk y colgó. Temblaba ligeramente. Señor Escocia... Tiene el poder. Se preguntaba

dónde se estaba metiendo.

Entonces sonó el teléfono.

—Olvidé decirte... —empezó Mairie Henderson.

—¿Sí?

—¿Recuerdas que me preguntaste si el concejal Gillespie tenía algún trapo sucio?

—Continúa.

—No fue en mi época, pero ayer hablé con un empleado de BBC Escocia. ¿Sabes que estoy trabajando en una radio de Queen Street? En fin, no se trata de Gillespie, sino de su mujer.

—¿Qué pasa con ella?

—Dicen que se entiende con otro.

—¿Tiene una aventura?

—Sí.

Rebus recordó su visita a casa del concejal. Percibió cierta atmósfera de amor perdido, pero en aquel momento la achacó a otras cosas.

—¿Con quién está liada?

—Eso no lo sé.

—¿Y cómo lo sabe tu fuente en la BBC?

—No me lo ha dicho. Oyó un rumor la última vez que estuvo en el ayuntamiento. Según le dijeron, podría ser otro concejal.

—De acuerdo. Si te enteras de algo más, házmelo saber. Adiós, Mairie.

Rebus colgó e intentó poner en orden sus pensamientos. Observó las bolsas de papel triturado, pero eso no le había ayudado mucho. Acabó repitiéndose una

pregunta:

«¿Dónde me estoy metiendo?».

El inspector jefe Frank Lauderdale se encontraba en una sala abierta de la Clínica Real, pero su cama ocupaba una esquina junto a una ventana, con vistas al parque de los Meadows. Había echado la cortina que lo separaba de sus vecinos, lo cual le procuraba cierta privacidad. En un pequeño armario situado al lado de la cama, había un jarrón con flores, aunque parecían estar a punto de marchitarse bajo el calor infernal del hospital.

—Casi se ve mi piso desde aquí... —

dijo Rebus, mirando por la ventana.

—Eso ha sido un motivo de consuelo permanente para mí —replicó Lauderdale—. Has tardado mucho en venir a visitarme.

—No me gustan los hospitales, Frank.

—Ni a mí. ¿Crees que estoy aquí por mi buena salud?

Ambos compartieron una sonrisa, y Rebus examinó al paciente.

—Estás hecho una mierda, Frank.

El rostro de Lauderdale parecía el de un niño pequeño que hubiera intentado afeitarse con una cuchilla. El impacto del parabrisas le había dejado docenas de cortes y cicatrices. Tenía los ojos amoratados e hinchados, y en la nariz le habían aplicado unos horribles puntos

negros de sutura. Con todo el yeso y las vendas que llevaba, parecía un paciente de un gag humorístico.

—¿Qué tal las piernas? —preguntó Rebus.

—Me pican.

—Supuestamente es buena señal.

—Volveré a caminar... O eso me han dicho. —Lauderdale dibujó una sonrisa nerviosa—. Puede que me quede una cojera o dos.

—Dos sería mejor —repuso Rebus—. Así la cosa quedaría equilibrada.

—¿Quieres firmarme la escayola?

Rebus miró el yeso que cubría las piernas de Lauderdale, que había sido autografiado por varios visitantes.

—¿Cuál?

—Tú eliges.

Rebus sacó un bolígrafo del bolsillo. No era fácil escribir en aquella superficie rugosa, pero hizo lo que pudo.

—¿Qué dice? —preguntó Lauderdale intentando verlo.

—«Abróchate a la vida».

Lauderdale se tumbó de nuevo.

—Si no añades: «Usa el cinturón», nadie lo entenderá. ¿Qué ha pasado con lo de esos dos?

Se refería a Willie y Dixie.

—Que me busquen —respondió Rebus—. Yo ahora estoy de vacaciones.

—Eso me han dicho.

—¿Ah, sí?

—Tu nueva jefa. Sinceramente, tengo mis dudas: te conozco bien, y sé que

mientras te quedes en esta ciudad siempre estarás trabajando. ¿Cómo se está adaptando?

Ahora hablaba de Gill Templar. Rebus asintió.

—Bien. —No estaba seguro de que aquello fuera lo que Frank Lauderdale quería oír. Acercó una silla a la cama y se sentó—. La verdad es que tengo un problema, Frank.

—Pues claro que lo tienes. Por eso estás aquí.

—No se trata de la hija del alcalde...

—¿Todavía no la has encontrado?

—Me estoy acercando. Por lo visto, conocía a los dos chavales del coche.

—No lo sabía.

Rebus cambió de postura.

—Tampoco es que lo haya anunciado a bombo y platillo.

Lauderdale sacudió la cabeza.

—Por Dios, John...

—Como te decía, ella no es mi problema inmediato. Es un perdedor llamado Wee Shug McAnally.

—¿El que se cortó el pelo a cepillo?

—El mismo. —Rebus se pasó la lengua por la perforación del diente—. En Saughton, compartía celda con un estafador llamado Derwood Charters. Wee Shug fue trasladado desde otro centro y acabó en una celda con él. —Rebus miraba fijamente a Lauderdale—. Resulta que ninguno de los presos sabía por qué habían internado a McAnally. Violó a una menor. ¿Qué te dice todo

eso, Frank?

Lauderdale no medió palabra.

—A mí me dice —prosiguió Rebus— que hubo una conspiración desde arriba para que el resto de los presos no se enteraran.

—Dame un poco de agua, por favor.

Rebus le acercó el vaso a Lauderdale.

—¿Y por qué iban a hacer tal cosa?

—preguntó Lauderdale al coger el vaso.

—Podría haber muchas razones.

Probemos con una: supongamos que McAnally estuviera allí como cebo.

Lauderdale se tomó su tiempo para beber.

—¿Como cebo? —dijo por fin.

—Para espiar a Charters, o tal vez para ganarse su confianza. —Rebus

acercó más la silla, aunque Lauderdale no pensaba ir a ninguna parte—. Charters está entre rejas por fraude, y lo encerró la Unidad de Delitos Fiscales. Dirigía la investigación el inspector jefe Allan Gunner, que actualmente es jefe de policía adjunto. Resulta que fue él quien me organizó estas bonitas vacaciones. Amenazó al Granjero con una inspección del Cuerpo de Inspectores de Su Majestad si no me ataban en corto.

—Debería haber sido más inteligente. —Lauderdale hizo una pausa—. Aun así, el Cuerpo de Inspectores es un organismo independiente. ¿Cómo puede controlar sus decisiones el jefe de policía adjunto?

Era un buen argumento, concedió

Rebus. Los dirigentes del cuerpo eran funcionarios, no agentes de policía.

—De todos modos —dijo pensativo—, fue Gunner quien presionó. De eso estoy seguro.

—Puede que otros agentes hayan captado la indirecta, John.

—Yo no. En esa investigación inicial sobre Charters, había al menos dos policías a los que conozco: tú y Alister Flower. Y Flower también me ha lanzado alguna advertencia, lo cual constituye un bonito círculo, ¿no te parece, Frank?

—Entonces ¿por qué recurres a mí?

—Quizá porque eres la única persona con la que puedo intentarlo. Quizá porque, a pesar de todo, casi confío en

ti. Eres un maquinador, un trepa y te gustaría ocupar el puesto del Granjero, pero en el fondo tienes corazón de policía... —Rebus guardó silencio unos instantes—. Igual que yo. Así que, vamos, Frank, háblame de McAnally.

—No puedo. —Lauderdale vio la mirada de Rebus—. No puedo porque no hay nada que contar. Tienes razón, trabajé en la investigación de Albavise, pero no hay más. Sin embargo, sí sé una cosa: si cabreas no solo a Flower, sino también al jefe de policía adjunto y a Big Jim Flett, será mejor que te andes con cuidado.

—Creo que llega aún más lejos —confesó Rebus—. El Ministerio de Escocia, y puede que incluso algún

diputado o ministro.

—Por el amor de Dios, John... —
susurró Lauderdale.

Rebus se levantó.

—Así que puede que, cuando tú estés
haciendo las maletas para marcharte a
casa, estén trayéndome a mí en camilla.

—No bromees.

—¿Quién ha dicho que estoy
bromeando?

—Y no me cuentes nada más. Cuanto
menos sepa, mejor.

—¿Por ti o por mí?

Lauderdale se incorporó como pudo.

—Déjalo —le aconsejó—. Por una
vez en tu larga vida de zoquete,
olvídalo.

Rebus colocó la silla donde la había

encontrado.

—No puedo hacer eso, Frank. —
Volvió a meter la lengua en el hueco. La
infección todavía no se había drenado
del todo.

—Cuídate —dijo a Lauderdale.

—Eso probablemente debería decirlo
yo.

Rebus había recorrido ya media sala,
cuando oyó que Lauderdale lo llamaba.
Volvió a acercarse a la cama. El
paciente se había incorporado y miraba
por la ventana.

—Flower —dijo sin mirar a Rebus.

—¿Qué pasa con él, Frank?

—McAnally era los ojos y los oídos
de Flower.

—¿Su soplón?

Lauderdale asintió sin apartar la mirada de la ventana.

—Te lo agradezco —dijo Rebus, volviéndose de nuevo.

—Eso espero, John —repuso Frank Lauderdale sosegadamente.

Había un sobre en la moqueta del recibidor. El cartero ya había pasado por allí aquella mañana, de modo que lo habían entregado en persona y no llevaba sello, tan solo su nombre en tinta azul. En la pestaña se apreciaba un escudo oficial en relieve: el león y el unicornio sosteniendo un escudo entre ambos. Rebus sabía perfectamente que era el emblema del Ministerio de

Escocia. Sopesó el sobre. Era delgado y ligero, pero bastante sólido. Lo dejó sobre el reposabrazos de la butaca, fue a la cocina y vertió un poco de agua del grifo en un vaso de whisky. Cogió un cuchillo de un cajón y se lo llevó, junto con el vaso, al comedor. Se sentó en la butaca, bebió un trago y abrió el sobre.

Era una tarjeta blanca, una invitación con una elaborada caligrafía en relieve y un borde dorado.

Sir Iain Hunter
se complacería en disfrutar de su compañía
Sábado, 4 de marzo

RUTHIE ESTATE
PERSHIRE
12:00 H

Habían añadido el nombre de Rebus con tinta azul en la parte superior. No había confirmación de asistencia, tan solo una dirección, y tampoco número de teléfono. Rebus le dio la vuelta a la tarjeta y vio que llevaba impreso un mapa que mostraba la localización de la finca, situada más o menos a medio camino entre Perth y Auchterarder. Solo faltaban dos días para el sábado.

Llevó la invitación a la repisa de la chimenea y la apoyó en la pared desnuda. La única finca en la que había estado hasta entonces era de protección oficial e imaginaba que la de Ruthie no sería precisamente así.

Cuando salió camino de su sesión nocturna en el Oxford, aún tenía dudas de si debía asistir o no al encuentro.

El doctor Klasser no estaba allí. Había telefonado para avisar de que llegaría muy tarde, si es que llegaba. El camarero dejó una pinta delante de Rebus justo cuando entraba Salty Dougary.

—Ahí fuera hace un frío que pela —dijo.

—Aquí te lo resuelven por ochenta chelines. Venga, Jon, sírvele a este hombre su veneno.

Dougary se sentó en el taburete situado junto a Rebus.

—Tengo algo para ti.

—¿Qué?

—¿Recuerdas que me preguntaste por Mensung?

Sí, Rebus lo recordaba perfectamente. Le había hecho la misma pregunta a Rory McAllister, pero este había recibido una seria advertencia. Estaba seguro de que no volvería a tener noticias tuyas.

—¿Qué ocurre?

—Ya me acuerdo de qué era —dijo Dougary sin darle demasiada importancia. Había aparecido su bebida, y pidió unas patatas fritas.

—Y bien, ¿de qué se trata?

—Sal y vinagre, Jon —indicó Dougary al camarero. Alguien subió el volumen del televisor para escuchar un resumen deportivo y Dougary se volvió

hacia Rebus—. Era una empresa. —
Bebió un trago de cerveza—. Y un
paquete de frutos secos —le dijo al
camarero.

—¿Dices que es una empresa?

—¿Eh?

Dougary ya había desviado su
atención hacia el televisor. Rebus lo
bajó del taburete y lo arrastró a las
gélidas y oscuras calles. El tráfico
circulaba con gran estruendo por Castle
Street.

—¡Aquí se hiela uno! —protestó
Dougary.

—Explícame de qué va la cosa. —
Dougary miró con anhelo hacia la puerta
del pub—. Explícamelo aquí —insistió
Rebus.

—¿Te acuerdas de cuando trabajaba en aquella empresa de semiconductores?

—¿Se llamaba Mensung?

—No, no se llamaba así, pero tenía la política de intentar reciclar a los trabajadores a los que despedía.

—¿Y?

—Pues que a mí me despidieron y me enviaron a una agencia de recolocación. Esta agencia organizaba seminarios, o supuestamente debía hacerlo. En principio ofrecía toda una serie de planes y programas de reciclaje laboral, la mitad de los cuales nunca llegaron a materializarse. Esa panda de chapuceros se llamaba Mensung.

—¿Todavía existe?

Dougary se encogió de hombros.

—Me han despedido dos veces desde entonces y nunca he vuelto a tropezar con ellos.

—¿Dónde estaba?

—Al lado del teatro, en la parte alta de Leith Walk.

—¿Todavía conservas alguna información, algo por escrito?

Dougary lo miró.

—Tendría que consultarlo con mi secretaria.

La ironía era tan pesada que pudo oírla caer. Rebus sonrió.

—Pregunta estúpida, Donny. Lo siento.

—¿Puedo volver a entrar?

—Claro.

—¿Te pasa algo?

—¿A qué te refieres?

—Me has llamado Donny en lugar de Salty.

—Te llamas así, ¿no?

—Supongo —repuso Dougary antes de abrir la puerta.

Uno de los motivos por los que Rebus bebía era porque le ayudaba a conciliar el sueño.

Tenía problemas para dormir cuando estaba sobrio. Contemplaba la oscuridad, deseando que perfilara alguna forma para poder comprenderla mejor. Intentaba buscarle sentido a su vida: sus primeros años desastrosos en el ejército; el fracaso de su matrimonio; sus errores como padre, amigo y amante... Y acababa llorando. Y si finalmente se quedaba dormido aun

estando sobrio, tenía pesadillas sobre la vejez y la muerte, el deterioro y la desgracia. La oscuridad adoptaba formas en sus sueños, pero no osaba mirarlas. En vez de eso, huía, corría a ciegas y a veces se topaba con ellas, notando cómo la negrura se moldeaba a su alrededor.

Cuando se dormía borracho, en cambio, nunca soñaba, o eso le parecía al despertar. Puede que estuviera empapado en sudor, pero no temblaba. Así que siempre intentaba tomarse unas copas antes de irse dormir, normalmente en su butaca, y, puesto que ya estaba cómodo, ¿qué sentido tenía levantarse e ir al dormitorio?

Estaba en la butaca, muerto para el

mundo, cuando sonó el timbre. Se incorporó y encendió la lámpara. Después abrió los ojos para consultar el reloj. Era la una y media. Atravesó el pasillo a tientas, como si estuviera aprendiendo a caminar, y descolgó el interfono.

—¿Sí?

—Soy Patience.

—¿Patience?

Sin pensarlo dos veces, abrió la puerta y regresó al comedor a ponerse los pantalones. Cuando llegó de nuevo al umbral, Patience casi había llegado al descansillo. Caminaba lentamente y con decisión. Subía cabizbaja, fijándose en los escalones, y no se había peinado.

—¿Qué ha ocurrido?

Patience se plantó delante de él y enseguida se dio cuenta de lo enfadada que estaba, tanto que parecía insólitamente apacible.

—Estaba tumbada en la cama —dijo pausadamente—, y no sé qué ocurrió... De pronto lo vi.

—¿Qué?

—¿Sabes que Lucky ha muerto?

—Sí, lo siento.

Patience asintió.

—Gracias por estar ahí, te lo agradezco. Estaba pensando que habías sido muy frío, incluso tratándose de ti. Sammy me dijo que te lo había contado. Me preguntaba por qué no te habías puesto en contacto conmigo, y entonces lo recordé. Qué estúpida fui al

olvidarlo. Estuviste allí el domingo. Estabas sentado justo al lado de la puerta del porche. —Moderó todavía más el tono de voz—. Dejaste a Lucky encerrado fuera.

—Patience, yo...

—¿No es así?

—Mira, es tarde. ¿Por qué no...?

—¿No es así?

—Dios, no lo sé... De acuerdo, si te hace sentir mejor, sí. —Se frotó la cara con la mano—. Aquel ruido me estaba volviendo loco, así que cerré la gatera y me olvidé. Lo siento.

Patience abrió el bolso y sacó una bolsa de plástico más pequeña.

—Esto es para ti.

Cuando Rebus extendió el brazo para

cogerla, Patience le asestó una bofetada en la mejilla izquierda. Después se dio la vuelta y empezó a bajar las escaleras.

—¡Patience!

Ni siquiera se detuvo. Siguió adelante. Rebus abrió la bolsa y miró en su interior.

Eran solo unos retales, unos jirones, nada más.

Lo que quedaba de Lucky.

Por la mañana, sacó la bolsa al jardín trasero.

El jardín era en realidad un largo rectángulo de césped comunitario reseco con un parterre que atendía la señora Cochrane, que vivía debajo de Rebus.

Justo al franquear la puerta trasera del edificio, había un pequeño trastero cerrado con candado. Era un espacio común, pero Rebus no había bajado hasta allí para guardar ningún trasto. Aun así, abrió la puerta y sacó una pala que pertenecía al difunto señor Cochrane.

Dejó la bolsa de plástico junto al parterre, miró a su alrededor y comprobó las ventanas para cerciorarse de que nadie lo estaba observando, y alzó la pala.

Cuando impactó en el suelo, notó la colisión desde las muñecas hasta la columna vertebral. Lo intentó de nuevo, arrancó un terrón de tierra helada y se detuvo a recoger su premio. Parecía

caramelo, caramelo congelado.

—Dios mío... —dijo al probar de nuevo.

Veía cómo su aliento flotaba en el aire. En el edificio situado al otro lado, alguien que preparaba el desayuno se acercó a la ventana de la cocina. Todavía no era de día, pero Rebus sabía que podía verle con bastante nitidez.

Era todo lo que necesitaba para convencerse de que debía dejarlo.

Decidió dirigirse a Cowgate, aparcó su coche y llevó la bolsa al tanatorio.

—Inspector —dijo un empleado—, ¿qué podemos hacer hoy por usted?

Rebus le entregó la bolsa, le dio las gracias y se fue.

Se había citado con Holmes y Clarke

en una moderna cafetería situada cerca de la universidad, pero todavía no estaba abierta, así que pasearon por Nicolson Street hasta que encontraron un bar limpio y bien iluminado.

Les preguntó cómo iban las cosas en St Leonard's, y le contaron que todavía eran sometidos a un estrecho escrutinio, pero que era soportable.

—Perfecto —dijo—, porque quiero que hagáis una cosa más por mí. Me gustaría obtener información sobre una empresa. Probablemente ya no exista, pero estaba en activo en 1986 o 1987.

—¿Una sociedad limitada?

—Ni idea.

—¿Quiénes eran los directivos?

Rebus se encogió de hombros.

—Lo único que puedo deciros es que se llamaba Mensung.

Clarke y Holmes se miraron.

—¿El informe del concejal? — preguntaron al unísono.

—Era una empresa de recolocación y, por lo visto, no muy buena. Las oficinas estaban en Leith Walk, al lado del teatro. Quiero que consultéis el registro mercantil, cualquier cosa que podáis encontrar, por ejemplo, listas de empresas de recolocación en Escocia. —Con un gesto, indicó a la camarera que estaban listos para pedir—. No os privéis de nada —les dijo—. Creedme, os vais a ganar esta comida.

Cuando salió de allí, Rebus se dirigió a Leith Walk.

Junto al teatro había un pub y al lado un quiosco, pero entre ellos vio una puerta entrecerrada. En la pared exterior había un par de placas, y se distinguía el hueco que en otro tiempo habían ocupado otras como aquellas. Rebus abrió la puerta, notando que no estaba bien anclada a los goznes, y entró en un pasillo oscuro que olía peor que los servicios de muchos bares. Los escalones de piedra estaban muy desgastados, y las paredes llenas de grafitis.

En la primera planta le recibieron dos puertas macizas, una con una tarjeta clavada que decía «Combined

Knitwear» y la otra con una placa de aspecto mucho más vetusto: «J. Joseph Simpson y Asociados». Rebus subió a la segunda planta, pero las puertas eran anónimas y estaban cerradas a cal y canto con candados. Volvió al primer piso, llamó a la puerta de Simpson y Asociados y la abrió.

Se encontraba en un recibidor muy similar al de su casa. Desde él se accedía a varias habitaciones, y había un cartel de «recepción» que apuntaba a una de ellas. La puerta ya estaba abierta, así que decidió entrar. Detrás de una mesa y una máquina de escribir, había un anciano hablando por teléfono. Rebus nunca se había sobresaltado al ver a un simple secretario, pero jamás había

tropezado con uno tan obsoleto. Varios documentos estaban esparcidos por la mesa, las sillas y la moqueta.

El hombre pareció sorprendido por la llegada de Rebus y colgó el teléfono con brusquedad.

—Siento interrumpir...

—No pasa nada, no pasa nada. —El hombre recogió varios folios con gran artificio—. ¿Qué puedo hacer por usted, señor?

Aquel anciano le recordaba a Charles Laughton. Era rechoncho, con varias barbillas a modo de papada, y tenía los ojos hinchados y tristes, con una piel llena de manchas y brillante. Llevaba un traje que debió de estar de moda cuarenta años antes, y que incluía

chaleco y cadena para el reloj. Por unos instantes, Rebus pensó que podría pasar por el abotargado y zarrapastroso hermano mayor de sir Iain Hunter.

Rebus le enseñó su identificación.

—Inspector Rebus, señor. Estoy interesado en una empresa que tenía sus oficinas aquí.

—¿Aquí?

—En este edificio. Hará cosa de ocho años. ¿Estaba usted aquí en aquel momento?

—Desde luego.

—La empresa se llamaba Mensung.

—Un nombre curioso... —El hombre lo repitió en voz baja varias veces—. No —dijo—. Nunca he oído hablar de ella.

—¿Está seguro?

—Completamente.

—¿Cree que podría hablar con su jefe?

El hombre sonrió.

—Mi jefe soy yo. Joe Simpson, a su servicio.

—Lo siento, señor Simpson.

—¿Pensaba que era el secretario? — El tal Simpson parecía divertirse—. Bueno, supongo que lo soy. Mi última secretaria se marchó al cabo de dos días. Esas chicas que me envía la agencia son unas inútiles. Siempre están a vueltas con los horarios. No intentes que se queden un minuto después de las cinco —añadió, sacudiendo la cabeza.

—¿No sabrá quién era su secretaria

hace ocho años, señor Simpson?

Joe Simpson señaló amenazadoramente con el dedo.

—Debe de pensar que la memoria de una chica es mejor que la mía, pero se equivoca. Aunque por supuesto, no tengo ni idea. Han pasado muchas chicas por esta mesa.

Sacudió la cabeza de nuevo.

—Señor Simpson, ¿qué empresas había en este edificio hace ocho años?

—Bueno, estaba la mía, por supuesto, y Capital Yarns.

—¿Ahora Combined Knitwear?

—La mujer que regentaba Capital Yarns se fue en 1989. La oficina estuvo vacía casi un año. Después abrió una empresa de informática que duró tres

meses. El lugar estuvo vacío otra vez, hasta que llegó la señora Burnett. Ella es Combined Knitwear.

—¿Y el piso de arriba?

—Hace años eran oficinas. Desde hace más o menos una década, son solo almacenes.

Rebus se encontraba en un callejón sin salida; nada habría cambiado si se hubiera quedado en el piso de arriba en vez de entrar allí. Decidió volver a preguntarle por Mensung, y esta vez se lo deletreó y lo anotó en una hoja que le pasó el anciano. Cuando se la devolvió, lo único que hizo Simpson fue inclinar la cabeza y pronunciar un «no» rotundo. Rebus le dio las gracias, volvió al descansillo y se apoyó en el pasamanos.

Había muchas empresas como aquellas en Edimburgo. Eran pequeñas, cambiantes y anónimas, y no entendía cómo podían ganar dinero. Se sorprendió al reparar en que ni siquiera sabía a qué se dedicaba J. Joseph Simpson y Asociados, aunque ahora tenía la certeza de que no había ningún socio; puede que nunca lo hubiera habido.

Estaba ya a punto de marcharse, cuando se abrió la puerta de Combined Knitwear y salieron dos mujeres, que miraron a Rebus y continuaron con su conversación. Una de ellas llevaba abrigo y cargaba con dos voluminosas bolsas de plástico que no parecían pesadas. Lana, dedujo Rebus. La otra

lucía un traje chaqueta de punto en cuadros rojos y negros y un collar de perlas. Del cuello colgaban unas gafas con cordón. Era menuda y esbelta, y probablemente tenía la misma edad que Rebus.

—En fin, gracias de nuevo —le dijo a la clienta y, después, mirando a Rebus, añadió—: ¿Puedo ayudarle en algo?

—¿Señora Burnett?

—Sí —contestó con cierta incomodidad.

—Inspector Rebus.

Mostró de nuevo su identificación.

—¿Se trata de un robo? Las puertas de esos almacenes son de acero, pero los ladrones encontrarían la manera de entrar, de todos modos.

—No, no se trata de un robo.

—Oh. —Se quedó mirando a Rebus
—. Estaba a punto de prepararme un té.
¿Le apetece una taza?

Rebus aceptó la invitación de buen grado.

Las oficinas de Combined Knitwear tenían la misma distribución que las de Joe Simpson: cuatro salas que partían de un estrecho pasillo. Una de las habitaciones servía de oficina. Allí se encontraba la señora Burnett, llenando una tetera en el fregadero de una pequeña cocina. Había montones y montones de madejas de lana expuestas en varios estantes, algunas cajas llenas de patrones y un recipiente de metacrilato con agujas de tejer. Las

paredes y las puertas estaban decoradas con fotografías ampliadas de varios patrones de costura, con hombres sonrientes y despreocupados y mujeres que parecían modelos de hacía quince o veinte años. En una serie de colgadores, había también enormes madejas de gruesa lana blanca. A Rebus le gustaba el olor que desprendía aquel lugar. Le recordaba a su madre, a sus tías y a sus amigas. Su madre lo regañaba a menudo por utilizar las agujas de tejer como baquetas de batería.

Se dio la vuelta, y vio que la señora Burnett se encontraba en el umbral.

—Parecía usted muy relajado —dijo.

—Lo estaba —repuso él.

—El té está casi listo.

—Por casualidad no sabrá usted a qué se dedica el señor Simpson...

La señora Burnett soltó una pequeña carcajada.

—La verdad es que llevo años preguntándomelo.

—¿Años?

—¿Acaso le ha dicho que soy una recién llegada? Él no me recuerda, pero trabajaba aquí cuando esto era Capital Yarns. No era la propietaria, solo una empleada más. Poco después decidí instalarme por mi cuenta, y vi que esta oficina estaba libre. No pude evitarlo —suspiró—. Sentimientos, inspector. Nostalgia. No se deje influir nunca por ellos. Pocas clientes están dispuestas a darse la caminata desde Princes Street.

Estaría mejor en un lugar un poco más céntrico.

Rebus recordó cómo llegó a instalarse IBM en Greenock: nostalgia una vez más, pero a gran escala.

Siguió a la señora Burnett por la oficina.

—¿Trabajaba usted aquí hace ocho años? ¿Hacia 1986 o 1987?

La mujer sirvió agua caliente en dos tazas.

—Sí, claro.

—¿En aquel momento había una empresa llamada Mensung?

—¿*Mensonge*?

Rebus se lo deletreó.

—No —respondió—. Por aquel entonces solo estaban el señor Simpson

y Capital Yarns. ¿Seguro que era esta la dirección? —Rebus asintió, mientras ella sumergía las bolsitas de té en agua—. ¿Leche y azúcar?

—Solo leche por favor. —La señora Burnett le tendió la taza—. Gracias. ¿Por qué ha utilizado esa pronunciación?

—¿*Mensonge*?

—Sí, suena a francés.

—Lo es. Significa «mentira».

—¿Qué?

—Falsedad, embuste. ¿Le pasa algo al té, inspector?

—No, en absoluto, señora Burnett. El té está bien. Está muy bien...

Para cerciorarse del todo, Rebus

preguntó en el quiosco. El propietario, que regentaba el lugar desde hacía dieciocho años, se limitó a negar con la cabeza. Después, Rebus habló con la agencia inmobiliaria, que corroboró que ninguna empresa llamada Mensung había alquilado oficinas en aquella dirección.

—¿Podría indicarme quién es el propietario de la finca? —preguntó Rebus—. Solo por curiosidad.

La mujer no sabía si podía hacerlo. Rebus insistió de nuevo en que sus pesquisas formaban parte de una investigación policial, y la empleada cedió.

—El propietario —dijo por fin— es un tal señor J. Simpson. El señor Simpson tiene, además, alquilada una

oficina como individuo a Simpson y Asociados, otra a Combined Knitwear y también la del señor Albert Costello.

—¿Costello?

—El quiosquero de al lado —dijo la empleada.

—Por el momento, nada —dijo Brian Holmes mientras tomaban una copa a la hora de comer—. No hay constancia de que haya existido nunca la empresa.

Rebus masticó el último bocado de pastel del carne.

—Empiezo a pensar que nunca ha existido. ¿Dónde está Siobhan, por cierto?

—En el gimnasio.

—¿Qué es un gimnasio?

Brian Holmes sonrió. Había ganado peso durante el último año, y ahora lucía barriga cervecera y unos carrillos incipientes. Gajes del oficio, decían algunos.

—Pensaba que te entrenabas a mediodía —dijo.

—Hace siglos que no practico deporte.

Rebus decidió ir a nadar un poco aquella tarde y logró completar doce pensativos largos, tras lo cual tuvo que sentarse un rato en su cubículo. Ese era el problema del ejercicio: no era divertido. La gente atlética y activa que veía a su alrededor no parecía más feliz que los demás. No tenía sentido hacer

deporte para alargar la vida, si seguías siendo un pobre desgraciado. Compensó la natación llegando temprano al Oxford, donde esperaba charlar con Salty Dougary. Sin embargo, no apareció por allí, y Rebus decidió romper las reglas.

Iría a verlo a su casa.

Dougary estaba divorciado y había alquilado el piso superior de una casa de notable envergadura situada a tiro de piedra del estadio de Murrayfield. Si hubiera descubierto a Rebus copulando con su exmujer en el portal, no se habría mostrado más sorprendido.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Tengo que hablar contigo, Salty.

—Hoy no me apetecía tomar una copa. Nuestro jefe nos trata como

esclavos. Tenemos un encargo muy voluminoso y se acerca el plazo, y Mathieson se pasa el día gritando por teléfono.

—¿Mathieson?

—El jefe de PanoTech. Tendrías que ver cómo nos...

—Salty, siento interrumpir, pero aquí fuera hace un frío que pela.

Dougary se hizo a un lado y le dijo a Rebus que pasara.

—Te lo advierto, esto está hecho una pocilga.

Sin duda, pensó Rebus, no era un buen reclamo de la vida de soltero.

—¿Te has quedado sin bolsas de basura o qué?

—Nunca encuentro el momento para

limpiar. ¿Quieres una cerveza?

—Gracias. —Rebus apartó unas cajas de pizza, algunas bolsas de patatas y un par de latas vacías y se sentó. Salty volvió con dos cervezas y le ofreció una.

—¿Qué urgencia es esa?

Rebus bebió de la lata.

—Me dijiste que Mensung estaba en la parte alta de Leith Walk. —Dougary asintió—. Al lado de un quiosco, ¿no? —asintió de nuevo—. He echado un vistazo esta mañana y nadie ha oído hablar de ellos.

—¿Y?

—¿Estás seguro de que la empresa estaba allí?

—Esa era la dirección que figuraba

en el membrete de su correspondencia.

—¿Seguro que no conservas ninguna de sus cartas por aquí?

Rebus escrutó la habitación. El mensaje estaba claro: «Por lo visto, guardas todo lo demás».

—Cuando Fiona y yo nos separamos, lo tiró todo. Y digo todo. Cartas, fotos... Creo que incluso perdí el certificado de nacimiento. John, la verdad es que nunca visité Mensung en esa dirección. Los cursos a los que asistí se celebraban en Corstorphine Road.

—¿Recuerdas el número?

Dougary asintió.

—Uno-seis-cinco de Corstorphine Road. Es la fecha en que Fiona y yo nos casamos, dieciséis del cinco, por eso lo

recuerdo. —Su rostro adoptó una expresión de nostalgia—. Dos chips unidos en la placa base de la vida.

Rebus trató de recordar cuándo se habían casado él y Rhona. Probablemente había sido en junio o julio, pero era todo cuanto podía constatar.

A la mañana siguiente a primera hora, circulaba por Corstorphine Road en busca del número 165. Haldayne, el estadounidense, le había mencionado que algunas empresas solo existían sobre el papel, y aunque Rebus no sabía exactamente qué era una empresa fantasma, desde luego empezaba a tener

la sensación de estar persiguiendo algo poco más sustancioso que un membrete.

Su visita a Corstorphine Road pareció confirmarle esa sensación.

Los actuales ocupantes de la oficina le dijeron que en 1986 y 1987 las instalaciones eran alquiladas por periodos cortos, a veces de tan solo unos días. Pero no había registros de los inquilinos de aquella época. Además, los despachos habían cambiado de propietarios en varias ocasiones desde entonces.

—Gracias por su ayuda —dijo Rebus.

«Callejón sin salida —pensó—. Empresa sin salida». Tendría que conseguir que el concejal Gillespie volviera a hablar con él; no le quedaba

otra alternativa. Eso u olvidarse por completo del asunto. A fin de cuentas, era lo que quería todo el mundo, aunque él nunca había sido una persona complaciente. Jamás había actuado de cara a la galería.

Sí, hablaría con el concejal Tom Gillespie. Pero después del fin de semana. Entretanto, tenía que hacer algunas compras a todo correr. Ropa nueva. Por alguna razón, quería estrenar atuendo en casa de sir Iain.

TRES

ZUGZWANG

Dos pilares de piedra marcaban el inicio del largo y serpenteante camino. Rebus abandonó la carretera principal, enfiló el sendero de gravilla y detuvo el coche. No había ningún cartel que le indicara que había tomado el desvío correcto. Consultó el mapa que figuraba al dorso de la invitación y llegó a la conclusión de que había acertado. El anonimato del camino se le antojaba algo muy propio de sir Iain Hunter. A ambos lados se extendía el campo abierto, pero pronto se veía

interrumpido por densos bosques. Muros de piedra contruidos a la antigua usanza y cubiertos de musgo mediaban entre el camino y los árboles.

Finalmente, tras recorrer casi un kilómetro, dejó atrás la oscuridad de la senda y llegó a un amplio y cuidado jardín cubierto de césped, con invernaderos y un huerto de verduras protegido por un muro pequeño. Justo delante de él, se elevaba una casa de piedra gris al estilo de los barones escoceses, con dos torretas — probablemente solo ornamentales— que nacían en el segundo piso y se estrechaban en la parte superior, revestidas de pizarra, por encima del tejado. Había tres coches —un Rover

800, un Jaguar y un Maserati—aparcados sobre la rosada gravilla. Rebus aparcó su vehículo al lado de los otros y salió, procurando no dejarse impresionar. A lo lejos, un riachuelo atravesado por un pequeño puente arqueado dividía en dos la inmensa extensión de césped que se extendía ante él. Aquello le recordaba a una de las calles del Royal Golf Club Saint Andrews.

—Bonitas vistas, ¿verdad?

Era la voz de sir Iain, que se dirigía hacia Rebus apoyándose en un bastón tallado. Aparentemente, en casa el paraguas no era indispensable para él.

—Estaba pensando que debería haber traído el hierro tres.

—¿Juega usted a golf?

—Solo con un hierro tres.

Hunter se echó a reír y le puso una mano en el hombro.

—¿Le ha costado encontrar el lugar?

—Sin problemas.

—Bien. —Con un gesto, le indicó a Rebus que lo siguiera hacia la casa—. Podríamos tomar una copa antes, luego salir a disparar un poco y tomar un almuerzo ligero.

—¿A disparar?

—Imagino que ha empuñado usted un arma más de una vez, inspector.

—He empuñado muchas cosas.

—No sabía si probar con faisanes o liebres de invierno, así que finalmente me decanté por el tiro al plato.

—Bueno, eso sabe mejor, ¿no?

Hunter sacudió levemente la cabeza con aire divertido.

—Sus respuestas son siempre un misterio, inspector.

Entraron en un espacioso vestíbulo con suelo de mármol blanco y cuadros en las paredes: era arte moderno, lo cual sorprendió a Rebus. Casi todo parecía desentonar en aquel entorno de paneles de madera y columnas acanaladas. Una escalera con balaustrada de hierro forjado se elevaba en medio del enorme vestíbulo y se bifurcaba a izquierda y derecha.

—Por aquí —dijo Hunter—. Permítame su abrigo.

Rebus se quitó su flamante sobretodo,

se enderezó la americana, se alisó la corbata y se adentró en la sala, donde había ya varias personas.

Un criado servía bebidas con varios decantadores dispuestos sobre un carrito. «Entonces —pensó Rebus—, soy lo bastante importante como para que me reciba el jefe, en lugar del lacayo». Permaneció allí de pie, sin mirar a ninguno de los presentes en particular, y haciendo tiempo hasta que sir Iain regresara.

—Hola, John —dijo alguien que se dirigía hacia él con la mano extendida. Sostenía un pesado vaso de cristal y parecía un tanto avergonzado. Hasta que le estrechó la mano, Rebus no se percató de quién era.

Se trataba de Allan Gunner, el jefe de policía adjunto.

—¿Conoce a todo el mundo? — preguntó Gunner mientras lo conducía hacia el carrito de las bebidas. Lo primero que pensó Rebus una vez que se hubo recuperado de la sorpresa fue que al menos Gunner había tenido la decencia de sentirse abochornado. Lo segundo, que se había metido de cabeza en la boca del lobo.

El criado estaba esperando el pedido de Rebus. Iba un poco encorvado después de toda una vida de obsequiosidad, y sus delgados labios delineaban una sonrisa pretendidamente complaciente. Llevaba una chaquetita estrecha de nailon azul con todos los

botones abrochados, lo que sin duda acentuaba la curvatura de su espalda.

—Tomaré un whisky de malta —pidió Rebus.

—¿West Highland o Strathspey, señor?

—Strathspey sin agua.

Otro invitado se echó a reír y se acercó a ellos.

—El señor Iain tiene prohibida el agua cerca de sus whiskys.

El hombre sostuvo el puro y el vaso con una mano para poder tender la otra a Rebus.

—Colin Macrae —se presentó.

—Sir Colin —añadió Gunner— es nuestro ministro de Agricultura y Medio Ambiente, como sin duda ya sabrá,

Rebus.

—John Rebus —respondió él.

Lo cual dejaba tan solo a dos invitados más, ambos varones, que estaban enfrascados en una silenciosa discusión junto a las ventanas francesas. Gunner, sin embargo, estaba ejerciendo ya una discreta presión sobre el brazo de Rebus para apartarlo del carrito de las bebidas, donde sir Colin pedía que le volvieran a llenar el vaso, y acabaron junto a una enorme chimenea de piedra.

Gunner hablaba susurrando, de una forma que pretendía ser amedrentadora.

—No sé qué está haciendo aquí...

—Yo tampoco, la verdad.

—Pero mientras estemos juntos, será mejor que formemos un frente unido,

sobre todo delante de esos personajes.

—Coincido con usted.

—Así que nada de formalidades.

—Me parece bien, señor.

—Me llamo Allan. Aquí, nada de señor.

—Allan.

—¡Ah! —exclamó Hunter al entrar en la sala, señalándolos con el bastón—, la historia de siempre: todo el mundo tiene una copa menos el anfitrión.

El criado le sirvió sin que se lo pidiera. En el vestíbulo se oyó un teléfono y, con la cabeza gacha, el viejo lacayo fue a responder.

—Salud —dijo sir Iain, y con un gesto pidió a Rebus que se acercara—. ¿Le han presentado ya a todo el mundo?

Los dos que estaban hablando junto a la ventana se acercaron para volver a llenar sus vasos, y Rebus hizo una ligera inclinación en dirección a ellos.

—Robbie —dijo sir Iain—, le presento al inspector John Rebus. John, este es Robbie Mathieson.

Mathieson le tendió la mano a Rebus. Era alto y fornido, y tenía el cabello grueso y barba morena. Llevaba unas gafas con cristales ligeramente tintados en azul.

—Es un placer conocerle —dijo con un leve acento estadounidense.

—¿PanoTech? —aventuró Rebus.

El hombre asintió, un tanto desconcertado, y sir Iain pareció interesado en el hecho de que Rebus

conociera a Mathieson. El anfitrión se volvió hacia Allan Gunner.

—Jefe, no me extraña que el índice de delitos esté descendiendo y que el de casos resueltos vaya en aumento, cuando puede contar con hombres de este calibre. —Miró de nuevo a Rebus—. Resulta casi asombroso.

Estaban jugando a algo y Rebus no sabía a qué, pero tenía claro que el hecho de que hubiera reconocido a Mathieson formaba parte del juego.

Gunner corrigió a sir Iain.

—Soy jefe de policía adjunto.

—Ha sido un desliz —dijo Hunter, que lanzó un guiño a todos los allí congregados—. A lo mejor tan solo estaba mirando hacia el futuro. Es lo que

se nos da bien a los funcionarios. Dugald, hay que rellenar ese vaso.

Dugald extendió el brazo. Nadie le había presentado porque no era necesario. Era tranquilo y adusto, o puede que simplemente no le gustara malgastar las palabras, lo cual no era de extrañar, habida cuenta de que todo cuanto dijera podía ser anotado y transmitido a los medios de comunicación, que podían esgrimirlo como prueba contra él. No podía permitirse confiar en desconocidos.

Y desde luego, el inspector era un desconocido para él, aunque Rebus lo conocía muy bien. Era Dugald Niven, el honorable Dugald Niven.

El secretario de Estado de Escocia.

—Llevemos las copas a la sala de armas —propuso sir Iain—, así todo el mundo podrá ir equipándose.

Rebus dio un largo trago antes de seguir a los demás.

En la sala de armas, los pertrecharon con chalecos deportivos verdes con un grueso acolchado y una canana para los cartuchos. Entregaron a cada uno de ellos una escopeta abierta —por motivos de seguridad—, y todos salieron al jardín. Apenas se superaban los cero grados en el exterior —algo de lo más «vigorizante» y «fresco», según sir Iain—, pero ahí estaban, dispuestos a celebrar un pícnic. Las provisiones los

aguardarían en el campo de tiro al plato, y para llegar hasta allí tendrían que atravesar el bosque a pie.

Rebus se mantuvo a la zaga del grupo y Gunner aminoró el paso para unirse a él.

—¿Qué está haciendo aquí? — preguntó de nuevo.

—Ya se lo he dicho. No tengo ni idea. Aunque estaba convencido de que usted lo sabría —repuso Rebus.

—¿Yo?

—Usted me ha apartado de una investigación.

—Yo no he hecho tal cosa.

—De acuerdo. Entonces ordenó que me apartaran.

Gunner se afianzó la escopeta debajo

del brazo.

—¿Qué tiene eso que ver con su presencia aquí?

—Ojalá lo supiera, pero si me pide que saque alguna conjetura inspirada...

—Adelante.

—Bueno, creo que me han traído aquí para que usted pueda disuadirme.

—¿Qué?

—Me advertirá de nuevo, y quedaré tan impresionado por el entorno y la compañía que caeré de rodillas y suplicaré perdón.

Gunner lo miró con dureza.

—Eso es ridículo.

—En ese caso, ¿qué está usted haciendo aquí?

—No tengo ni la más remota idea. Es

la primera vez que me invitan. Puede que el señor Iain quiera conocerme. Es un diplomático astuto, además de un gran manipulador. —Gunner hizo una pausa—. El jefe de policía se jubilará pronto.

—Un poco joven para eso, ¿no?

—Su mujer está enferma y necesita cuidados.

—¿Así que conseguirá usted un ascenso?

—Imagino que sí.

—Eso suponiendo que le den el visto bueno.

—¿Qué?

—El Cuerpo de Inspectores de Su Majestad, por ejemplo. Esa clase de amenazas funcionan en ambas

direcciones, Allan.

Gunner entrecerró los ojos.

—¿A qué se refiere?

—Shug McAnally se suicida y yo intento averiguar por qué. Resulta que hace poco había compartido celda con un hombre llamado Charters, pese al hecho de que McAnally estaba en prisión por una agresión sexual. Sin embargo, ninguno de los reclusos lo sabía.

—Todavía no comprendo adónde quiere llegar.

—Sí que lo comprende. McAnally era el soplón de Alister Flower, que trabajó para usted en el caso Charters. Y fue introducido en la celda de Charters para ver qué podía husmear. Flower, sin

embargo, no tenía ni tiene suficiente influencia para organizar algo así; de modo que debía ser forzosamente alguien de mayor rango quien hablara con Big Jim Flett, el alcaide; alguien como usted, señor. —Gunner clavó la mirada en el suelo y no dijo nada—. Y ahora —prosiguió Rebus—, tengo a gente como Hunter lanzándome advertencias.

Gunner observó al grupo de hombres que caminaba más adelante. Se abrían paso entre ramas caídas y un raquítico sotobosque, rodeados de árboles enormes.

—Tenemos que hablar de todo esto —dijo.

—De acuerdo.

—Pero aquí no.

Sir Iain se había detenido y les hacía gestos.

—¡Vamos, tortugas! Tengo una pierna sana y aun así les saco ventaja.

El anciano esperó a que le dieran alcance.

—¿Cuántas tierras posee usted aquí, sir Iain? —preguntó Allan Gunner, adoptando de repente el talante de un invitado cortés.

—Setenta hectáreas, pero no se preocupe, no vamos a recorrerlas todas.

Pronto salieron del bosque y desembocaron en un prado surcado de rastrojos. Junto a él, discurría un camino con anchura suficiente para un vetusto Land Rover del mismo verde oliva que

los chalecos. El criado se encontraba en la parte posterior, descargando un gran cesto de mimbre. Había otro hombre en mitad del campo, al lado de una máquina que, según dedujo Rebus, era una platillera de tiro al plato.

Rebus acabó junto al secretario de Estado, que por supuesto no parecía tener muchas ganas de hablar. Rebus se preguntaba qué habría estado comentando con Robbie Mathieson en el salón, y se volvió hacia este último.

—Un amigo mío trabaja para uno de sus proveedores.

—¿Ah, sí?

Mathieson no se mostró particularmente interesado.

—Deltona —dijo Rebus.

La barba de Mathieson se movió a causa de lo que podía ser una sonrisa.

—Entonces supongo que no tendrá planes para el fin de semana. Me han prometido que esa fábrica trabajará sábado y domingo. Espero una entrega suya para mediados de semana, y no quisiera tener que buscarme otro proveedor.

—¿Qué tal van los progresos en LABarum?

Mathieson se lo quedó mirando, e introdujo un par de cartuchos en la recámara doble de la escopeta.

—Va bastante bien —dijo—. ¿Puedo preguntarle cómo está al corriente de ese proyecto?

Rebus se encogió de hombros.

—Las noticias vuelan.

—¿En serio?

Mathieson cerró la escopeta.

—Lo cierto es que encontré una copia de su plan de negocios en una casa de protección oficial, en Stenhouse.

—¿Y qué hacía allí?

Mathieson parecía bastante tranquilo.

—No tengo ni idea —respondió Rebus—. Alguien había escrito en el dossier la palabra «Dalgety».

Mathieson se estremeció y dejó caer un cartucho.

—¡Plato! —exclamó sir Iain. Se oyó una detonación y después otra, y el plato se hizo añicos. Sir Iain abrió la escopeta.

—Un tiro espléndido —comentó sir

Colin Macrae.

—Esto no es lo habitual. Sir Iain suele dedicar los sábados a asuntos de empresa, pero hoy tenemos a dos policías con nosotros.

Al parecer, Mathieson quería que Rebus desvelara algo, pero este no sabía qué.

—¡Plato!

Más disparos hendieron el aire.

—¡No está mal, Dugald, no está mal!

—Dígame, señor Mathieson, ¿conoce a un hombre llamado Derwood Charters? —preguntó Rebus.

—Creo que no.

—Tengo entendido que ayudó a financiar PanoTech en sus primeros días. Mathieson se echó a reír.

—Está usted mal informado.

—¡Vamos, Allan, es usted el siguiente!

Cuando llegó el turno de Robbie Mathieson, erró el blanco con ambos disparos.

—No como usted, Robbie —dijo sir Ian riéndose y mirando a Rebus. Parecía inusualmente satisfecho. Rebus tenía la sensación de que estaba siendo utilizado, pero todavía no sabía por qué o cómo.

Cuando le tocó a él, tampoco acertó con ninguno de los dos disparos. Sir Iain insistió en que lo intentara de nuevo.

—Está poco versado en esto, inspector, debe practicar. Estoy seguro de que todos fallamos unas cuantas

veces al principio.

En esta ocasión, Rebus descascaró parte del plato con el segundo disparo.

—¿Lo ve? —dijo sir Iain—. ¡Ya le está cogiendo el truco!

Quizá fuera cierto.

Con un pitido en los oídos, Rebus se unió a los demás junto al Land Rover. Había botellas de caldo escocés, bocadillos envueltos en papel de plata, petacas de whisky y termos de té. El sándwich de Rebus era de pan integral con salmón ahumado. Las lonchas de pescado eran gruesas y habían sido sazonadas con zumo de limón y pimienta. Bebió un trago de whisky cuando le ofrecieron la petaca, y después dos tazas de un té muy fuerte.

Ante aquel juego que, a su juicio, estaba a media partida, quería tener la cabeza despejada. No sabía muy bien si era jugador, ficha o dado. Sin embargo, sí le habían dejado claro una cosa: era arriesgado y estaba en juego su carrera profesional, que era su vida entera. Casi todos los allí presentes podían echar a Rebus del tablero y del cuerpo de policía. Empezó a sentirse enojado: consigo mismo, por haber ido hasta allí, y con sir Iain Hunter —tan petulante, tan manipulador—, por haberlo invitado. Ahora sabía que no solo lo habían llevado allí para disuadirlo. Se tragó la ira y la retuvo en la tripa. Quemaba más que el té y era más fuerte que el whisky.

Estaban a punto de llegar a la casa, cuando sir Iain cogió a Rebus del codo y lo llevó hacia los invernaderos.

—¡Ya os atraparemos! —gritó a los demás. Después, sosteniendo todavía el codo de Rebus, añadió—: Ha mantenido una agradable conversación con Robbie Mathieson, ¿no? —Rebus se zafó con suavidad de la mano de sir Iain—. Y por lo que he podido observar, con Allan Gunner también.

—¿Qué pinto yo aquí?

—Admiro su franqueza. Está aquí porque quiero saber si se ha decidido.

—¿Decidido a qué?

—A abandonar su investigación.

—¿Piensa decirme por qué está tan interesado?

La mirada de sir Iain se endureció.

—Pienso decirle una cosa, si está dispuesto a escuchar.

Se encontraban delante de uno de los extensos invernaderos. Mirando a través de las ventanas empañadas, Rebus atisbó mesas de caballete, macetas y bandejas para semillas, todas ellas vacías. Allí dentro no crecía nada, nada en absoluto.

—Le escucho —dijo.

—Entonces le diré que algunos puestos de trabajo escoceses corren peligro.

—¿Peligro por qué?

—Por usted, inspector, si sigue caminando a tontas. Deje que todo siga su curso, eso es lo que digo.

Rebus se volvió hacia él.

—¿Que siga su curso qué? No me está diciendo nada. ¿Cómo voy a saber qué debo o no debo hacer?

—Usted sabe perfectamente qué debe hacer —dijo Hunter con calma—. Cese su pequeña investigación privada. Si va más allá, centenares de puestos de trabajo podrían desaparecer. ¿Me oye? Centenares. Estoy convencido de que no querrá cargar con eso en su conciencia.

—No le creo —sentenció Rebus.

Hunter lo miró con algo rayano en la compasión.

—Sí, sí me cree, inspector.

Hunter también lo creía. Se intuía en su voz, en cómo se estremecía su cuerpo al hablar. Creía en lo que estaba

diciendo, lo creía fehacientemente.
«Centenares de puestos de trabajo».

Sir Iain echó a andar hacia la casa y Rebus lo siguió, asegurándose de que nunca le daba alcance.

Como habían acordado, Rebus y Gunner abandonaron la casa por separado, pero se reunieron en un hotel de Auchterarder.

—No suelo beber —dijo Gunner, que engulló dos aspirinas con zumo de naranja.

Se habían sentado en una esquina del apacible bar del hotel. Para ser sábado, la calle principal estaba tranquila. Los compradores debían de estar todos en

Perth, entrando en calor en centros comerciales e hipermercados. En la televisión emitían *Río Bravo*, con John Wayne haciendo gala de sus típicos andares.

—Yo no suelo disparar —respondió Rebus.

—Bien, ahora ambos hemos visto cómo vive la otra mitad. —Gunner dejó el vaso sobre la mesa y respiró hondo—. Vayamos al grano. Piense lo que piense, inspector, yo no estaba allí para «amedrentarle». Recibí una invitación por correo, exactamente igual que usted. He estado pensando y mi conclusión es que sir Iain quería enfrentarnos. O tal vez pensaba que mi sola presencia bastaría para inquietarle.

Rebus asintió.

—Otra opción —añadió— es que ambos estábamos allí para asustar a otra persona. A Mathieson no le gustó que hubiera un par de policías en ese improvisado pícnic.

—¿Qué les preocupa tanto?

—Hunter me dijo que estaba relacionado con centenares de puestos de trabajo.

—¿Puestos de trabajo? ¿De qué tipo?

Rebus negó lentamente con la cabeza. ¿En qué medida podía confiar en Gunner? Aquel hombre fue el primero que intentó apartarlo del juego.

—¿Piensa admitir lo de McAnally?

Gunner se examinó las uñas.

—Tiene usted razón en todos y cada

uno de los detalles. Hice que trasladaran a McAnally a la celda de Charters, en Saughton. Luego contrajo un cáncer y, como no conseguía sacarle información a su compañero, organicé su reducción de condena.

—Y fue directo al concejal Gillespie y se voló la cabeza delante de él.

—No sé por qué hizo eso.

—¿Por qué estaba McAnally en la celda de Charters?

—Para intentar ganarse su confianza. Yo quería saber qué ocultaba Charters. Tenía claro que escondía algo, pero no sabía qué hacer al respecto hasta que Flower propuso a McAnally.

—¿Y qué oculta Charters exactamente?

—Dinero. ¿Qué si no? No digo que esté ocultándolo literalmente, aunque tal vez sí. Fuera como fuese, estaba claro que a mediados de los años ochenta amasó grandes cantidades de dinero, y nunca supimos con certeza de dónde salía. Era propietario de unas seis empresas, todas legítimas, según la Unidad de Delitos Fiscales, pero ganaban más de lo que deberían.

—Yo creía que ese era el propósito del thatcherismo. ¿Una de sus empresas se llamaba Mensung?

—Sí.

—¿Y todas se dedicaban a la recolocación?

—Sí, a ese tipo de cosas. Sus documentos eran tan retorcidos y

absolutamente laberínticos que ni siquiera nuestros especialistas se vieron capaces de encontrarles la lógica. Sin embargo, todos coincidían en una cosa: Derry Charters era un genio a la hora de enturbiar las aguas. Podías realizar un seguimiento de sus empresas durante seis meses y no llegar al fondo de su situación económica.

—Tengo entendido que, en un momento dado, ayudó a financiar PanoTech.

—¿Quién le ha dicho eso?

—¿Es cierto?

—No lo creo. ¿Se lo dijo uno de los inversores de Charters? —Rebus asintió—. Probablemente es la historia que él les contó. Podía ser muy convincente.

—Pero todo esto ocurrió hace ocho o nueve años.

—Sí, y desde entonces ha lavado su imagen, o lo hizo hasta que la gente se quemó los dedos con Albavise.

—Entonces ¿por qué le investiga todavía por algo que viene de tan antiguo?

—Por dos motivos. El primero es que invertí mucho tiempo y esfuerzo acorralándolo con la Unidad de Delitos Fiscales sin obtener resultados. Probablemente sea la única mancha en mi historial. El segundo es que, cuando lo investigamos, llegamos a la conclusión de que estaba defraudando millones. —Rebus escuchaba con plena atención—. Millones —repitió—. Y

para mí, eso hace que la persecución valga la pena.

—¿De dónde sacó esos millones?

Gunner se encogió de hombros y Rebus se quedó callado, intentando atar cabos. El bar estaba llenándose y habían sintonizado un canal que emitía los resultados del fútbol. No se disputaban muchos partidos: los terrenos de juego estaban peligrosamente helados.

—He leído la denuncia contra él por Albavise. ¿Hay alguna posibilidad de que pueda echar un vistazo al resto de la documentación?

Gunner escrutó a Rebus.

—Hay muchísima información y no sigue ningún orden en particular. ¿Cree que podrá descubrir algo que no vieron

nuestros gurús financieros?

Rebus se encogió de hombros.

—Es solo por quedarme tranquilo. También me gustaría hablar con Charters.

—¿Qué?

—Su compañero de celda se ha suicidado. Resulta bastante extraño que nadie le haya preguntado por el estado mental de McAnally antes de su puesta en libertad. Es decir, ¿quién iba a saberlo mejor que él?

Gunner asintió.

—Muy lógico.

—Hablando de McAnally, ¿cuánto le pagaba?

—¿Qué?

—Trabajaba para usted, le

proporcionaba información. Doy por sentado que le pagaban.

—De hecho, no nos facilitó ninguna información de relevancia. Le dábamos alguna que otra libra de vez en cuando, nada más. —Rebus estaba visualizando mentalmente el piso de Tresa McAnally: puerta nueva, decoración nueva, televisor nuevo...—. ¿Acaso importa?

—A Wee Shug sí le importaba —repuso Rebus.

Alguien le había dado el dinero, y él se lo entregó a Tresa. Era como si hubiese cobrado un seguro de vida. ¿A qué otra persona conocía Wee Shug con tanto dinero, aparte de su compañero de celda?

Gunner se terminó su bebida.

—Me preguntó qué hará sir Iain esta noche.

—Por como le daba al licor, dormir la mona, imagino. ¿Va cada día a Edimburgo en coche?

—Solo se hospeda en Ruthie los fines de semana. Cuando trabaja, tiene un piso en New Town.

—¿Dónde exactamente?

—Creo que en Royal Circus.

Royal Circus, pensó Rebus, el mismo punto en que a Haldayne le impusieron algunas de sus multas de tráfico. La vida era un sinfín de coincidencias si uno creía en ellas. Rebus no estaba dispuesto a hacerlo.

El domingo por la mañana, a primera hora, un adormecido agente de la central de Lothian y Borders se personó en el piso de Rebus.

—Será mejor que me eche una mano, inspector.

Rebus lo siguió hasta el coche patrulla, que estaba aparcado junto al bordillo, y miró por la ventanilla del acompañante.

—Quizá sería mejor que alquiláramos un cabrestante.

Necesitaron cuatro viajes para

trasladar las cajas desde el coche hasta el salón de Rebus, que dejó las bolsas de basura detrás del sofá para hacer sitio en el suelo.

—Firme aquí —indicó el agente.

Llevaba una nota mecanografiada: RECIBO DEL EXPEDIENTE (8 CAJAS) RELATIVO A DERWOOD CHARTERS. Rebus estampó su firma.

—Fecha y hora también —añadió.

—Supongo que también querrá propina —farfulló Rebus.

—Si se ofrece...

—Mejor le daré un consejo: cuando levante peso, flexione las rodillas, no la espalda.

Rebus telefoneó a Siobhan Clarke.

—¿Por qué yo? —preguntó.

—Porque Brian Holmes tiene vida doméstica.

—Eso podría constituir discriminación. ¿Cuándo tendría que estar ahí?

—Pongamos que en una hora.

Rebus ordenó un poco la habitación; depositó las bolsas de basura en el pasillo y organizó una hilera de cajas en el suelo. Después, recogió todas las tazas, vasos y platos sucios y los llevó a la cocina. Vació el tarro, lo colocó de nuevo bajo el radiador y abrió dos dedos la ventana del salón para ventilar la casa. Había salido el sol, lo que dejaba entrever que no había limpiado

las ventanas desde el otoño. Rebus decidió que ya era suficiente.

—Viene aquí a trabajar —se dijo—, no a una cena a la luz de las velas.

Realizaron dos descubrimientos, ambos a última hora de la tarde.

El primero era el nombre de un cliente: Quinlon.

—Yo he visto ese nombre en alguna parte —señaló Rebus. Tardó un rato en ubicarlo—. Rory McAllister, el funcionario, mencionó a un tal Quinlon; era un contratista. Hubo algunos negocios oscuros entre el OED y él. Y ese fue precisamente uno de los argumentos que esgrimieron contra el

OED cuando estaban decidiendo su futuro. —Rebus consultó una página anterior de las notas—. Y resulta que el cliente de Charters era contratista.

—¿Y?

—Y alguien de los medios de comunicación supo lo del OED y Quinlon, y esa historia contribuyó a hundir a la organización. ¿Quién se beneficiaba de la desaparición del OED?

—¿Charters?

—Sí, porque pensaban hacer borrón y cuenta nueva en el plano económico, de modo que no habría posibilidad de una futura investigación sobre el destino que habían corrido los millones del OED.

—¿Crees que Charters delató a su

cliente?

—Con él no descartaría nada.

El segundo descubrimiento llegó poco después.

El expediente dejaba claro que la Unidad de Delitos Fiscales tenía a Charters en el punto de mira. Cuando se mencionaba a sus «socios», eran tildados de simples tapaderas o inversores. Nadie creía que los directores estuviesen involucrados en las estafas que perpetraba Charters.

Ese era el motivo por el que no eran citados a menudo, y por eso Mensung no aparecía mencionada jamás. Pero entonces Rebus cogió una fotocopia de una carta enviada por Charters al OED. El logotipo de Mensung figuraba arriba

del todo, junto con la dirección inexistente de Leith Walk, resumida como «Mensung House». En la parte inferior de la carta podía leerse el número de registro de la empresa.

—No has encontrado Mensung en el registro mercantil, ¿verdad?

—No —respondió Clarke—. Pedí a su archivista que buscara a fondo.

—Bueno, pues entonces o bien ya habían sido registrados o este número es falso.

—Es posible que extraviaran los archivos.

—Eso sí que sería una coincidencia.

La última línea estaba borrosa. Rebus leyó la lista de directores de Mensung. Puesto que sabía lo que estaba

buscando, localizó con bastante facilidad el nombre de Charters; los demás resultaban más difíciles, y requirió un gran esfuerzo descifrar el de J. Joseph Simpson.

—Números... —susurró Rebus.

De todos modos, quería hablar de nuevo con Simpson, aunque esto explicaba por qué había mentido acerca de la dirección de Mensung: la empresa era sospechosa, estaba siendo investigada, y Simpson era uno de sus directivos. No era algo que uno quisiera publicitar cuando seguía en activo.

En cuanto al tercer y último nombre...

—¿Sabrías descifrar este? —preguntó Rebus, tendiendo la hoja a Siobhan Clarke.

—Empieza por «m» —dijo—.
¿Murchieson?

—¿Murchieson?

—No lo sé. Matthews quizá, algo así.
Rebus cogió de nuevo la hoja.
Matthews... Murchieson.

—Mathieson —dijo, fijándose en la
arremolinada caligrafía—. ¿Crees que
podría ser Mathieson?

Clarke se encogió de hombros.

—¿Como en...?

—Ayer conocí a un hombre llamado
Mathieson. Es el director de PanoTech.

—¿La historia de éxito autóctono de
Silicon Glen?

Rebus asintió.

—Todos hemos recibido ordenadores
de PanoTech, ¿no es así?

—Todo el mundo, desde el jefe de policía hacia abajo.

Lo cual significaba que Allan Gunner también tenía uno.

—¿Quién crees que tomaría una decisión como esa?

Clarke se encogió de hombros:

—¿Cuál?

—El fabricante que iba a convertirse en nuestro proveedor.

—Supongo que el director de servicios de empresa.

—Pero el jefe de policía adjunto tendría voz y voto.

—Probablemente. ¿Es relevante?

Rebus titubeó. PanoTech montaba los ordenadores en Gyle Park West, que se correspondía con una de las carpetas del

concejal Gillespie. Mensung era otra. Por un lado, Derry Charters participó en la financiación inicial de PanoTech. Y resultaba que el jefe de PanoTech, que se encontraba en casa de sir Iain Hunter, parecía preocupado. Y Allan Gunner también estaba allí...

«Aquí hay gato encerrado», pensó. Escocia era una máquina, una gran máquina vista desde el exterior. Pero desde dentro adoptaba una nueva forma: pequeña e íntima, sin demasiados componentes, y todos ellos conectados de manera sumamente intrincada. Rebus sabía que aún se hallaba fuera de la máquina, pero también que el motivo por el cual había sido invitado a la partida de caza de sir Ian Hunter era

introducirlo en ella. Podrían convertirlo en un elemento más, en un pequeño chip de la placa base. Bastaba con tener amigos en los lugares adecuados.

A partir de ahí, todo era posible.

Trabajaron sin descanso hasta las cinco y media.

—Espero que me inviten a cenar — dijo Clarke mientras estiraba la espalda.

—¿Quién te va a llevar a cenar?

—Tú —respondió.

Rebus hizo un gesto de negación con ambas manos.

—Tengo otros planes para esta noche. Lo siento.

—Pues muchas gracias. Renuncio a

mi preciado domingo para ayudarte, y luego me das puerta. —Entrecerró los ojos—. ¿Tienes una cita?

Estaba probando una táctica típicamente escocesa: mostrarse serio a la vez que fingía indiferencia.

—Trabajo —contestó Rebus.

—¿Trabajas?

—Tengo que hablar con una persona.

—¿La conozco?

Rebus hizo un ademán negativo.

—Pero no creas que no agradezco tu ayuda.

La acompañó hasta la puerta. Cuando sonó el timbre dos minutos después, pensó que se había olvidado algo, pero en el umbral no vio a Siobhan Clarke, sino a Gill Templer.

—¿Te importa si entro? —dijo sin esperar respuesta y pasando junto a él.

—Iba a salir ahora mismo.

—Seré breve. He intentado llamarte, pero has estado comunicando toda la tarde.

—Descolgué el teléfono —dijo Rebus mientras la seguía hacia el salón. Templer observó las cajas de documentos.

—Veo que estás tomándote muy en serio el permiso.

—Vamos, Gill, sabes perfectamente que me lo impusieron. Tú estabas allí, no lo olvides.

—No lo olvido. El comisario estaba recibiendo unas críticas increíbles; de haber estado en su lugar, yo habría

hecho lo mismo.

—Esto no parece una visita social.

—Porque no lo es. El alcalde es tu última víctima. Llamó al comisario y le dijo que te habías comportado muy groseramente con él.

—¿Dio algún detalle?

—No.

—Me lo figuraba.

—El Granjero probablemente te llamará por la mañana. Imagino que será una reprimenda oficial, puede que incluso una suspensión. —Templer se volvió hacia él y lo miró con ira—. ¿Cómo has podido hacerme esto?

—¿Qué?

—¡Soy tu superiora inmediata! Apenas llevo una semana en el puesto, y

ya has armado un buen lío. ¿Qué imagen crees que estoy dando?

—Esto no tiene nada que ver contigo.

—¡Sí, sí que tiene que ver! Todo tiene que ver conmigo. Eres uno de mis agentes. ¿Cómo se supone que debo trabajar, habituarme al puesto, cuando lo único que hace el comisario es echarse a temblar por la próxima granada que puedas lanzar?

Rebus asintió en un gesto de comprensión.

—Así que se trata de eso: estás cabreada porque el Granjero no te presta suficiente atención. Quieres causar una buena impresión y no lo estás consiguiendo.

—Estás tergiversando mis palabras.

—¿Ah, sí? —La agarró de los brazos —. Dímelo a la cara. Dime que no tengo razón.

Templer se zafó.

—John —dijo más tranquila—, he venido a avisarte. Mañana por la mañana podría llegar el fin de tu carrera.

—¿Crees que eso me importa? —dijo Rebus con amanerada displicencia.

Templer dio un paso hacia él.

—Sí —dijo en voz baja—, creo que sí. —Sus ojos verdes parecían atravesarlo—. Creo que en el fondo tienes miedo.

—¿Miedo? —Sonrió—. Pues claro que tengo miedo. No me importaría que un cabronazo me arrinconara en un

callejón o que hubieran contratado a un matón para acabar conmigo. Pero esto es peor, esto me da pánico.

—Pues déjalo. Pide disculpas a unas cuantas personas y vuelve al trabajo.

Rebus sonrió de nuevo.

—Sería así de sencillo, ¿verdad? Tú lo harías.

—Sí, yo lo haría.

—Me lo pensaré.

Templer intentó calibrar su sinceridad, pero era como intentar medir la bruma.

Big Jim Flett no aparecía por ningún lado.

—Incluso el gran hombre tiene que tomarse unas horas libres de vez en cuando —se excusó su subalterno, que acompañó a Rebus por un pasillo de la prisión de Saughton.

—No me cabe la menor duda —dijo Rebus, aunque estaba seguro de que el alcaide intentaba eludirlo. Le había mentado, y ahora él lo sabía.

—Derry no recibe muchas visitas —añadió.

Era un hombre enérgico y nervioso, de rostro rubicundo, y llevaba la camisa remangada.

—¿Lo conoce?

—Hemos mantenido alguna que otra conversación.

—Me han dicho que no se relaciona con nadie.

—Es cierto, pero siempre me ha parecido bastante agradable.

—No ha intentado venderle nada, ¿verdad?

El subalterno se echó a reír.

—No, todavía no. Pero sería un comercial increíble.

—¿Cómo es?

—Bastante tranquilo, nunca da problemas.

Se acercaron a una puerta metálica, tras la cual estaba apostado un guardia, que abrió el cerrojo.

—¿Está seguro de que no quiere que me quede? —preguntó. Rebus dijo que no, pero con una sonrisa amable—. De acuerdo. Munro llevará a Derry de vuelta a su celda cuando hayan terminado.

—Gracias de nuevo —dijo Rebus.

La puerta se cerró con el traqueteo de la llave en la cerradura. Rebus estaba a solas con Derwood Charters, que caminaba de brazos cruzados y cabizbajo, como si estuviera ponderando algún problema.

—¿Juega al ajedrez? —preguntó Charters sin levantar la mirada.

—No.

—Qué lástima.

Rebus miró a su alrededor. Había una mesa con las patas atornilladas a la pared y al suelo, y dos sillas junto a ella. En una de las paredes, una pizarra constituía el único detalle de decoración.

—¿Le importa si me siento? — preguntó Rebus.

—Póngase cómodo.

Charters sonrió por su pequeña broma y siguió caminando mientras Rebus lo estudiaba. Tendría unos cuarenta y cinco años, y era alto y de hombros anchos. Iba muy aseado: llevaba el pelo perfectamente cortado y con raya en medio, y su rostro bien afeitado parecía

brillar. Por lo visto, incluso se había hecho la manicura.

—¿Sabe qué significa *zugzwang*?

—Parece alemán —dijo Rebus.

Charters lo miró por primera vez.

—Por supuesto que es alemán. Es una posición de ajedrez. Sucede cuando debe mover una pieza, pero cualquier decisión le aboca al desastre. Sin embargo, tiene que hacerlo. La jugada venía en un pasatiempo del periódico de hoy y no hay forma de resolverlo.

—La solución es fácil —dijo Rebus.

Charles se detuvo en seco.

—¿Y cuál es?

—Dedíquese al golf.

Charters encajó la respuesta y sonrió. Después tomó asiento frente a Rebus y

entrelazó los dedos de las manos.

—¿Podría mostrarme algún tipo de identificación?

Rebus sacó la placa. Charters la examinó bajo la luz, como si pudiera tratarse de una falsificación particularmente elaborada.

—Un domingo por la noche —dijo al devolvérsela.

—¿Perdón?

—No recibo demasiadas visitas, y menos un domingo por la noche. Y encima un policía.

—He venido aquí para hacerle algunas preguntas sobre Wee Shug McAnally.

—Ah, sí, Hugh. —Probablemente nadie había llamado «Hugh» a

McAnally, salvo el sacerdote que lo bautizó y el juez que dictó sentencia contra él—: Yo respeto los nombres de las personas, inspector. —Rebus tuvo la sensación de que Charters podía leer sus pensamientos—. Es lo único que traemos a este mundo y es lo único que nos llevamos. A veces abrevian el mío a Derry. Aquí, eso me ha valido el apodo de «el aprendiz».

La voz de Charters —lánguida y atonal— tenía una cualidad hipnótica, y una vez que sus ojos se clavaron en los de Rebus, jamás se apartaron.

—¿Sabe que se suicidó, señor Charters?

—Una auténtica desgracia.

—Los suicidios deben ser

investigados.

—No lo sabía.

—Lo sepa o no, es así. Dígame, ¿McAnally hablaba mucho con usted?

—Constantemente. Para serle sincero, me incordiaba. Incluso cuando intentaba leer, no dejaba de parlotear sobre cosas intrascendentes, llenando la celda de ruido. Como si no hubiese ruido suficiente aquí. Al principio, incluso pensé que le habían adjudicado mi celda como una forma sutil de castigo. Ya sabe, tortura psicológica.

—¿Y de qué hablaba? Entiendo que se trataba de algo unilateral...

—Eran soliloquios, en efecto. En cuanto a la sustancia... Hablaba de su pasado, de su mujer; hablaba sin cesar

de su mujer. Creo que la conozco tan bien como su ginecólogo. Hablaba de sus aventuras con otras, que no me creía ni por asomo. Y cada vez que terminaba una historia, me pedía, me suplicaba, que le contara algo sobre mí. —Charters hizo una pausa—. ¿Qué opinión le merece eso, inspector? Hugh estaba obsesionado consigo mismo y, sin embargo, de vez en cuando se callaba y me preguntaba algo. ¿No le parece un tanto extraño?

Rebus ignoró la pregunta.

—¿Por qué lo encerraron?

—¿Lo ve? ¡Ha evitado responder!

Eso es lo que yo me veía obligado a hacer veinte veces diarias.

—¿Piensa contestar?

—Me dijo que era por desvalijar viviendas.

—Y tengo entendido que está usted aquí por fraude. ¿Es correcto?

—Interesante —musitó Charters, golpeteándose los labios con los dedos—. ¿Por qué me ha preguntado la razón por la que metieron a Hugh entre rejas?

—Simplemente quería saber —improvisó Rebus— si habían hablado alguna vez de ello. Estoy intentando formarme una imagen de él.

—¿Para sacar conjeturas de por qué se suicidó?

—Sí.

—Bueno, obviamente se quitó la vida porque estaba muriéndose de cáncer.

—¿Se lo contó él?

Charters sonrió de nuevo.

—Es una suposición.

—Probablemente tenga razón. Es posible que ese fuera el motivo por el que se suicidó. Lo que no explica es la manera.

—¿Se refiere a que eligiera a un concejal de la ciudad para que presenciara sus últimos ritos? —Rebus asintió—. ¿Ha probado a preguntárselo a él?

—Sí.

—¿Y qué le dijo?

Charters intentaba fingir una curiosidad desinteresada. Rebus lo miró fijamente.

—¿Conoce usted al concejal? —preguntó.

—No, no lo he visto en mi vida.

—Yo no le he preguntado eso.

Charters se recostó en la silla y cruzó los brazos.

—Ahora está aprendiendo sutileza, inspector. A partir de aquí, nuestra competición solo puede ir a mejor.

—Esto no es una partida de ajedrez, señor Charters.

—Por supuesto que no. Lo lamento —repuso Charters con expresión de arrepentimiento.

—¿Conoce al concejal? —insistió Rebus.

—Leo los periódicos, inspector. Estoy al día de los acontecimientos. Así que, hasta cierto punto, sí, conozco al concejal Gillespie.

—¿Y le conoce él a usted?

—¿Por qué iba a conocerme?

Ahora era Rebus quien sonreía. Charters había empleado el término «sutileza», y Rebus se dio cuenta de que necesitaba hablar con rodeos.

—Usted dirigía una empresa llamada Mensung, ¿no es así?

—Hace mucho tiempo, en efecto. — Rebus se percató de que, si bien era pulcro en extremo, Charters tenía los dientes del color del pescado podrido —. Me gustan estas tangentes, inspector. Su mente divaga de manera misteriosa. Es difícil conseguir un *zugzwang* si el oponente juega tan erráticamente. ¿Por qué le interesa tanto una empresa que cerré hace siete años?

—Le conté a un amigo mío que vendría a hablar con usted, y me dijo que había asistido a unos seminarios organizados por Mensung en Corstorphine Road.

La respuesta pareció satisfacer a Charters.

—¿Para qué empresa trabajaba?

—No me lo dijo. Todavía trabaja en el sector de la electrónica, para una subcontrata de PanoTech.

—Entonces puede que esos seminarios le vinieran bien.

Rebus asintió.

—Me dijeron que había ayudado a financiar PanoTech cuando la empresa empezaba.

Charters arqueó una ceja.

—Las historias suelen volverse confusas con el paso del tiempo.

—¿No tuvo nada que ver con ellos, entonces? —Charters se limitó a hacer un gesto de negación—. A propósito, ¿por qué fue Mensung a la quiebra?

—No fue «a la quiebra». La cerré yo. Me aburrí y no encontré a nadie que me la comprara. —Se encogió de hombros—. Me aburro con facilidad. —Se levantó y empezó a caminar de nuevo por la celda—. Inspector, me ha dicho usted que había venido para hacerme unas cuantas preguntas sobre Hugh, pero nos hemos desviado mucho de ese tema, ¿no le parece?

Rebus se levantó.

—¿Ya se va?

—Está usted disfrutando demasiado, Derry. Esto no tiene nada de divertido. Hay un hombre muerto.

Charters se detuvo.

—Un hombre que estaba muriéndose de todos modos. Un hombre que eligió su propia salida. Yo diría que fue más afortunado que la mayoría de nosotros. Si los médicos me dijeran que solo me quedan unos meses agonizantes de vida, creo que también me agenciaría una pistola. Aun así, el mundo me parecería sumamente injusto: toda esa gente tan viva y vibrante a mi alrededor, toda esa gente enferma recibiendo tratamiento en los hospitales... Tal vez querría un testigo de esa injusticia, algún representante de la autoridad para mí y

para quienes me rodean. Tal vez querría que viese mi agonía, que compartiese mi horror. Pero tendría que ser un blanco fácil..., y un concejal lo es: accesible, público y cercano. Estaría enviando un mensaje al mundo. ¡Me negaría a morir anónimamente!

El silencio que llenó aquella pequeña sala cuando Charters pronunció aquella última frase fue atronador. Había alcanzado un punto álgido, y fue calmándose poco a poco. Su voz denotaba ira, fervor y convicción. Tenía los ojos clavados en los de Rebus. «Sería un comercial increíble».

—No me lo creo —sentenció Rebus mientras se dirigía a la puerta.

—Inspector. —Rebus se detuvo—.

Me ha llamado usted «Derry», y eso ha sido un golpe bajo. Por lo demás, lo ha hecho bastante bien. —Eché a andar una vez más—. Hugh no hablaba de su esposa tan a menudo. Había otra mujer... La describió con suma precisión. Seguramente podría dibujársela ahora mismo. Se llamaba Maisie. Hablaba todo el tiempo de ella. Creo que la amaba más que a nadie en el mundo. Tal vez debería hablar con ella.

—Ya lo he hecho, señor Charters.

Rebus abandonó la celda con la sensación de que Charters había otorgado un nombre a sus sentimientos sobre la investigación, sobre Willie y Dixie y sobre la vida en general.

El nombre era *zugzwang*.

Eran las cuatro de la madrugada cuando sonó el teléfono. Se despertó, pero dejó que siguiera sonando. A las cuatro solo podían ser malas noticias. Insistieron y Rebus terminó por contestar.

—¿Señor Rebus?

Era una voz joven, insolente y un tanto ebria. Se oía música a todo volumen y gente de fondo: una fiesta.

—¿Sí?

—Soy Paul. Paul Duggan.

—Paul, me alegra que me llames.

—¿Es tarde? No llevo reloj.

—Parece una fiesta estupenda, Paul. Dame la dirección y me paso por allí con unos cuantos agentes.

—No sea así, señor Rebus. Tengo buenas nuevas. La he encontrado.

—¿A Kirstie Kennedy?

—Sí.

—¿Está bien?

—No está mal para ser una yonqui.

—¿Puedo hablar con ella?

—Escuche, no deja de insistir en que no volverá a casa. Dice que su madrastra es una lunática.

—Me gustaría verla. Nadie la obligará a volver.

—No lo sé...

Duggan parecía dubitativo.

—¡Paul, no cuelgues! ¿Crees que hablaría conmigo si le pago?

—Se lo diré. No le prometo nada, pero hablaré con ella. Veamos qué dice.

—Hazme un favor: la próxima vez llama de día.

—Con un poco de suerte, puede que incluso le llame cuando esté sobrio.

Eran las ocho de la mañana cuando volvió a sonar el teléfono.

—¿Sí? —graznó, tratando de hacer llegar un poco de saliva a la garganta.

—¿John?

Era la voz del Granjero.

«Allá vamos», pensó Rebus.

—Buenos días, señor. ¿Qué va a ser: reprimenda, suspensión o despido?

—Maldita sea, John. He pasado un fin de semana horrible por su culpa.

—Lo siento, señor. No pretendía meterle en un lío.

—Ese es su problema, inspector. Es usted egoísta, no hay otra palabra para definirlo. Creo que sabe de sobra que esas obsesiones suyas acaban perjudicando a todos los que le rodean: amigos, enemigos y civiles por igual.

—Sí, señor.

—Pero no le inquieta, ¿verdad? — Rebus no respondió. Resultaba obvio que el Granjero había estado preparando un buen rato su discurso—. Lo único que cuenta es que su moralidad personal se vea satisfecha. Que le den a todo el mundo, ¿me equivoco?

—A veces lo parece, señor — contestó Rebus pausadamente.

—Tal vez debería replantearse esa moralidad suya, porque no es un código

con el que yo quisiera vivir.

—No tiene por qué vivir con él, señor. Yo sí.

—Tiene usted suerte en esta vida, es lo único que puedo decir.

Rebus frunció el ceño.

—¿A qué se refiere?

—He hablado con el jefe de policía adjunto. Me dijo que se disculparía ante el alcalde en su nombre. También mencionó que el Cuerpo de Inspectores de Su Majestad investigaría a la Tropa F en lugar de a nosotros.

Por Tropa F se refería a la División F de Livingston.

—¿Qué está diciendo, señor?

—Estoy diciendo que le quiero de vuelta. Se han acabado las vacaciones.

Persónese en mi despacho esta misma mañana.

—Tengo cita con el dentista.

—Pues esta tarde.

—Sí, señor.

—John, ¿han mantenido algún contacto usted y el jefe de policía adjunto?

—He estado de vacaciones, señor.

—¿Y eso qué más da?

—Bueno, puede que me lo encontrara junto a la piscina...

Era otro día gris. No había nieve ni hielo, solo un viento gélido y rachas de lluvia, y el cielo se veía opresivamente atenazado por las nubes. Era como si la

ciudad estuviese encerrada en una caja y alguien hubiese presionado la tapa con excesiva fuerza.

La segunda visita de Rebus al doctor Keene no fue tan traumática. Uno acaba acostumbrándose a todo. El diente se había drenado bien, y Keene practicó la endodoncia mientras Rebus se concentraba en la fotografía del techo y ubicaba la «cartera de propiedades» de Duggan. Puede que al fin y al cabo fuera sincero: nadie decía que cobrara de más a sus «inquilinos»; estaba cosechando beneficios de todas sus casas y pisos, pero nada escandaloso. Y entretanto, estaba ofreciéndoles un techo bajo el que cobijarse. Rebus sabía que tal vez fuese necesaria una transacción: si

quería ver a Kirstie, era muy posible que Duggan quisiera que hablara bien de él llegado el momento del juicio. Suponiendo, claro, que hubiese algún juicio. El consejo regional estaba a punto de ser sustituido por otro organismo. ¿Quién podía saber qué delitos prescribirían?

De pronto, Rebus vio algo que debería haber visto antes. Estaba tan ensimismado en sus pensamientos que no oyó al doctor Keene decir que, ya que estaba allí, podía empezar con los empastes...

No hubo vítores, ni pancartas ni banderines cuando Rebus entró de nuevo

en St Leonard's y se sirvió una taza de café.

—Una advertencia de amiga —dijo Siobhan Clarke.

—¿Qué?

—Te estás manchando de café la corbata.

Era cierto: con la boca todavía dormida por la anestesia, Rebus babeaba. Fue al lavabo, cogió un puñado de toallitas de papel, las sumergió en agua y se frotó la corbata.

—Aquí está —dijo Flower al abrir la puerta—, la mala hierba proverbial.

—No seas tan duro contigo mismo —replicó Rebus. Flower se acercó al lavamanos y se miró el pelo en el espejo—. Ya me han contado que conseguiste

provocar un incendio y llevarte el mérito por apagarlo.

Flower soltó una carcajada.

—Cómo corren las voces, ¿eh?

—Hablando de voces que corren, he tenido una charla con alguien sobre tu soplón.

—¿Cuál?

—Shug McAnally. Nos habríamos ahorrado sufrimientos si me hubieras contado de buen comienzo que trabajaba para ti.

—Colocar a un chivato en una celda —repuso Flower mirando a su alrededor— no es algo que uno deba proclamar a los cuatro vientos.

—Pero ahora no te importará contarme los detalles, ¿no? ¿Ha dicho

algo el jefe de policía adjunto?

—Ya me dijo que lo preguntaría.

Flower parecía inusualmente pagado de sí mismo y Rebus intuía por qué.

—Crees que podrás sacarle algo, ¿verdad?

—Bueno, si algún día saliera a la luz lo de McAnally, el jefe se vería en aprietos. —Flower le lanzó un guiño—. Tendrá que tratarme con cariño.

—Lo que quieres decir es que lo tienes contra las cuerdas en ambos casos. Si el plan sale bien, será gracias a ti. Si sale mal, habrá que idear una tapadera, cosa que requerirá tu ayuda. Gunner seguiría en deuda contigo. Por eso has estado poniéndome trabas: no querías que llegara hasta él, es tu

pequeña inversión.

Flower se echó a reír otra vez y se pasó un cabello suelto por detrás de la oreja. Entonces se oyó la cisterna de uno de los dos cubículos y un atónito Flower volvió la cabeza justo cuando salía el Granjero. Rebus no se mostró sorprendido en ningún momento: lo había visto entrar justo antes que él.

—Buenos días, señor —dijo.

Flower guardó silencio.

—A mi despacho, inspector Flower. ¡Ahora mismo! —exhortó el Granjero señalándolo con el dedo.

Después abrió la puerta y se fue. Flower miró a Rebus.

—¡Lo sabías! ¡Lo sabías perfectamente!

Rebus lanzó la bola de papel mojado a la papelería.

Uno a cero.

Alguien preguntaba por él en recepción, ese fue el mensaje. Sin embargo, cuando Rebus llegó allí no había nadie. Entonces vio una figura haciéndole gestos desde el exterior. Era Paul Duggan. Iba enfundado de nuevo en su largo abrigo negro, pero se apreciaba una pequeña rotura en la manga y una mancha blanca en un hombro.

—No es nada personal —dijo cuando salió Rebus—, pero no me gustan las comisarías.

—Hay una cafetería ahí enfrente...

Duggan lo cogió del brazo.

—Nos está esperando.

—¿Kirstie? —Duggan asintió—.

¿Dónde?

—¿Tiene coche?

Ambos se dirigieron al vehículo de Rebus.

El chico le indicó que pusiera rumbo a Pleasance y después a Holyrood Road. Era una zona de la ciudad bastante deprimente. El Younger Universe estaba en construcción y volvería a poner las cosas en su sitio, o al menos eso rezaba la publicidad. Rebus esperaba que fuera todo un éxito. Le gustaba su simbolismo: Estados Unidos tenía Disneylandia y Escocia un parque temático construido en una destilería. Además, estaba muy

cerca de Holyrood Palace, la residencia de la monarquía en Edimburgo. Eso también le gustaba.

—¿Dónde vamos?

—Aparque al lado de las verjas del palacio.

Era fácil estacionar en aquella época del año; cuando el tiempo mejoraba, el lugar era un hervidero de autobuses turísticos. En la puerta, que permanecía cerrada, había un niño admirando el palacio.

—Toque el claxon —ordenó Duggan, y Rebus lo hizo sin que ocurriera nada.

—Está en otro planeta. —Duggan bajó la ventanilla—. ¡Eh, Kirstie!

El «niño» se volvió lentamente y Rebus vio un rostro mucho más curtido

de lo que uno esperaría en un cuerpo tan menudo. Nadie le había mencionado que Kirstie Kennedy fuese tan esquelética, tan diminuta. Aun así, al caminar hacia el coche su cara parecía de cemento. Maquillaje, sombra de ojos y colorete hacían que pareciera que llevase una máscara. Llevaba unos vaqueros negros ajustados que acentuaban la delgadez de sus piernas, y una sudadera a juego, larga e informe, cuyas mangas le tapaban las manos. Su pelo se veía grasiento y le llegaba a la altura de los hombros. Lo llevaba sujeto hacia atrás con una cinta y sobre sus ojos le caía un flequillo puntiagudo teñido de rojo sangre. Iba mascando un chicle. Abrió la puerta trasera y se montó en el coche.

—Hola, Kirstie —dijo Rebus—. ¿Dónde quieres ir?

—Me apetece un helado.

Rebus pensó en Luca's, pero estaba demasiado lejos.

—¿Tollcross? —propuso.

Tollcross le valía.

Se sentaron en la heladería, y Kirstie pidió el combinado más voluminoso de la carta, además de una Coca-Cola gigante. El lugar estaba tranquilo: una pareja de ancianos, fumando y bebiendo un café espumoso, y una madre estresada regañando a sus hijos, que discutían por unos cuencos de helado de tonalidades estridentes.

Rebus había pedido un café y Duggan zumo de naranja y pastel de manzana con nata. Rebus recordaba que solía llevar allí a Sammy cuando era niña. Miró a la hija del alcalde y trató de recordar que tenía diecisiete años.

—Paul me ha dicho que quiere hablar conmigo.

Su actitud no podía ocultar que era una muchacha bien educada. Rebus sabía que la dicción callejera, su jerga de clase baja, era una adquisición reciente.

—¿Cuánto tiempo llevas metida en esto, Kirstie?

—¿Se refiere a la piedra?

Duggan miró a Rebus.

—Piedra, crack —precisó.

—Bastante —respondió Kirstie.

—¿Bastante para haberte cansado?

—Bastante para saber que nunca te cansas.

En ese momento llegó su helado: era de tres sabores distintos, acompañados de salsa de chocolate, frutos secos, melocotones en almíbar y barquillo. Con solo verlo, Rebus empezó a rechinar los dientes.

—Tu padre está preocupado —dijo.

—¿Y qué?

—Tu madre también.

Su repentina convulsión a punto estuvo de propulsar un trozo de helado por encima de la mesa.

—Mi madre murió cuando yo tenía cinco años. Querrá decir «esa mujer que

vive con mi padre».

—De acuerdo.

—¿La conoce?

—No.

—Está como una cabra, por el amor de Dios.

—Así que no te llevas bien con ella.
¿Por eso huiste?

—¿Tiene que haber un motivo?

Rebus se encogió de hombros.

—La mayoría de los adolescentes que conozco y que deciden huir se largan un poco más lejos.

—¿Se refiere a Londres? No me gustó. Todos mis colegas están aquí.

—¿Colegas como Willie y Dixie?

Kirstie dejó la cuchara en el plato y empezó a beber Coca-Cola con la pajita.

—Willie me caía bien. Dixie era un chiflado. Nunca sabías qué se le pasaría por la cabeza, pero Willie era un buen tío.

—¿Te enteraste de lo que hicieron?

La joven asintió.

—Fuiste tú quien dejó la corona en el puente, ¿verdad?

Kirstie asintió de nuevo y hundió el dedo en la salsa de chocolate. Estaba intentando mostrar desinterés, pero todavía había sentimientos enterrados en su cerebro, una valiosa brizna de culpabilidad.

—¿Fue idea tuya, Kirstie? —La muchacha lo miró—. Lo fue, ¿no es cierto?

Se puso de pie.

—Tengo que ir al baño.

Rebus la agarró de la muñeca.

—¿Por qué lo hiciste, Kirstie? ¿Solo por dinero? ¿Por qué robaste la copia del proyecto de LABarum de la oficina de tu padre?

Kirstie se zafó de la mano de Rebus.

—¡Déjeme en paz! —exclamó y, tras tropezar con la mesa, echó a correr hacia los lavabos. Rebus se recostó y encendió un cigarrillo.

—Está prohibido fumar —le indicó la camarera.

—¿Puede traerme una cerveza?

—No tenemos licencia.

Rebus apagó el cigarrillo, volvió a guardarlo en el paquete y miró a Paul Duggan, que estaba sentado frente a él.

—Te gusta, ¿verdad? —preguntó Rebus.

Duggan no dijo nada. Con la cuchara estaba dibujando círculos en la nata.

—¿Recuerdas que te conté que se había dejado algo en el dormitorio de Willie? Eran unos documentos que le había robado a su padre. ¿Tienes idea de por qué lo hizo?

Duggan sacudió la cabeza lenta pero decididamente.

—Es... No sea duro con ella, ¿de acuerdo?

—¿O qué?

—O huirá. —Duggan hizo una pausa—. Huirá otra vez.

Finalmente, la puerta del baño se abrió de nuevo y Kirstie volvió a la

mesa con los brazos colgando con apreciable flojera. Rebus la miró a los ojos y vio unas pupilas encogidas como cabezas de aguja.

—Aquello fue una estupidez.

—¿El qué? —respondió ella, atacando de nuevo el helado. Después de dos cucharadas, apartó el plato.

—El secuestro —contestó Rebus—, pedir un rescate. Fue idea tuya, ¿no es así?

—Sí.

—¿Para vengarte de tu madrastra?

—De mi padre.

—¿Para vengarte de tu padre?

Kirstie asintió.

—Y de todo lo que representa ese viejo cabrón.

Parecía haberse recompuesto y ahora mostraba más seguridad. No le importaba desvelar lo que fuera.

—¿Eres consciente de que cometiste un delito? —preguntó Rebus.

—Lo negaría en los tribunales. Lo negaría en todas partes. ¿Dónde está la prueba de que no fueron solo dos chavales con un plan ridículo en mente?

—Hay quien podría corroborarlo —precisó Rebus mirando a Duggan.

—¿Cree que Paul me delataría? —Se apoyó en el hombro de Duggan y le acarició la cara—. Él no haría algo así.

—¿Ni siquiera si le ofreciese un acuerdo por el timo de las viviendas de su barriada?

Kirstie negó con la cabeza.

—Paul jamás haría nada que me perjudicara. Le gusto demasiado a su madre.

—Bueno, a lo mejor no necesito a Paul. A lo mejor lo único que necesito es ese documento de LABarum. Te relaciona con Willie. —Hizo una pausa—. Escribiste «Dalgety» en la última página.

Kirstie asintió.

—¿Por qué?

—Es algo que le oí decir a mi padre por teléfono... mientras escuchaba a escondidas. Dalgety parecía importante, una persona que le preocupaba.

—Entonces ¿Dalgety es una persona?

—Sí.

—Kirstie, ¿por qué robaste el

proyecto de LABarum?

Su rostro se contrajo en una mueca de desdén.

—Es mi padre. ¿No se da cuenta? Si observa con atención, si lee la letra pequeña y entre líneas, lo único que encontrará es la cara de mi padre con una sonrisa engreída.

—¿Por qué ha de mostrarse engreído?

—Porque eso lo convertirá en un héroe. Aunque todo es un fraude. Lo oí por teléfono, estaban hablando de cómo encubrirlo todo. Toda esa jodida mierda es solo... es solo... ¡Un montón de mierda!

—No puede emplear ese lenguaje — advirtió la camarera—. Hay niños aquí.

—¡Pues que les jodan! —gritó Kirstie

al tiempo que se ponía en pie—. ¡Porque están todos jodidos igualmente, como todos los demás!

—Voy a tener que pedirle que se marche.

Rebus y Duggan también se levantaron.

—Vamos, Kirstie.

—Esa chica va drogada o algo así. ¡Lo sé!

La camarera parecía escandalizada. Rebus tiró dinero encima de la mesa y siguió a los chicos. A Kirstie Kennedy le flaqueaban las piernas y Duggan la mantenía en pie.

—Llevémosla al coche —dijo Rebus, consciente de que debería trasladarla directamente a St Leonard's, y enfadado

consigo mismo porque sabía que era lo último que haría.

Duggan le indicó el lugar donde se hospedaba la chica. Era un piso en Leith, en el laberinto de callejones situados detrás de Great Junction Street.

—Es tuyo, ¿verdad? —le preguntó a Duggan, pero el chico estaba ensimismado acariciándole la frente a Kirstie, a pesar de que estaba dormida.

La subieron por las escaleras, uno a cada lado, pasándole los brazos por la espalda y dejando que ella se apoyara en sus hombros. Rebus notó la curvatura de un seno pequeño y las costillas de su caja torácica.

—Fue usted quien dijo que quería verla —observó Duggan, como

excusándose.

—Y querré verla otra vez.

Sabía que ella podía contarle más, que él necesitaba oír más. Estaba tratando de averiguar quién o qué era responsable de la muerte de Willie y Dixie. ¿Aquella criatura ingrávida que sostenía? ¿Los propios muchachos? ¿La policía por ir tras ellos? ¿El alcalde por acceder a aquella farsa? ¿Tal vez incluso la madrastra por hacer que Kirstie quisiera irse de casa? No, no había sido solo la madrastra, sino algún descubrimiento sobre los negocios del alcalde...

Puede que fuera el «sistema», ese mismo sistema al que Sammy atacaba con tanta pasión. Un sistema que había

fallado a Willie y a Dixie con tanta certeza como había alimentado a gente como sir Iain Hunter y Robbie Mathieson. En la naturaleza debía imperar el equilibrio; mientras unos subían, otros bajaban, eran empujados o saltaban por decisión propia.

O tal vez... solo tal vez, había sido Rebus al salir de entre los escombros con la necesidad de enfrentarse a ellos... De plantarse delante de ellos y obligarlos a elegir. «Es mi obsesión — pensó—. Mi particular sentido de la moral». Puede que el Granjero tuviera razón, al fin y al cabo...

—¿Te quedarás con ella? —le preguntó a Duggan cuando llegaron a lo alto de las escaleras.

El muchacho asintió. Rebus sabía que no le pasaría nada. Tenía quien la cuidara.

—¿Y usted? —dijo Duggan—. ¿Qué va a hacer?

Pero Rebus ya había dejado en sus manos el cuerpo de la joven y descendía de nuevo por las escaleras.

Se dirigió a un bar de mala muerte que conocía en la parte baja de Leith Walk. El suelo y las paredes eran de linóleo bermellón, y era como dejarse hipnotizar por el interior de una garganta.

—Whisky —pidió Rebus—. Doble.

Y cuando llegó el whisky, se lo bebió

en un par de tragos.

—¿Sabe una cosa? —le dijo al parroquiano más próximo—. Hace un par de días estaba zampándome un sándwich de salmón ahumado y disparando a unos platillos de arcilla.

—Mejor eso que a la inversa, hijo —respondió el anciano, recolocándose la gorra.

Aquella noche, la señora Cochrane subió a decirle que había una pequeña mancha oscura en el techo de su dormitorio. Rebus había olvidado vaciar el tarro, y el agua había penetrado en el parqué.

—Espere a que se seque —le dijo

compungido—, y volveré a pintárselo.

Estaba durmiendo en la butaca, pero ahora se había desvelado por completo. Eran las once y media, demasiado tarde para hacer nada. Entonces sonó el teléfono y lo cogió.

—No me interesa —dijo.

—Esto te interesará.

Rebus reconoció la voz del agente Robert Burns.

—No me digas que el West End necesita mi ayuda.

—No estamos tan desesperados, pero se me ocurrió que te haría un favor. Parece que tenemos un asesinato.

Rebus asió el auricular con más fuerza.

—¿Conozco a la víctima?

—La identificación hallada cerca del cuerpo indica que se llamaba Thomas Gillespie.

—¿El concejal Gillespie?

—Todavía no te he contado lo mejor. Fue encontrado en una calle que conecta Dundee Street con Dalry Road.

Rebus intentó ubicar el lugar.

—¿Al lado del cementerio?

—Sí. La calle se llama Coffin Walk.⁹

Coffin Walk era una cuesta bastante empinada que partía de Dalry Road. A un lado discurría la transitada Western Approach Road, y al otro se encontraba el cementerio de Dalry. Era una

callejuela estrecha, bien iluminada y bastante larga.

—Si alguien te atrapa en mitad de esta calle —dijo Burns—, no hay escapatoria.

—Pero verías venir al atacante... No hay donde esconderse.

Burns señaló con la cabeza el muro del cementerio.

—Podrías ocultarte ahí arriba, esperar a que llegara la persona y abalanzarte sobre ella. Es el lugar perfecto para tender una emboscada.

—¿Crees que fue así?

Burns se encogió de hombros. Ahora estaban cerca del cadáver. En el cementerio, varios agentes equipados con linternas buscaban huellas y el arma

del crimen. Ambos extremos de la calle estaban cortados y, aunque había un grupo de policías cerca del cuerpo de la víctima, la única persona que se encontraba junto a él era el profesor Gates. El forense daba indicaciones al fotógrafo y el inspector Davidson hablaba con el enterrador. Aunque vistieran de paisano —chaqueta acolchada y vaqueros en lugar de traje negro—, los enterradores eran reconocibles.

—Entonces ¿qué ocurrió? —preguntó Rebus a Burns.

—Una persona salió del Diggers, y fue caminando por Angle Park Terrace hasta que vio el cuerpo. Pensaba que era un vagabundo durmiendo a la

intemperie. Hay un albergue nocturno en Gorgie Road, así que el tipo se acercó hasta aquí para decírselo.

—Como un buen ciudadano.

—Vio la sangre, imaginó enseguida lo que había pasado y nos llamó.

Rebus señaló una cartera que se hallaba a medio metro del difunto.

—¿Eso estaba ahí?

—Sí. Carnet de conducir, tarjeta de donante de sangre...

—¿Nada de dinero ni tarjetas de crédito?

—Se lo llevaron.

—¿Y nadie presenció la agresión?

—Supongo que saltó desde el muro.

El profesor Gates había concluido su examen preliminar.

—A este ya podemos taparlo —dijo.

Rebus, sin embargo, quería dar un vistazo. Tom Gillespie se encontraba en posición fetal, probablemente porque había tratado de protegerse. Quizá no estaba muerto cuando cayó al suelo, y se había encogido sobre sí mismo a causa del dolor en el abdomen.

—Herida de arma blanca —sentenció el profesor Gates—. Probablemente lo mató la conmoción.

—¿Se lo han notificado a la viuda?

—¿Se ofrece usted voluntario, John?

—preguntó Davidson.

—Recuerde que este no es mi distrito...

—No, pero tengo entendido que conocía al difunto. ¿Tiene algo que

contarnos?

Rebus mostró las manos, indicando que poco podía contarles.

—No puedo contaros mucho. Aun así, puedo plantear una pregunta —dijo—: ¿qué estaba haciendo este hombre aquí? Vive en Marchmont, y es muy posible que jamás hubiera oído hablar de Coffin Walk. Yo desde luego no lo conocía. Entonces ¿a qué vino? ¿Adónde iba?

—Puede que al Diggers.

El Diggers era en realidad el pub de Athletic Arms, pero era conocido con ese sobrenombre por los enterradores que lo frecuentaban en el pasado. [10](#)

—No parece un buen atajo.

—No demasiado —coincidió Davidson—. Son muchos interrogantes,

John.

—Ya sé cómo funciona su mente, Davidson. Usted piensa que es un simple atraco que se ha complicado. Asaltante: desconocido; motivo: robo.

—Oigamos su teoría, pues.

Rebus sonrió. Su cabeza estaba atestada de hipótesis, tantas que no podía ser bueno.

—Deme un cigarrillo —dijo.

—Aquí no. Esto es el escenario del crimen, John —advirtió Davidson.

Rebus observó de nuevo el cuerpo de Tom Gillespie, que estaba siendo introducido en una bolsa. Primero realizaría un trayecto hasta al depósito de cadáveres y más tarde lo llevarían al tanatorio. Nuestros últimos viajes en el

mundo son tan predecibles como el primero.

—Le estaba preguntando si tenía una teoría sobre ello —insistió Davidson.

—Está bien, está bien. —Rebus levantó las manos, esta vez como un gesto de rendición—. Lléveme a su bonita y cálida comisaría, deme un pitillo y le contaré una historia. Pero no me lo tenga en cuenta si no le encuentra mucho sentido.

Le explicaría a Davidson lo que sabía, que no era ni la mitad de lo que sospechaba.

Lo cual no era ni la mitad de lo que se temía.

A la mañana siguiente, el inspector Davidson acudió a casa de la viuda acompañado de Rebus.

Las cortinas estaban echadas y Rebus se acordó del día del funeral de McAnally, en el interior del piso de Tresa. No abrió la puerta la señora Gillespie, sino Helena Profitt, vestida con una sencilla blusa blanca complementada con el preceptivo negro: falda, chaqueta, medias y zapatos.

—Vine en cuanto me enteré —dijo, y los invitó a pasar. Pareció sorprenderse

al ver a Rebus.

«Debemos dejar de vernos en estas circunstancias», pensó él.

—Han venido dos policías a verte, Audrey —anunció la señora Profitt al abrir la puerta del salón.

Era una estancia grande y luminosa, en la que destacaban dos grandes estanterías que cubrían las paredes del suelo al techo. No parecía que se hubiese dado mucho uso al televisor y, aunque había un reproductor de vídeo, Rebus no vio más que media docena de cintas. En un extremo de la sala, había una enorme mesa cubierta de documentos y otra más pequeña sobre la cual descansaban un teléfono y un fax. A su juicio, aquel salón no era más que una

extensión del despacho situado en la parte delantera de la casa, lo cual hizo que Rebus se preguntara por la vida familiar de Gillespie o, más atinadamente, por su falta de vida familiar.

Su viuda estaba en el sofá con las piernas encogidas. Hizo ademán de levantarse, pero Davidson le indicó con un gesto que se sentara de nuevo. Tenía aspecto de no haber dormido. Había una taza vacía en el suelo y, junto a ella, un pequeño frasco marrón de pastillas. Pese a la calefacción central, Audrey Gillespie parecía estar temblando.

—¿Quieren que prepare un poco de té? —preguntó Helena Profitt.

—Para nosotros no, gracias —dijo

Davidson.

—Bien, les dejo solos. ¿Quieres que vuelva más tarde, Audrey?

—Si no es mucha molestia.

—Por supuesto que no.

Rebus observó a la señorita Proffit. Tenía los ojos enrojecidos de llorar y le pareció evidente que, más allá de su sobria apariencia, estaba tan destrozada como la propia viuda. La siguió al salir de la habitación.

—¿Puede esperar en la cocina? Me gustaría comentar unas cosas muy brevemente.

La señorita Profitt asintió, dubitativa. Rebus volvió al salón y se sentó junto a Davidson.

—¿Me recuerda, señora Gillespie?

—decía Davidson—. Nos conocimos anoche.

Davidson era bueno en esas cosas, mejor que muchos otros policías que conocía. Lidar con el pesar de la gente era toda una habilidad: calibrar las palabras, cómo pronunciarlas, saber hasta dónde podían soportar los afectados y frenar a tiempo...

Audrey Gillespie asintió y miró a Rebus.

—Y a usted le conozco también, ¿verdad?

—Vine a hablar con su marido en una ocasión.

Rebus se esforzó en utilizar el mismo tono que su improvisado compañero.

—¿La ha visitado un médico, señora

Gillespie? —preguntó Davidson.

—Me ha recetado pastillas para dormir. Es ridículo pensar que podré siquiera conciliar el sueño.

—Pero ¿se encuentra bien?

—Yo... —Pareció buscar las palabras que se esperaban de ella—. Lo sobrellevo, gracias.

—¿Se ve capaz de responder a unas preguntas?

La mujer asintió y Davidson se relajó un poco. Sacó su cuaderno de notas y lo consultó.

—Bien —empezó—. Ayer noche, comentaba usted que su marido había salido a visitar a un votante. ¿Eso le dijo?

—Sí.

—Sin embargo, no mencionó dónde iba a citarse con ese votante...

—No.

—¿Y su nombre?

—Tampoco.

—¿Ni siquiera le comentó de qué iba el asunto?

La señora Gillespie se encogió de hombros, intentando recordar.

—Cenamos a las ocho, como de costumbre. Había preparado pollo a la cazuela, el plato favorito de Tom, y comió dos raciones. Yo pensaba que después trabajaría un rato en su despacho..., siempre tiene cosas que hacer..., o que leería el periódico. Me sorprendió un poco cuando me dijo que debía salir.

—¿Le sorprende que acabara en Dalry?

—Mucho. No conocemos a nadie en esa parte de la ciudad. ¿Por qué me mintió?

—Bueno —intervino Rebus—. Le ocultaba algunas cosas, ¿no es cierto?

—¿A qué se refiere?

Davidson le lanzó una mirada de advertencia a Rebus, que moderó levemente el tono.

—El día que vine aquí, estaban ustedes destruyendo documentos en una máquina que había alquilado su marido especialmente con ese fin. Creo que llenaron unas cuantas bolsas...

—Sí, lo recuerdo. Tom me dijo que estaba quedándose sin espacio en el

despacho. Aquellos documentos eran agua pasada. Como puede ver, está todo abarrotado de papeles —señaló, haciendo un barrido con la mano en torno a la habitación.

—Señora Gillespie —insistió Rebus —, su marido dirigía el Comité de Industria. ¿Tenían alguna relación con eso los documentos?

—No tengo ni idea.

—Si eran agua pasada, ¿por qué molestarse en destruirlos? ¿Por qué no los tiraron, simplemente?

Audrey Gillespie se levantó y se dirigió a la chimenea, y Davidson miró a Rebus con irritación.

—Tom decía que podían caer en las manos equivocadas. Periodistas y gente

por el estilo. Me dijo que era una cuestión de confidencialidad.

—¿Dio usted un vistazo a los documentos?

—No... No lo recuerdo.

Parecía cada vez más agitada y sus ojos humedecidos miraban a todas partes excepto a los dos policías.

—¿No sentía curiosidad?

—Mire, no sé qué tiene que ver todo esto con... con nada.

Rebus se acercó a ella y la cogió de las manos.

—Puede que todo esto tenga que ver con el asesinato de su marido, señora Gillespie.

—Pero, John —protestó Davidson—, no sabemos...

Audrey Gillespie miró a Rebus a los ojos y vio que podía confiar en él. Intentó contener las lágrimas.

—Era muy reservado —dijo en voz baja, obligándose a conservar la calma—. Me refiero a lo que se traía... entre manos. Había estado trabajando en ello durante meses, casi un año en realidad. Yo maldecía las horas que invertía en aquello. Me dijo que merecería la pena, que siempre debíamos mirar al futuro. Con eso se refería a que algún día sería diputado. Vivía para eso.

—¿No tiene ninguna idea sobre ese proyecto suyo?

—Apenas me contaba nada —dijo apartando la mirada—. Era sobre algo que había descubierto mientras

trabajaba en el comité, y sé que guardaba relación con la contabilidad. Lo deduje por lo que estaba leyendo: balances anuales, recuentos de ganancias y pérdidas... Yo me formé como contable, algo que Tom a veces olvidaba. Ahora regento una cadena de tiendas, pero todavía llevo los libros. Podría haberle ayudado, pero siempre tenía que hacerlo todo él solo. —Guardó silencio unos instantes—. De hecho, la única razón por la que verdaderamente me necesitaba era mi dinero. Lamento si les parezco insensible.

—En absoluto —dijo Davidson.

—¿Tenía algo que ver con la contabilidad de alguna empresa, señora Gillespie? —insistió Rebus.

—Creo que sí, y, a juzgar por las cifras, de varias empresas: eran cientos de millones de libras.

—¿Cientos de millones?

Por tanto, no se trataba de Mensung, ni siquiera del imperio de Charters. Era algo mucho más grande. Rebus pensó en PanoTech, y luego recordó que alguien más había utilizado la expresión «cientos de millones»... Rory McAllister o alguien como él.

—Señora Gillespie, ¿es posible que esas cifras tengan algo que ver con el OED?

—¡Cómo voy a saberlo!

La mujer volvió a acomodarse en el sofá.

—De acuerdo, John —intervino

Davidson—, ya es suficiente...

Pero, para él, era como si Davidson no estuviese allí.

—Señora Gillespie —continuó Rebus, que se sentó junto a ella—, la cuestión es que alguien intentó asustar a su marido y surtió efecto. Pagaron a un hombre llamado McAnally para infundirle el temor de Dios. No sé si eran conscientes de lo que estaba dispuesto a hacer Hugh McAnally, pero está claro que cuando se plantó ante su marido para volarse la cabeza pretendía hacerle llegar un mensaje, una advertencia de algún tipo. De todos modos, estaba muriéndose y le habían pagado una atractiva suma. Su marido se asustó, y con razón, y alquiló esa

trituradora para poder destruir todos los documentos que había ido recopilando, todas las pruebas.

—¿Pruebas de qué? —preguntó la señora Gillespie.

—De algo muy grande. Sin embargo, McAnally la pifió, murió de una manera... demasiado espectacular, y eso despertó mi curiosidad. Creo que aún no he descubierto ni la mitad de lo que sabía su marido, pero esa no es la cuestión. La cuestión es que esa gente sospechaba que su marido estaba prestándome ayuda, pasándome información, por ejemplo. O eso, o temían que tarde o temprano hablara conmigo. Sea como fuere, llegaron a la conclusión de que no se dejaba

amilanar. Tenían que ir un poco más lejos.

—¿Insinúa que, si no hubiese estado usted husmeando, tal vez seguiría vivo?

Rebus agachó la cabeza.

—Acepto esa posibilidad, pero yo no he matado a su marido, señora Gillespie... —Hizo una pausa—. Aunque me gustaría descubrir quién lo hizo.

—¿Cómo puedo ayudarle?

Rebus miró a Davidson.

—Puede empezar por contarnos cualquier cosa que crea que puede sernos de utilidad. Y revisar los documentos que aún tenga su marido; tal vez haya alguna pista oculta en ellos.

La señora Gillespie se quedó callada

unos instantes.

—¿Cree que yo también estoy en peligro?

Rebus apoyó una mano en la de ella.

—En absoluto, señora Gillespie. ¿No hay nadie en quien Tom confiara? ¿Alguien con quien pudiera compartir lo que estaba haciendo?

Gillespie negó con la cabeza.

—No, espere... Sí, tal vez haya alguien.

Entonces se levantó y salió de la habitación. Davidson se quedó mirando a Rebus, muy serio.

—Mire —le dijo este—, a usted se le dan bien los corazones y las flores, pero la debilidad está ahí para ser explotada.

Davidson no hizo ningún comentario.

Audrey Gillespie volvió a entrar en el salón con una agenda en la mano.

—Esta es la del año pasado —dijo mientras se sentaba junto a Rebus—. Tom empezó con toda esta historia de intriga y secretos en mayo, pero no despegó hasta octubre y noviembre. — La señora Gillespie pasó las páginas hasta llegar a esos meses. Cada día estaba atestado de reuniones y compromisos—. ¿Lo ve? —añadió señalando una página—. Estas reuniones de aquí. Dos esta semana. —Pasó dos páginas más—. Dos, la siguiente. —Dos páginas más—. Luego tres más...

Las reuniones eran tan solo una serie de horas y las mismas dos letras: CK.

—Cameron Kennedy —dijo Rebus.

—Sí.

—¿Quién? —preguntó Davidson, que se había acercado el sofá para ver la agenda.

—El alcalde —explicó la señora Gillespie—. Siempre quedaban para comer. Lo recuerdo porque Tom llevaba sus trajes a la tintorería; tenía que lucir especialmente elegante para el alcalde.

—¿No le dijo por qué se reunían tan a menudo?

Rebus le había cogido la agenda y estaba examinándola. No había citas con «CK» hasta octubre, tras lo cual se producían al menos una vez por semana.

—Tom comentó de pasada que podía haber un buen puesto para él cuando llegara la reorganización. Pertenece al

mismo partido político que el alcalde, ya saben...

—Esto es interesante —señaló Rebus, recostándose para estudiar minuciosamente la agenda.

Davidson tenía algunas preguntas que formular —las habituales—, así que Rebus aprovechó la ocasión para excusarse. Encontró a Helena Proffitt sentada a la mesa de la cocina, con un pañuelo de encaje en la mano.

—Es terrible —dijo.

—Sí —respondió Rebus, que se sentó delante de ella.

Pensó en las «sutilezas» de Charters y en cómo Davidson había abordado a la viuda, y aun así no encontraba la forma de preguntar lo que quería.

—Señorita Profitt, puede que este no sea el momento adecuado... —Ella lo miró—. Pero me preguntaba si sabía..., si tenía alguna sospecha de que la señora Gillespie y su marido...

—¿Se refiere a cómo era su matrimonio? —preguntó Profitt en voz baja.

—Sí.

La mujer adoptó una expresión pétrea.

—Eso es de lo más despreciable, inspector.

—Esto es la investigación de un asesinato, señorita Profitt. Siento haber herido sus sentimientos, pero hay que hacer preguntas. Cuanto antes las haga, antes podremos atrapar al asesino.

La señora Profitt meditó sus palabras.

—Supongo que tiene razón. Pero aun así es despreciable.

—¿La señora Gillespie tenía una aventura?

Helena Profitt no dijo nada. Se levantó y se abotonó el abrigo.

—De acuerdo —dijo Rebus—. ¿Y que hay del alcalde? ¿Le contó el concejal Gillespie por qué se reunían constantemente?

—Tom me dijo que debía informarle.

—¿Sobre qué?

—No lo mencionó. Algo relacionado con el Comité de Industria, imagino. ¿Eso es todo, inspector?

Rebus asintió, y Helena Profitt salió de la cocina. Oyó cómo se abría y se cerraba la puerta principal. «Lo he

gestionado a las mil maravillas», pensó.

Volvió al salón justo cuando Davidson cerraba su libreta y agradecía a Audrey Gillespie el tiempo que le había dedicado.

—No hay de qué —respondió la viuda, educada hasta el último momento.

Rebus y Davidson salieron y se quedaron sentados en el coche, comentando la situación. Cuando emprendieron la marcha, Rebus vio otro coche buscando aparcamiento. Era un Toyota deportivo de color ceniza.

—Pare un segundo —pidió. Luego recolocó el espejo retrovisor para observar al Toyota mientras maniobraba para estacionar. Se abrió la puerta y apareció Rory McAllister con actitud

ansiosa. Cerró el coche, se atusó el pelo y esquivó los charcos de camino al jardín de Audrey Gillespie.

Rebus llevó a Davidson a su apartamento de Arden Street y le pidió que subiera con él.

—Tengo algo para usted —dijo cuando ya abría la puerta del piso.

Al entrar en el pequeño vestíbulo, le mostró las bolsas de basura amontonadas en el pasillo.

Davidson se las quedó mirando, boquiabierto.

—¿Son los documentos destruidos?

Rebus asintió.

—No le preguntaré cómo se hizo con

ellos.

—No creo que la señora Gillespie arme ningún escándalo por ello, sobre todo si nos ayudan a dar con el asesino.

—Estoy pensando en el partido que les sacaría un abogado defensor.

—Ya se me ocurrirá alguna historia de aquí a entonces.

—¿Y qué se supone que debo hacer con ellos?

—Está usted dirigiendo una investigación por asesinato, Davidson. Las identidades de quienes planearon la muerte de Gillespie están ahí, así que lléveselos a Torphichen Place y ponga a un equipo a reordenar las páginas.

—No creo que a mi jefe le haga ninguna gracia; ahora mismo andamos

escasos de personal. ¿No puede llevárselos usted a St Leonard's?

Rebus hizo un gesto de negación.

—¿Sabe por qué? Porque no sé en quién puedo confiar, y lo último que quiero es que esas bolsas se extravíen muy oportunamente. Así que será mejor que no le cuente a nadie qué son todos esos papeles ni de dónde los ha sacado. Cuando haya montado el rompecabezas, estoy convencido de que tendrá nombres y motivos. Venga, lo ayudaré a cargarlos en el coche.

—Qué generoso; a veces se pasa y todo con tanta generosidad —dijo Davidson al coger una de las bolsas.

Se dirigieron al depósito de cadáveres para hablar con el profesor Gates, pero estaba comiendo en la cafetería del personal universitario, así que subieron desde Cowgate hasta Chambers Street.

Rebus había estado en esa cafetería en alguna ocasión, y sabía que, si uno transmitía la sensación de ser de allí, podía campar a sus anchas. Aun así, el conserje salió a darles el alto, con lo que tal vez no daban del todo el perfil académico. Rebus mostró su identificación y todo volvió a su sitio.

Gates estaba comiendo solo, con un periódico doblado junto al plato. Delante tenía media botella de vino y otra de agua.

—¿Qué les trae por aquí? —preguntó

cuando se sentaron—. ¿No van a comer?

—No, gracias —dijo Davidson.

—A lo mejor tomamos algo —terció

Rebus.

—Les recomiendo un poco de agua —

dijo Gates, protegiendo el vino.

Se decantaron por una cerveza, que la camarera les trajo de la barra.

—¿Qué puedo hacer por ustedes? —preguntó el forense, diseccionando una última patata harinosa.

—Queríamos pedirle un favor.

—¿Sobre el apuñalamiento de ayer noche? Denme un respiro, por favor. ¿Ya han localizado el arma del crimen?

—No —reconoció Davidson—.

Tampoco encontramos huellas. El cementerio estaba helado.

—Era un arma de hoja larga serrada, a juzgar por el aspecto de la piel que rodeaba la herida. Y eso es todo lo que puedo desvelar por ahora. La víctima había intentado eludir la agresión; en las manos presentaba heridas propias de un gesto defensivo. Además, había estado comiendo algo con abundante grasa. Aún tenía restos en los dedos.

Rebus miró a Davidson.

—¿Encontró algún envoltorio cerca del cuerpo?

—Nada reciente. ¿Por qué lo pregunta?

—Gillespie cenó copiosamente a las ocho: dos raciones de pollo a la cazuela. ¿Cree que se lo comió con los dedos?

—Probablemente no.

—Entonces ¿cómo es posible que, transcurridas menos de tres horas, decidiera visitar un puesto de comida rápida? —Rebus se volvió hacia el doctor—. Cuando examine el contenido del estómago, estoy convencido de que encontrará de todo menos pollo a la cazuela.

—De hecho, me extrañó bastante —observó el forense—. La mayoría de la gente se limpiaría los dedos después. Esa grasa o manteca era bastante densa.

Lo cual confirmó a Rebus lo que necesitaba saber.

Todavía era la hora de comer cuando Rebus entró en el establecimiento de comida rápida de East Road, donde dos hombres vestidos con americana y corbata esperaban su turno detrás de un adolescente con un delgado anorak cuyo relleno asomaba por las costuras. Rebus se puso al final de la cola, sonrió y saludó con la mano al joven que atendía en la barra, que no le devolvió el saludo.

Finalmente, le llegó el turno.

—Hola, Gerry. —Gerry Dip limpió

un poco de salsa que se había derramado sobre el mostrador—. ¿Te acuerdas de mí?

—¿Qué quiere?

Rebus se apoyó en el mostrador.

—Quiero saber dónde estuviste ayer entre las nueve y las once de la noche, y procura que sea la mejor coartada de la historia.

—¿Por qué? —preguntó Gerry Dip.

Rebus sonrió.

—Venga, vamos a dar una vuelta.

—No puedo. Estoy solo.

—Entonces lo apagas todo, cerramos la puerta y cuelgas un cartel que diga: «Hay más peces en el mar».

Gerry Dip se agachó, como buscando un interruptor, y al alzarse de nuevo le

arrojó un maltrecho ejemplar recién rebozado. A pesar de que Rebus intentó esquivarlo, el pescado pasó rozándole la cabeza y le embadurnó el pelo de grasa, y cuando se incorporó vio que Gerry estaba ya empujando la puerta de la cocina con el hombro. Rebus salió tras él. En el pequeño almacén que hacía las veces de cocina, Dip había volcado un par de sacos de patatas y ya estaba cruzando la puerta trasera. Rebus tropezó con uno de los sacos y a punto estuvo de agarrar a Dip de los tobillos. Se puso de pie a trompicones y salió corriendo al callejón. A su izquierda no había salida. A su derecha, Gerry Dip huía con el delantal enmarañado entre sus piernas.

—¡Deténgalo! —gritó Rebus.

No hizo falta que lo dijera dos veces. Como un espectador más, Davidson estaba esperando en la embocadura del callejón con las manos en los bolsillos, pero cuando Dip pasó por delante extendió un brazo y le lanzó un golpe a la garganta. El fugitivo cayó de espaldas como si estuviese atado al suelo con una goma elástica. Se llevó las manos al cuello y empezó a gorgotear.

—Podría haberle roto la nuez —dijo Rebus, aunque su tono no era ni mucho menos de reprimenda.

A las cuatro de la tarde, mientras Gerry Dip mantenía su voto de silencio en la

sala de interrogatorios, Rebus salió a dar un paseo en coche.

Gerry era perro viejo: sabía desenvolverse muy bien en el juego de ayudar a la policía con sus pesquisas. No abriría la boca, con o sin abogado. Lo único que había dicho hasta el momento era que aquello constituía acoso y que quería hablar con alguien del SWEEP. No bastaría con la corazonada de Rebus para condenarlo por asesinato. Necesitarían alguna prueba. Por el camino, Rebus le había explicado a Davidson la compleja serie de conexiones que le habían hecho pensar en Gerry Dip. Ahora dependía de él convencer a sus superiores de que había motivos razonables para solicitar

una orden de registro en la vivienda de Gerry y en la tienda de comida rápida. El propietario ya había explicado que su empleado no trabajó la noche anterior. Rebus lo veía todo meridianamente claro: organizó un encuentro, Gillespie acudió, Gerry lo atacó por sorpresa, el concejal intentó defenderse y se agarró a la grasienta camisa o chaqueta de Dip...

Sin embargo, algo no encajaba: Gerry no pudo atraer él solo a Gillespie hasta la trampa. Tenía que haber alguien más, alguien en quien el concejal confiara, alguien a quien quisiera ver...

El muy honorable Cameron McLeod Kennedy, juez de paz, tenía un chalet

independiente en lo que podría haberse llamado Corstorphine si South Gyle no hubiera iniciado una etapa de prosperidad. Las casas de la zona eran descendientes de los chalets rectangulares de Queensferry Road. No había muchos coches aparcados en la calzada; la mayoría de las viviendas tenía garaje propio, o al menos una zona cubierta a tal efecto. Rebus estacionó frente a la casa del alcalde, que esperaba en el umbral con su mujer detrás de él.

—Por teléfono ha sido usted de lo más misterioso —dijo Kennedy al estrechar la mano a Rebus—. ¿Tenemos noticias?

—El Señor dispone a voluntad —

soltó su mujer, cuya voz parecía un chasquido.

El alcalde la hizo entrar y acompañó a Rebus al salón principal.

—La he visto —dijo Rebus.

—¿Dónde está?! —exclamó la señora Kennedy.

Rebus la estudió. Tenía unos ojos grandes que jamás pestañeaban y unas manitas regordetas que ahora se cerraban en un puño. Llevaba el pelo recogido en un moño descuidado y tenía las mejillas rojas como el fuego. Rebus intuyó que era oriunda de las Highlands occidentales; tampoco era muy arriesgado conjeturar que había recibido una educación religiosa. En materia de fervor, algunos feligreses de la Iglesia

Libre de Escocia no tenían nada que envidiar a los fundamentalistas musulmanes.

—Está a salvo, señora Kennedy.

—¡Eso ya lo sé! He rezado por ella. ¡Por supuesto que está a salvo! He estado orando por su alma.

—Beth, por favor...

—¡He rezado con más entusiasmo que nunca en mi vida!

Rebus escudriñó la estancia. Los muebles estaban repartidos con precisión milimétrica sobre la moqueta y parecía que la distancia entre los ornamentos hubiese sido calibrada por un profesional. Unas cortinas de red cubrían las dos pequeñas ventanas. Había fotos de niños pequeños, pero

ninguno de ellos aparentaba más de doce años. Costaba imaginar a un adolescente pasando las tardes allí.

—Inspector —dijo Cameron Kennedy —, no le he preguntado si le apetecía tomar algo.

Rebus dedujo que el alcohol no figuraba en la lista.

—No, gracias.

—Nos queda licor de jengibre de Año Nuevo —gruñó la señora Kennedy.

—Gracias, pero no. La cuestión, señor, es que no he venido a hablar de su hija, sino de Tom Gillespie.

—Es horrible —dijo el alcalde.

—Que Dios lo tenga en su gloria —apostilló su esposa.

—¿Podríamos hablar en privado? —

preguntó Rebus enfáticamente.

Kennedy miró a su mujer, que no parecía dispuesta a moverse. Finalmente, sin disimular su enojo, dio media vuelta y se fue. Un instante después, Rebus oyó una radio en la habitación contigua.

—Es horrible —repitió el alcalde, que se sentó e indicó con un gesto a Rebus que hiciera lo propio.

—Pero tampoco ha sido ninguna sorpresa, ¿no?

El alcalde levantó la cabeza.

—¡Por supuesto que sí!

—Usted sabía que el concejal estaba jugando con fuego.

—¿Ah, sí?

—Ya habían intentado asustarlo una

vez. —Rebus sonrió—. Sé en qué estaba metido Gillespie, y también que acudió a usted y que le informaba periódicamente de sus progresos.

—Eso no es cierto.

—Tenemos pruebas de sus pequeñas comidas de negocios. Él sabía que estaría interesado. Para empezar, es usted el alcalde. En segundo lugar, sus hallazgos estaban directamente relacionados con Gyle Park West, que pertenece a su distrito electoral. No sé qué tenía Gillespie en mente. Siendo benévolo, yo diría que estaba trabajando en beneficio de la ciudadanía, y que al final habría hecho públicos sus descubrimientos. Aunque de hecho creo que estaba presionándolo a usted para

que lo ayudara en su trayectoria profesional. Cabía la posibilidad de que sus hallazgos jamás vieran la luz del día, pero aun así nadie podía estar seguro de ello, ¿no es cierto? Alguien intentó meterle el miedo en el cuerpo y finalmente decidió acabar con su vida.

El alcalde se levantó de un brinco.

—¡No pensará que lo maté yo!

—Apuesto a que podría convencer a mis compañeros de que es usted uno de los principales sospechosos. En una situación así, se vería obligado a explicar el porqué de esas reuniones secretas, y por supuesto saldría a la luz todo lo demás.

El alcalde entrecerró los ojos, frunciendo el ceño.

—¿Qué es lo que quiere?

—Quiero que me lo cuente todo.

—Acaba de decir que ya lo sabe.

—Pero todavía no por boca de nadie.

El alcalde reflexionó unos momentos y finalmente sacudió la cabeza.

—¿Significa eso que sus electores son más importantes que su reputación? — preguntó Rebus.

—No puedo decir nada.

—¿Y eso por qué? ¿Porque PanoTech está involucrada?

El rostro de Kennedy se contrajo como si le hubieran asestado un puñetazo.

—No tiene nada que ver con PanoTech. La empresa cuenta con una de las plantillas más numerosas de Lothian.

La necesitamos, inspector.

—Si no tiene nada que ver con PanoTech, ¿guarda alguna relación con Robbie Mathieson?

—No puedo decir nada.

—¿Quién es Dalgety? ¿Y por qué le tiene tanto miedo? Kirstie me contó que le había oído hablar de él por teléfono. Y cuando en nuestro último encuentro le conté a usted que ella había anotado su nombre en la copia del proyecto de LABarum, de pronto ya no quería que la encontraran.

—¡Ya se lo he dicho, no pienso abrir la boca!

—En ese caso —prosiguió Rebus—, no lo molestaré más. —Se levantó—. Estoy seguro de que tiene muchas cosas

que hacer; por ejemplo, redactar su discurso de dimisión —añadió dirigiéndose ya a la puerta.

—Inspector... —Rebus se dio la vuelta—. ¿Kirstie está bien?

Rebus volvió al salón.

—¿Le gustaría verla? —El alcalde parecía debatirse entre ambas posibilidades. La debilidad estaba ahí para ser explotada—. Podría traerla, pero tendría que recibir algo a cambio.

—¡Uno no comercia con una vida inocente!

—No tan inocente, señor. Se me ocurren al menos media docena de cargos contra su hija y, entre usted y yo, de hecho estaría incumpliendo mi deber si no la arrestara y la metiera entre

rejas.

El alcalde se acercó a la ventana.

—Inspector, no soy un angelito, créame. Si uno quiere juego sucio y tácticas bajo mano, puede aprender mucho de la política, incluso de la política municipal... Sobre todo de la política municipal de una ciudad como esta. —Kennedy hizo una pausa—. ¿Dice que puede traerla aquí?

—Creo que sí.

—Entonces hágalo.

—¿Y usted y yo tendremos una pequeña conversación? ¿Me contará lo que quiero saber?

El alcalde se volvió hacia él.

—Se lo contaré —respondió con semblante lívido.

Ambos sellaron el pacto con un apretón de manos y el alcalde lo acompañó a la puerta. En algún lugar del chalet, la señora Kennedy entonaba un himno.

Así pues, todo cuanto debía hacer Rebus era convencer a Kirstie Kennedy de que, como en casa, en ninguna parte.

Rebus se dirigió primero al piso de Kirstie, pero no había nadie. Probó en un par de centros de atención, incluido el que se encontraba detrás de Waverley —sin éxito—, y luego siguió con las hamburgueserías de Princes Street antes de regresar a Leith y visitar tres pubs frecuentados por camellos y

consumidores. Nada. Hizo un alto en un bar en el que tenía menos posibilidades de recibir una puñalada y después habló con unas cuantas prostitutas que ejercían, ateridas de frío, cerca de los muelles del Inner Harbour. Una de ellas dijo que creía conocerla, pero tal vez mentía: hacía más calor en el coche de Rebus que fuera.

Algo más tarde, Rebus recordó una cosa que Kirstie había dicho cuando se entrevistó con ella: que le caía muy bien a la madre de Paul. Así que decidió dirigirse a su casa. Duggan se ruborizó cuando lo vio, pero su madre, una mujer menuda y amable, lo invitó a pasar.

—No hace noche para estar de cháchara en el portal.

Era un piso pequeño y ordenado, situado cerca de Abbeyhill. Duggan le lanzó a Rebus una mirada de advertencia cuando pasaban, por insistencia de su madre, al salón. Su padre estaba allí, fumando en pipa y leyendo el periódico, y se levantó para estrechar la mano de Rebus. Era minúsculo, al igual que su mujer. Y allí estaba el archidelincuente Paul Duggan, en su guarida.

—Espero que Paul no se haya metido en líos —dijo el padre, sonriendo entre el humo de la pipa.

—En absoluto, señor Duggan. Solo estoy buscando a una amiga suya.

—Paul le ayudará si puede. ¿No es cierto, Paul?

—Sí, claro —farfulló Paul Duggan.

—Se trata de Kirstie —dijo Rebus.

—¿Kirstie? —preguntó el señor Duggan—. ¿De qué me suena ese nombre?

—Es posible que Paul la haya traído por aquí un par de veces, señor Duggan.

—Bueno, inspector, a veces viene con una novia, pero no para darle al ñaca-ñaca, cuidado. —Le lanzó un guiño—. Lo tenemos controlado.

Ambos se echaron a reír. Paul iba encogiéndose poco a poco de manera casi perceptible, encorvado en la butaca con las manos entre las piernas. Los años estaban pelándolo como el papel de una pared húmeda.

—No la he visto —dijo sin más.

—¿Desde cuándo?

—Desde que la llevamos a su casa.

—¿Tienes idea de dónde podría estar?

El señor Duggan se apartó la pipa de la boca.

—Estoy seguro de que Paul se lo diría si lo supiera, inspector.

—¿Ha probado en el piso? — preguntó Paul.

Rebus asintió.

—No está en tu habitación, ¿verdad, Paul?

Duggan chasqueó la lengua y su padre se incorporó.

—Ya basta, inspector —dijo, intentando sonreír de nuevo con excesivo empeño.

—¿Dónde está su mujer, señor

Duggan?

Rebus se levantó y se dirigió al pasillo, donde la señora Duggan estaba a punto de sacar a Kirstie Kennedy por la puerta principal.

—Tráigala aquí, señora Duggan —ordenó.

Se sentaron los cuatro en el salón y los Duggan se lo contaron todo.

—Sabemos quien es Kirstie —explicó la madre—, y nos ha contado por qué huyó de su casa. Mentiría si dijera que no la entiendo. —La hija del alcalde se sentó junto a ella en el sofá, contemplando el fuego y la señora Duggan le pasó la mano por el cabello—. Kirstie tiene un problema con las drogas; ella lo acepta y nosotros

también. Creímos que, si tenía que enfrentarse a él, lo mejor era que se instalara aquí una temporada y se alejara de toda... de toda la gente que lleva ese tipo de vida.

—¿Es eso cierto, Kirstie? ¿Lo estás dejando?

La joven asintió, conteniendo un escalofrío. La señora Duggan la rodeó con el brazo.

—Sudores y escalofríos —dijo—. El señor Leitch nos dijo que era normal. — Se volvió hacia el inspector—. Trabaja en el centro de atención de Waverley. — Rebus asintió—. Nos explicó todo lo relacionado con el síndrome de abstinencia, ¿no es cierto, Kirstie?

La joven se acurrucó al lado de la

señora Duggan; era como si volviera a ser una niña y aquella mujer fuera su madre... Sí, pensó Rebus, la madre que le negaron. Y allí había una sustituta más que dispuesta.

—Mire —dijo el señor Duggan—, nos daba miedo que hubiera venido a llevársela. No quiere volver a esa casa.

—No tiene por qué hacerlo, señor Duggan. Drogas aparte, no ha hecho nada malo. —Paul y Kirstie lo miraron y se dieron cuenta de que no iba a mencionar el falso secuestro—. Pero necesito un favor —añadió Rebus, aguantando la mirada a Kirstie—. He conocido a tu madrastra y no me extraña que no quieras verla... Pero ¿y tu padre? ¿Tanto te costaría hablar con él cinco

minutos para que vea que estás bien?

Se impuso un largo silencio. La señora Duggan susurró algo al oído de Kirstie.

—Supongo que no —dijo la chica por fin—. ¿Ahora mismo? ¿Esta noche?

Rebus negó con la cabeza.

—Mañana está bien.

—Puede que mañana sea peor.

—Me la jugaré. Solo una cosa: la última vez que nos vimos, estabas contándome por qué te habías llevado ese documento del despacho de tu padre.

Kirstie asintió.

—Oí una conversación telefónica. Hablaba de ocultar algo, algún tipo de escándalo. Mencionó LABarum. Siempre me decía que debía seguir su

ejemplo, pero resulta que era como todos los demás: un embustero y un cobarde. —Rompió a llorar—. Me decepcionó. Me decepcionó una vez más. Así que cogí ese... lo que fuera. Vi que trataba sobre LABarum. —Respiró hondo—. Tal vez solo quería hacerle saber que me había enterado. Todo está podrido, todo.

La señora Duggan trataba de consolarla cuando Rebus salió del piso.

De nuevo en su apartamento, Rebus tuvo la sensación de que el teléfono acababa de dejar de sonar. Dos minutos después, con los Stones a bajo volumen en el equipo, sonó de nuevo. Estaba sentado

con la botella de whisky en el regazo, preguntándose si podría resistirse, preguntándose por qué se tomaba la molestia.

—¿Sí?

—Soy Davidson.

—¿Todavía está en la comisaría?

—Aquí sigo. Gerry no suelta prenda.

—¿Le han ofrecido un trato?

—Aún no. Lo retendremos por agresión y usted figurará como parte afectada.

—Nunca podré limpiar la grasa de esa chaqueta. ¿Qué hay de la orden de registro?

—La hemos conseguido. Estoy esperando a que vuelva Burns. Espere, aquí llega. —Davidson cubrió el

auricular con la mano. Rebus abrió la botella, pero no tenía ningún vaso cerca. Davidson se puso de nuevo—. Parece que tenemos algo. Dos tarjetas de crédito, Access y Visa, a nombre de Thomas Gillespie, escondidas debajo del colchón.

—¿Ahora intentarán llegar a un acuerdo?

—Hablaré con su abogado.

—No queremos a Dip, recuerde. Queremos a quien ordenó el golpe.

—Claro, John. —Rebus no detectó ninguna pasión en la voz de Davidson—. Ahora las malas noticias.

—Hablo en serio. ¡Queremos al que le ha pagado por hacer eso!

—Y yo hablo en serio cuando digo

que hay malas noticias.

Rebus se calmó.

—Vale. ¿De qué se trata?

—Me dijo que comprobara si Charters había recibido alguna visita desde que lo vio el domingo por la noche. A la mañana siguiente tuvo una, y hoy otra. Por lo visto, es una habitual.

—¿Sí?

—Su nombre es Samantha Rebus. Pero puede que no sea nada, John. Ha visitado a otros prisioneros y sabemos que trabaja para el SWEEP. Puede que solo...

Pero John Rebus ya estaba de camino.

—No veo ninguna razón para que eso

sea inconveniente —opinó Sammy.

—¿Qué?

—Que no entiendo dónde está el problema.

Rebus estaba tan ofuscado que había llamado dos veces al timbre de Patience sin recordar siquiera lo desagradable que había sido su último encuentro, pero por suerte fue Sammy quien abrió la puerta.

—Coge el abrigo —susurró—. Dile a Patience que es un amigo y que vas a salir.

Fueron a un hotel situado a la vuelta de la esquina.

El bar estaba casi desierto; solamente había una camarera y un cliente habitual en un rincón, y habían dejado abierta la

portezuela de la barra para que no hubiese ningún obstáculo entre ellos dos. Rebus y Sammy se llevaron las bebidas a la mesa más alejada.

—El problema —dijo Rebus— es que por lo visto sacaste a escondidas una cosa.

—Era solo una carta.

Sammy bebió pausadamente su tequila con naranja. Padres e hijas, pensó Rebus. Imaginó al alcalde y a Kirstie. Tenían que tomar decisiones, y en la vida nadie tomaba siempre las adecuadas. Las hijas nunca crecían: para sus padres, lo único que hacían era convertirse en mujeres.

—Ya lo he hecho otras veces —explicó Sammy—. ¿Sabías que los

guardias leen todo el correo antes de que sea enviado? Lo censuran, lo examinan y... y me parece repugnante. — Hizo una pausa—. Al parecer, les encantan sobre todo las cartas de amor homosexuales.

—¿Charters te dijo que era gay?

—Al menos lo insinuó. Se refirió a él como un «amigo muy especial».

Rebus sacudió la cabeza.

—Gerry Dip es especial, de acuerdo. Es de primera, no cabe duda. ¿Le llevaste la nota a su piso?

—La única dirección que tenía Derwood era la de la tienda de comida rápida.

—¿Y leíste la nota?

—Por supuesto que no.

—¿Era un sobre cerrado?

Sammy asintió.

—¿Era grueso?

—Sí —respondió tras meditar unos instantes.

—Eso es porque estaba lleno de dinero.

—¿Qué he hecho? —Se ruborizó y alzó el tono de voz—. He roto una asquerosa norma de la prisión, eso es todo.

—Ojalá fuera solo eso —dijo Rebus sosegadamente.

Sammy se calmó.

—Entonces ¿qué es?

No podía decírselo. No podía hacerle eso a ella... Pero tarde o temprano acabaría saliendo a la luz.

—Sammy —dijo en un susurro—, creo que Charters pagó a Gerry Dip para que matara a un hombre. Ese sobre que le entregaste contenía las instrucciones y el dinero.

El rostro de la joven perdió su hermoso color.

—¿Qué?

El modo en que lo dijo le revolvió las entrañas a Rebus. Sammy intentó coger la copa, pero derramó un poco de líquido, así que la sostuvo con ambas manos. Rebus sacó un pañuelo del bolsillo y se lo ofreció.

—Intentas asustarme —repuso Sammy—, eso es todo. ¡No te gusta mi trabajo y tratas de asustarme!

—Sammy, por favor...

Se puso de pie de un salto y se echó el resto de la copa por los pantalones. Rebus la siguió hasta la puerta; se dio cuenta de que la camarera y el cliente los estaban observando, pero, aun así, llamó a su hija. Ella ya corría escalones abajo, luego dobló la esquina y desapareció en Oxford Terrace.

—¡Sammy!

Rebus se quedó allí, viendo cómo desaparecía.

—¡Mierda!

Un borracho que pasaba por allí le deseó feliz año nuevo con demora. Rebus le indicó por dónde podía meterse sus deseos.

Como habían acordado, Rebus se dirigió a South Gyle a la mañana siguiente, aparcó al final de la calle y llamó al timbre. Cameron Kennedy abrió la puerta y miró a izquierda y derecha, como si esperara que su hija estuviese allí.

—Tendremos que ir a dar un paseíto —anunció Rebus.

Detrás de Cameron Kennedy apareció una figura como una exhalación y lo apartó de su camino.

—¿Dónde está? —La voz de la

señora Kennedy temblaba de emoción y sus fosas nasales aleteaban—. ¿Dónde está nuestro cordero extraviado? —Se volvió hacia su marido—. ¡Me dijiste que la traería!

El alcalde miró a Rebus, que no dijo nada.

—Tengo que ir con el inspector Rebus, Beth.

—Cogeré el abrigo —dijo la señora Kennedy.

—No, Beth. —El alcalde le puso una mano en el brazo—. Será mejor que vaya solo.

En ese momento, se desencadenó una discusión. Rebus volvió a cruzar el jardín y el alcalde lo siguió poco después.

—¿No va a coger su abrigo? — preguntó Rebus.

—No es necesario.

Su mujer gritaba desde el umbral.

—¡Os digo que habrá más gozo en el cielo por un pecador que se enmienda que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de enmendarse!

—Se ha aprendido el Nuevo Testamento —explicó el alcalde—. Se lo sabe de pe a pa.

No parecía un alarde.

Kirstie estaba sentada en el asiento trasero del coche de Rebus. Junto a ella se encontraba Paul Duggan. Se había duchado y lavado y cepillado el pelo. Llevaba ropa que le había comprado la señora Duggan, según ella el tipo de

indumentaria que gustaba a los adolescentes. Parecía una joven normal, disgustada y resentida, nada más; al menos si uno ignoraba las arcadas, los espasmos musculares y los calambres que surcaban todo su cuerpo.

Kennedy se quedó estupefacto al verla.

—Le dije que la traería —dijo Rebus—. Entre en el coche.

El rostro del alcalde parecía piedra tallada mientras se dirigían a Forth Bridges, la misma ruta que había tomado Rebus aquella noche con Lauderdale. Se dijo a sí mismo que había elegido aquel punto de encuentro porque era cercano, abierto e íntimo, pero ahora creía que tal vez había un motivo más profundo.

Abandonaron la A90, y cogieron el tercer desvío en una rotonda dirección al Moat House Hotel, cuyo aparcamiento gigantesco y desolado daba al estuario. A aquella hora del día, en aquella época del año, el aparcamiento estaba desierto, a excepción de un Ford Capri que parecía haber sido abandonado después de que unos ladrones diesen una vuelta en él. Rebus detuvo el coche y apagó el motor.

—Nos bajamos aquí —le dijo a Paul Duggan.

El muchacho apretó la mano a Kirstie.

—¿Estarás bien? —le preguntó.

—Sí —respondió con frialdad, cruzando una mirada con su padre por el espejo retrovisor.

Rebus y Duggan se aparearon.

Rebus cruzó el aparcamiento y se situó en el lado opuesto. Había una panorámica espléndida de ambos puentes y de la costa del estuario. El viento, que soplabá en todas direcciones, lo bamboleaba. Rebus se dejó llevar por él, sin poder evitar que sus piernas oscilaran levemente. Con la cabeza hundida en el abrigo, logró encenderse un cigarrillo al sexto intento. El olor a gas lo mareó un poco.

Paul Duggan se hallaba a corta distancia, apoyando un brazo en un viejo telescopio metálico de pago. Rebus lo dejó a su aire y contempló el escenario. Las nubes pasaban lentamente, como si hubiesen salido magulladas de

innumerables reyertas de bar. A sus pies, Fife era un bloque de cemento gris verdoso.

Paul estaba ya junto a él.

—¿Pensando en Willie y Dixie? — preguntó.

Rebus lo miró, pero no dijo nada.

—No soy solo una cara bonita, inspector.

—Estaba pensando en que fueron ellos quienes me metieron en todo esto. Su suicidio. Me hicieron pensar en algunas cosas... plantearme preguntas. Cuando McAnally se quitó la vida, me interesó lo suficiente como para querer saber por qué lo hizo. —Sonrió—. No sabes de qué estoy hablando, ¿no?

Duggan se encogió de hombros.

—Pero le escucho. —Se impuso el silencio entre ambos, y el joven restregó la punta de sus deportivas contra la acerca—. ¿Sabe que estoy en apuros con la policía, el ayuntamiento y...?

—¿Crees que puedo ayudarte?

—No lo sé.

Resultaba extraño que Kirstie hubiera huido de una familia que la asfixiaba para acabar en otra igual, pero Rebus creía conocer el motivo. Tras la muerte de Willie y Dixie, se había desmoronado. Para ella, ambos representaban la «vida real», una vida muy alejada de su padre y sus conspiraciones políticas. Willie y Dixie eran la otra cara de la moneda, una cara que había llegado a apreciar, tal vez

incluso a admirar. Y su mera presencia los había matado... Después de aquello, se precipitó en una espiral descendente hasta que se dio cuenta de que necesitaba cobijo y confort, o ella también podía acabar muriendo. Y Paul Duggan estaba allí, a su lado, y también sus padres.

—¿Sabes? —dijo Rebus, reflexionando en voz alta—, creo que sé por qué garabateó «Dalgety» en ese documento. Si su padre pagaba el rescate, y puede que incluso si no lo hacía, pensaba devolverle esa copia del proyecto de LABarum. Era una advertencia, un mensaje de que sabía algo y debía dejarla en paz, si no quería que se lo contara a todo el mundo.

—Kirstie no importa de momento.
¿Qué hay de mí?

—Todo el mundo tiene que pagar,
Paul —dijo Rebus sin mirarlo—. Así
funciona la cosa.

—Sí, claro —repuso Duggan con
desprecio—. Y si yo fuese un cabrón
rico que ha estado en Fettes también
tendría que pagar, ¿verdad? ¿Me
tratarían igual siendo un chaval de
Oxgangs que dejó los estudios? Venga,
inspector. Kirstie me ha contado cómo
funciona el sistema.

Se dio la vuelta y se fue.

Tenía razón, y Rebus lo hubiera
reconocido de buen grado, pero tenía
otras cosas en que pensar en ese
momento. El viento le había consumido

el cigarrillo en la mitad de tiempo, así que encendió otro. Duggan estaba junto al coche abandonado, mirando en su interior. Probó con una puerta, la abrió y se subió. Ya tenía refugio. Hay quienes dicen que el clima es el que forja el carácter de los escoceses: largos periodos de tristeza puntuados por breves arrebatos de iluminación y alegría. Sin duda alguna, había algo de cierto en esa teoría. Costaba creer que aquel invierno fuese a terminar y, sin embargo, sabía que ocurriría; lo sabía, pero no acababa de creérselo. Era una cuestión de fe, como diría el viejo sacerdote, o tal vez justo lo contrario. Rebus no había ido a la iglesia en una temporada, y echaba de menos las

conversaciones con el padre Leary. Pero no añoraba la iglesia, ni siquiera la Iglesia. Leary no estaba dispuesto a aceptar matices con el suicidio, ni como concepto ni en la práctica: era un gran pecado. Punto. El suicidio asistido resultaba igual de atroz.

Pero cuando la madre de Rebus se puso enferma por última vez, le rogó a su padre que la liberara. Y un día, el joven John entró y vio a su padre al borde de la cama. Su madre estaba dormida, y de su pecho afloraban sonidos espantosos, líquidos. Y allí estaba su padre, con una almohada en las manos... Mirando la almohada y después a su hijo, preguntándose qué debía hacer.

Rebus sabía que si no hubiera entrado, su padre tal vez lo habría hecho, habría acabado con su sufrimiento.

Sin embargo, su madre resistió varias semanas.

Dio la espalda al estuario y empezó a notar que su vista se empañaba. Inclino la cabeza hacia arriba, conteniendo las lágrimas, y se dirigió al coche abandonado. Paul Duggan, sentado en el asiento delantero, también estaba llorando.

—¡Eran amigos míos! —gritó entre sollozos—. ¡Y su estúpido plan los mató! Pero no puedo odiarla por ello..., ni siquiera puedo enfadarme con ella.

Rebus le puso una mano en el hombro.

—Nadie los mató —dijo con pausa—. Lo eligieron ellos mismos.

Ambos permanecieron allí sentados un rato, a salvo del viento en un refugio que no era suyo.

Poco después, Rebus los llevaba de nuevo a la ciudad. Los adolescentes, sentados en la parte trasera, tenían los ojos rojos de tanto llorar; los hombres que viajaban delante no habían derramado ni una sola lágrima. Tampoco es que se sintiera orgulloso de ello. Pasó de largo al llegar al desvío que conducía a la finca de Kennedy, y el alcalde no dijo nada. Finalmente, Rebus detuvo el coche frente a la casa de

Duggan, en Abbeyhill.

—¿Dónde estamos? —preguntó Kennedy.

—Kirstie se hospeda con buena gente —explicó Rebus.

El alcalde se volvió hacia su hija.

—¿No vienes a casa?

—Todavía no —respondió ella, como si cada palabra le costara una prenda.

—Me dijo que la traería a casa.

—Pero no que se quedaría —replicó Rebus—. Es Kirstie quien debe decidir si quiere hacerlo y cuándo.

Ella y Duggan salieron del coche. Ya en la acera, se dobló sobre sí misma, aguantó el embate de las arcadas y escupió una saliva espumosa.

—Le pasa algo —dijo Kennedy.

Hizo ademán de abrir la puerta, pero Rebus arrancó el coche y se sumó al tráfico de la mañana.

—Ya sabe lo que le pasa. Lo va a dejar y creo que estará bien.

—Da usted por sentado que en casa no lo estaría —repuso Kennedy con frialdad.

—¿Y usted qué cree? —dijo Rebus sin añadir nada más.

El alcalde apartó la mirada.

—¿Adónde vamos?

—Una de las cosas buenas de Edimburgo, alcalde, es que siempre hay un sitio tranquilo cerca. Vamos a tener una pequeña charla. Usted hablará y yo escucharé.

Rodeó la base de Salisbury Crags y

se dirigió a un aparcamiento situado cerca de la cumbre de Arthur's Seat. Había algunos coches allí, padres e hijos enfrentándose al vendaval. Probablemente lo llamaban «arrancar las telarañas».

Rebus y el alcalde, sin embargo, prefirieron quedarse en el coche. Kennedy empezó a hablar. Ese era el acuerdo, a fin de cuentas. Poco después, cuando se interpuso entre ellos el silencio como un asiento más, Rebus lo llevó a casa.

Había un hombre arreglando un muro en lo alto de la colina.

Rebus siguió la línea de aquel muro

de piedra hecho a la antigua usanza, y empezó su ascenso hacia la cima. Se encontraba entre Edimburgo y Carlops, en las laderas de la cordillera de Pentland. Allí arriba nadie podía escapar del viento y el frío, pero estaba sudando cuando por fin alcanzó la zona donde el hombre estaba trabajando. El tipo lo vio llegar, aunque no desatendió su tarea. Cerca tenía tres montones de piedras de tamaños y formas variados. Cogía una, la palpaba, la estudiaba y, o bien la dejaba de nuevo en el montón, o bien la añadía al muro. Y con otra piedra colocada en la pared, se presentaba un nuevo desafío y debía escudriñar otra vez los montones que tenía a sus pies. Rebus se detuvo para

recobrar el aliento y observar al hombre. Era el trabajo más meticuloso que uno pudiera imaginar y, al final, el muro solo se sostendría gracias a la ingeniosa disposición de sus elementos.

—Debe de ser un arte en vías de extinción —comentó Rebus cuando llegó a su altura.

—¿Por qué dice eso?

Al parecer, el hombre había encontrado divertido el comentario. Rebus se encogió de hombros.

—Vallas electrificadas, alambre de espino... Pocos agricultores dependen de los muros de piedra seca. —Hizo una pausa—. O de sus constructores, ya puestos.

El hombre se dio la vuelta. Tenía las

mejillas sonrosadas, con una espesa barba pelirroja y cabello rubio entrecano a la altura de las sienes. Llevaba un jersey de Aran holgado, una chaqueta verde militar, pantalones de pana y botas negras. No llevaba guantes y se soplabla continuamente las manos.

—Tengo que llevarlas desnudas —explicó—. Así noto mejor las piedras.

—¿Se llama usted Dalgety?

—Aidan Dalgety, a su servicio.

—Señor Dalgety, soy el inspector Rebus.

—¿En serio?

—No parece usted sorprendido.

—En un trabajo como este, uno no recibe muchas visitas. Esa es una de las cosas que me gustan. Pero desde que

empecé este muro, esto parece una autopista en lugar de una ladera desierta.

—Sé que el concejal Gillespie le visitó hace poco.

—Varias veces.

—Está muerto.

—Lo sé.

—¿Por eso no le sorprende ver a un policía?

Dalgety sonrió y escrutó otra piedra, dándole vueltas en la mano, sopesándola, sintiendo su centro de gravedad. La colocó en la pared, se arrepintió y la cambió de lugar. El proceso le llevó un par de minutos.

Rebus contempló el camino que acababa de recorrer, siguiendo el muro hasta la carretera secundaria en la que

había aparcado el coche.

—Dígame, ¿cuántas piedras son necesarias para construir un muro como este?

—Decenas de miles —respondió Dalgety—. Podría pasarse años contándolas. Los hombres tardaban varios en levantarlos.

—Nada que ver con los ordenadores.

—¿Usted cree? Tal vez. Pero también puede ser que exista cierta conexión.

—Tengo entendido que era usted socio de Robbie Mathieson en los primeros días de PanoTech.

—Por aquel entonces no se llamaba PanoTech. El nombre pertenece a Robbie.

—Pero aquellos primeros diseños...

¿Eran suyos?

—Es posible —respondió Dalgety, pasando una piedra de un montón a otro.

—Eso me han dicho. Él dirigía y usted diseñaba los circuitos. Sus ideas hacían funcionar la empresa. —Dalgety no dijo nada—. Y entonces compró su parte.

—Y entonces compró mi parte —repitió Dalgety.

—¿Fue así como ocurrió?

—Ocurrió tal como se lo conté al concejal. Tuve... Había estado trabajando demasiado durante mucho tiempo. Tuve una crisis nerviosa. Y cuando me recuperé, la empresa ya no era mía. Robbie me había despedido. Y todos los diseños eran suyos también.

De hecho, toda la empresa lo era. Dalmat, nos llamábamos: Dalgety y Mathieson. Eso fue lo primero que cambió.

Dalgety tanteó otra piedra.

—¿De dónde sacó el dinero para comprar su parte? Porque entiendo que fue así.

—Sí, todo se hizo dentro de los márgenes de la legalidad. Robbie había invertido cierta suma de dinero en algún sitio, le reportaba unos cuantiosos beneficios y los utilizó para adueñarse de mi parte. —Guardó silencio unos instantes—. Al menos eso fue lo que me dijeron después los abogados. Yo no recordaba nada, ni las conversaciones ni la firma de documentos.

—Debió de sentirse decepcionado.

Dalgety soltó una carcajada.

—Padecí otra crisis nerviosa. Me internaron en una clínica privada, lo cual consumió gran parte del dinero de la compensación. Cuando salí, no quería tener nada que ver con el sector ni con ninguna empresa como esa. Fin de la historia.

—PanoTech ha crecido desde entonces.

—Robbie Mathieson es bueno en su trabajo. ¿Conoce su historia? —Rebus negó con la cabeza—. Su familia se trasladó a Estados Unidos cuando Robbie tenía dieciocho años. Se incorporó a uno de los peces gordos, IBM o Hewlett Packard, algo así. La

empresa tenía sucursales en Europa y Robbie fue destinado aquí. Le gustaba Escocia. En aquel momento yo trabajaba por mi cuenta, diseñando cosas y enredando con algunas ideas, en su mayoría poco prácticas. Nos conocimos, nos caímos bien y me dijo que iba a dejarlo y fundar un negocio de informática propio aquí mismo. Me convenció para que me uniera a él. Tuvimos un par de años buenos...

Dalgety parecía haber olvidado la piedra que sostenía en la mano. Rebus notaba el viento en los oídos; le molestaba, pero disimuló.

—No le he contado toda la verdad — dijo Aidan Dalgety al fin—. Yo era alcohólico, o al menos estaba a punto de

serlo. Creo que por eso Robbie quería deshacerse de mí. Después pensé que debió de estar planeándolo durante algún tiempo. Renuncié por escrito a los derechos de un par de componentes que hicieron ganar mucho dinero a PanoTech. —Respiró hondo—. Pero eso ya es pasado, y esto es el presente.

—¿De dónde dice que salió el dinero que utilizó Mathieson para comprar su parte?

—Había un hombre llamado Derwood Charters que conocía a Robbie desde el principio. Creo que quería ser secretario general de la empresa o algo parecido. Tenía muchos planes para ganar dinero. O más bien debería decir estafas. Robbie me habló

de algunos de esos proyectos. Charters fundaba empresas fantasma, y luego conseguía subvenciones de todas partes: de las autoridades locales, del OED, de la Comunidad Europea... Era un genio para esas cosas. Creo que en algún momento obtuvo dinero para el desarrollo de PanoTech. La empresa creció muy rápido.

—¿Y nunca ha contado nada de todo esto?

—¿Y por qué iba a hacerlo? Que les vaya bien.

—¡Pero Mathieson prácticamente le robó!

—Y ahora da trabajo a mucha gente. No soy un precio tan alto que pagar, si el resultado es ese.

Rebus se sentó en la gélida hierba con la espalda apoyada en el muro y se pasó las manos por la cabeza.

—Todavía me interesa el sector —dijo Dalgety—. Preferiría olvidarme, pero no puedo evitarlo. Un treinta y cinco por ciento de los ordenadores fabricados en Europa se producen aquí, y también un veinticuatro por ciento de todos los semiconductores. Cada año salen dos millones de ordenadores de la fábrica de IBM en Greenock; eso incluye el suministro internacional de pantallas y todos los equipos vendidos por IBM en Europa. —Se echó a reír—. Cincuenta mil personas en el sector, y subiendo. Los japoneses vienen aquí porque la productividad es muy elevada.

¿Se lo puede creer? —De pronto, su risa se apagó—. Pero las raíces son poco profundas, inspector. Somos grandes en materia de hardware, pero también necesitamos software y debemos empezar a deslocalizar. Solo subcontratamos un quince por ciento de nuestros componentes. De hecho, no somos más que una cadena de montaje. Tal vez PanoTech pueda cambiar eso. — Se encogió de hombros—. Que tengan suerte.

—¿Y por qué habló con Gillespie?

—Supongo que para desahogarme. — Examinó la piedra que tenía en la mano una última vez y la lanzó lejos—. Tal vez porque nada de lo que yo diga cambiará las cosas. Una investigación a

PanoTech no llegaría muy lejos.

—El concejal lo descubrió. —Aidan Dalgety lo miró, pero no dijo nada—. ¿No tiene miedo?

—No. —Dalgety utilizó ambas manos para levantar una piedra más grande y colocarla en la pared—. Ninguno. Este muro estará aquí cuando yo me haya ido, ya viva cien años o muera mañana. —Dio una palmada a las piedras—. Sé lo que es duradero.

Rebus se puso en pie.

—Gracias por hablar conmigo.

—No hay de qué. A veces me aburro hablando solo con la pared. —Se reía de nuevo cuando Rebus emprendió el descenso—. ¿Conoce ese dicho de que las paredes oyen...?

Era un día óptimo para estar al aire libre. A última hora de la tarde, Rebus entró en el jardín botánico con sir Iain Hunter.

—Me gusta este lugar —dijo sir Iain, avanzando resueltamente, paraguas en mano, por el césped que conducía a Inverleith House—. Por supuesto, ha perdido un poco desde que trasladaron la Galería de Arte Moderno. ¿Usted qué opina?

—Creo que está usted ahogándose.

Sir Iain sonrió.

—He mantenido muchas reuniones aquí, inspector. Es mi despacho al aire libre. Elijo el jardín botánico para algunos encuentros precisamente porque es muy abierto. No hay posibilidad de

que alguien te escuche. —Se detuvo y miró a su alrededor. Desde allí, se divisaba el centro de la ciudad extendiéndose ante ellos—. Unas vistas maravillosas —apostilló.

—Nadie nos está escuchando, si eso es lo que le preocupa.

—Bueno, se me ha pasado la idea por la cabeza. En esta era de vigilancia electrónica, nada es seguro.

—No necesito grabar conversaciones —contestó Rebus—. Tengo los archivos de Gillespie.

—Pobre concejal Gillespie.

—Sí, pobre concejal Gillespie, citado en un callejón y apuñalado en las tripas por un expresidiario contratado por Derwood Charters. El mismo Charters

que pagó a McAnally para que asustara a Gillespie. Imagino que no imaginaba hasta dónde sería capaz de llegar Wee Shug, lo que haría... Fue demasiado lejos.

—Y usted se apresuró a entrar en escena, inspector. Sí, tal vez fue un error. Confiaré en usted y daré por sentado que no está grabando este pequeño *tête-à-tête*. —Sir Iain se ciñó un poco más la bufanda de cachemir alrededor del cuello—. ¿Por qué quería verme?

—Porque es usted el centro de todo.

—¿Puede demostrarlo?

—Como le digo, tengo...

—Sí, sí, tiene usted los archivos de Gillespie. Pero ¿qué demuestran?

—Debería usted saberlo. El alcalde le contó todo lo que le dijo Gillespie. Demuestran que los diversos negocios de Charters eran simples tapaderas. La empresa matriz era legítima, pero las demás... En fin, si alguien decidía comprobarlo, Charters alquilaría unas oficinas una temporada y pagaría a alguien para que recogiera el correo dirigido a Mensung House... ese tipo de cosas. Y supongo que alguien desde el Ministerio de Escocia le advertía de cualquier investigación futura. No podría haber llevado a cabo sus estafas durante tanto tiempo sin ayuda. ¿Qué tal voy de momento?

Sir Iain estaba admirando las vistas.

—Imprecisiones delirantes agravadas

por conjeturas.

—Charters tenía otros compañeros de cama. Una vez que las falsas empresas estaban en marcha, podía solicitar subvenciones y otros incentivos, pero fundar una empresa requería dinero en metálico, capital circulante, y ahí es donde intervenían esos compañeros. Podía garantizar una cuantiosa rentabilidad por la inversión, siempre y cuando llegara el dinero de las subvenciones. Era todo un mago jugando con el sistema, dándole esquinazo. Ganó dinero rápido para mucha gente, entre ella Robbie Mathieson. Estoy convencido de que Mathieson no quería que nadie supiera que los primeros fondos de PanoTech salieron de una

estafa al OED y a la Comunidad Europea.

»Luego están Haldayne y el consulado de Estados Unidos. Conocía a Charters en el ámbito social, y le gustaba ganar dinero. Además, creo que, una vez estuvo involucrado, usted pudo presionar a Haldayne para que convenciera a algunas empresas estadounidenses de que se trasladaran aquí. Y lo mismo con Robbie Mathieson. Tenía contactos en el sector informático de Estados Unidos.

—Calumnias —sentenció sir Iain con una sonrisa inapelable.

—Bueno, Haldayne ha estado muchas veces en su segunda residencia, en Royal Circus. Tenemos las multas de

aparcamiento. De algo tuvieron que hablar. Charters no se habría salido con la suya, al menos a ese nivel, sin una red de amigos y personas a las que sobornar, sobre todo funcionarios. He estado preguntando, sir Iain. Hace ocho años no ocupaba usted un puesto tan alto en la jerarquía. Pero entonces encadenó una serie de éxitos trayendo nuevas empresas a Escocia e inició su ascenso. Y Ruthie Estate debió de costar bastante. ¿Compró usted la finca en los últimos ocho años?

»Todo funcionó estupendamente durante cierto tiempo. Las empresas iban y venían, y a veces sus registros desaparecían con ellas. Entonces el OED se convirtió en Red de Empresas

de Escocia, los procedimientos de contabilidad cambiaron y nadie iba a investigar viejos proyectos financiados por una organización ya difunta. Pero Charters no podía parar, acabó cometiendo un error y fue descubierto. Se declaró culpable para proteger a sus amigos y asegurarse de que nada salía a la luz en el juicio, y entonces Gillespie averiguó algo y empezó a hacerse preguntas. Comenzó a escarbar y Charters acabó enterándose. —Rebus hizo una pausa—. En una ocasión, me dijo usted que le gustaba la intriga: ¿qué tal voy?

Sir Iain se encogió de hombros con aire divertido.

—De acuerdo —dijo Rebus—, ahora

viene lo mejor. ¿Quién informó a Charters? Porque quien lo hiciera es en parte responsable del posterior asesinato de Gillespie. El concejal le había contado la historia al alcalde; era natural que se lo confiara a alguien, pero jamás imaginó que Kennedy iría directo a Mathieson. Sin embargo, ¿qué iba a hacer si no? Mathieson es el empresario más importante de su circunscripción, así que el alcalde decidió avisarlo de lo que se avecinaba.

—¿Cree que Mathieson se lo contó a Charters?

—Probablemente. Pudo ser cualquiera de ustedes.

—¿Nosotros?

—Está usted metido en el ajo hasta

esa bufanda de cachemir.

—Tenga cuidado con lo que dice, inspector. Tenga mucho cuidado.

—¿Por qué? ¿Porque pueden acabar hundiéndome un cuchillo en las tripas?

Hunter se ruborizó.

—Eso fue... —empezó, pero se tragó el resto.

—¿Cosa de Charters? —aventuró Rebus—. Alguien tuvo que decírselo a Charters, y quien fuera lo hizo sabiendo que él tramaría algo, algo que temían hacer ellos mismos.

A sir Iain se le humedecieron los ojos, pero era por la brisa, no por contricción.

—¿Qué piensa hacer, inspector?

—Voy a cazar a tantos de ustedes

como pueda.

Hunter se volvió hacia él.

—¿Recuerda lo que le dije aquel día en mi finca? Hay puestos de trabajo en peligro, y vidas también.

Sonaba grotescamente sincero.

—Para usted todo es política, ¿verdad? —replicó Rebus—. No hay bien ni mal, legalidad e ilegalidad, justicia o corrupción, tan solo política.

—Escúchese, hombre —espetó sir Iain Hunter—. ¿Quién es usted? ¿Un profeta del Antiguo Testamento? ¿Qué le da derecho a impartir justicia? —Hundió la punta del paraguas en el suelo y esperó a que su respiración se acompasara—. Si mirara dentro de su corazón, vería que no somos enemigos.

—Sí lo somos —repuso Rebus con determinación.

—Si esto llegara a salir a la luz, ocasionaría algo más que un escándalo; ocasionaría una crisis. Se perdería la confianza, las empresas y los inversores extranjeros abandonarían Escocia. No me diga que es eso lo que quiere.

Rebus pensó en Aidan Dalgety, distrayéndose con un muro interminable como única respuesta a la frustración y la ira.

—Nada de esto vale una sola vida humana —dijo.

—Yo creo que sí —respondió Hunter—. Lo creo firmemente.

Rebus se dio la vuelta.

—¿Inspector? Me gustaría que

hablara con algunas personas.

Era la invitación que Rebus había estado esperando.

—¿Cuándo?

—Esta noche, si es posible. Le llamaré para darle los detalles.

—Estaré en St Leonard's hasta las seis —dijo Rebus antes de dejar a aquel anciano solo con sus vistas.

Pero Rebus no se veía capaz de entrar en la comisaría, así que volvió a casa.

Y poco a poco, pero cada vez con más certeza, descubrió que alguien había entrado allí en su ausencia. Habían hecho un trabajo limpio y meticuloso. No se apreciaban señales de que

hubieran forzado puertas o ventanas, no se habían llevado nada y prácticamente todo parecía estar en su lugar. Pero habían movido los libros. Los tenía amontonados en lo que parecían unas torres sin orden ni concierto, pero en realidad seguían la secuencia en la que los había comprado y pretendía leerlos. Una de las torres se había caído, y la habían rearmado de nuevo desordenadamente. Habían cerrado los cajones, pero él siempre los dejaba entreabiertos. Y habían rebuscado entre su colección de discos, como si pudiera ocultar bolsas de papel triturado en las fundas de los álbumes...

Se sentó con un vaso de whisky en la mano e intentó no pensar en nada. Si lo

hacía, era posible que no actuara. Abandonaría, igual que lo había hecho Dalgety, y dejaría que siguieran adelante. Despreciaba a sir Iain Hunter por cómo utilizaba a la gente. Pero Paul Duggan también lo hacía si se daban las circunstancias. Incluso Kirstie había utilizado a sus amigos y abusado de su confianza. Todo el mundo utilizaba a alguien. La diferencia era que sir Iain y los de su calaña lo tenían todo — corazón, alma, plata y oro—, pero nadie lo sabía, ni siquiera podían imaginarlo.

Es más, probablemente todo aquello no le importaba a nadie.

A las siete sonó el teléfono.

—He llamado a St Leonard's —dijo sir Iain—, pero me han dicho que no había vuelto por la tarde.

—No se preocupe. Sus amigos se habían marchado cuando llegué.

—¿Disculpe?

—Nada, olvídalo. Pero escuche esto: los archivos de Gillespie están en un lugar seguro. Repito: seguro.

—Nada de lo que dice tiene sentido, inspector.

—¿Eso es porque alguien está escuchando?

—Solo llamaba para recordarle nuestra cita. ¿Hoy a las nueve le va bien?

—Déjeme consultar mi agenda social.

—¿Conoce Gyle Park West?

—Lo conozco.

—En la fábrica de PanoTech. Le esperan a las nueve.

PanoTech había ganado algunos premios por el diseño de su fábrica en Gyle Park West, con su sistema de entrega automatizada en el taller (una serie de montacargas robotizados en una red de raíles) y su forma bulbosa con luz interior optimizada. La zona de recepción estaba hecha de metal cromado y gris, con un suelo gomoso negro.

Cuando franqueó las puertas automáticas, una voz le indicó que estaba entrando en una «zona de no

fumadores». Había un guardia de seguridad en el mostrador, pero a Rebus estaban esperándolo. Vio a sir Iain Hunter junto a un expositor, y se acercó a él. El expositor había estado cubierto con una sábana, y por lo visto Hunter la había retirado para inspeccionar mejor la maqueta que contenía.

—El nuevo edificio de LABarum —explicó—. Empezarán las obras en primavera. —Se volvió hacia Rebus—. Nuevos puestos de trabajo, inspector.

—Y otra medalla que se cuelga usted. ¿Qué será esta vez? ¿Lord Hunter de Ruthie?

La sonrisa de sir Iain se evaporó.

—Nos esperan en la sala de juntas.

Tomaron un reluciente ascensor hasta

la tercera y última planta, y salieron a un compacto vestíbulo con tres puertas. Sir Iain introdujo cuatro números en una consola instalada en la pared, y una de las puertas se abrió ante ellos. Dentro esperaban tres hombres junto a una ventana. Un pequeño avión privado despegaba de Turnhouse en ese momento, tan cerca que casi podía distinguir a los agotados ejecutivos que viajaban en él.

Rebus miró primero a Haldayne, después a J. Joseph Simpson, y por último a Robbie Mathieson.

—Aquí tenemos a toda la banda —dijo.

—Eso ha sido un golpe bajo.

Mathieson se adelantó para

estrecharle la mano. Llevaba un traje caro, pero se había saltado el protocolo quitándose la corbata y desabrochándose el último botón de la camisa.

—Me alegro de que haya venido —le dijo en un tono que algunos habrían interpretado como sincero.

—Y yo de que me hayan invitado —respondió él, siguiendo el juego.

Mathieson describió un amplio arco con la mano. Las paredes eran de color crema, y estaban cubiertas de fotos ampliadas de chips informáticos y una docena de galardones a la exportación, la industria y el éxito empresarial. En el centro, había una gran mesa ovalada, negra como el suelo.

—Hago que busquen micrófonos aquí una vez por semana, inspector. El espionaje industrial es una amenaza constante. Por desgracia, este encuentro se ha organizado con poca antelación...

—¿Y?

—Y no dispongo de los dispositivos necesarios. ¿Cómo puedo estar seguro de que no lleva usted micrófonos?

—¿Qué quiere que haga?

Mathieson intentó transmitir bochorno. Era puro teatro.

—Me gustaría que se desnudara.

—Nadie me informó de que fuera ese tipo de fiesta.

Mathieson sonrió, pero inclinó la cabeza, esperando a que Rebus accediera.

—¿Me acompaña alguien? —dijo Rebus mientras se quitaba la chaqueta.

Sir Iain Hunter soltó una carcajada.

Rebus estudió a los cuatro hombres. Simpson parecía el más incómodo, probablemente porque era el menos integrado en el grupo. Haldayne se había sentado a la mesa y jugueteaba con una gruesa pluma cromada, como si todo aquello lo aburriera. Mathieson seguía junto a la ventana, evitando mirar a aquel hombre que se desnudaba. Pero sir Iain permaneció allí plantado, observando.

Rebus se quedó en calzoncillos y calcetines.

—Gracias —dijo finalmente Mathieson—. Por favor, vuelva a

vestirse y le pido disculpas por hacerle pasar por esto. —Utilizaba su voz de negocios, profunda y confiada, el deje estadounidense con inflexiones escocesas—. Sentémonos.

—Está usted aquí, Joe —le recordó Mathieson con firmeza a Simpson—, porque incumplió la ley nacional. Todos lo hicimos.

Después se volvió hacia Rebus.

—Inspector, hace mucho tiempo, casi podría decirse que en otra era, todos sacamos provecho de algunas empresas fundadas y regentadas por Derwood Charters. Ahora, la cuestión en los tribunales sería: ¿sabíamos en aquel momento que esos beneficios estaban cosechándose por medios fraudulentos?

—Se encogió de hombros—. Esa es una pregunta para los abogados, y ya sabe cómo son, especialmente en materia de ley empresarial. Podrían tardar años y gastar varios millones de libras para llegar a una conclusión. Mucho tiempo y dinero... —Abrió los brazos; era un *showman* soltando su perorata—. ¿Y para qué? El hecho es que parte de ese rédito, obtenido ilegalmente, se destinó a la construcción de esta fábrica, lo cual supuso un empleo para centenares de personas y unos beneficios indirectos que generaron y sustentaron a otros cientos, tal vez miles, incluido, como mencionó usted mismo en casa de sir Iain, ese amigo suyo que trabaja aquí. Legalmente, nada de eso significaría

nada, y con razón. La ley es una dama severa, eso dicen. —Esbozó una leve sonrisa—. Pero la ley, bajo mi punto de vista, no lo es todo. Hay consideraciones de orden moral, ético y económico. —Alzó un dedo para subrayar su argumento y luego se lo llevó a los labios—. La ley moral, inspector, es otra cosa. Si se utiliza dinero ilícito con buenos fines, ¿podemos llamarlo dinero ilícito? Si un niño roba unas manzanas y llega a convertirse en un cirujano que salva vidas humanas, ¿lo condenaría un tribunal por ese hurto?

Se había preparado bien el discurso. Rebus intentó no escuchar, pero sus oídos funcionaban demasiado bien.

Mathieson pareció advertir un cambio en él, se levantó y rodeó la mesa.

—Ahora, inspector, si quiere desenterrar una vieja historia, adelante, hágalo, pero su conciencia tendrá que cargar con las consecuencias. Desde luego, la mía estará bien tranquila.

Rebus se preguntaba si era posible que Mathieson hubiera recopilado un dossier sobre él, si ordenó que lo vigilaran, si habló con conocidos suyos. No, esos métodos no habrían desvelado las verdades esenciales, no habrían desvelado al hombre al que Mathieson apelaba con tanta sutileza e inteligencia. Tenía que ser algo más. Tenía que ser puro instinto.

—Le recuerdo que se ha cometido un

asesinato —dijo Rebus.

Mathieson se esperaba ese argumento.

—Sin el conocimiento de los aquí presentes —replicó.

—¿Me está diciendo que fue cosa de Charters y nadie más?

Mathieson asintió, atusándose la barba. Rebus ponderó si se la habría dejado crecer en recuerdo de Aidan Dalgety.

—Derwood es quien más tiene que perder —explicó—. Lleva todos estos años en la cárcel y, si usted hace público lo que sabe, seguirá allí por mucho tiempo.

—Pero Gillespie fue traicionado por alguien a quien conocía. De lo contrario, no habría ido a ese callejón.

—¿Por qué no?

—Porque tenía miedo.

—Entonces ¿quién fue? —preguntó Mathieson.

—Creo que sir Iain —contestó Rebus. Cuatro pares de ojos se clavaron en el secretario permanente—. Tal vez nos dé la respuesta el propio Charters. Como usted dice, es quien más tiene que perder. A lo mejor está dispuesto a reducir su condena.

—Eso es ridículo —dijo Hunter, golpeando el suelo con su bastón.

—¿De verdad? —preguntó Rebus—. A usted le gustan mucho las armas, sir Iain. Tiene una sala llena de escopetas. ¿Qué le parece si las cotejo con los registros? ¿Estarían todas allí o faltaría

una, la que usted le facilitó a Shug McAnally? —Rebus se volvió hacia Mathieson—. Le quiero a él. Le quiero esta noche. Al resto de ustedes, tal vez más adelante.

—Un momento —intervino Haldayne—. ¿Qué pruebas tiene? Le hemos dicho que no conocemos a ningún...

—Ahórrese su defensa, señor Haldayne. Sé que sir Iain ha estado controlándolos todos estos años.

Mathieson meneaba la cabeza lentamente.

—Desde luego, sería muy desafortunado que algo de esto llegara a filtrarse. Si detiene a sir Iain, precipitará un circo mediático y las consiguientes preguntas políticas. ¿Por

qué no puede acusar a Charters?

—Porque entonces se saldrían todos ustedes con la suya.

Mathieson parecía frustrado.

—Inspector, debe entender una cosa: me da igual sir Iain, me dan igual los aquí presentes esta noche, incluido yo mismo si se da el caso. —Su voz iba elevándose, como sin duda ocurría en otras reuniones de la junta: aquello lo propulsaba hacia la victoria—. Lo que me preocupa, más de lo que podría usted llegar a comprender o creer, es PanoTech. —Ahora empezaba a moderar el tono—. LABarum supondrá una gran expansión, inspector. Una fábrica nueva, un nuevo departamento de investigación y desarrollo, lo cual significa más

proveedores, más contratistas, una enorme inyección de dinero y confianza en la economía local. Pero, más que eso, LABarum será el Microsoft europeo. Escocia creará software propio; un software que se instalará en los ordenadores que produzcan nuestras propias fábricas.

—No es de extrañar que todo el mundo quiera que le traten bien.

—Y usted va a ponerlo todo en peligro por algo que ocurrió hace ocho años y que no perjudicó a nadie en su momento; a nadie excepto al contribuyente, que de todos modos no habría sabido cómo se gastaba su dinero. Unos cuantos millones eran una gota en el océano, ni siquiera produjeron

una pequeña onda en su superficie. ¿Tiene idea de la escala del fraude que se perpetra en la Europa continental? Un plan de formación inexistente para pilotos de aerolíneas en Nápoles se embolsó diecisiete millones de libras. Se envían productos y animales de granja a través de las fronteras, y se perciben subsidios cada vez que lo hacen. La Comunidad Europea ha pagado billones de libras por destruir viñedos y, sin embargo, cada año hay más. Los griegos arrancan una rama de una cepa y la clavan en el suelo para que les paguen por dos. Insisto, inspector Rebus, unos pocos millones no hicieron daño a nadie.

—A Aidan Dalgety sí.

—Aidan se hizo daño él solo. Usted no le conocía. Su comportamiento era tan errático que habría arrastrado a la compañía con él.

—Todo esto ha perjudicado a otras personas desde entonces.

Rebus pensó en Kirstie, que descubrió que su padre no era un santo. Pensó en su plan, un plan que todos creían que saldría bien porque el padre no recuperaría a su hija. Habrían hecho un trueque por el documento de LABarum y por la información que atesoraba Kirstie sobre el asunto... Pero Willie y Dixie habían muerto en el intento.

—Reconozco —dijo Mathieson— que ha muerto un hombre. Derwood se

ha vuelto loco, eso es todo.

—Hay otra cosa que debe ser tomada en consideración —terció sir Iain, que había tenido tiempo de recuperarse—. Como el señor Haldayne sabrá, otras dos empresas estadounidenses han disfrutado de las ventajas que conlleva trasladar sus sucursales europeas a Lothian. Si mi nombre o el del señor Haldayne son traídos a colación...

Hunter se encogió de hombros con modestia.

—Bueno —dijo Rebus—, esto está complicándose más que la venta de multipropiedades en la Costa del Sol. —Se volvió hacia Simpson—. ¿Qué hay de usted, Joe?

Simpson a punto estuvo de caerse de

la silla.

—¿Qué pasa conmigo?

—¿Tiene alguna propiedad con la que negociar en esta partidita de Monopoly moral o ha caído en la casilla de la cárcel?

—¡Yo no puedo ir a la cárcel! ¡Lo único que hice fue proporcionar un alojamiento! ¡Eso no es ilegal!

—Entonces ¿por qué está usted aquí?

Rebus miró a Mathieson, que frunció los labios.

—Una oferta —dijo.

—¿Oye eso, Joe?

Simpson lo había oído y se puso en pie, temblando.

—Siempre podría testificar contra ellos —le sugirió Rebus.

—¿Aduciendo qué? —preguntó Haldayne.

—El señor Haldayne tiene razón, inspector...

Mathieson se sentó de nuevo en su gran sillón de directivo, situado al extremo de la mesa. Las mesas sin esquinas supuestamente equiparaban a todo el mundo, pero la butaca de Mathieson era un trono de piel. No parecía haberse inmutado en absoluto por el devenir de los acontecimientos; Rebus, en cambio, tenía la sensación de que iba a estallarle la cabeza.

Cientos de puestos de trabajo, empleos secundarios, rostros felices y sonrientes... Gente como Salty Dougary, con su orgullo restituido, con otra

oportunidad en el horizonte. ¿Tendría agallas Rebus para dictar sentencia sobre el futuro de personas como él, personas a las que no les importaba quién se llevó qué mientras recibieran un cheque a final de mes?

Gillespie había muerto, pero Rebus sabía que aquellos hombres no lo habían matado, al menos directamente. Aun así los detestaba, detestaba su confianza y su indiferencia, detestaba el aplomo con el que aseguraban que hicieron lo que hicieron por «una buena causa». Sabían cómo funcionaba el mundo; sabían quién o, mejor dicho, qué mandaba. No eran la policía ni los políticos, no era nadie lo suficientemente estúpido como para situarse en la línea de frente. Eran

hombres secretos, discretos, que actuaban por todo el planeta sobornando cuando era necesario, rompiendo las normas, aunque lo hacían calladamente y en nombre del «progreso», en nombre del «sistema».

Shug McNally estaba muerto, pero nadie lo lloraba: Tresa estaba gastando su dinero y pasándosele en grande con Maisie Finch. Audrey Gillespie también podría empezar a disfrutar de la vida por primera vez en años, tal vez con su amante. Había muerto un hombre —cruelmente y aterrorizado—, pero eso era lo único que aparecía en la hoja de balances que veía Rebus. Al dorso estaba todo lo demás.

—¿Y bien, inspector? —Mathieson

detectó algo en los ojos de Rebus, una luz roja que se había puesto en ámbar, y se levantó del trono—. Tomemos una copa.

Rebus ni siquiera se había dado cuenta de que, en la pared opuesta, había una serie de armarios empotrados con puertas sin tiradores. Mathieson empujó la esquina de una de ellas y se abrió automáticamente.

—Espero que a todos les guste el whisky de malta —dijo Mathieson con tanta ligereza como si acabaran de terminar unas partidas de bridge.

—¿No tiene ginebra? —graznó Joe Simpson.

—En efecto, Joe, no la tengo.

—Entonces tomaré whisky.

—Sí, Joe, tomará whisky.

—Inspector —dijo un meditabundo Haldayne—, estamos en sus manos. Ahora es decisión suya.

—Tomemos una copa primero —intervino Mathieson.

Sir Iain miraba impasible a Rebus con una mueca de moralidad en la boca. Unos versos de una canción se repetían sin cesar en la cabeza de Rebus, justo en el peor momento: «No siempre puedes conseguir lo que quieres, pero si algun vez lo intentas, descubrirás que consigues lo que necesitas».¹¹

«Necesito una copa», pensó. Y Robbie Mathieson, atento y sonriente, le ofreció una.

—Tienen ustedes razón —dijo

mirando a Haldayne—. Gozarán de inmunidad diplomática, caerán en la casilla correcta.

Haldayne soltó una de sus carcajadas porcinas.

—Además, soy el único que perdió cinco de los grandes con Albavise por culpa de Derwood Charters.

—Y debería haberse mantenido alejado de todo eso —terció sir Iain.

—Eh —dijo Haldayne, vaso reluciente en mano—, funcionó en el pasado, ¿no?

—Inspector —intervino Mathieson, secuestrando la conversación—, si se hubiera tratado de otro agente, de otro funcionario público, tal vez habría tenido la tentación de ofrecerle un

incentivo económico.

Todos prestaron atención. Rebus bebió de su vaso de cristal.

—Sin embargo, con usted —prosiguió Mathieson— creo que eso habría tenido el efecto contrario al deseado.

—¿Y cuánto dinero valdría yo para usted, señor Mathieson?

—Para mí nada. Pero si se tratara de salvar a PanoTech... No sería una cuestión de dinero. El dinero es un embrollo y no querría usted problemas con Hacienda.

—Toco madera.

—Aun así, una casa nueva con terreno, un fondo fiduciario para su hija, acciones en una empresa a la que le irá extraordinariamente bien en los

próximos años... Y luego hay recompensas menos tangibles, pero no por ello menos valiosas: amigos en los lugares adecuados, ayuda cuando es necesaria, unas palabras a la persona acertada llegado el momento de un ascenso...

La voz de Mathieson se apagó mientras ofrecía la última copa —un whisky de lo más miserable para Joe Simpson— y cogía otra para él. Permaneció detrás de su trono, y un avión surcó el cielo nocturno tras él.

—Un pequeño soborno, ¿eh? —comentó Rebus.

Sir Iain Hunter se incorporó. Parecía estar perdiendo la paciencia por momentos, y al hablar golpeaba el

bastón contra el suelo.

—¿Cree que está mal? —dijo—. ¿Está mal incentivar a empresas extranjeras ricas para que vengan a una región deprimida? Yo diría, inspector, que, moralmente hablando, cualquiera que hiciera eso iría por el buen camino.

—Un soborno es un soborno —dijo Rebus.

—Discrepo.

—Y dígame: ¿nadie está llenándose los bolsillos?

Sir Iain saboreó su whisky.

—Tiene que haber incentivos —repuso con sequedad.

Rebus se echó a reír. Se notaba más suelto después de la copa.

—Exacto. Y todo este amor por el

país y el deber para con los trabajadores es una chorrada. Dígame: ¿por qué nos reunió aquel día al jefe de policía adjunto y a mí?

Sir Iain cambió de posición.

—Me di cuenta de lo peligroso que se había vuelto Charters. Quería que alguien le parara los pies, pero mi cargo no me lo permitiría... Me pareció mejor señalarle la dirección correcta, en lugar de llevarlo hasta allí.

Rebus se rio de nuevo.

—Viejo embustero. Estábamos allí para meterle el miedo en el cuerpo a Mathieson, para impedir que tan siquiera se le pasara por la cabeza abrir la boca. —Se volvió hacia Mathieson—. Sudaba usted como un cerdo en el

matadero. —Después, mirando otra vez a Hunter, añadió—: Nos utilizó del mismo modo que Charters utilizó a McAnally. Y ha chantajeado a Haldayne para que ayude a traer empresas aquí. ¿Qué pasa? ¿La corrupción forma parte de la oferta de trabajo?

Hunter no dijo nada. Estaba demasiado enfadado para hablar.

—Respóndame a esto: Charters tenía un cliente llamado Quinlon, un contratista que había ganado dinero ilícito gracias a un acuerdo con un miembro del OED. Charters vendió a Quinlon a las autoridades para que se plantearan más seriamente el cierre del OED. Todos ustedes conocían ya a Charters por aquel entonces, ¿no es así?

Todos sabían que, si el OED desaparecía, las cuentas quedarían cerradas y los diversos fraudes y estafas no saldrían a la luz. Entonces ¿sabían ustedes lo de Quinlon? —Miró a sir Iain—. ¿Le vino Charters con la historia y le pidió que la oyera la gente apropiada?

—Esto es una paranoia absoluta —dijo sir Iain—. Me niego a comentarlo.

—De acuerdo, probemos esto: Charters ganó un par de millones gracias a sus empresas fantasma, lo suficiente para que una temporada en la cárcel compensara. Por eso se declaró culpable. Todos ustedes lo saben y no hacen nada al respecto. Saben, además, que es un asesino sin escrúpulos, pero también han guardado silencio.

—Inspector —dijo Haldayne—, no somos sanguijuelas.

—Faltaría más. Las sanguijuelas son medicinales. ¿Saben una cosa? Tom Gillespie me dijo que estaba cometiendo un error. En ese momento lo interpreté como una amenaza, pero no lo era: era la verdad, la pura verdad. Pensé que por el simple hecho de que tuviera algo que ocultar forzosamente debía de ser ilícito. Me equivoqué con él en todo momento; lo único que le ocurría es que estaba asustado. Estaba aterrado. En sus últimos días de vida, lo único que sintió fue miedo.

Y Rebus sabía lo que era eso.

—¡Nadie está llorándole! —exclamó sir Iain.

Rebus se volvió hacia él.

—¿Y cómo lo sabe?

—¿Qué?

—Ha dejado una viuda. ¿Cree que ella no llora?

Sir Iain estudió el mango del bastón.

—Lo olvidaba —dijo.

—No, no lo olvidaba —respondió

Rebus pausadamente.

—Entonces ¿cuál es su decisión, inspector?

El propio Mathieson empezaba a mostrarse impaciente. Sabía que había ganado aquella partida, pero todavía podía perder la batalla. Tenía el vaso medio levantado, dispuesto a brindar si Rebus ofrecía la respuesta adecuada, la respuesta que todo el mundo quería oír.

—Recuerde: si lo quiere, hay un lugar para usted.

Rebus seguía mirando a sir Iain Hunter. Apuró el whisky de un trago y dejó el vaso en la pulcra mesa. Se apoyó en ella, empujó la silla hacia atrás y se levantó.

—Esta es mi respuesta, señor Mathieson —dijo, y salió de allí en silencio.

Porque aún no había decidido nada.

Su orgullo no le permitía postrarse ante gente como Hunter y Mathieson; eran hombres, no dioses, y odiaba que la gente le impusiera uno, que era exactamente lo que sucedería si acababa transigiendo. Aun así... Aun así no cesaba de ver a esos cientos de obreros sin rostro, conduciendo sus coches nuevos de camino al trabajo o sellando su documentación en una sofocante oficina de desempleo. La vida de un hombre contra la de miles... No era

justo, una decisión como aquella no debía estar en sus manos.

¿Qué le impedía dejarla en manos de otros? Se adentró en la ciudad por Corstorphine Road, pasó por delante de las oficinas que utilizaba Mensung y decidió detenerse en Torphichen Place. Davidson probablemente no estaría allí a aquellas horas, pero quería averiguar qué estaba ocurriendo con los archivos de Gillespie.

El agente que estaba de guardia en el mostrador lo dejó entrar. Rebus recorrió el silencioso vestíbulo y subió las escaleras. El único ocupante de la sala del DIC era Rab Burns.

—¿Qué pasa, John? ¿Qué te trae por aquí? ¿La conversación sofisticada? ¿El

sucedáneo de café?

—Unas bolsas de basura, para ser exactos.

—¿Eh?

Rebus se lo explicó y Burns se encogió de hombros.

—No sé nada de eso.

—A lo mejor las han guardado bajo llave al final de la jornada.

—Estarían en el armario. Espera, voy a por la llave.

Pero ahí dentro no había nada.

—¿No las habrán tirado por equivocación?

Un escalofrío recorrió la espalda de Rebus.

—¿Te importa si utilizo tu teléfono?

—Marcó el número de Davidson y

esperó hasta que alguien descolgó al otro extremo de la línea—. Soy yo. ¿Dónde están los archivos?

—John, pensaba llamarle.

—¿Dónde están los archivos?

—Órdenes, John.

—¿Órdenes? ¿Qué quiere decir?

—Los han requisado. Iba a decírselo por la mañana.

—¿Quién ha sido?

Davidson tardó mucho en responder.

—La oficina del jefe de policía adjunto.

Rebus colgó bruscamente. ¡El maldito Allan Gunner!

—Rab, ¿tienes idea de cuál es el número particular del jefe de policía adjunto?

—Sí, claro, somos íntimos...

La mirada de Rebus detuvo su comentario jocoso. Encontraron el número en el listado de emergencias. Rebus llamó, y esperó y esperó. Finalmente, una mujer cogió el teléfono. Se oían risas de fondo. Era una fiesta, tal vez una cena.

—Con el señor Gunner, por favor.

—¿De parte de quién?

—De Walt Disney.

—¿Perdón?

Rebus temblaba de ira.

—Que se ponga.

Un minuto después, Gunner cogió el auricular.

—¿Quién es?

—Soy Rebus. ¿A qué coño está

jugando?

—¿Cómo se atreve a hablarme así?

Gunner hablaba en susurros; no quería que los invitados lo oyeran desde la otra sala.

—De acuerdo, entonces. Con el debido respeto, ¿a qué coño está jugando, señor?

—¿A qué se refiere?

—A los archivos de Gillespie.
¿Dónde están?

—En la incineradora.

Y tras esas palabras, Gunner cortó la llamada. Rebus probó de nuevo, pero la línea estaba ocupada. Había dejado el teléfono descolgado. Entonces cogió la lista de emergencias y buscó la dirección de Gunner.

—Si quieres puedes utilizar mi ordenador.

—¿Para qué?

—Para redactar tu carta de dimisión.

—Rab —replicó Rebus—, esa frase es mía.

Rebus estuvo llamando un buen rato al timbre. Gunner no pareció sorprenderse al abrir la puerta.

—Pase al estudio —le indicó con renuencia.

Mientras Rebus lo seguía, oyó el rumor proveniente del salón. En lugar de entrar con Gunner en el estudio, se acercó a la puerta y la abrió.

—Buenas noches —dijo—. Lamento

robarles al anfitrión, será solo un minuto.

Después sonrió a los invitados, cerró de nuevo la puerta y se dirigió al estudio. En torno a la mesa había visto al alcalde y su mujer, al jefe de policía y su esposa y a la mujer de Gunner. Había otros dos lugares reservados, uno para el propio Gunner.

—¿Sir Iain no ha podido venir? —aventuró Rebus.

Gunner cerró la puerta del estudio.

—Se unirá a nosotros para tomar café.

—Qué íntimo.

—Mire, Rebus...

—De camino hacia aquí me he dado cuenta de una cosa. McAnally no estaba

en la celda de Charters para llegar al fondo de nada; estaba allí para que usted supiera a ciencia cierta que Charters mantenía la boca cerrada. Y obtuvo una prueba de ello, porque Charters pagó a McAnally para que asustara al concejal. Fue una tapadera desde el principio, independientemente de si Flower sabía cómo estaba manejando el asunto o no. No quería que nada de esto saliera a la luz, y ahora que ha quemado esos papeles, así será.

—Eso es cosa suya.

Rebus sacudió la cabeza.

—No, yo no valgo nada. Es cosa de gente como usted, y no va a mover un dedo. Seguirá siendo la marioneta de Hunter hasta llegar a jefe de policía.

Volvió a sonar el timbre y Gunner regresó acompañado de sir Iain Hunter.

—Vaya, inspector —dijo Hunter, quitándose el abrigo—, está usted en todas partes. —Introdujo una mano en el bolsillo y sacó una pequeña cinta de casete—. Está todo aquí —añadió, ofreciéndosela a Gunner.

Rebus tuvo la sensación de que la tierra temblaba bajo sus pies.

—¿Llevaba usted micrófono? —dijo. Hunter sonrió.

—Gracias a Dios, Mathieson no aceptó su propuesta de hacernos desnudar a todos.

Rebus asintió.

—Empiezo a entender.

—Sir Iain —intervino Gunner— ha

estado recabando pruebas sobre un escándalo vergonzoso.

—Un escándalo —apostilló Rebus— en el que estará ausente un nombre importante. Debería haber sospechado que el Ministerio de Escocia estaba involucrado desde el principio. No me imagino a un alcaide, especialmente uno como Big Jim Flett, encubriendo el historial de McAnally por una mera aserción de la policía. Pero el jefe de policía adjunto respaldado por el secretario permanente... eso sería otra historia. Al fin y al cabo, es el Ministerio de Escocia el que mueve los hilos económicos. —Clavó la mirada en Hunter—. Y muchos otros también.

—Inspector Rebus —dijo Hunter con

frialdad—, es un hecho que el secretario permanente no puede verse mezclado en nada indeseable. Debe ser protegido por el bien del país.

—¿Aunque esté metido hasta las cejas?

—Aun así.

—Esto apesta —dijo Rebus—. ¿Qué es esa cinta? ¿Una póliza de seguros?

—Estoy preparando un informe —explicó Gunner—. No es oficial, y debe guardarse bajo llave.

—¿Y si se filtra algo en el futuro...?

Esta vez fue Hunter quien respondió:

—El informe demostrará que Charters y otros actuaron fuera de los márgenes de la ley.

—¿Hasta el extremo de asesinar a

alguien?

Hunter se limitó a asentir.

—¿Y qué hay de Mathieson? ¿Se verá implicado? —Rebus sonrió—. Lo siento, pregunta estúpida. Por supuesto que sí. Informarían de todo al tribunal con tal de salvar el pellejo, malditos...

—¿Hipócritas? —sugirió Hunter—. La hipocresía es aceptable si es por el bien ciudadano.

Gunner quiso poner su grano de arena:

—Usted sabe que podría haberlo echado del cuerpo.

—Habría luchado hasta el final.

Gunner sonrió.

—Sé que lo habría hecho.

Hunter abrió la puerta del estudio.

—Nuestros invitados llevan un buen rato esperando, Allan.

Los ojos de Gunner seguían clavados en Rebus.

—En circunstancias normales, le invitaríamos a sentarse con nosotros.

—No me sentaría con ustedes aunque el mundo estuviera a punto de desmoronarse.

—Según me cuentan —rebatíó Gunner—, es usted quien ha estado en el filo del abismo.

—No olvide una cosa, inspector —intervino Hunter mientras examinaba su bastón—. Usted también participó en esa reunión. Aparece en la cinta, escuchando a unos hombres confesar su participación en actos ilegales. No le oí

advertirles ni hacer gran cosa. Si alguna vez se hacen preguntas, usted deberá responder igual que todos los demás.

—Lo acompañaré a la puerta, Rebus
—dijo el futuro jefe de policía.

John Rebus hizo lo que debía: cogerse una borrachera de cuarenta y ocho horas.

En Edimburgo no era complicado. Incluso en invierno, sin la ventaja de la ampliación de horarios estival, si medía bien los tempos podía beber las veinticuatro horas del día. Todo obedecía a las permutaciones de los restaurantes y casinos que abrían hasta tarde y de los bares que levantaban la persiana temprano. Siempre podías beber en casa, por supuesto, pero una borrachera no consistía en eso.

Difícilmente podías hacerle justicia cuando la única persona que podía escuchar tus historias era tu propio y amargado yo.

A Rebus no le preocupaba faltar al trabajo. Ya había estado de borrachera otras veces, después de perder casos que había intentado ganar desesperadamente. Siempre lo hacía con la bendición de sus superiores, que en ocasiones incluso aportaban fondos. Creía haber llamado al Granjero desde un pub, y puede que incluso este le dijera que Allan Gunner había dado el visto bueno, pero era difícil saberlo, difícil recordarlo.

Todavía era más difícil olvidar.

Conseguía dormir una hora y, al cabo

de dos minutos a lo sumo, el nudo en el estómago volvía a aparecer, recordándole cosas que preferiría desterrar.

Hacia el final del primer día, se encontraba en un bar de Lothian Road cuando vio a Maisie y Tresa pasando un buen rato. Estaban sentadas a una mesa y Rebus las observaba desde la barra. No dejaban de acercárseles algunos hombres, pero ellas los rechazaban a todos. Poco después, Maisie lo vio en la barra y fue hacia a él dando bandazos.

—Veo que el periodo de duelo ha terminado —dijo Rebus a modo de saludo.

Maisie sonrió.

—Wee Shug era un buen tipo.

—¿Por qué no me lo cuenta?

Le pesaban los párpados y tenía los ojos entrecerrados.

—Lo cierto —empezó— es que yo no le quería a él, sino a Tresa. —Se encendió un cigarrillo con su mechero de ónice y oro—. Vino a verme el día que se suicidó y me contó lo que iba a hacer. Me regaló este encendedor. Puede que buscara comprensión o a alguien que lo disuadiera. Pobre cabrón: iba a hacer justo lo que yo quería. Yo amaba a Tresa. La amo de verdad.

Rebus recordó algo que le había dicho acerca de Wee Shug: «Tuvo su merecido». Se dio cuenta de que no lo decía con afán de venganza; para ella, se merecía lo que le había ocurrido. Lo

encerró en prisión, y aun así volvió a ella y le contó lo que iba a hacer...

—¿Fue una violación? —preguntó Rebus.

—En realidad no —respondió Maisie encogiéndose de hombros.

Rebus dio una calada al cigarrillo.

—¿Gritó?

Maisie se echó a reír.

—Los vecinos creyeron que lo hice. Deseaban haberlo oído; de lo contrario, no habría culpable. Los escoceses necesitamos un poco de sentimiento de culpa, ¿no cree? Eso nos ayuda a sobrellevar el día.

Después le dio un beso en la mejilla, se echó hacia atrás para observarlo y volvió con Tresa McAnally, que estaba

esperándola en la mesa.

Tenía razón en cuanto al sentimiento de culpa, pensó Rebus. Pero había algo más: los vecinos no habían hecho nada al respecto en su momento, y eso era típico de Edimburgo. La gente prefería no saber, aunque no sucediera nada. No querían que les contaran que su cuerpo (o su país) estaba corroído por un cáncer, ni tampoco que no lo estaba. Y al final se quedaban allí, en posición de *zugzwang*, mientras gente como Charters y sir Iain Hunter iniciaban otra partida.

A mitad del segundo día, con el mismo atuendo desaseado de la víspera, envuelto en una atmósfera viciada de

nicotina y whisky y con una resaca que trataba de aplacar bebiendo, se encontró con Kirstie Kennedy. Debió de ser en Leith Walk o en lo alto de Easter Road. Era más baja que él y quería susurrarle algo al oído, pero no necesitó ponerse de puntillas: Rebus se agachó bajo el peso de su cráneo y sus hombros.

—Debería dejar el alcohol —le dijo—. Matarse no es la respuesta.

Recordó sus palabras más tarde, cuando tomó asiento penosamente en un banco de lo que pretendía ser un bar de Dalry Road. Tenía las dimensiones y el ambiente de un almacén. Había estado hablando con el anciano enjuto al que le gustaba la historia de Estados Unidos. Rebus había empezado a darle una

lección de historia que a duras penas guardaba relación con Hopalong Cassidy, y el anciano se desplazó a otra parte de la barra, donde el hombre de los zapatos de tartán estaba plantado protectoramente junto a Morag, su descarriada esposa. Rebus los había invitado a todos a un par de copas cuando llegó.

Unos jóvenes turcos jugaban al billar y Rebus intentó concentrarse en ellos, pero acabó bostezando sonoramente.

—Te estamos aburriendo, ¿no, colega? —gritó uno de los jugadores.

—Corta el rollo —les dijo la camarera—. Es un poli.

—Parece un poco deprimido. Es un simple mortal.

Y entonces volvieron a él las palabras de Kirstie. «Debería dejar el alcohol. Matarse no es la respuesta». Bueno, eso dependía de cuál fuera la pregunta, ¿no? Alguien se sentó a su lado e intentó volver la cabeza sin perder el equilibrio.

—Por fin te encuentro.

—¿Sammy?

—Recibí una llamada de una tal Kirstie. Me dijo que estaba preocupada.

—Estoy bien. No me pasa nada.

—Estás hecho una calamidad. ¿Qué ha ocurrido?

—El sistema, eso es lo que ha ocurrido. Tenías razón, Sammy. Y lo supe en todo momento, aunque te dijera que te equivocabas.

Sammy sonrió.

—Bueno, tú también la tenías. No debería haber sacado a escondidas esa nota de Derwood Charters.

—No te preocupes por eso. Gerry Dip no va a soltar prenda. Pero al menos tenemos las tarjetas de crédito, con eso bastará para colgarle el muerto. Además, no creo que se mencione a Charters en el juicio, así que no te verás involucrada.

—Pero lo estoy.

Rebus sacudió la cabeza.

—Tú mantén la boca cerrada. Es lo que está haciendo todo el mundo. No va a pasar nada.

—¿Por eso estás así?

Rebus enderezó la espalda. No le

gustaba que Sammy lo viera así; acababa de darse cuenta.

—Mira —dijo—, que puedas dejar esto atrás o no es cosa tuya y de tu conciencia. A eso me refiero. —Se puso en pie—. Voy a evacuar.

Se dirigió a los servicios. No quería que los jugadores de billar entraran a entablar la típica conversación del Dalry, así que bloqueó la puerta con toallas de papel y metió la cabeza debajo del grifo de agua fría. Se secó y vomitó copiosamente en el retrete. Luego volvió a lavarse, y después desatascó la puerta y regresó a la barra.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Sammy.

—Solo falta un noventa y cinco por

ciento —dijo Rebus, cogiéndola de la mano.

¿A quién podía acudir?

¿Al fiscal general? Difícilmente sería una salida: con toda probabilidad estaría disfrutando de una agradable cacería con Hunter. Él era el sistema, y el sistema sería protegido a toda costa. ¿Al jefe de policía? Estaba a punto a jubilarse y no querría que nada mancillara sus últimos meses en el cargo. ¿A los medios de comunicación, tal vez? ¿Mairie Henderson? Era la noticia del año, pero no tenía pruebas. Sería la palabra de un policía amargado contra... Bueno, contra todo el mundo.

Ya en casa, se dio una ducha y pasó un buen rato en remojo. Sammy lo había obligado a ingerir dos litros de zumo de naranja y generosas dosis de determinación.

—Soy incapaz de olvidar lo que hice —le dijo.

—Puede que, además de mis genes, heredaras mi complejo de culpabilidad —respondió él.

Cuando Sammy regresó a casa de Patience, Rebus llamó a Gill Templer. Necesitaba consejo, le dijo, así que se citaron en su gimnasio. Tenía hora para una sauna y un masaje; podrían hablar después en la cafetería.

Desde la ventana del primer piso, se divisaba la tranquila New Town Street.

Alrededor de Rebus había gente saludable, bronceada y sonriendo con dentaduras perfectas y esbelta confianza. Era consciente de que cantaba como un pedófilo en un aula de primaria. Había tirado la ropa que llevaba durante su prolongada borrachera y ahora lucía el atuendo que había comprado para su visita a casa de sir Iain.

Gill entró y lo saludó, y después se dirigió a la barra y pidió un zumo de naranja. Su piel parecía brillar con luz propia cuando se acercó a la mesa.

—Tienes mal aspecto —dijo.

—Deberías haberme visto hace apenas un par de horas. Podías lijar puertas conmigo.

Gill extrajo una rodaja de naranja del

vaso y la succionó.

—¿Cuál es el gran misterio?

Rebus le contó los detalles del caso y, a mitad de la narración, Gill empezó a mostrarse incómoda. Su mirada parecía cada vez más sorprendida.

—Tomaré otro zumo de naranja si pagas tú —dijo cuando Rebus hubo terminado.

Gill necesitaba tiempo para pensar, así que Rebus no apremió al camarero. Pero cuando volvió a la mesa, su compañera seguía sin tener nada que decir.

—Mira, Gill, lo que necesito es una orden de registro para poder entrar en casa de Gunner y recuperar el informe y la cinta. Podrías conseguirlo de un juez

de paz. Quedan suficientes concejales entre los que elegir.

El rostro de Gill adoptó un semblante sombrío.

—¿Por qué yo? —dijo.

—¿Por qué no?

—¿Crees que saldría bien parada de esto? ¿Crees que alguien olvidaría que fui yo quien te ayudó?

—Por el amor de Dios, Gill...

Su voz se suavizó y fijó la mirada en su bebida.

—Siento decepcionarte, John.

—Podrían crucificarme si quisieran.

Gill lo miró.

—No quieren crucificarte. No lo sabes, ¿verdad? En realidad, ni siquiera se te ha pasado por la cabeza.

—¿Saber qué?

—Vas a ser ascendido a inspector jefe. Hay una vacante en Galashiels. El jefe lo supo por Gunner. —Gill sonrió —. Tú intentando conseguir una orden de registro en su casa y él intentando conseguirte un ascenso. ¿Qué imagen darías en el juicio?

—Es cierto —confirmó el comisario Watson.

Rebus estaba de pie en el despacho del Granjero. No podía sentarse; ni siquiera se sentía cómodo de pie.

—No lo quiero, no lo aceptaré. Eso está permitido, ¿verdad? Uno puede rechazar un ascenso.

Watson parecía dolido.

—Si se niega, será un desaire que nadie olvidará. Puede que nunca le brinden una segunda oportunidad.

—No me importa desairar a Allan Gunner.

—John, no fue Gunner quien le recomendó para el ascenso. Fui yo.

—¿Qué?

—Hace meses.

—¿Es eso cierto?

—Sí.

—Pues es toda una coincidencia que Gunner haya demorado la decisión hasta ahora, ¿no le parece? ¿De quién fue la idea de Galashiels?

—Da la casualidad de que hay una vacante.

—Da la casualidad de que está en medio de la nada. No me extraña que necesiten un inspector jefe allí, con tanta *vendetta* entre granjeros y tantas peleas el sábado por la noche.

—Por una vez en la vida, John, póngaselo fácil, hágase un favor a sí mismo. Deje de golpearse como si fuera el tambor del Ejército de Salvación. Simplemente...

El Granjero se encogió de hombros.

—Los tambores no se golpean solos —repuso Rebus. Estaba observando el ordenador del Granjero sin prestar atención. Entonces esbozó una sonrisa y miró a su superior—. De acuerdo —dijo—. Dígale a Gunner que aceptaré.

—Bien.

Pero el Granjero no parecía tan complacido como él esperaba. Sabía que se guardaba algo en la manga, algún motivo que no alcanzaba a comprender. Era muy típico de Rebus hacerle sentir que una victoria era un empate y un empate una derrota.

—En fin, John —añadió mientras se ponía en pie y le tendía la mano—, enhorabuena.

Rebus miró la mano, pero no la estrechó.

—Yo no he dicho que vaya a aceptar el ascenso, señor, tan solo que le diga a Gunner que lo haré.

Y con esas palabras, abandonó el despacho del Granjero.

Flower tenía turno de noche una vez más. Rebus no sabía por qué o cómo conseguía tantos turnos de noche. Tal vez porque a esas horas era más proclive a detectar posibles problemas. Y Rebus daba todos los síntomas de ser un problema cuando se dirigió a la mesa de su adversario. Cogió una silla y se sentó a horcajadas.

—¿Algún incendio destacable últimamente?

Flower se limitó a resoplar.

—Te vino muy bien —continuó Rebus.

—¿Qué?

—No me refiero a prender fuego a la papelera. Me refiero a que permitieras que el jefe de policía adjunto utilizara a

tu hombre, McAnally, de esa forma. ¿De quién fue la idea de meterlo en la celda de Charters?

—¿Y a ti qué te importa?

—Hazme reír un rato.

Rebus le ofreció un cigarrillo. Flower lo aceptó con renuencia y, aun así, lo dejó sobre la mesa.

—De acuerdo —respondió—. Fue idea del jefe de policía adjunto.

—Ya me lo figuraba. Y tú accediste. ¿Quién no lo haría? Eso significaba que te debería un favor, lo cual siempre es de agradecer. Pero no salió bien, ¿no?

—Me he perdido.

—El jefe de policía adjunto tenía una agenda oculta. Quería utilizar a tu hombre para asegurarse de que Charters

no hablaba, porque algunas personas fuera de la cárcel empezaban a tener sudores fríos. Charters estaba protegiendo a cierta gente, gente como el director de PanoTech y el secretario permanente del Ministerio de Escocia. Sin embargo, un concejal local había empezado a husmear, y tarde o temprano acabaría hablando con Charters. Incluso cabía la posibilidad de que ya lo hubiera hecho. Eso preocupaba a la gente. Necesitaban saber en qué medida estaban a salvo. Resultó que Charters se enteró de lo del concejal, y pagó a McAnally para que lo asustara un poco.

—Chorradas.

—¿Ah, sí? Bueno, de hecho no importa.

Rebus dio una calada al cigarrillo. Había hecho reflexionar a Flower, pero sabía que ese proceso podía llevar semanas. Tenía que darle un empujón más.

—Dime —prosiguió—, tu amigo el jefe de policía adjunto ni siquiera te consiguió el puesto de Lauderdale. ¿No te dio que pensar?

—Era demasiado pronto. Habría resultado sospechoso.

Rebus se echó a reír, lo cual desconcertó todavía más a Flower.

—¿Eso te dijo?

—A ti no te importa.

—Bueno, chavalote, pues tengo noticias para ti: el jefe de policía adjunto acaba de ofrecerme el ascenso a

inspector jefe.

—Vete al infierno.

Rebus se encogió de hombros. Flower cogió el cigarrillo que le había dado y lo encendió. Después llamó a casa del Granjero. Mantuvieron una violenta conversación en la que Flower esgrimió todo su arsenal, desde sus años en el cuerpo (tres más que Rebus) hasta sus obras de beneficencia. Cuando por fin colgó el teléfono, estaba temblando.

—¿Sabes a quién deberías llamar ahora? —propuso Rebus—. A tu colega Allan Gunner. Pregúntale por qué yo y no tú. ¿Sabes qué te dirá? Bueno, puede que no lo diga, pero es la verdad: me asciende porque soy peligroso para él. Soy demasiado peligroso para el

habitual descenso de categoría, así que, en lugar de eso, me ofrece un soborno. Y tú te quedas atrás porque puede permitirse ignorarte. Simple y llanamente.

—¿Por qué me cuentas todo esto? —preguntó Flower con un siseo.

—Créeme, no es solo por el placer de ver cómo te retuerces.

—Entonces ¿por qué?

Rebus se inclinó hacia delante.

—¿Te gustaría quedarte con mi ascenso? —preguntó con aire de confidencialidad.

Flower hizo una mueca de desdén. A Rebus no le gustaba aquello, pero intentó que no se le notara. Sacrificaría eso y mucho más por un único y

arriesgado disparo a su presa. Pero tenía claro que no debía mencionarle a Flower el traslado a Galashiels que conllevaba aquel ascenso...

—Hablo en serio —dijo.

Flower vio con profundo asombro que era cierto.

—¿Qué quieres que haga?

Las mañanas de invierno en Edimburgo podían minar las buenas intenciones y los planes temerarios de cualquiera. A Rebus y a Flower les hubiera gustado estar en sus respectivas camas, debajo de una hermosa mujer, pero en vez de eso se encontraban en el coche de Rebus, frente a la casa de Allan Gunner. Todavía estaba oscuro. Pasó una furgoneta de reparto de leche y otra de pan, y varias almas desoladas que iban a coger el primer autobús del día.

—Así que esto es la mañana —dijo

Flower.

—No es una imagen agradable, ¿verdad?

—¿Crees que saldrá bien?

—Ten fe. —Rebus miró a la casa—.

Ya se han despertado.

Flower miró por el parabrisas. En el piso superior de la casa de los Gunner, se había encendido una luz.

—Dale cinco minutos —dijo Rebus.

Pero apenas transcurridos dos minutos se encendieron las luces de abajo.

—Podría ser su mujer —sugirió Flower—. Quizá vaya a prepararle a su marido un copioso desayuno. Se lo merece.

—¿Alguna vez has oído la expresión

«hombre nuevo»?

—Es de un anuncio, ¿no? ¿Tú qué opinas? ¿Un par de minutos más? ¿Le dejamos sentarse a desayunar?

—Tengo las piernas como témpanos —contestó Rebus abriendo la puerta del coche—. Hagámoslo ahora.

Llamaron al timbre y oyeron la voz de Gunner exclamando: «¡Ya voy!». Se abrió la puerta y ante ellos apareció el jefe de policía adjunto con camisa pero sin corbata ni gemelos, y con una taza de café en la mano. Dio un paso atrás en el recibidor.

—¿Qué coño están haciendo aquí?

—Campaña por el Partido de la Ley Natural —respondió Rebus mientras entraba en la casa caldeada por la

magnífica calefacción central.

Gunner echó a correr escaleras arriba para hablar con su mujer, y Rebus y Flower pasaron sin invitación a la cocina. De la tostadora manaba humo, y Flower le dio al botón para salvar las tostadas.

—Hombre nuevo, ¿eh?

Rebus encendió la cafetera eléctrica y cogió dos tazas del escurridor. Estaba desenroscando la tapa del depósito, cuando Gunner volvió a hacer acto de presencia y se la arrebató de las manos.

—¡Por Dios, cómo se atreven a...! — Gunner apagó la cafetera—. ¿A qué han venido? —Fue a consultar el reloj, se dio cuenta de que todavía no se lo había puesto y miró el de pared—. Les doy

medio minuto, luego tendrán que largarse.

—Queremos el informe que ha confeccionado —dijo Rebus—, y también la cinta que grabó sir Iain. Creo que con eso bastará por ahora.

Gunner miró a Flower.

—Ha conseguido arrastrarle, ¿eh? Debe de estar loco. Podría llevarles a ambos ante el jefe de policía.

—Nada nos gustaría más —respondió Flower, que tiró el resto de la tostada a la papelera—. Usted me mintió.

—Si no nos entrega el informe y la cinta —amenazó Rebus—, lo llevaremos más allá. Vamos a hacer que salga a la luz tanta mierda que creerá que se le ha atascado el desagüe. Estará

por todas partes, créame. No habrá pinzas suficientes.

—Están locos. No voy a darles nada.

—Empezaremos por el jefe de policía y los periódicos.

Gunner se cruzó de brazos.

—Adelante. Van a cavarse un agujero muy profundo.

—Los agujeros tienen su utilidad —replicó Rebus—, sobre todo cuando empiezan a silbar las balas.

—¡Salgan de aquí ahora mismo! —espetó Gunner.

Y así lo hicieron. Cuando cruzaban el jardín, Flower le lanzó una mirada:

—¿Crees que hemos sido demasiado complacientes? Podríamos haber sido más duros con él.

—Ha ido bien. Ahora todo depende de cómo reaccione. ¿Está mirando?

Flower volvió la cabeza.

—Desde la ventana del dormitorio.

—Bien.

Se montaron en el coche de Rebus y se fueron.

Cien metros más adelante, Rebus se detuvo para que Flower pudiera apearse. Su coche estaba aparcado allí y subió rápidamente. Rebus miró por el retrovisor, pero Gunner no había salido de casa para contemplar su partida, no en una mañana como aquella y aún a medio vestir. Siguió conduciendo, dio la vuelta y acabó al otro lado de la casa.

No se atrevían a confiar en las frecuencias de la policía, así que habían

pedido prestados dos móviles a un traficante que le debía un favor a Rebus. En ese preciso instante, sonó su teléfono.

—¿Hay rastro de él? —dijo Flower.

—Todavía no.

—Puede que vaya por la segunda tostada.

—Dudo que tenga mucho apetito.

Al cabo de cinco minutos, Rebus oyó una puerta cerrándose. Después se abrió la verja de Gunner. Su Rover 800 se encontraba justo enfrente, lo abrió, se montó en el vehículo y puso en marcha el motor.

—Bingo —dijo Rebus por el móvil.

—¿Lleva algo?

—Un maletín.

—Bien, esperemos que haya suerte.

Rebus había estacionado lejos de las farolas y se cuidó mucho de arrancar el coche hasta que Gunner se puso en movimiento. El humo del tubo de escape quedaba suspendido en el aire a causa de las temperaturas bajo cero. El jefe adjunto llevaba la luna trasera helada, porque no había tenido tiempo de limpiarla.

—Sígueme —indicó Rebus a Flower justo antes de pasar junto a su vehículo.

Pronto se unieron a una lenta riada de tráfico que se dirigía a la ciudad. El antivaho trasero del Rover se había ocupado del hielo. Cuando llegaron a un tramo de doble carril, Flower se puso a la altura de Rebus.

—¿Adónde va? —preguntó por el móvil.

—A trabajar no —contestó Rebus—. No es por aquí.

Habían comentado posibles rutas que podía tomar, lugares a los que podía ir. Princes Street no figuraba en sus cálculos. Ahora despuntaba el alba, y un profundo color morado se cernía sobre el castillo y el casco viejo. La calefacción de Rebus no funcionaba bien —de hecho, solo lo hacía en verano—, y retorció los dedos de los pies dentro de los zapatos.

—Ha puesto el intermitente —informó Flower—. Ahora gira a la izquierda en dirección al puente de Waverley. Puede que vaya a coger un

tren.

Rebus intuía lo que estaba ocurriendo.

—No, pero se dirige a la estación.

Una larga hilera de taxis negros salía del vestíbulo subterráneo de la estación de Waverley, aguardando su turno para llevar a los ejecutivos a sus citas de negocios y sus desayunos energéticos. Pasaron junto a los taxis, descendiendo la empinada cuesta hasta encontrarse bajo tierra. Gunner dejó atrás la zona de recogida y por un momento pareció que iba a subir por la rampa de salida rumbo al puente de Waverley. Sin embargo, giró a la izquierda y aparcó en la parte trasera de la estación.

—Busca un lugar donde aparcar —le dijo Rebus— y síguelo a pie.

—¿Y si me ve?

—Vete al andén y aléjate.

—¿Y si él también va al andén?

—No ha venido aquí por los trenes.

Ah, y llévate el teléfono contigo.

Rebus aparcó y se dirigió a la zona opuesta del vestíbulo, tomando la ruta contraria a la de Gunner. Avanzaba al trote, como si tuviese una agenda apretada. Recorrió un andén en dirección a la parte posterior de la estación, con el teléfono en la oreja como todo camuflaje.

—Ahora lo entiendo... —oyó susurrar a Flower.

Rebus se hallaba ya en posición. A lo lejos divisaba a su improvisado compañero y, a medio camino entre

ambos, a Allan Gunner. Era donde Rebus intuía que iba a ir: el mostrador de consigna. Rebus se escondió junto a una columna con un gran cartel que anunciaba el alquiler de naves industriales. No se le escapó la ironía, mientras observaba a Gunner entregar el maletín y aceptar un recibo. Cuando Gunner volvió por donde había venido, Rebus salió de detrás del anuncio y caminó con brío hacia la consigna, justo a tiempo para poder ver al empleado colocar el maletín en unas estanterías situadas en la parte frontal.

—¿Y bien? —dijo Flower por el móvil.

—Déjalo marchar.

—¿Está ahí?

—Dulce como la miel, Flower. Dulce como la miel.

Fueron precisas ciertas dosis de persuasión con Rico Briggs.

Rebus y Flower, cada uno a su manera, eran expertos en el arte de la sugestión. ¿Acaso no habían aterrorizado —o convencido— a Gunner para que se sacara de encima las pruebas? Si hubiera tenido más tiempo para pensar, si no lo hubieran abordado a primera hora de la mañana, tal vez habría buscado un escondite más adecuado. La consigna era una primera parada; simplemente no quería tener aquellas comprometidas pruebas en

casa. Rebus había acertado al suponer que actuaría de esa forma, y de hecho una consigna no era una mala elección, al menos de manera provisional.

Decidieron turnarse para vigilar la consigna. No era muy difícil pasar desapercibido en una estación ferroviaria: había mucha gente pasando el rato. Lo último que querían ahora era que Gunner volviera y se llevara el maletín sin su conocimiento, aunque Rebus supuso que pasaría la noche allí. El jefe adjunto trabajaría toda la jornada, como hacía cada día, se iría a casa, meditaría y tal vez realizaría unas llamadas telefónicas, unas llamadas que sin duda no querría hacer desde su despacho en la comisaría. Una vez

hechas esas llamadas, y con el maletín a buen recaudo, se sentiría más seguro. Y aprovecharía el tiempo para pensar bien las cosas.

Así que el maletín pasaría allí la noche.

Rebus llamó a Rico y le pidió que fuera a la estación. Se reunieron en el bar. Rebus ya había consumido demasiado café y comida basura, y el aroma del alcohol rancio casi decidió por él. El recinto olía como todos al comienzo de una nueva jornada: a día anterior, a acumulación, a demasiado humo y cerveza derramada.

—Una pinta de cerveza —pidió Rico al camarero, que intentó no mirar fijamente las mejillas tatuadas de su

cliente.

Mientras le traían la bebida, Rico empezó a frotarse con brío las mejillas, y cuando vio que había una máquina tragaperras en el bar, se dirigió a ella y echó unas monedas. Rebus pagó la cerveza y se la acercó a Rico. Llevaba el teléfono en la mano que le quedaba libre. Parecía un hombre de negocios de capa caída, pensó.

Y puede que lo fuera, en cierto modo.

Le expuso la situación a Rico mientras este jugaba. Cuando se quedó sin monedas, le dio más. Entonces sonó su móvil.

—¿Qué dice? —preguntó Flower.

—De momento, que no.

—Déjame hablar con él.

Así que Rebus relevó a Flower en la zona de la consigna. Dejó pasar veinte minutos y lo llamó al bar.

—¿Y bien?

—Casi me ha vaciado los bolsillos —informó Flower.

Finalmente, quien acabó persuadiendo a Rico fue la máquina tragaperras. Le convenció de que aceptara el dinero de Flower, y, de pronto, le debía más de veinte libras al policía.

Por la promesa de más dinero y la cancelación de la deuda, Rico dijo que se encontraría con ellos a la una de la madrugada.

Para eso faltaban tan solo trece horas...

Rebus y Flower se pasaron el resto del día montando guardia frente a la consigna. Leyeron periódicos y revistas que compraron en el quiosco, comieron bocadillos carísimos, bebieron café aguado y aprendieron mucho sobre la vida de una estación central.

Las cámaras de seguridad inquietaban a Rebus, así que visitó la oficina de seguridad de ScotRail y habló con el personal para alertarlos sobre una banda de carteristas recién llegada de Newcastle. En la oficina del jefe de seguridad se estaba caliente, y el hombre fue de lo más amigable porque había pertenecido al DIC. Intercambiaron historias y Rebus solicitó una visita guiada. Fue así como

constató que todo saldría bien. La cámara que enfocaba hacia la zona de la consigna ofrecía una imagen neblinosa y lejana: veían a quien entraba, pero era imposible obtener una buena descripción, lo cual beneficiaba sobremanera a Rico.

Además, a partir de medianoche nadie vigilaba. La cámara grababa, pero eso era todo.

La estación permanecía cerrada por la noche, pero a la una de la madrugada aún seguía abierta. Había extraños trenes nocturnos que gestionar, cargamentos y coches cama rumbo a Londres... Rebus tenía la sensación de

estar incubando algo, porque no dejaba de temblar. Dudaba que fueran solo nervios.

Fiel a su palabra, aunque con diez minutos de retraso, Rico apareció en la estación.

—He traído pasamontañas —dijo a modo de saludo.

—No los necesitaremos.

Rebus le explicó lo de las cámaras. Habían estacionado sus vehículos en Cockburn Street y mantuvieron una fugaz conversación mientras recorrían el andén número uno en dirección a la oficina de la consigna. Rico había estudiado el lugar con antelación y llevaba las herramientas necesarias, unas diminutas ganzúas que a Rebus le

recordaron al instrumental del dentista. Por instinto, su lengua buscó de inmediato el agujero, pero ya no lo tenía. El doctor Keene se había ocupado de él.

Rico tardó un minuto que se hizo eterno, pero por fin estaban dentro.

Con las persianas bajadas, el lugar estaba sumido en una oscuridad absoluta. Rebus sacó las dos linternas que se había agenciado y le ofreció una a Flower.

—Vigila la puerta, Rico —ordenó, y se pusieron manos a la obra.

No había muchos equipajes entre los que elegir, y el maletín se encontraba justo donde Rebus sabía que estaría. Estaba cerrado, por supuesto, pero eso

no importaba. Lo cogió y se dirigió a la entrada.

—A ver qué puedes hacer con esto, Rico.

Enfocó el maletín con la linterna mientras Rico sacaba las ganchetas. Flower, entretanto, movía maletas de un lado a otro y cambiaba etiquetas.

—¿Qué demonios estás haciendo? —susurró Rebus.

—Maximizar la confusión.

—Pues déjalo. Ponlo todo donde estaba. No queremos que nadie sepa que hemos estado aquí.

Rico siseó. Apagaron las linternas y permanecieron inmóviles en la oscuridad. Se oyeron unos pasos acercándose lentamente. Un guardia de

seguridad. El tipo iba silbando una melodía pop y Rico se apoyó en la puerta. El guardia comprobó si estaba cerrada y la empujó un par de veces. Después, las persianas se elevaron unos sesenta centímetros, cayeron de nuevo y volvieron a subir. Si el tipo encendía su linterna y la enfocaba a través de la abertura, vería a Flower a menos de un metro, como si fuera el último maniquí del escaparate. Finalmente, las persianas volvieron a descender con un repiqueteo y los pasos se alejaron.

Rebus empezó a respirar de nuevo.

—Me alegro de haberme puesto la ropa interior de color marrón —susurró Rico.

Rebus volvió a enfocar el maletín con

la linterna y Rico consiguió abrir la cerradura de seguridad. Cuando Rebus levantó la tapa lentamente, vio que en su interior había una gruesa carpeta y una cinta de casete. Las cogió y le dijo a Rico que volviera a cerrar el maletín.

—¿Es el informe? —preguntó Flower.

Rebus solo necesitó medio párrafo para estar seguro. Después, dibujó una sonrisa y asintió. Guardó las pruebas en una bolsa de plástico, limpió el maletín con la manga de la chaqueta para borrar las huellas, y lo dejó en la estantería. Rico escrutaba las otras bolsas y maletas.

—Ni de broma —le dijo Rebus antes de limpiar también la puerta, que Rico había mantenido cerrada—. Y ni se te

pase por la cabeza volver aquí solo.
¿Entendido?

Volvieron a cerrar la oficina y salieron de allí justo antes de que la estación iniciara su descanso hasta el día siguiente.

Rebus no podía dormir.

Se sentó en la butaca a fumar un cigarrillo y se puso a leer el informe que había preparado el jefe de policía adjunto. Quizá «diseñado» sería una palabra más adecuada. Había conseguido que pareciera sumamente exhaustivo, a la vez que omitía muchas cosas. Reprodujo parte de la cinta, y se puso unos auriculares para poder subir el volumen. Sir Iain tenía razón en una cosa: cualquier abogado que la escuchara pensaría que el agente de

policía allí presente no había hecho gran cosa. Rebus descubrió que le temblaba la mano. No había tomado una copa en todo el día; tampoco es que le apeteciera... No, estaba un poco asustado, eso era todo. No tenía la certeza de contar con pruebas suficientes, al menos por ahora... especialmente por ahora.

Entonces pensó en algo que casi se había convencido de que debía olvidar. Cogió el listín, buscó una página y siguió los nombres con el dedo hasta llegar a una dirección en particular: un piso de Dublin Street.

Eran más de las tres de la madrugada cuando Rebus llegó allí. Las calles estaban muertas. Ni siquiera los taxis

traqueteaban sobre el adoquinado. Pulsó el timbre y esperó. Volvió a pulsarlo. Cuando lo intentó de nuevo, mantuvo el dedo presionando.

El interfono cobró vida con un chasquido.

—¿Qué? ¿Qué?

—¿Señor McAllister? —dijo Rebus como si fuese pleno día.

—¿Sí?

—Soy el inspector Rebus. Si está usted solo, me gustaría subir y hablar un momento.

Rory McAllister iba a medio vestir y algo más que a medio despertar. Estaba solo.

Rebus recorrió el espacioso salón, admirando los adornos y los libros, mientras su anfitrión preparaba una taza de café para ambos.

Después, se sentaron uno frente al otro. McAllister se frotó los ojos y bostezó.

—¿Qué ocurre, inspector?

Rebus dejó la taza sobre el suelo de madera pulida.

—Bueno, señor McAllister, el día que quedamos para comer, estaba usted... ¿Cómo le diría? Después de nuestro encuentro, pensé que mostró usted demasiado entusiasmo, excesiva disposición a hablar. Luego descubrí que iba a citarse con Audrey Gillespie y... me dio que pensar.

McAllister trató de esconderse detrás de su taza humeante.

—¿Y en qué pensó?

—¿No niega que fuera a ver a la señora Gillespie?

—En absoluto. La conozco bien y me parece algo de lo más natural. Coincidió con su marido varias veces, profesional y socialmente. La señora Gillespie, por supuesto, acompañaba siempre a su marido en esos actos sociales.

Rebus asintió.

—¿Y en esos otros encuentros de carácter profesional, existía interacción entre el consejo regional y el Ministerio de Escocia?

—Por supuesto. El concejal Gillespie y yo trabajamos en un proyecto de

industria.

—Ya —dijo Rebus—. ¿Y el concejal sabía que se veía con su mujer a sus espaldas?

—Espere un momento...

—Permítame terminar. ¿Cree posible que Tom Gillespie consiguiera tanta información sin ayuda de nadie, señor McAllister? Alguien tuvo que pasársela, tal vez de forma anónima.

—Me he perdido.

—No importa, acabará entendiéndolo. Creo que usted descubrió lo de Mensung, PanoTech y los demás chanchullos de Charters. Sir Iain confiaba en usted, lo había elegido como un posible sucesor. Tal vez lo introdujo en Mensung para cerciorarse de que

nada salía a la luz. —Rebus se levantó —. Ahora es cuando empieza a ponerse interesante, porque, o bien facilitó usted la información para poder aplastar a sir Iain, en otras palabras, por el bien ciudadano, o bien lo hizo para mantener ocupado a Gillespie mientras usted disfrutaba de un lío con su esposa, lo cual podría definirse como un bien privado. Sea como fuere, creo que lo hizo.

—¿Y ha sido lo bastante generoso como para sacarme de la cama en mitad de la noche y hacerme partícipe de unas simples sospechas?

McAllister se recostó en su butaca y apoyó las manos en su barbilla, como si estuviera rezando.

—He venido aquí —contestó Rebus — porque, si lo hizo solo para encubrir su aventura con Audrey Gillespie, estoy acabado. En cambio, si verdaderamente lo hizo para perjudicar a sir Iain, podríamos sernos útiles el uno al otro.

McAllister levantó la mirada y frunció el ceño.

—¿Cómo?

Rebus volvió a sentarse y se lo explicó.

Era a sir Iain a quien quería atrapar. Había despejado todas las demás incógnitas de la ecuación, excepto a Charters y al secretario permanente. Charters era la única ruta posible hasta

sir Iain. Y Rebus le quería. Le quería porque la gente como sir Iain Hunter siempre tenía razón, aunque estuviera equivocada. Un tipo como sir Iain vivía y trabajaba rigiéndose por las mismas normas básicas que seguían a pies juntillas la mayoría de los villanos. Era egoísta sin parecerlo, y le sobraban argumentos y justificaciones para serlo. Hacía ondear la bandera del bien ciudadano, pero se llenaba los bolsillos a su costa. De hecho, no era tan distinto de Paul Duggan. Si Rebus se empeñaba en ello lo suficiente, podía culpar a sir Iain del destino que habían corrido Willie Coyle y Dixie Taylor. Kirstie se había escapado de casa porque su padre le había mostrado el corazón corrupto

de la ciudad y no pensaba hacer nada al respecto. Pero ese corazón era artificial, y sir Iain Hunter manejaba los fueles.

Cuando Rebus subió las escaleras de su piso, encontró a alguien agachado en el umbral. Era Sammy. Al tocarle el hombro, se despertó y se incorporó de un brinco.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Rebus.

—Llevo todo el día llamándote. Estaba preocupada por ti. —Rebus podía distinguir el rastro de las lágrimas en sus mejillas—. Así que decidí esperarte aquí.

La hizo entrar. Sammy observó el salón y vio el edredón en la butaca.

—¿Duermes ahí?

—Algunas noches —contestó Rebus mientras encendía el fuego.

—Pues en ese sillón no descansarás mucho.

—Es más cómodo de lo que parece. ¿Quieres tomar algo?

Sammy se lo quedó mirando.

—¿Te encuentras bien? —preguntó.

Rebus hinchó las mejillas y resopló.

—Creo que sí, más o menos. —Se hundió en la butaca—. Estoy un poco asustado, eso es todo. Mañana voy a cerrar un asunto, y podría no salir como yo quiero.

—Una de las razones por las que quería verte —dijo Sammy— es porque no puedo quitarme de la cabeza esa nota... y lo que pasó. Pensé que a lo

mejor me ayudaría un poco que me contaras la historia.

Rebus sonrió.

—No es precisamente un cuento para antes de acostarse.

Su hija se había acurrucado delante de la chimenea y abrazaba un cojín contra su pecho.

—Cuéntamelo de todos modos — pidió.

Así que Rebus se lo contó sin dejarse un solo detalle. Era lo mínimo que se merecía. Poco después, se quedó dormida asiendo todavía el cojín. Rebus la cubrió con el edredón, removió un poco el fuego y se sentó de nuevo en la butaca. Las lágrimas que derramó cayeron por sus mejillas con tal

suavidad que sabía que no la despertarían.

Llevaba su mejor traje.

Flower había llamado a primera hora para decirle que no iría. No le expuso sus motivos, y de hecho no era necesario. Rebus ya no precisaba nada más de él. Flower era un estratega: si todo iba mal, cosa muy probable, Rebus se vería en un atolladero. Si todo salía bien, todavía tenía la promesa de Rebus: inspector jefe.

Sammy lo había ayudado a acicalarse. No había dormido demasiado, pero no tenía muy mal aspecto después de todo, y el traje sin duda contribuía a ello.

—Lo eligió Patience —le dijo a su hija.

—Tiene buen gusto —respondió ella.

Llamó primero, insistiendo en la confidencialidad y la urgencia. Hubo problemas, pero finalmente le concedieron quince minutos a media mañana. Quince preciados minutos. Le quedaba un poco de tiempo libre, así que recorrió el piso, vació el tarro y volvió a colocarlo debajo del radiador, encontró la tarjeta del dentista y la rompió.

Sammy le dio un beso de buena suerte cuando salía de casa.

—Ahora sé que no somos tan diferentes —le dijo.

—Como padre e hija —respondió él,

devolviéndole el beso.

Aparcó delante de Saint Andrew's House, pero salió un guardia y le indicó que no estaba permitido. Rebus le mostró su identificación, y aun así el guardia insistió y lo llevó al aparcamiento de visitantes.

—Dígame —le soltó Rebus—, si yo fuese sir Iain Hunter, ¿tendría que mover el coche?

—No —repuso el guardia—. En ese caso, sería distinto.

Rebus sonrió, notando cómo parte de la tensión lo abandonaba. El hombre tenía razón: en ese caso, sería distinto.

Subió las escaleras del edificio. De cerca, no recordaba tanto a una central eléctrica o al Reichstag. Se registró en

recepción y le entregaron un pase. Los guardias de seguridad debían inspeccionar el contenido de su bolsa: tan solo eran unos papeles y una cinta de casete. Un empleado lo escoltó hasta el piso de arriba, donde otra persona lo acompañó al despacho de una secretaria. De camino, cuando pasaban por un corto y estrecho pasillo, su acompañante estuvo a punto de tropezar con sir Iain Hunter. Se disculpó, pero sir Iain no le prestó atención. Al pasar junto a él, Rebus le guiñó un ojo y le sonrió. Rebus no volvió la vista atrás, pero notó sus ojos clavados en él, justo entre los omoplatos.

«Esto —pensó— es por Willie y Dixie, y por Tom Gillespie. Y por todos

aquellos que ignoran cómo funciona el sistema, cómo da cobijo a la mentira, el engaño y el robo».

Pero sobre todo sabía que lo hacía por sí mismo.

No encontró a la secretaria en el despacho, tan solo a Rory McAllister, que parecía sumamente incómodo. Pero allí estaba, tal como había prometido. Rebus le lanzó otro guiño. Entonces entró la secretaria y los invitó a pasar a una antesala. Llamó a la puerta y la abrió.

Rebus había bromeado con el agente de seguridad sobre el contenido de la bolsa: «Difícilmente podría llevar una bomba en una bolsa de supermercado», pero ahora entraba en aquella sala con

una trampa explosiva bajo el brazo.

—Me alegro de que haya encontrado un hueco para recibirnos, señor.

Lo dijo con sinceridad. Dugald Niven, secretario de Estado para Escocia, tenía una agenda apretada. Rebus estaba convencido de que seguiría adelante ocurriera lo que ocurriera.

AGRADECIMIENTOS

Un agradecimiento a Ronnie Mackintosh por ayudarme con mis indagaciones; al concejal Devin Scobie por orientarme en materia de gobierno local; a John Mathieson, jefe de formación de personal en la Cárcel de Su Majestad de Edimburgo, por sus consejos; al Ministerio de Escocia, en especial al Departamento de Publicaciones, New Saint Andrew's House; al personal del ayuntamiento de Edimburgo; a los trabajadores de Lothian y Edimburgo S. L. y de la Red de Empresas de Escocia;

a los empleados de la Biblioteca Central de Edimburgo y de la Biblioteca Nacional de Escocia, y a Jon por prestarme el sofá. Además, no quiero dejar de enviar el habitual guiño a quienes frecuentan el bar Oxford.

Sobra decir que todas las imprecisiones son mías.

Las líneas citadas por la señora Kennedy pertenecen a *The New Testament in Scots*, traducido por W. L. Lorimer (Penguin, 1985).

1 Efectivamente, el título original de la novela es el mismo que el del álbum clásico de los Rolling Stones. (N. del t.)

2 *Bleed* en inglés significa «sangrar», pero también «purgar», en referencia a extraer aire o fluidos de un aparato para su buen funcionamiento. (N. del t.)

3 *Salty* significa «salado». (N. del t.)

4 Rebus confunde adrede al héroe del Oeste con el cantante y actor David Cassidy. (N. del t.)

5 Se trata de una referencia al popular tema «It Had to be You», compuesto por Isham Jones y Gus Kahn. (N. del t.)

6 Programa infantil de la cadena BBC. (N. del t.)

7 Paul Rachman era un casero de la zona de Notting Hill, en Londres, que se hizo célebre en los años cincuenta por abusar de sus inquilinos. (N. del t.)

8 *Dip* significa «rebozar». (N. del t.)

9 *Coffin Walk* significa «paseo del ataúd». (N. del t.)

10 «Enterrador» es *gravedigger* en inglés. (N. del t.)

11 Se trata de una referencia a «You Can't Always Get What You Want», el famoso tema de los Rolling

Stones que cierra el álbum *Let It Bleed*. (N. del t.)

PARA MÁS INFORMACIÓN VISITA:

www.serienegra.es